

LINA GALÁN

Sweet Manhattan



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Prólogo

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Cameron Edwards, candidato a gobernador por el estado de Nueva York, ha llegado al límite de su paciencia. Su hija, Brooklyn, no cesa de protagonizar escándalos que han conseguido mermar su popularidad en las encuestas. Por ello, y para limpiar su imagen, le propone un trato: tendrá que aparecer en público con un novio formal.

Brooklyn continúa soñando con su príncipe azul, aquel al que con tan solo cinco años descubrió desde la escalera de su casa mientras contemplaba el mundo de los adultos. Sin embargo, todavía sigue esperando a que un príncipe encantador aparezca, aún vive en casa de sus padres y regenta un negocio de tartas que no rinde.

Cuando su padre le propone fingir un noviazgo con Jonathan, Brooklyn sabe que acabará sufriendo, pero necesita centrarse en su trabajo, ayudar a su familia y, de paso, tener la oportunidad de acercarse al hombre que se apropió de sus sueños infantiles.

SWEET MANHATTAN

Lina Galán

zafiro 

Prólogo

Aquel fue un gran descubrimiento para Brooklyn.

A sus cinco años, la niña obedecía fielmente a Jocelyn, su *nanny*, que solía acostarla cada noche y le leía un cuento hasta que se quedaba dormida. Pero, en aquella ocasión, la inocente lectura no fue suficiente para que su sueño se volviera profundo. Unas voces en la planta de abajo le hicieron levantarse y caminar descalza por el pasillo, con su primoroso camisón blanco de encajes. Su curiosidad infantil la llevó a la parte superior de la escalera, donde, agarrada a la baranda de madera, oteó el horizonte en busca de los acontecimientos que tenían lugar en la parte inferior de la casa.

Aquellas voces y risas resultaron deberse a una de las veladas sociales que organizaban sus padres mientras ella y su hermano, Kayden, cuatro años mayor, dormían apaciblemente en sus habitaciones. Observó a su madre, Alice, tan elegante como siempre, y a su padre, Cameron Edwards, candidato por aquel entonces a la alcaldía de Nueva York y que necesitaba de aquellas reuniones para obtener votos y popularidad.

También observó al hombre que ella conocía como el abogado de su padre y que aquella noche apareció con su hijo, un chico de unos dieciocho años, alto, moreno y con una contagiosa sonrisa. En cierto momento, el joven elevó su mirada y se topó con la de Brooklyn, cuya carita permanecía entre los barrotes de la balaustrada. El muchacho sonrió, le guiñó un ojo, y ella le devolvió la sonrisa, aunque después él volviera a sus cosas de adulto, como estrechar manos y saludar.

El caso es que aquella no fue la única vez que la niña apareció en lo alto de la escalera. A partir de entonces, cada vez que Brooklyn oía algo que le hiciese sospechar que había visitas, se hacía la dormida tras la lectura del cuento por parte de Jocelyn y, minutos después, andaba descalza hasta la escalera, se sentaba en el primer escalón y apoyaba su rostro entre los barrotes. En su mente infantil, soñaba que aquel joven un día decidía subir los peldaños, la tomaba de la mano y la acompañaba a mundos lejanos, con caballos que volaban y árboles de gominola.

La cría fue creciendo, y los sueños con aquel chico se transformaron en otros muy diferentes. Ya era una adolescente cuando continuó con la misma rutina nocturna. Aunque ya no necesitaba a su niñera para arroparla, ni cuentos que la hiciesen dormir, se levantaba a hurtadillas y corría hacia la escalera para buscar con la mirada a Jonathan Reed, el protagonista de sus sueños ya nada infantiles. Incluso, si alguna vez invitaba a alguna de sus amigas a dormir, todas ellas corrían hasta el descansillo en plena noche para poder comentar los vestidos de las mujeres, sus

peinados o la aparición de algún chico que pudiese suscitar algún interés, algo que no solía ocurrir muy a menudo en reuniones de políticos de la edad de sus padres como mínimo.

Brooklyn tenía catorce años y calculó que Jonathan tendría sobre los veintisiete el día que este se presentó en su casa con su prometida, una rubia a la que odió de inmediato a pesar de su cara de ángel.

—Es muy mayor, te lo he dicho mil veces —comentó Sally, una de sus amigas—. ¿Cómo te puede gustar un tipo tan viejo?

—No es viejo —gruñó Brooklyn—, y es guapísimo. ¿No habéis visto los bonitos hoyuelos que se le forman cuando sonrío?, ¿y sus ojos verdes? Jamás en mi vida he visto unos ojos como esos. —Sin dejar de contemplarlo, suspiró ruidosamente.

—A mí también me parece mayor —intervino Kimberly, otra de sus mejores amigas—, aunque lo salva bastante cómo va vestido. Me gustan los chicos con uniforme.

Jonathan, por aquel entonces, ya era el teniente Reed. Después de sus estudios en Harvard, se alistó en el cuerpo de Marines —Brooklyn no supo nunca el motivo, aunque oyó hablar a su padre sobre el disgusto de su amigo— y lo solían enviar a misiones en el extranjero, por lo que sus visitas se habían espaciado considerablemente. Su padre, Samuel Reed, fiscal asistente del distrito, no parecía estar muy contento con el hecho de que su hijo no continuase con la tradición familiar de dedicarse al derecho, pero parecía ser que Jonathan tenía bastante claro su futuro militar.

—Vale, aceptamos que sea guapo —continuó Sally—. Pero ¿qué me dices del detalle de que tenga novia? ¡Y encima es una belleza!

—No es la primera novia que presenta —se defendió Brooklyn—. Seguro que con esta también acaba rompiendo.

—Tal vez, pero se ven muy enamorados —la pinchó Sally.

—Como con todas las demás —volvió a defenderse.

—Y, luego, ¿qué? —preguntó su amiga—. ¿Te casarás tú con él?

—Lo veo un poco improbable —dijo Kimberly, con petulancia—. Hasta aquí llegan los destellos del enorme anillo de prometida que lleva la chica en el dedo.

Brooklyn sintió unas enormes ganas de empujar a sus invitadas escaleras abajo.

¡Debían apoyarla! ¿Para qué estaban las amigas, si no?

—¡O puede que se muera y acabe viudo! —gritó, presa de la rabia.

—Oh, vamos, Brook, no te pongas dramática. ¿De verdad vas a desear que se muera la pobre chica?

—Yo no he dicho eso, pero podría pasar. —Brooklyn se sentía ligeramente mal por su comentario desafortunado, pero no pensaba retractarse ante ellas—. Las personas tienen accidentes todos los días...

—¡Deja de decir eso, Brook! —exclamó Kimberly—. ¿Por qué no admites de una vez que un hombre como ese jamás se fijaría en ti? ¡Eres una niña!

—Muchas gracias, amiga —gruñó, enfurruñada.

Le sentó muy mal que no le dieran ninguna esperanza, aunque fuese fingida, como haría cualquier amiga. Algo así como «Tranquila, tal vez algún día suceda» o «Cuando pasen unos años, quedará prendado de ti». ¡Las amigas estaban para lo bueno, para lo malo y para mentir si era necesario!

Lo malo, en aquel asunto, fue que llevaban toda la razón. Jonathan y su prometida se casaron un año después. El día de la boda, Brooklyn se pasó el tiempo engullendo canapés y probando a escondidas todas las bebidas alcohólicas que ofrecieron en el banquete. Como resultado, pilló su primera borrachera y, para colmo, no llegó ni a acercarse al novio, que, por cierto, con su uniforme militar estaba espectacular.

La última vez que Brooklyn vio a Jonathan en su casa fue la noche que apareció con su mujer embarazada. La joven ya no apoyaba su cara en los barrotes de la escalera, pero sí se quedó en el piso superior, para poder contemplarlo, como siempre, desde la distancia. Los vio tan felices que sus sueños infantiles murieron aquel mismo día, puesto que ella misma ya era una mujer adulta, que estudiaba, salía con chicos, se divertía... y en cuya vida ya no había espacio para el joven de bonita sonrisa que siempre contempló desde la altura de una escalera. Ese chico se había convertido en un hombre casado y futuro padre, muy lejos de su alcance.

Aunque sí que volvió a saber de él: en el funeral de su esposa. El día que Brooklyn supo la noticia, lloró amargamente, sintiéndose culpable. Ella había llegado a desear la muerte de esa mujer y dicho deseo se había cumplido...

El ya capitán Reed estaba destinado en Túnez, donde hubo un atentado en los alrededores de la embajada norteamericana. La mala suerte quiso que ese día, él y su esposa estuviesen invitados, junto al resto de oficiales, a una recepción con el embajador. Un coche bomba mató a varios soldados y diversos civiles, entre los que se encontraba la mujer del capitán. También hubo heridos, uno de ellos Jonathan, que no pudo asistir al funeral de su difunta esposa debido a la gravedad de sus heridas...

—Es bonita la cicatriz —le dice el chico.
El corazón le da un vuelco y se lleva la cabeza de muñeca al pecho.
—¿Bonita? Es una cicatriz.
—Es una señal de haber sobrevivido.

JULIANNA BAGGOTT, *Puro*

Capítulo 1

Un agudo dolor de cabeza, sed y sensación de náuseas fueron los síntomas que reconocí en el momento de despertarme: aquello era una horrible y pesada resaca. Ciertos *flashes* de la noche anterior asaltaron mi mente embotada, pero preferí intentar levantarme antes de que pensar demasiado terminara haciéndome explotar el cráneo. Nada más abrir los ojos, parpadeé por la intensa claridad que ya entraba por la ventana, lo que me hizo incorporarme de golpe en la cama, a pesar de los pinchazos en las sienes. Porque, si entraba tanta luz, se debía a que ya serían más de las ocho...

—¡Mierda! ¡Voy a llegar tarde! ¡Otra vez!

Fue justo al desprenderme de la sábana que descubrí mi cuerpo desnudo.

¿Desde cuándo me acostaba yo así si tenía una buena colección de pijamas?

Temiendo responderme a mí misma a esa pregunta, ladeé la cabeza hacia el otro lado y me encontré con lo que más temía: un desconocido durmiendo junto a mí, en mi cama, acurrucado en mi almohada, tan en pelotas como yo.

—¡No, no, no! Pero ¿qué hice anoche?!

Por más que escarbaba en mi cerebro, no encontraba más que unas pocas imágenes de mí misma en la fiesta de Patrick, de mis amigas, del retumbar de la música, de un bailecito sexy encima de una mesa...

Ya no había tiempo para eso. Debía deshacerme de aquel tipo ya.

—¡Eh, tú, despierta! —grité mientras lo zarandeaba—. ¡Despierta de una vez, joder!

El desconocido parpadeó, me miró y después miró a su alrededor.

—¿Dónde estoy?

—En la Casa Blanca, capullo. ¡Levántate ahora mismo! —Le di un empujón y el cuerpo del hombre impactó con un golpe seco contra el suelo de madera. Hasta a mí me dolió.

—¡Oye, guapa! —se quejó, tras incorporarse—. ¡Seguro que anoche no me echaste así de tu cama!

—¿Qué pasó?! —le exigí saber—. ¿Tú y yo...? Ya me entiendes...

—¡Y yo qué sé, no me acuerdo! —refunfuñó mientras buscaba su ropa y sus zapatos—. ¿Dónde demonios están mis cosas?

—Ay, Dios... —murmuré—. ¡Mira en el baño!

¿Me habría metido en la ducha con ese tipo? ¿Y qué habíamos hecho con la ropa? ¡La mía tampoco estaba por ninguna parte!

—Solo he encontrado los calzoncillos y los zapatos —dijo el chico antes de salir con esas pocas prendas sobre su cuerpo. Me habría reído ante semejantes pintas si hubiese sido buen momento para hacerlo.

—¿De verdad no puedes acordarte de si nos acostamos tú y yo? —insistí.

—Lo último que recuerdo es verte caer de una mesa —me explicó—. Te tuve que coger al vuelo porque estabas muy borracha, te enganchaste a mi cuello y, después de eso, nada.

—Oh, genial —me lamenté.

¡Ni siquiera podía saber si había usado protección!

—A ver, a ver, no entremos en pánico. —Me coloqué una camiseta que saqué de un cajón, para taparme, y retiré las sábanas hasta tirarlas al suelo—. Tú mira debajo de la cama, yo lo haré entre las sábanas.

—¿Y qué se supone que tengo que buscar?

—¡Un condón usado, idiota!

—Ah, vale, entiendo... Por si lo hicimos a pelo, ¿no?

—Oh, cállate... —gemí.

Con tan solo oír aquella posibilidad, me inundó el pánico... porque aquello me hizo recordar que mi vida sexual era un auténtico desastre. En las pocas relaciones que había tenido, ni siquiera había sido capaz de disfrutar del sexo, y, para una vez que parecía haberme desmelenado y decidido meter a un desconocido en mi cama, resultaba que no me acordaba de nada. ¿Y si esa vez había tenido un orgasmo colosal? ¡Nunca lo sabría!

Miré al tipo, tirado en el suelo, buscando un condón, con solo unos zapatos y unos feos calzoncillos de color gris sobre su cuerpo. Arrugué la nariz. Dudaba mucho que hubiese sido el polvo de mi vida.

Di un respingo cuando unos golpes en la puerta resonaron en toda la habitación.

—¡Brooklyn, cielo, abre la puerta! ¡Te has quedado dormida! ¡Llegarás tarde al trabajo!

—¡Voy, Jocelyn! —grité—. ¡Un momento!

—¿Quién es Jocelyn? —murmuró el chico.

—Mi *nanny*, tienes que largarte.

—¿Tu *nanny*? ¿Cómo vas a tener niñera con...? —Frunció el ceño—. ¿Cuántos años tienes?

—Tengo veintiséis, y, ahora, lárgate de aquí.

—¿Y por dónde quieres que salga si tienes a tu niñera aporreando la puerta?

—Por dónde va a ser, ¡por aquí! —Abrí la ventana y le señalé el alféizar y la pared cubierta de enredadera por donde debía deslizarse.

—¡¿Por la ventana?! —exclamó—. ¡Ni hablar! ¡Puedo matarme! ¡Y estoy casi desnudo!

—Al menos llevas el culo tapado. —Sonreí ante la suerte que tuvo de haber encontrado al menos los calzoncillos—. ¡Agárrate a las ramas, verás qué fácil!

—Joder... —refunfuñó mientras colocaba las rodillas en el alféizar—. Si me he acostado contigo, puede resultar el polvo más caro de mi vida si me rompo un hueso. Y si no lo hemos

hecho... demuestro ser muy estúpido.

—¡Brooklyn, cariño, abre! —insistía una y otra vez Jocelyn.

—¡Ya voy, espera un segundo! —Después de contestar, volví a dirigirme al supuesto desconocido—. ¡Vamos, baja! ¡Solo es un piso!

—¡No, espera...!

Pero la negación se perdió entre las hojas de enredadera cuando lo empujé y, a continuación, cerré la ventana, puesto que los gritos y los intentos de abrir la puerta me estaban poniendo nerviosa. Creí captar un golpe sordo sobre el parterre de hortensias, pero lo ignoré. Tras dar un suspiro, corrí a abrir.

—¡Niña! —exclamó al entrar en mi cuarto—. ¿Por qué has tardado tanto?

—Ya no soy una niña, Jocelyn. Puedes pillarme con el culo al aire.

—¿Quieres decir como estás ahora mismo? —La mujer elevó una ceja al señalar mi indumentaria, que no me tapaba, precisamente, ni el trasero. Poco después, arrugó la nariz y se dirigió a la ventana—. ¡Y abre un poco, por el amor de Dios! ¡Huele a...!

Me dirigí con rapidez a asomarme, en busca de un joven medio en pelotas que quizá yacía, inconsciente, sobre las hortensias... pero, al parecer, había logrado sobrevivir, porque no encontré a nadie. Suspiré, aliviada de que no le hubiese pasado nada y, no lo voy a negar, para no tener que dar explicaciones a Jocelyn, lo que en aquel momento me pareció lo más importante.

—¿A qué huele? —le pregunté a mi *nanny* con una sonrisa candorosa, intentando disimular el nerviosismo que aún me atenazaba.

—A que tienes que meterte en la ducha ahora mismo —me apremió—. Pero no tardes en bajar, porque, antes de irte, tu padre tiene que hablar contigo. Ah, y Kayden también está aquí.

—¿Mi padre quiere hablar conmigo? —solté, escamada—. ¿Y qué diantres hace aquí mi hermano? ¡No puedo atenderlos ahora! ¡Ya voy con media hora de retraso!

—Pues será una hora entera, no creo que a Harper le importe. ¡Vamos! ¡Espabila! —Joselyn puso los brazos en jarras al mirar a su alrededor mientras yo me metía rauda en el baño—. Menudo desastre de cuarto. ¡Y luego dice que ya no es una niña!

Me duché a toda prisa, desenredé mi melena cobriza y me vestí con un pantalón negro y una blusa verde esmeralda. Cogí mi neceser para maquillarme en el taxi y ahorrar tiempo, y bajé hasta el comedor, donde me esperaban mis padres y mi hermano en mitad de un espeso silencio. En lo primero que pensé fue en que debía buscarme cuanto antes un lugar donde vivir, independizarme, pues ya no tenía edad para tener niñera ni para aguantar las broncas de mi progenitor. Aunque, con toda probabilidad, este iría a buscarme donde quisiera que viviese para imponer sus normas de político.

—¡Lo siento, pero ya voy tarde! —exclamé en un intento de salir corriendo e ignorarlos a todos.

—Alto ahí, jovencita —me detuvo mi padre—. Creo que sabemos el motivo de tu tardanza de hoy.

—Vamos, papá, no necesito un sermón a esta hora de la mañana. Sí, ayer salí de fiesta; sí, bebí un poco; sí, Harper me matará. Pero no creo que nada de eso pueda empañar tu imagen.

—¿Estás segura de eso?

Cameron Edwards, mi padre, exalcalde de Nueva York y candidato a gobernador, tecleó en su teléfono móvil y lo plantó delante de mí. Supliqué que se me tragara la tierra cuando contemplé aquel vídeo subido a YouTube, donde podía verme a mí misma, borracha, bailando y cantando encima de una mesa, de donde caí en brazos de un tipo que me cogió al vuelo y que reconocí como mi compañero de cama. Solté un jadeo al contemplar cómo nos besábamos en la boca, aunque quien estuviese grabando se centró en la parte inferior de mi anatomía, ya que se me subió el vestido hasta la cintura y mostré mi tanga de encaje negro a toda la concurrencia.

Palidecí. ¡Mi trasero ocupaba toda la pantalla!

—¡Por Dios, papá! —grité, alterada—. ¿No puedes hacer que lo eliminen?

—Oh, claro, ¿por qué no se me habrá ocurrido antes? —respondió con ironía—. Pero me extraña que una milenial como tú no recuerde que existen las capturas de pantalla y toda clase de herramientas para conservar algo así.

Mi ánimo cayó al suelo en ese mismo instante. No era la primera vez que avergonzaba a mis padres, aunque juro que jamás lo había hecho a conciencia.

—Lo siento, papá, yo...

—¿Y qué me dices de mí, Brook? —intervino Kayden—. ¿Crees que no voy a ser el hazmerreír de la prensa británica... otra vez?

La mala suerte —al menos para mí— quiso que, si no había bastante con tener un padre con cargo público, tuviera un hermano prometido a una joven y noble inglesa, Elizabeth, hija del conde de Pembroke. Se conocieron en una fiesta de amigos comunes, recibieron el impacto de Cupido y, unos meses más tarde, se encontraron inmersos en la ceremonia de petición de mano.

A la vista estaba que Kayden se movía en círculos más selectos que yo.

—¡Oh, vamos, dejad de mirarme como si creyeráis que pretendo humillaros por deporte! —estallé—. ¡Tengo veintiséis años! ¡Tengo que divertirme!

—Nadie sugiere lo contrario, cariño —intervino mi madre, que, con un gesto, hizo callar al todopoderoso Cameron Edwards—. No obstante, tienes que empezar a ser más responsable. Entendemos que seas joven y no tengas por qué seguir nuestras estrictas normas, pero...

—Sí, Alice —la interrumpió esta vez su marido—, tiene que seguirlos. No le estamos pidiendo que se recluya en casa, pero ha de ser consciente de quién es, y respetar a su familia. ¡Igual que posee los privilegios de ser una Edwards, debe tener responsabilidades!

—No creo que te estemos pidiendo tanto, Brook —insistió Kayden—. Solo que pienses un poco más en los demás.

Me quedé con las ganas de decirle a mi hermano que era un esnob estirado que no se había divertido en su puñetera vida, pero cerré la boca a tiempo. En realidad, no quería hacerles daño y, en cierto modo, pensé que llevaban razón. El único problema consistía en hacerles entender que

yo no hacía aquellas tonterías a propósito, que habían sido un cúmulo de circunstancias que se habían unido para hacerme quedar mal...

No, mejor no les haría entender nada. Ni siquiera lo entendía yo misma.

—No quiero un escándalo más, Brooklyn —sentenció mi padre—. Si es preciso, tomaré cartas en el asunto.

—¿Qué significa eso? —pregunté, exasperada—. ¿Piensas castigarme? ¡Ni siquiera me castigaste de niña!

—Puede que ese haya sido el problema —soltó antes de darle un beso en la mejilla a mi madre, una palmada en el hombro a mi hermano y desaparecer por la puerta.

—Sabes que tu padre gruñe mucho y hace poco —me dijo mi madre—, pero creo que esta vez deberías hacerle caso. Aspirar a gobernador está siendo muy estresante para él, y lo último que necesita es pensar que el peor enemigo de su carrera política pueda ser su propia hija. Tómalo como un ultimátum.

Tras la marcha de mi madre, mi hermano me miró con una sonrisa de suficiencia, la misma que me dedicaba cuando, de pequeños, me metía en algún lío y recibía el consiguiente castigo.

—Madura, Brook.

—Folla un poco más, Kayden.

Dicho esto, abandoné el salón, salí de casa y me monté en el taxi para ir al trabajo. Tenía cosas más importantes en que pensar en aquel momento. Por ejemplo, recordar que podía haber tenido sexo sin protección. Una vez en el interior del vehículo, lo primero que hice fue telefonar a mi ginecóloga.

—Marcia, ¿qué tal?, buenos días. Sí, esto... necesito la píldora del día después. Sí, un accidente, claro... ¿Puedo pasar a buscarla ahora mismo? Perfecto, gracias.

Suspiré, un poco más tranquila. Según mi doctora, en esos casos se procedía a recetar la pastilla y a efectuar una analítica de sangre para descartar VIH y otras enfermedades de transmisión sexual. Compuse una mueca ante tamaña irresponsabilidad. Me dirigí después al conductor y le di la dirección de la clínica para pasarme antes del trabajo. Total, de la bronca de Harper ya no me iba a librar nadie, y tenía que tomarme esa maldita píldora cuanto antes.

—¿Qué está mirando? —le reproché al taxista, que había escuchado la conversación.

—Nada, señorita.

—Pues siga conduciendo. ¡Y dese prisa!

Capítulo 2

—¿Lo de ignorar mis mensajes y mis llamadas se ha convertido en tu rutina? ¡Llegas tarde otra vez!

—Lo siento, Harper —me disculpé después de dejar el bolso en el perchero y colocarme la bata blanca con el logo de la empresa: una tarta rosa bajo el nombre del establecimiento, Sweet Manhattan—, pero ha habido reunión familiar, con Kayden incluido.

—No disimules, cariño —se burló mi socia—. Yo también he visto el vídeo.

A pesar de mis estudios de derecho, supe desde el principio que aquello no sería para mí. Mi sueño era la repostería, la creatividad a la hora de crear una tarta o un dulce, usar la imaginación con formas, colores y sabores, así que me matriculé en la prestigiosa escuela del *chef* repostero Dominique Lassaré, donde conocí a Harper. Ambas coincidíamos en nuestros sueños y objetivos, y decidimos abrir un pequeño negocio de tartas personalizadas en el East Village. Todo hubiera ido genial si no hubiese sido por las quejas de mi padre, que se negó en redondo a financiar aquella locura sin futuro alguno. Por todo ello, me vi obligada a pedir un crédito junto a Harper para poder empezar, coger un local, comprar todo lo necesario y contratar a Patrick, que se encargaría de los pedidos *online*, del teléfono y de nuestra página web. Y, por supuesto, todos esos gastos habían impedido que pudiese pagarme una vivienda y tuviera que seguir en el domicilio familiar. Tenía esperanzas de que aquello pudiese ocurrir lo más pronto posible, pero los principios suelen ser difíciles y, por el momento, era inviable. Los clientes no abundaban, precisamente.

—Todos lo hemos visto —intervino Patrick—. Unas braguitas muy monas. Y un culito muy... —carraspeó—... muy mono, también.

—Tú mejor te callas —le recliné a mi compañero—, porque fue en tu fiesta donde perdí el control. ¡No vuelvas a organizar nada en mitad de la semana! ¡Eres una mala influencia, Patrick!

—Yo no te obligué a venir a mi fiesta, pelirroja casquivana —respondió mi amigo y compañero con un rápido gesto de recomponerse el fular—. Además, si hay alguien en tu vida que sea una pésima influencia, esas son Sally y Kimberly, tus supuestas amigas. Entre las tres acabasteis con todas las existencias de alcohol y tuve que repartir vino carísimo entre mis invitados.

No supe qué replicar ante tamaña verdad. Patrick me había invitado la tarde anterior, yo se lo había comentado a mis amigas de toda la vida y estas no tardaron en aceptar, puesto que no se perdían una juerga por nada del mundo. Era cierto que ellas trabajaban en las empresas de sus

respectivos padres y tenían asegurados sus ingresos, pero tampoco me habían obligado a asistir. En todo caso, lo hacían por mí, porque intentaban encontrarme un posible ligue para que descubriera, por fin, lo que era disfrutar del sexo.

Y pensando en sexo... El malestar que provocaba la píldora ya había empezado a aflorar. Estaba mareada, tenía náuseas y cada vez me sentía peor debido al olor dulce que ya surgía del taller de repostería. Incluso tuve que contener una arcada.

—¿Qué te ocurre, Brook? —me preguntó Harper, con el ceño fruncido—. ¿Todavía te dura la resaca?

—No —suspiré—, esto es mucho peor. He tenido que tomarme la píldora del día después.

—Oh, pelirroja... —comentó Patrick desde la puerta del taller—. He dicho lo de casquivana en broma, pero parece que no iba desencaminado...

—Pues yo diría que por aquí nadie tiene una vida sentimental muy... estable, que digamos —bufé, molesta.

El chico sonrió con tristeza y recolocó detrás de su oreja un mechón de su cabello, mostrando así sus uñas pintadas de colores. A pesar de su filosofía de «disfruta cuanto puedas», no pasaba desapercibida para nadie la sombra que cruzaba su bonito y fino rostro cuando se hacía referencia a las relaciones. Hacía tres meses que había roto con Colin, un afamado arquitecto que no estaba dispuesto a salir del armario, por lo que Patrick se había volcado en la vida nocturna, en las fiestas y en los ligues esporádicos.

Justo en aquel momento, de la emisora de radio que había conectado Harper en el taller, surgía la canción *Golden*, de Harry Styles, y sonreí al pensar que nuestro Patrick se parecía muchísimo al cantante.

En cuanto a Harper, también se tornó seria. Se podría decir que ella sí tenía una relación estable... si únicamente se tenía en cuenta que llevaba junto a Ryan más de un año. El problema era que esa relación no era bidireccional, puesto que, mientras que ella estaba locamente enamorada, él parecía no tener prisa por decírselo a nadie ni en que los vieran en público. Ryan Matheson era abogado y trabajaba en el bufete familiar, junto a una familia demasiado conservadora y anticuada que no aceptaba que su perfecto hijo blanco saliera con una mujer negra. Por eso se veían en secreto.

Harper suspiró y también echó hacia atrás sus innumerables trenzas africanas. Su largo cabello y sus ojos rasgados la convertían en una mujer preciosa. Además, era lista, trabajadora y generosa, virtudes que no me cansaba de recordarle por si su querido Ryan no se había dado cuenta.

—Perdonadme —me lamenté—. No quería decir eso.

—No pasa nada, cielo. —Patrick sonrió, componiendo una mueca—. Ya conocemos tu impulsividad.

—Por eso queremos que nos cuentes los detalles —dijo Harper con sibilina expresión mientras preparaba la masa en un bol—. ¿Con quién fue? ¿Y qué tal fue la cosa?

—Con el desconocido que me rescata de caerme de la mesa —gruñí—. No tengo ni la más remota idea de quién es, ni de cómo fue o si llegó a pasar. Lo de la píldora ha sido... por si acaso.

—¡Madre mía! —Mi socia rio—. ¡Lo tuyo sí que es mala suerte!

—¡Ya os lo digo yo! —me quejé—. Aunque lo peor de todo ha sido el tema del vídeo. Mi padre se ha puesto furioso, como cada vez que la cago, y lo mismo mi hermano, puesto que la prensa británica ya se ha hecho eco y allí no dejan pasar ni una en cuanto a la aristocracia se refiere.

—Tu hermano parece que lleve un palo clavado en el culo —gruñó Patrick—. Vale, mejor no menciono las palabras «culo» ni «clavar», por si os parece que voy a disfrutar al imaginarlo. —Nos mostró un mohín dubitativo—. No estaría mal, aunque Kayden no es mi tipo. Demasiado estirado. Le va que ni pintado a una condesa tan... *british*.

—Ese no es el tema —suspiré, desalentada—. La verdad, me siento fatal. Yo tampoco esperaba que mi culo fuese visto por...

—Quince mil visualizaciones en una hora —apostilló mi compañero—. Solo en cifras oficiales, porque las pirateadas...

—Gracias por los ánimos —farfullé.

—Vamos, chicos, es hora de volver al trabajo —intervino Harper—. Ya hemos perdido media mañana con las aventuras de nuestra querida Brook.

—Querrás decir desventuras —bromeó Patrick antes de volver a su puesto y que yo le mostrara mi lengua.

Una vez a solas, Harper comenzó a recitar los pedidos para ponerme al día. Eran un poco más abundantes que el día anterior, por ser viernes, pero tampoco esa jornada nos inundaba el trabajo. Teníamos en la lista una tarta de cumpleaños con forma de coche para un amante del motor; dos más en las que debíamos reproducir las caras de los niños de una fotografía; otra simulando un extintor, para un bombero, y un par más con forma de pene, para sendas despedidas de soltera.

—Espero no vomitar sobre la masa —me quejé, sobre todo al contemplar aquel molde que representaba el órgano sexual masculino, lo que me hacía recordar mi mala cabeza—, porque cada vez me encuentro peor. Todo me da vueltas y me duele la cabeza y los ovarios... Y todo por un posible polvo del que ni me acuerdo o que ni siquiera existió.

—Podré apañármelas yo sola —suspiró Harper—. Ayuda a Patrick o sal a que te dé el aire.

—Gracias, mi bomboncito —le agradecí a mi socia, con un abrazo y un beso, antes de salir a la tienda.

Fruncí el ceño cuando oí algunas voces y descubrí a Patrick discutir con un hombre.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté. Era muy extraño ver discutir a nuestro compañero y amigo con alguien, debido a su buen carácter, a su paciencia y a su buen rollo constante.

—Este tipo —comentó este—, que cree que no doy el perfil para atender un teléfono.

—¿Perdón? —solté, anonadada. No podía dar crédito a que aquello pudiese pasar.

—Que sepan ustedes que he entrado aquí porque pensaba que era un establecimiento decente —explicó el hombre mientras señalaba a Patrick—. ¡Pero acabo de darme cuenta de que este tío lleva las uñas pintadas de colores! ¡¿Por qué coño se pinta las uñas si va vestido de tío... y es un tío?!

—Porque le da la real gana —sentenció. Cada vez me encontraba peor y lo que menos me apetecía era toparme con un retrógrado semejante—. Y si tiene usted algún problema, se marcha por donde ha venido. Aquí nos gusta lo dulce, no lo rancio —espeté.

—Maldita niñata... ¡Quiero ver al dueño! —gritó el tipo, preso de la furia, en el momento en el que Harper salió también al oír el altercado.

—¿Qué sucede, caballero? Nosotras somos las dueñas.

—Joder —se lamentó el impresentable—. No tenéis bastante con poner a un maricón a la atención al público, que ponéis a manosear los pasteles a una...

—¿Negra? —terminó Harper la frase—. ¿Cree usted que debería estar fregando el suelo en lugar de ser la dueña?

—Este es un buen barrio —insistió el cretino—. Eso es lo único que yo creo. ¡Y las personas de bien no deberían entrar aquí!

Dicho esto, el quejicoso señor se dio la vuelta y salió de la tienda. Una vez en la calle, comenzó a despotricar al paso de los transeúntes, vociferando que aquel bonito negocio había resultado ser un antro de perdición en un barrio decente.

Y ya no pude más. La alta concentración de hormonas me hacía sentir tan mal que lo único que necesité fue aquel discurso racista y homófobo para explotar. Cabreada e indignada, fui hasta el taller, cogí la base de una tarta de chocolate y salí con ella hasta la calle.

—¡Brooklyn! —gritó Harper—. ¡¿A dónde vas?! ¡No lo hagas!

Pero no la oí... o no quise hacerlo. Decidida, me acerqué al hombre que acababa de menospreciar a mis amigos, toqué su hombro y, en cuanto se dio la vuelta, le estampé la tarta en la cara, ante su estupor y el del público que nos miraba, aunque también se oyeron unas cuantas risas y gritos de admiración.

—¡Pues a nosotros no nos gustan los capullos! —chillé—. ¡Ni negros ni blancos!

—Bien dicho, cielo —me alentó Patrick.

—Oh, Dios, Brook... —gimió Harper—. Dos cagadas en un día...

Debido a mi malestar y a la subida de adrenalina que me había provocado el arrebato de cólera, no fui consciente de que varios de los viandantes habían sacado sus teléfonos móviles y estaban grabando el suceso, tanto el ataque con tarta de chocolate como la aparición de los agentes que me detuvieron al ser testigos de la agresión. Como colofón, mientras uno de ellos me esposaba las manos a la espalda, vomité encima del otro, que estaba frente a mí, pidiéndome los datos, y que acabé bañando en vómito.

Estaba demasiado aturdida como para comprender que, en pocos minutos, aquel vídeo también circularía por las redes y llegaría hasta el mismísimo Cameron Edwards.

* * *

Bajé en silencio del coche del abogado de mi padre, que acababa de rescatarme de la comisaría donde había permanecido detenida después de convencer al agredido de que retirase la denuncia. Cuando entré en casa a altas horas de la noche, me encontré con mis padres, que me esperaban en una de las salitas de la planta baja. Agradecieron al abogado su trabajo y este se marchó con un gesto de cabeza, para dejarnos a solas.

—Te lo dije, Brook —musitó mi progenitor, que intentaba calmar su ira delante de nosotras—. Te dije que no te dejaría pasar ni una más.

—¡Pero papá! —grité—. ¡No podía permitir que menospreciaran así a mis amigos!

—¿Y crees que así se solucionan las cosas? ¿Estampando tartas en la cara de la gente? ¿Vomitando sobre un agente de policía?

—Esta vez no te voy a decir que lo siento, papá. Me indigna que, a estas alturas, siga habiendo personas tan intolerantes que crean en la supremacía de un sexo, una raza y una orientación sexual.

Continué en mis trece. No me arrepentía de haberlos defendido ni de haber gritado lo que pensaba delante de un montón de gente.

—Lo entendemos, hija —intervino mi madre—, pero, precisamente, la política es una vía para arreglar las cosas. Tu padre puede hacer posible que algunas mejoren, pero, para llegar hasta ahí, necesita andar un camino que tú le estás llenando de baches.

—Si llamas baches a que defienda las injusticias...

—No, cariño, claro que no, pero...

—¿Y qué me dices de esto? —Mi padre me mostró unas hojas de papel—. Una receta para la píldora del día después y una solicitud de analítica para detectar el VIH, entre otras cosas.

No pude sorprenderme más. ¡Era mi receta y mi análisis!

—¿Qué haces con eso?! —exclamé, con el grado máximo de indignación—. ¡Mi historial médico es confidencial! ¡¿Cómo ha llegado hasta ti?!

—Porque tengo un buen equipo y el mejor director de campaña —me respondió con tranquilidad—. Y porque, si ellos han podido obtenerlo, la oposición también lo hará. Y te machacarán viva, hija. Nos machacarán.

—¡Menudos hipócritas! —bufé—. ¿Escarbar en la vida de la gente les parece hacer política?

—Basta, Brooklyn —sentenció mi padre—. No te estamos juzgando, pero no me has dejado otra salida... y no me digas que no te avisé.

—¡¿Qué vais a hacer?! ¡¿Echarme de casa?! —Estaba dispuesta a coger una maleta y pasar la noche en el taller, entre hornos, azúcar y moldes con forma de pene—. No os preocupéis, ya me largo yo.

—Nadie está echando a nadie —me detuvo mi madre—, pero tu padre y yo hemos estado

hablando y hemos decidido que todo se solucionaría si... dieras otra imagen, más seria y responsable. Por eso, hemos pensado... —ambos se miraron—... que te iría bien salir con alguien, tener pareja estable, centrarte.

—Oh, vaya, no sabía que habíamos vuelto a la Edad Media, cuando los padres buscaban marido a sus hijas o las cambiaban por ovejas —gruñí, incrédula.

—No vas a casarte con nadie —me explicó mi padre—. Se trata solo de algo fingido, que será temporal.

—Solo tendrías que dejarte ver con algún hombre, digamos, respetable —intervino mi madre—, lejos de fiestas y escándalos. La prensa se olvidará de ti en cuanto te crea prometida y se centrará en la cuestión política. Solo serán unos meses, cariño. ¿Sería mucho pedirte que hicieras algo así por nosotros?

Fui a hablar en aquel instante, pero cerré la boca a tiempo. Entendía perfectamente lo que me estaban pidiendo mis padres. Había crecido rodeada de campañas electorales, de cargos públicos y de prensa malintencionada. Tal vez aquella petición no fuera tanto sacrificio. Incluso a mí misma me apetecía pasar por una etapa más tranquila, centrarme en mi negocio, asistir a aburridas veladas que no me incitaran a beber demasiado o a llegar tarde al Sweet Manhattan. La idea de tener a alguien a mi lado nunca me había disgustado, pero el problema radicaba en encontrar a esa persona. Mis amigas me arrastraban a fiestas y locales de moda, pero lo máximo a lo que podía aspirar en esos lugares era a echar un polvo, algo que ni siquiera encontraba porque no me atraía para nada la idea de acostarme con desconocidos y acababa enviando a freír espárragos a los tipos que se me acercaban. Todavía conservaba mi parte fantasiosa, aquella que ya poseía de adolescente, cuando soñaba con un soldado de preciosa sonrisa y brillantes ojos verdes.

¿Tan malo era soñar o imaginar historias con final feliz?

Lo peor de todo era que mis sueños poco tenían que ver con un novio ficticio para mejorar mi imagen y ayudar en la carrera política de mi padre. De todos modos, mi inexistente vida sentimental no se iba a resentir por ello, así que, ¿por qué no? Había llegado la hora de centrarse y de ayudar a la familia.

—No, mamá —acepté—. No representará ningún sacrificio para mí. Pero, decidme, ¿en quién habéis pensado?, ¿lo conozco?

Alice y Cameron Edwards se miraron y emitieron un sonoro suspiro.

—Todavía no, cielo —respondió mi madre—. En todo caso, será mejor que sigamos hablando mañana. Ya es muy tarde.

—Sí —resoplé, cansada—, será lo mejor. Buenas noches a los dos.

Les di un beso a ambos y subí la escalera hasta mi habitación.

Capítulo 3

Había sido un día duro para Harper. Los pedidos no aumentaban y, para colmo, la habían insultado en su propio negocio y había tenido que ver cómo detenían a su amiga por haberla defendido. Pero, en cuanto entró en su apartamento, todos aquellos problemas se diluyeron como un azucarillo en un café. Ryan había ido y la estaba esperando frente a la ventana, con las manos en los bolsillos y la vista puesta en el paisaje nocturno. No había encendido la luz y su silueta se recortaba contra el resplandor argentino de la noche. Aun así, Harper pudo distinguir perfectamente su alta figura, su traje elegante y su cabello rubio como el sol. Con rapidez, soltó el bolso y las llaves sobre la mesa y se lanzó en los brazos del hombre al que amaba. Él respondió con el mismo entusiasmo y buscó su boca para besarla, saborear sus labios y su lengua al tiempo que enredaba las manos entre sus trenzas.

—Siempre me sabes tan dulce... —murmuró Ryan, sin dejar de besarla.

—Eso es porque siempre se me queda pegado algún resto de azúcar —replicó, sonriendo, Harper.

—No —musitó él—, no es el azúcar. Eres tú.

Ella, emocionada, comenzó a desprenderlo de su ropa. Tiró de su chaqueta, de su corbata y de su camisa mientras lo arrastraba hasta su cama y él la despojaba también de su blusa y su falda. Ryan acabó de espaldas sobre las sábanas, con Harper encima, quien guio el miembro masculino al interior de su cuerpo. Mientras se arqueaba de placer, observó el reflejo de ambos en el espejo del cabecero, y aquella imagen le pareció lo más excitante y sensual del mundo: dos cuerpos entrelazados, piel clara con piel morena; cabello oscuro con cabello dorado. Ryan la cogió por la cintura y elevó sus caderas al tiempo que lamía sus pechos y, tras unos pocos envites, ambos alcanzaron el clímax y se dejaron caer sobre las sábanas arrugadas.

—He sabido lo que ha pasado hoy —murmuró Ryan mientras acariciaba sus exóticas trenzas—. Lo siento.

—Hay cosas que nunca cambiarán —se lamentó ella—, aunque tenga una amiga que haya acabado detenida por intentar hacerlo. —Sonrió.

No había mucho más que añadir. Ella misma se encontraba entre dos mundos, puesto que su padre era negro, y su madre, blanca, y a veces sentía que no encajaba en ninguno de los dos. La propia familia de Ryan no la aceptaba por su raza y él le había pedido paciencia para enfrentarse a ellos.

«Dales tiempo —solía decirle—. Te quiero y no voy a permitir que nadie me separe de ti.»

Pero el tiempo pasaba y las cosas seguían igual.

Harper todavía recordaba el día que se conocieron. Fue en una galería de arte, a donde fue con reticencia, invitada por Brooklyn. La familia de Ryan conocía a los Edwards, así que Brook los presentó. El flechazo fue instantáneo. Él quedó fascinado por su belleza y ella se enamoró al instante de aquel ángel rubio. Pronto comenzaron una relación, pero a escondidas. Únicamente se veían en el apartamento de Harper, nunca en público, algo que, en un principio, les pareció emocionante y hasta divertido. Pero esconderse, al menos para Harper, ya no resultaba tan atractivo después de un año. Ella deseaba poder salir con él a la calle, ir a algún restaurante, que se cogieran de la mano, besarse..., todo lo que hacían las parejas normales.

—¿Cuándo, Ryan? —le preguntó por enésima vez, acurrucados ambos en la cama.

—Pronto, cariño, pronto.

Capítulo 4

Jonathan

—Hola, Cameron, me alegro de verte.

—Yo también me alegro de vuestra visita. Sentaos, por favor, aunque podéis ver que ya hemos empezado con el ritmo frenético, y eso que todavía estamos en precampaña.

Mi padre, Samuel Reed, fiscal del distrito, y yo nos acercamos aquel día a la sede de Cameron Edwards, donde su equipo ya estaba en pleno proceso para las próximas elecciones a gobernador. Nos acomodamos en su despacho para obtener algo más de privacidad y nos sirvió un vaso de whisky a cada uno.

—Tienes buen aspecto, Jonathan —me dijo mientras servía la bebida—. ¿Cómo estás?

—Bien —me limité a contestar después de dar un sorbo al vaso.

—Me apena que llevemos tanto tiempo sin vernos —se lamentó.

—Ha sido muy duro —intervino mi padre, intentando paliar la emoción—, pero aquí estamos de nuevo —sonrió—, padre e hijo. No he podido convencerlo de que se dedique a la abogacía, pero he conseguido que dé sus primeros pasitos en política. Algo es algo.

—No empieces, papá...

Él siempre supo que mi alistamiento en el Ejército había sido, sobre todo, para rebelarme, una forma de alejarme de la imposición familiar de ejercer de algo que no me gustaba.

—¿Y a qué vas a dedicarte? —me preguntó nuestro amigo—. Además de tu papel en el Consejo Municipal, claro está.

—He creado una constructora —respondí—. Después de ver tanta destrucción, deseo dedicarme a lo contrario. Ya hemos firmado algunos proyectos para casas particulares y un pequeño centro comercial, pero lo que más me motiva es trabajar para la Comisión de Personas sin Hogar. Construiremos viviendas dignas y de calidad para que cualquier residente en esta ciudad pueda ser un ciudadano independiente.

—Parece un objetivo muy ambicioso —comentó Cameron.

—He tenido ayuda. —Miré a mi padre con una sonrisa, puesto que su aportación económica había sido determinante—. Y tus consejos siempre me vienen muy bien, Cameron.

—Un placer. —Sonrió, aunque, sin poder evitarlo, desvió la vista a la parte inferior de mi cuerpo—. Veo que ya no llevas bastón —señaló Cameron, algo apurado—. ¿Qué tal esa pierna?

—Bastante maltrecha —sonreí—, pero ahí sigue.

Mi padre me miró con un brillo de emoción en los ojos. Ambos sabíamos que, a pesar de

nuestro distanciamiento años atrás debido a mi alistamiento, fue él quien se mantuvo a mi lado durante todo el tiempo que permanecí ingresado en un hospital militar de Alemania y durante el resto de mi convalecencia. Más tarde, durante el largo período de rehabilitación, preferí estar solo, puesto que había días demasiado difíciles en los que nadie, ni siquiera alguien que me quisiera tanto como mi padre, hubiese sido capaz de soportarme. También entendí que él lo había pasado francamente mal, sobre todo el día que lo avisaron del atentado y todavía no pudieron darle la lista de supervivientes. Imaginé lo duro que debió de ser para un padre la incertidumbre de no saber si su hijo estaba vivo.

—Nada que pueda obstaculizar su ambicioso futuro —comentó mi orgulloso padre—, aunque no le iría nada mal una ayudita extra.

—Supongo que te refieres a darte a conocer, buscar mercados, conseguir financiación privada... —comentó nuestro amigo.

—Exacto —respondió mi progenitor—. Por eso últimamente está aceptando asistir a diversas reuniones informales, cenas o veladas benéficas, para encontrar esos apoyos.

—En las primarias obtuviste muy buenos resultados —me halagó Cameron—. Según las encuestas, podrías aspirar a mucho más. La alcaldía de Nueva York podría estar a tu alcance en un futuro.

—De momento tengo suficiente —le dije, convencido—. Dejaremos los altos cargos para expertos como tú.

—Gracias —me contestó el aspirante a gobernador—. Y me alegro mucho por tus logros, muchacho.

Después de haber pasado años entre hospitales y fisioterapeutas, sin saber si realmente iba a volver a caminar o a pasarme el resto de mi vida en una silla de ruedas, lo que más me ayudó, además de mi familia, fue involucrarme en algo, ilusionarme. Parecía que, tal y como me había dicho mi padre, lo de la política no se me daba mal, así que decidí seguir aquel camino, aunque únicamente lo hubiese hecho para conseguir algunas mejoras en la ciudad con respecto al tema de la vivienda.

—Lo que menos me gusta de todo esto —le expliqué a Edwards— es el tema público que ha mencionado mi padre. Esas reuniones con empresarios y patrocinadores, banqueros, la prensa..., me desconciertan bastante.

—Te incomoda tener que dar explicaciones, ¿me equivoco?

—Eso es —aseguré—. La mayoría de la gente parece centrarse en el aspecto personal. Me preguntan si no tengo pensado volver a casarme, si no hay ya alguna candidata a futura señora Reed, como si el hecho de permanecer sin pareja pudiese ser un obstáculo a la hora de progresar. A veces me siento como una atracción de circo —gruñí.

—Yo ya le he dado mi opinión —intervino mi padre—. En mi caso, volverme a casar con Caroline me ayudó mucho a la hora de obtener mi cargo. Ofreces más una imagen de familia, y eso es muy importante para el electorado.

—¿Sales con alguien? —inquirió Cameron, sin tapujos.

—No —contesté con determinación—. No entra en mis planes tener pareja, mucho menos volver a casarme.

El simple hecho de pensar en una posible sustituta para Allison me destrozaba por dentro. Jamás habría otra como ella; jamás podría amar a otra mujer como la amé a ella.

—Pero sí te he sugerido una posibilidad —insistió mi padre.

—Algo que todavía no he aceptado —farfullé.

—¿A qué te refieres, Samuel? —preguntó, interesado, Edwards.

—A una novia solo de cara a la galería —respondió mi padre, sin dejar de mirarme de soslayo, sabiendo lo disparatada que me parecía esa opción—. Una mujer que se comprometiera a estar a su lado únicamente como imagen, para esas fiestas que menciona, o para fotografías y entrevistas, y solo durante un tiempo.

—Insisto —rezongué—, me parece un auténtico disparate.

—Llegado el momento, anunciarías la ruptura y se acabó —prosiguió mi progenitor—. Y, sí, parece una locura, pero ganarías tiempo.

—Tiempo, ¿para qué? —suspiré.

—Para conocer a alguien que de verdad te interesara.

—Déjalo, papá —lo corté—. Ya te lo he dicho: no quiero volver a tener pareja y no quiero volver a casarme.

—Pero... eso no se puede decir tan a la ligera, hijo. Mírame a mí. ¿Crees que cuando murió tu madre pensé en la posibilidad de volver a enamorarme? ¡Y nada menos que a los sesenta años!

—Tal vez me enamore a los sesenta —dije secamente—, pero no será algo que me suceda en las próximas décadas.

Cameron Edwards nos estuvo mirando a uno y a otro durante el tiempo que duró nuestra conversación. Permaneció en silencio, como si anduviera centrado en sus propios pensamientos... hasta que se decidió a hablar.

—Sabes que tienes todo mi apoyo, Jonathan —soltó al fin—. Entre tu padre y yo podemos introducirte plenamente en el mundillo político y empresarial.

—Lo sé, Cameron, y os lo agradezco.

—Pero, antes de nada, me gustaría hacerte una pregunta: ¿te interesa realmente la política, Jonathan?

—Sí, me interesa —respondí—. He descubierto que me gusta pelear por lo que es justo. Pero no por ello voy a montar una farsa semejante, con una mujer que supiera que únicamente la iba a utilizar para fines políticos y financieros. ¿Qué clase de persona aceptaría algo así?

—Eso es lo más difícil —suspiró mi padre—. Al no tener ninguna candidata que reúna ciertas características, lo he tenido más complicado para convencerlo.

—¿Y si yo sí conociera a la candidata perfecta para ello? —nos preguntó Cameron, dejándonos desconcertados ante tanta seguridad.

—Te lo agradezco, Cameron —le contesté—, pero ya te he dicho que...

—Piénsalo bien, Jonathan —me interrumpió—. Se trataría, simplemente, de un intercambio. Tú necesitas a una mujer que haga bien el papel de prometida, que sea de buena familia y que entienda este mundo. Y, tal vez, haya una que cumpla esos requisitos y, al mismo tiempo, necesite este acuerdo para su propio beneficio.

—¿Y qué mujer reúne esas condiciones? —le pregunté, sin la más mínima esperanza en una respuesta coherente.

—Mi hija —contestó, dejándome totalmente confundido.

—Perdona, Cameron, ¿cómo has dicho?

—Lo habéis oído perfectamente —afirmó con total tranquilidad—. He dicho que esas características se dan perfectamente en mi hija, en Brooklyn.

—Por el amor de Dios, Cameron —protesté—. ¿Cuántos años tiene? ¿Veinte? ¿Veintipocos?

Intenté hacerme una idea mental del rostro de Brooklyn Edwards, pero solo era capaz de evocar a una niña pelirroja con la que apenas habría cruzado dos palabras en toda mi vida.

—Estás un poco desfasado —sonrió al tiempo que volvía a servir una nueva ronda de whisky—. Brooklyn ya tiene veintiséis.

—¡Aun así! —exclamé—. ¡Es demasiado joven!

—Pero cumple todos los requisitos, Jonathan —replicó—. Es de buena familia, educada, bonita, y conoce perfectamente los entresijos de la política. Comprendería perfectamente un acuerdo semejante.

—Has comentado que ella también se beneficiaría —intervino mi padre—. ¿A qué te refieres? ¿A sus últimos escándalos? —planteó con suspicacia—. No me digas que quieres endosarle a mi hijo a una mujer que acarrea problemas allá por donde pasa.

—¿Escándalos? —pregunté, frunciendo el ceño—. ¿Problemas?

—Es una buena chica —suspiró Edwards—. Es cierto que últimamente ha tenido algunos tropiezos, pero es joven, Samuel, y a su edad es normal cometer errores. Pero, sin ánimo de vender a mi hija de alguna forma, os puedo asegurar que cada día me sorprende más su inteligencia, su empeño en conseguir lo que quiere, su afán por cambiar el mundo. Se parece tanto a mí...

Durante un instante, nuestro amigo se quedó en silencio, con la mirada perdida en ninguna parte. Me dio la impresión de que las palabras que acababa de manifestar no se las dedicaba muy a menudo a la destinataria de tan destacadas virtudes.

—¿Podéis ponerme al día, por favor? —les pedí a ambos hombres, que se miraron con complicidad.

Mi padre fue el encargado de enumerarme algunos de esos escándalos, aunque me pareció que intentaba suavizarlos bastante, en deferencia a su amigo.

—Alguna borrachera, una discusión en la calle, una detención que acabó en nada...

—Joder...

Deslicé los dedos por entre mi cabello y bufé. Aquel historial de altercados no tenía nada de malo en una persona joven. Yo mismo había cometido muchas tonterías años atrás... pero era esa juventud, precisamente, el verdadero problema.

—He hablado con ella y está de acuerdo en prestarse a aparecer en público con un supuesto prometido —prosiguió Edwards—. Cree, como yo, que eso me beneficiará, y ahora resulta que también a ti; todos saldríamos ganando. A Brooklyn le conviene mejorar su imagen, lo que, implícitamente, haría mejorar la mía. Y tú te evitarías tener que dar explicaciones, porque llevarías a tu lado a tu supuesta novia y se acabarían las especulaciones y las habladurías.

—A mí me parece bien. —Mi padre se recostó en la silla, cruzó las manos sobre su cintura y sonrió, satisfecho.

—Dejadme que lo piense —les pedí.

—Por supuesto —dijo Cameron en el momento en el que se puso en pie—. En cuanto tengas una respuesta, me la haces saber. Y gracias por escuchar mi propuesta, Jonathan.

Mi padre y yo también nos levantamos y saludamos al candidato con un apretón de manos.

—Te comunicaré mi decisión cuanto antes —le aseveré.

Caminé junto a mi padre para salir del despacho y de la sede mientras intentaba disimular una mueca de dolor. Cuando permanecía mucho rato sentado, antes de moverme, mi pierna se quejaba tensando la piel y los músculos que me faltaban o haciendo crujir las placas y tornillos que sujetaban mis huesos. La variopinta cantidad de cicatrices que surcaban la extremidad me seguían produciendo dolor y picor, sensaciones que soportaba con resignación, pero también con algo parecido al agradecimiento, porque sentir significaba existir. Si me dolía la pierna era gracias a que, en su momento, los médicos decidieron salvarla y no cortarla. Lo mismo pasaba con las marcas rosadas o blanquecinas que también decoraban mi espalda y mi brazo derecho.

Lo que seguía enfureciéndome era no haber podido superar la leve cojera. Las cicatrices podían permanecer ocultas bajo la ropa, pero mi forma renqueante de andar hacía que la gente me mirara con lástima y curiosidad. Eso sí, me deshice en cuanto pude del bastón que había llevado hasta entonces para ayudarme a andar. Aquel utensilio me recordaba demasiado a menudo lo maltrecho que había quedado mi cuerpo y las cosas que ya no volvería a hacer.

—¿Por qué has soltado tan pronto el bastón, hijo? —me preguntó mi padre una vez salimos al exterior. Ya había anochecido y la calle 47 apareció iluminada y bulliciosa.

—Cojeo igual —gruñí—, y solo era un estorbo.

—Te daba un toque de elegancia —bromeó.

—O podía resultar un arma mortífera en mis manos. —Sonreí.

—Sí —mi progenitor rio—, a veces temíamos que te fueses a liar a bastonazos con cualquiera que te rebatiera. —Tras el comentario y las risas, se puso serio y me miró con ternura—. Me alegra verte reír, hijo. Has sufrido en exceso y te mereces un poco de felicidad.

—Gracias, papá. —Samuel Reed podía ser un fiscal duro y temible, pero no conocía mejor marido y padre que él.

—¿Quieres que Caroline y yo vayamos a cenar a tu casa o vosotros a la nuestra?

—Otro día —suspiré—. Estoy cansado y necesito tumbarme un rato.

—¿Crees que Autumm te dejará? —se mofó antes de levantar la mano y parar un taxi.

—No lo creo. —Reí—. Ya nos veremos, papá.

Cuando lo vi alejarse, paré al primer taxi que pasó. En otro momento, quizá hubiese compartido el vehículo con mi padre e incluso habría aceptado su sugerencia de reunión familiar, pero no aquella noche. Aquella noche, después de hablar con él y con Edwards sobre relaciones, novias y esposas, no me apetecía volver a casa, aunque en ella me esperase la persona más importante de mi vida. Necesitaba un tiempo de solaz y un respiro; un tiempo para mí.

Me bajé del taxi en una calle paralela al estadio de los Yankees, donde se ubicaba un bar del que conocía a sus dueños, gentes sencillas a las que no les importaba mi procedencia, mi reciente estatus o el origen de mi cojera. Me acerqué a la barra y me senté en uno de los taburetes. Divisé a la camarera, que colocaba botellas en las estanterías subida en una pequeña escalerilla. Observé su voluptuoso trasero enfundado en una estrecha falda con estampado de leopardo, sus piernas morenas y su ondulado cabello oscuro. Nada más bajar los dos escalones, se percató de mi presencia.

—Vaya, capitán —me saludó con su sensual sonrisa—, ¡qué grata sorpresa!

—Hola, Sofía. ¿Me pones una cerveza?

—Marchando, capitán.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —le dije en tono bromista.

—Pero sabes que es lo mejor. —Sonrió mientras me servía un botellín de la espumosa bebida—. Llamarte por tu nombre significaría demasiada familiaridad, ¿no crees?

Sonreí mientras me llevaba la botella a la boca. Tenía razón. Si se limitaba a llamarme por mi antigua graduación, podríamos seguir tratándonos como meros conocidos, sin preguntas, sin confidencias, sin obligaciones.

—¿Y qué tal marcha todo, mi guapo soldado?

Fue una pregunta mecánica, sin interés ninguno por su parte de saber, solo para entablar la trivial conversación que solíamos mantener. Para hacerlo, se dejó caer en la barra y pude disfrutar de su agraciado rostro, de su piel dorada, sus ojos negros y su boca voluptuosa, rasgos que evidenciaban su ascendencia cubana. Así mismo, mostró el amplio escote que proporcionaba su ajustado *top* negro, por lo que sus generosos pechos parecían serme ofrecidos en una brillante bandeja. Pronto, mi cuerpo reaccionó a aquel cuerpo deseable y sentí el tirón en la entrepierna. Sofía captó muy deprisa el deseo que emanaba de mis ojos y me respondió con otra mirada cargada de sensualidad.

—¿Vamos arriba, capitán? —murmuró, sin dejar de mirarme.

No hizo falta que contestara. Le di un largo trago a mi cerveza, me limpié los restos de espuma con el dorso de la mano, dejé un billete sobre la barra y descendí del taburete. Carlos, el

otro camarero, le guiñó un ojo a Sofía para indicarle sin palabras que él se haría cargo de los clientes mientras tanto.

Aun así, tenía que seguir siendo discreto. Ser concejal en el ayuntamiento de Nueva York e hijo de Samuel Reed al mismo tiempo me colocaba en un gran escaparate. Me dirigí al pasillo que albergaba los servicios, pero no llegué a entrar en ellos. Abrí una puerta con acceso único al personal, subí una escalera y entré en una habitación, donde solían cambiarse o descansar los empleados del bar. Una vez dentro, Sofía cerró la puerta, se apoyó en ella y me sonrió con picardía. La mortecina luz de la única bombilla que colgaba del techo llenaba el lugar de luces y sombras, de deseo y de lujuria.

Me acerqué a Sofía y la besé en la boca con ansia al tiempo que bajaba su *top* y extraía sus pechos para acariciarlos. Un instante después, me introduje sus pezones en la boca mientras alzaba su falda hasta la cintura y apartaba sus bragas para deslizar mis dedos por su sexo, húmedo y ardiente. Ella respondió con un jadeo y desabrochando mi pantalón para introducir su mano y buscar mi miembro, que clamaba por meterse dentro de su cuerpo.

—Estás durísimo, capitán —gimió mientras movía arriba y abajo sus dedos sobre mi palpitante erección—. ¿Estás seguro de que no quieres que esta vez sea en la cama?

—No —respondí con un jadeo.

—¿Por qué nunca quieres que sea en la cama o el sofá...?

No quería seguir por ese camino y no me apetecían las explicaciones. Sin molestarme en contestar, me coloqué el preservativo que ya había preparado, levanté una de las piernas de Sofía y me introduje en su interior de una sola embestida. Ya no hubo más palabras, ni preguntas o respuestas. Mi amiga me conocía bien y sabía que eso era lo único que yo buscaba, sexo, placer y un momento de paz. La sujeté por los glúteos para que pudiese enroscar sus piernas en mi cintura y seguí penetrándola con ímpetu, hasta hacer rebotar su espalda en la puerta y hacer crujir la madera. Busqué de nuevo sus pechos con mi boca y los chupé con fruición mientras ella gemía de placer con cada golpe de mis caderas. Sabía que ella disfrutaba y que alcanzaba el clímax con facilidad, pero no era mi mayor preocupación. Mi interés radicaba en obtener mi propia satisfacción, por lo que aceleré el ritmo de mis envites y no me detuve hasta que el orgasmo hizo vibrar mi cuerpo y jadeé con fuerza sobre los pechos de Sofía.

Volvió a inundarnos el silencio mientras ambos recomponíamos nuestras ropas y yo, como siempre, evitaba mirarla a la cara.

—Eh, capitán —me dijo ella al tiempo que levantaba mi barbilla con sus dedos—, no estés triste. No haces nada malo por buscar un poco de placer conmigo.

—Gracias, Sofía —respondí.

—Espero que lo que me agradezcas no sea el polvo —bromeó—, aunque me encante follar contigo, capitán.

—Sabes por qué te doy las gracias —repliqué—. Porque eres la única que...

—Que acepta que la folles sin más explicaciones —me interrumpió, todavía en tono guasón

— No te preocupes, no te las voy a pedir, como tampoco tú deberías sentir remordimientos. Disfrutemos del momento y nada más, ¿de acuerdo?

Le di un beso en la frente y me dirigí al pasillo y a la escalera que llevaba a los servicios, aunque, para salir del local, utilicé una de las puertas traseras que daban a un oscuro callejón. Avancé hasta la avenida del estadio de los Yankees para no tener problema en parar un taxi y, una vez en el vehículo, suspiré de alivio al poder descansar de nuevo. Echar un polvo de pie y sin desvestirse no era muy beneficioso para mi pierna, pero esa sería la única forma de hacerlo. Quitarse la ropa, abrazarse, besarse, utilizar una cama... Nada de eso ocurriría con otra mujer que no fuese Allison. Por eso, después de estar con Sofía, solía sentirme mal, porque me venía a la mente la lápida que custodiaba la fría tumba de mi mujer y sentía que la estaba traicionando.

Aun así, mi cuerpo necesitaba sexo, y si únicamente entregaba y recibía un poco de placer, la traición y la culpabilidad me resultaban más llevaderas.

* * *

Dejé atrás Manhattan y me adentré en Brooklyn hasta llegar a Prospect Park South, donde se ubicaba mi domicilio, en una bonita casa que adquirí cuando decidí que lo mejor para vivir era estar cerca de la ciudad pero lo más tranquilo posible. Y porque Allison siempre prefirió vivir en pleno Manhattan y, de aquella manera, evitaba nuestro barrio, las tiendas, los bares o las calles que recorrimos juntos.

Cuando abrí la puerta y atravesé el vestíbulo, un remolino de vida me asaltó al entrar en el salón.

—¡Papi, papi! ¡Qué tarde has llegado!

—Hola, cariño, pero ¿qué haces levantada a estas horas?

—Mañana es sábado —me dijo con un gracioso mohín—. Y, además, tenía que enseñarte esto. —Orgullosa, me mostró la medalla que colgaba de su cuello—. ¡He ganado el concurso de cuentos!

—¿Tu cuento de la niña y la estrella ha ganado?

—¡Sííí! —exclamó—. ¿Recuerdas que te conté que la niña del cuento era yo y la estrella era mamá?

Era tan pequeña cuando se quedó sin madre que su mente infantil creó aquella historia, en la que su madre la cuidaba desde el cielo en forma de brillante estrella.

—Claro que lo recuerdo. Enhorabuena, pequeña —la felicité, orgulloso, al tiempo que me agachaba para ponerme a su altura y la estrechaba entre mis brazos.

Autumn, mi hija; mi motor y la razón de que decidiera seguir viviendo cuando desperté en la cama de un hospital con la mitad del cuerpo destrozado, después de saber que ya no volvería a ver a Allison nunca más...

—Vamos, vamos, no te apoyes en tu padre —le advirtió Imogene—. Y, ahora, a la cama,

jovencita.

—¿Te he hecho daño, papi? —me preguntó, compungida, posando su manita sobre mi pierna.

—Claro que no, cielo. Pero es cierto que ya es hora de irte a dormir. Es muy tarde para una niña de siete años.

—¡Sí, ya me voy! —Me dio un fuerte, sonoro y húmedo beso en la mejilla—. ¡Hasta mañana, papi! ¡Vamos, tía Imogene!

—Vamos, torbellino —le dijo mi tía mientras la veía correr escaleras arriba—. Por cierto, Jonathan, tienes algo de cena en el frigorífico. No sabía a qué hora llegarías.

—Gracias, tía Imogene —le contesté antes de darle un beso en la mejilla—. No sé qué habríamos hecho sin ti.

—Yo tampoco, francamente —bromeó antes de seguir a mi hija.

Imogene era la hermana mayor de mi madre, que se quedó viuda, sin hijos, ya cumplidos los sesenta. A pesar de las veces que insistí en decirle que no debería consagrar su vida a nosotros, la muy cabezota me convenció de que vivir sola no iba a ser mejor que cuidar de una niña pequeña... aunque en ese lote entrara también el padre lisiado de la cría.

Cené en la cocina un trozo de carne con guisantes y el mejor puré de patatas posible, el que cocinaba mi tía. Mientras paladeaba la sabrosa comida, pensé en la proposición de Cameron y, vista fríamente, no me pareció tan descabellada. Una mujer que conociese los entresijos de la política y que tuviese, al igual que yo, un propósito con aquel acuerdo, sería lo ideal. Volví a intentar recordar el rostro de la hija de mi amigo, pero fui incapaz. Me encogí de hombros y no le di más vueltas. No me importaba en absoluto su físico o su carácter mientras comprendiera las reglas del pacto.

En cuanto acabé el contenido del plato, Imogene ya estaba revoloteando a mi alrededor, recogiendo el cubierto y el mantel de la mesa.

—Por favor, tía —me quejé—, eso puedo hacerlo yo.

—Tienes cara de cansado —me rebatió con dulzura—. Por eso te he preparado un baño relajante. Anda, sube antes de que se te enfríe.

—Pensaba meterme en la cama... —protesté.

—Nada más entrar, te he visto cojear más de lo normal —insistió—. Y llevas el brazo más agarrotado de la cuenta. Un baño con un poco de té y harina de avena te hará sentir mejor.

Solo a las personas más allegadas les permitía hablar sin tapujos de mis cicatrices y heridas.

—¿Té y harina de avena? —inquirí, alzando las cejas.

—He buscado por Internet y así he sabido que relajan, suavizan la piel y calman el picor de las cicatrices —me explicó al tiempo que me tomaba del brazo para subir la escalera.

—Al final —sonreí—, regalarte el móvil que en su momento quisiste tirarme a la cara fue una buena decisión.

—Los viejos tenemos que entretenernos con algo —refunfuñó—. Tengo muchas horas libres y ese prodigio de Internet me ayuda a llenarlas. ¡La que habríamos liado en mis tiempos con algo

así!

—Me alegro, tía, pero quedamos en que sería suficiente con que te encargaras de Autumm —suspiré ante la puerta del baño.

—Paparruchas —rezongó—. No me cuesta nada cuidar también de mi sobrino predilecto.

—No tienes más. —Sonreí.

—Por eso. —Ella también rio y sentí un pellizco de tristeza al observar los surcos que las arrugas habían formado en su rostro, enmarcado por una media melena blanca y cuidada. A pesar de su energía y fortaleza, mi tía era una mujer pequeña y de aspecto frágil, y seguía carcomiéndome la idea de que su vida se hubiese ido al traste por nosotros.

—¿Te he dicho ya alguna vez que sin ti no lo habríamos conseguido?

—No hace falta que me agasajes. —Puso los brazos en jarras—. A estas alturas no podrás deshacerte de tu vieja tía.

—Hasta mañana, tía Imogene —me despedí de ella tras poner los ojos en blanco.

Parpadeé al encontrarme el baño que me había preparado, puesto que parecía habérmelo convertido en todo un *spa*. ¡Incluso me había encendido varias velas aromáticas! Inhalé el perfume que inundaba la estancia mientras me desprendía de la ropa y, a continuación, sumergí mi cuerpo en el interior de la bañera en mitad de un suspiro de placer. Una agradable sensación me envolvió de inmediato. Apoyé la cabeza en una toalla doblada y cerré los ojos mientras yo mismo masajeara mi pierna dolorida. También percibí la suavidad del agua tibia en mi hombro y mi espalda, lugares donde la piel se contraía como una bola de papel de celofán arrugado. Tras la explosión de la bomba, una columna de hormigón había sepultado mi pierna, lo que me impidió moverme y huir de las llamas que ardían a mi alrededor. Solo recordaba dolor, lamentos, humo, falta de aire, mis gritos llamando a Allison...

Como solía hacer en las ocasiones en las que los recuerdos me torturaban, alargué una mano hacia el armario de las toallas y abrí un cajón, donde guardaba una pequeña caja de lata. Me sequé bien las manos antes de abrirla y extraje el paquete de cartas sujetas con un lazo azul. Los sobres aparecieron desgastados, lo mismo que las cuartillas que albergaban en su interior, de tanto manosearlos. Había leído tantas veces aquellas palabras manuscritas que ya me las sabía de memoria. Palabras que consiguieron acompañarme aquellos solitarios días de rehabilitación y largas sesiones de dolorosa fisioterapia. Palabras que me sanaron tanto como los masajes o los más duros ejercicios.

Nunca supe quién había sido la autora de las cartas; solo que, sin ellas, me hubiese sentido mucho más solo y desamparado.

Todavía en el interior de la bañera, comencé de nuevo a leer la primera de ellas. Aún recuerdo la confusión que me asaltó cuando mi fisioterapeuta me la entregó, después de decirme que había aparecido misteriosamente en la recepción. Y, con el paso de los días, esperé con ansia aquellas anónimas palabras.

* * *

Estimado capitán Reed:

En primer lugar, quisiera ofrecerle mi más sincero pésame por la pérdida de su esposa. Quiero que sepa que lloro su muerte desde que me comunicaron el triste y, a la vez, trágico e injusto suceso.

Seguro que se sentirá desconcertado, al desconocer la identidad de la persona que le ha enviado esta carta sin remitente. Y, ya que se lo estará preguntando, aprovecharé para decirle que no importan ni mi nombre ni mi identidad. Únicamente importa que sepa que ya nos conocemos, aunque solo sea de vista. Y, por si quiere hacerse una idea, también le diré que soy una mujer. Perdone que no le dé más detalles, capitán, pero creo que es mejor así. Tal vez más adelante le aclare más.

Mi pretensión al escribirle no es otra que ofrecerle mi consuelo y mi compañía. Si le sirve de algo, yo también me siento sola muchas veces, así que, mientras le escribo, es como si usted estuviera aquí, a mi lado, escuchándome. Espero que usted también se sienta reconfortado y se imagine que estoy muy cerca, sentada junto a la cabecera de su cama, narrándole historias que le hagan olvidar por unos instantes su soledad. Quizá piense que, a veces, esta es necesaria, y no se lo censuro, porque yo misma, en algunas ocasiones, he necesitado estar sola.

De todos modos, permítame acompañarlo, aunque sea a través de unas pocas palabras estampadas en una hoja de papel. A todos nos puede gustar la soledad en algún momento puntual, pero, al final, siempre buscaremos la compañía de otras personas. Lo difícil, casi siempre, es encontrar a esa persona que nos gustaría tener a nuestro lado.

Qué complicada es a veces la vida, ¿verdad, capitán Reed?

Le contaré algo que me ocurrió el otro día, sin ir más lejos. Me encontraba en una animada reunión llena de gente, con música, bebida, risas... pero me di cuenta de que quería salir huyendo de allí sin dar una sola explicación.

¿Se ha sentido alguna vez así, capitán Reed, tan diferente al resto que cree que no encaja...?

Capítulo 5

Como algunos domingos por la mañana —siempre que no arrastraran resaca, algo que sucedía demasiadas veces—, mis amigas me esperaban a la puerta de casa para ir a correr juntas. Ataviadas con *maillots* de vivos colores, *leggings* negros y el pelo recogido, solían dejar Manhattan ese día para cambiarlo por la tranquilidad de las calles arboladas de Malba, el barrio de Queens donde todavía vivía con mis padres. Las dos ya se habían independizado hacía un par de años y habían insistido muchas veces, tanto Sally como Kimberly, en que me fuera a vivir con alguna de ellas, algo que rechacé en vista de sus agitadas vidas sentimentales. Me negué en redondo a ser la amiga acoplada. Preferí esperar un poco más a que el negocio de las tartas mejorara con el tiempo y poder alquilar algún pequeño apartamento, algo que no daba muestras de ocurrir muy pronto, pero me lo tomaba con filosofía.

Como si fuera algo trivial, aproveché el momento en que llevábamos un buen trecho y ya empezábamos a sudar a mares para comentarles la propuesta de mi padre.

—¿Qué?! —Sally se detuvo de golpe y me miró con expresión de pánico—. Pero ¿cómo se te ha ocurrido aceptar esa proposición tan descabellada?! ¿Qué demonios le pasa a tu padre?

—Que se presenta a gobernador y yo le estaba poniendo las cosas muy difíciles —suspiré, después de detenerme también—. No me parece tan horrible ayudar un poco.

—Pues él no pareció pensar lo mismo cuando te negó su ayuda para independizarte —gruñó Kimberly.

—Y es algo que le agradezco —respondí en el instante en el que las tres volvimos a coger el ritmo, aunque algo más pausado—. Así, el día que lo consiga, sabré que ha sido por mí misma y no por ser la hija de Cameron Edwards.

—¿Y qué pasa con nuestro plan de sugerirte candidatos para ese polvo que tanta falta te hace? —se lamentó Sally—. ¡Esta semana pensaba presentarte a un tío buenísimo!

—Pues que tendrá que esperar. —Sonreí—. Solo será un tiempo, chicas, que me vendrá bien para dedicarme plenamente a mi pastelería.

—¿Esperar? ¿Todavía más? —exclamó Sally—. Nos parece muy triste que, a los veintiséis años, no sepas lo que es un orgasmo.

—¡Claro que lo sé! —repliqué, indignada.

—Los que te provocas tú misma no cuentan, Brook —se mofó Kimberly—. Necesitas experimentarlo con un hombre.

—¿Y qué queréis que haga? —planteé—. ¿Poner un anuncio?

—«Se necesita macho que sepa provocar orgasmos» —se carcajeó Sally—. ¿Cuántos candidatos creéis que se presentarían?

—Movidos por su ego masculino, seguro que muchos —comentó Kimberly—, aunque fijo que un mínimo porcentaje lo conseguiría.

—¿Vais a dejar de decir tonterías? —pregunté, exasperada—. Además, creo que yo necesito sentir algo por la persona con la que practique sexo. A la vista está que no me funciona si no hay algún tipo de sentimiento de por medio.

—Ya vuelve Brooklyn la soñadora —se mofó de mí Sally—. ¿Todavía esperas que aparezca un soldado de ojos verdes y te monte en su caballo blanco?

—Mejor no haceros caso —gruñí al tiempo que paraba un momento para dar un trago a mi botella de agua—. Paso de vosotras y de vuestras risas a mi costa.

—Vale, vale, no te enfades —pidió Kimberly después de hidratarse también—. Volvamos a la propuesta del novio postizo. ¿Has pensado que puede ser un horrible adefesio?

—O un señor de la edad de tu padre. ¡Puaj! —se asqueó Sally, imitando una arcada.

—No lo creo —les rebatí—. Conociendo a mi padre, seguro que me coloca a algún repipi de Harvard, con impecables modales, gafas y peinado con la raya al lado.

—Pues no sé qué es peor —rezongó Sally.

—La verdad, no me importa —señalé mientras retomábamos el ritmo—. Me voy a limitar a sonreír a su lado en las fotografías, cogerlo del brazo y darle algún beso en la mejilla para que crean el tinglado, nada más. Y, mientras tanto, de ese modo, ayudaré a mi padre, a mi hermano y a Harper, que la pobre ha tenido que trabajar por las dos demasiadas veces. Se acabaron los desmadres por una temporada.

—De acuerdo, pero hoy será la despedida —dijo Sally—. ¡Nos emborracharemos las tres por última vez hasta que rompas con tu novio de pega!

—¡No! —grité—. Chicas, no voy a emborracharme hoy. Seguro que me vuelve a pasar alguna catástrofe y alguien la inmortaliza con su móvil.

—¿Cuándo sabrás la identidad del tipo? —preguntó Kimberly.

—Hoy mismo —anuncié—. Mis padres le han estado dando largas al asunto, pero de hoy no pasa que me lo suelten.

—Está bien —dijo Kimberly—. Entonces, quedaremos esta noche, pero solo para que nos cuenten de quién se trata. ¿Os parece bien en el bar de Henry? Nos comeremos una buena hamburguesa mientras nos pones al día.

—Me parece genial —acepté—. Llamaré también a Harper y a Patrick, y así no tengo que pasar el bochorno dos veces.

—¡Sí, estupendo! —exclamó Sally—. Hace tiempo que no vemos a Harper.

—Pues quedamos así —sonreí—: esta noche, cena en el bar de Henry. Y sabréis la identidad del repipi.

* * *

—¿Cómo has dicho, papá? ¿Me puedes repetir el nombre?

Mis padres esperaron a que acabáramos de almorzar para soltarme la bomba. ¡No me extraña! ¡Si me lo hubiesen dicho antes, no habría probado ni el agua! Aunque estuve a punto de sufrir un corte de digestión, así que no supe qué podría haber sido peor.

—Jonathan Reed, lo has oído bien. ¿No lo recuerdas? El hijo de Samuel Reed, mi abogado durante tantos años y ahora fiscal del distrito...

Por un instante, el eco de las palabras de mi padre se perdió entre la bruma de mis recuerdos. ¡Que si lo recordaba, me preguntaba mi padre! ¡Como si lo hubiese olvidado en algún momento de mi vida!

¿Cómo podía ser? Se trataba de ÉL, mi soldado, mi chico guapo de hoyuelos y ojos verdes, el que me enamoró de niña con una sonrisa aunque nos separara la distancia de una escalera...

No, no, no, imposible. ¿Cómo iba a hacerme pasar por su novia? ¡En el momento en el que lo tuviera delante, me desmayaría! Hacía siglos que no sabía nada de él, ni siquiera el aspecto que podría tener, puesto que me había negado a mí misma la opción de indagar sobre su vida tras el atentado. Me bastaba con saber que había pasado varios años de su vida entre el hospital y el centro de rehabilitación. También sabía que le habían quedado secuelas, aunque nada de eso parecía amedrentar a las mujeres, que hacían cola para intentar ocupar el puesto vacante de señora Reed. Al menos, eso le había oído contar a mi madre en alguna charla con sus amigas.

Una extraña sensación de vértigo recorrió mi cuerpo al imaginarme a su lado, posando sonriente para una fotografía o colgándome de su brazo.

—Ya puedes ir buscando otro candidato, papá —le pedí, muy seria—. No pienso hacerme pasar por la novia de ese hombre.

—Pero ¿por qué? —inquirió, perplejo ante mi rotundidad.

—Pues... porque... porque... ¡es muy mayor! —grité, titubeante—. ¡Debe de tener ya cuarenta años!

—Treinta y nueve —puntualizó mi madre.

—¡Pues eso! —grité de nuevo—. ¡Yo tengo veintiséis! ¡¿En qué cabeza cabe que algo así vaya a colar?!

—¡¿Se puede saber qué demonios importa vuestra diferencia de edad?! —exclamó mi progenitor—. ¡Nadie ha dicho que vayas a casarte de verdad!

—Bueno, pues me da igual. No pienso seguir con el plan si es con ese hombre. Punto. —Alcé la barbilla y me crucé de brazos.

—Maldita sea, Brooklyn. —Mi padre deslizó sus dedos por entre su cabello entrecano y emitió un fuerte suspiro—. Dame una sola razón convincente por la que tenga que decirle a mi amigo que no habrá acuerdo.

—Pues... ¡no sé! —vacilé—. Dile que... que no me gusta, que es muy mayor para mí, que no

pegamos nada... ¡Lo que se te ocurra!

—¡¿Lo que se me ocurra?! —gruñó, exasperado—. ¡No se me ocurre una sola razón! ¡A no ser que te parezca un buen motivo decirle que mi hija esperaba a Brad Pitt!

—Pues no —respondí con una mueca—, porque Brad también es muy viejo para mí.

Lo sé, lo sé. Todo lo que decía resultaba irracional e infantil, pero, ¿qué podía hacer? ¡Se trataba de Jonathan, el chico de mis sueños infantiles! ¡El joven que me rompía el corazón cada vez que aparecía con una nueva novia colgada del brazo! ¡El hombre que di por imposible en cuanto se casó y tuvo una hija! Por el que lloré cuando supe que una bomba lo había destrozado...

—Déjate de juegucitos, Brooklyn —bramó mi padre—. Eres mucho más madura que todas esas ridiculeces que estás soltando.

—Cariño —intervino mi madre al tiempo que me agarraba de las manos—, cuéntanos: ¿qué problema hay?, ¿te has arrepentido de la decisión de llevar a cabo lo que te propusimos?

—No es eso, mamá...

—Si es por lo que dices, te aseguro que Jonathan es un hombre muy atractivo, y, aunque sea mayor que tú, no seréis para nada discordantes. Incluso creo que hacéis una bonita pareja. —Sonrió—. Además, quedaría bastante descortés por tu parte y la nuestra decirle que no hay acuerdo después de que él haya aceptado.

—Él... ¿ha aceptado que sea yo su pareja? Quiero decir... ¿por qué?

—También le conviene, porque aspira a progresar en política y a conseguir financiación para sus proyectos de viviendas sociales —explicó mi padre—. No quiere que la prensa especule más sobre su condición de hombre viudo, atribuyéndole romances o sugiriendo que, sin una familia completa, no puede ser un buen político.

—¡¿Qué tontería es esa?! —exploté.

—Ahora no vamos a analizar el perfil moralista de los neoyorquinos —suspiró mi padre—. ¿Aceptas o no? Quiero saber tu respuesta ahora.

—Hemos pensado —intervino mi madre antes de que yo respondiera— que lo mejor es que os veáis los dos, Jonathan y tú, a solas. Así podréis charlar y decidir ambos si os parece bien seguir adelante. Si por cualquier razón, después de ese encuentro, opináis que se trata de una mala idea, lo dejamos correr y ya pensaremos otra cosa.

—¿Otra cosa? —farfulló mi padre, frunciendo severamente el ceño—. ¡No voy a...!

—Se pensará otra cosa, Cameron —lo interrumpió su mujer, haciéndolo callar de inmediato. Me resultaba gracioso que mi madre, tan dulce y tranquila, con solo una mirada hiciese enmudecer a Cameron Edwards.

—Está bien —aseveró mi padre—. Después de que os veáis esta tarde, decidiréis.

—¡¿Esta tarde?! —grité de pánico—. ¡¿Ya?!!

—¿A qué quieres esperar? ¿Al año que viene? —dijo con mordacidad.

—No, claro... —Me levanté de un salto de la mesa y arrastré conmigo el mantel y el vaso de

agua, que acabó hecho añicos en el suelo—. Oh, lo siento, lo siento... —me lamenté, sin saber qué hacer—. ¡Pero es que tengo que subir ya a vestirme, arreglarme o...!

—¿Quieres tranquilizarte, Brook? —me pidió mi madre después de apartarme de los cristales—. ¡Hemos quedado a las cinco y son las dos! ¡Faltan tres horas!

—Vale, vale, tienes razón. —Inspiré hondo y traté de calmarme—. ¿Tengo que llamarlo o...?

—No —señaló mi madre—. Ya hemos quedado en que vendrá aquí, a casa. Justo esta tarde tu padre y yo debemos asistir a una reunión en casa de los Norton, así que podréis estar solos. —Me miró con ternura—. Todo irá bien, Brook.

No, nada iba bien. Todo era un puñetero desastre. Aunque hubo algo que, por un diminuto instante, me hizo feliz: el hecho de que a él le hubiese parecido bien que yo fuese a hacerme pasar por su novia. ¿Se acordaría de mí?

* * *

Empecé a sacar ropa del armario y a tirarla sobre la cama. Nada de lo que veía me parecía bien. A pesar de repetirme a mí misma hasta la saciedad que aquello no era una cita normal, quería causarle buena impresión, pero, de repente, me parecía que toda mi ropa era demasiado insulsa.

—¿Qué estás haciendo, niña? —me preguntó Jocelyn al ver la montaña de prendas sobre el edredón verde.

—Oh, Jocelyn —me lamenté al tiempo que me sentaba en el filo de la cama—, ¿qué voy a hacer con este embrollo...?

—Pues sacar pecho, como en cada situación difícil por la que has pasado y de las que podría enumerarte unas cuantas. —Se sentó a mi lado y colocó su mano sobre las mías—. Te recuerdo que un día te plantaste en esta casa, nada más terminar la carrera, y soltaste que no ibas a trabajar para tu padre. Poco después, nos contaste que ibas a montar un negocio de tartas, a medias con alguien a quien acababas de conocer.

—¿Y qué? —le dije, exasperada.

—Pues que eres una chica valiente, Brooklyn Edwards. Podrías haber hecho como tus amigas, acomodarte en cualquier puesto que te hubiese ofrecido tu padre en la empresa, asegurarte el futuro y limitarte a seguir un rumbo. Pero tú no has dejado que te lo marquen, niña. Has decidido seguir el tuyo propio a pesar de los inconvenientes, como renunciar a tu independencia y vivir todavía con tus padres y tu vieja *nanny*.

Miré a Jocelyn, a su rostro tan querido y conocido después de tanto tiempo con nosotros, desde que, años atrás, cuando supo que ella y su marido no podrían tener hijos, decidiera cuidar de una niña pelirroja que no paraba de meterse en líos. Cuando su marido murió, mis padres le pidieron que se quedara a vivir con nosotros, diciéndole que ya formaba parte de la familia, a pesar de que la niña ya hubiese crecido.

Desde entonces, siempre la recordaba con su cabello teñido de castaño y recogido con una diadema, pantalones vaqueros y jerséis negros, atuendo que la hacía parecer aún más delgada. Ya debía de rondar los sesenta y cinco, pero su rostro conservaba el brillo de unos rasgos juveniles.

—Pero se trata de él, Jocelyn —protesté—, de Jonathan... Ni siquiera voy a saber qué decirle o qué hacer. Imagina hacerme pasar por su novia...

* * *

Tendría unos doce años cuando Jocelyn me encontró sentada en lo alto de la escalera, mirando hacia la gente que conversaba en el vestíbulo, aunque mis ojos no se apartaban de un chico alto y moreno.

—Es muy guapo —dijo de repente aquella noche.

Di un respingo, porque no me la esperaba.

—No sé a qué te refieres —solté, desviando la mirada de mi objetivo principal.

—Oh, vamos, niña, a mí no puedes engañarme. Te conozco desde que empezaste a dar tus primeros pasos y puedo adivinar casi todos tus pensamientos. ¿Te creías que no sabía lo de tus escapadas cada vez que tenemos invitados?

—Me entretiene ver a gente —repliqué, encogiéndome de hombros.

—Repito —insistió—, es muy guapo... pero deberías...

—No necesito que me digas que es muy mayor para mí —la interrumpí—. Ya lo sé y no me importa. —Dije aquello como si de verdad fuese a tener alguna oportunidad.

—No iba a decirte eso. —Sonrió con indulgencia—. Quería que supieras que esa clase de amor hace sufrir mucho, y me apena que sufras.

—¿A qué clase de amor te refieres?

—Al amor secreto, mi niña.

* * *

Mi antigua niñera miró hacia el montón de ropa y el armario revuelto y suspiró.

—No tienes que hacer nada, Brooklyn. Solo tienes que ser tú misma. Ponte algo que te siente bien, déjate suelta esa maravilla de melena que tienes y maquíllate un poco, como si fueras a salir con tus amigas.

—¿Y qué hago con los nervios? —le pregunté, como si ella fuese a tener un remedio para todo—. ¿Y con mi corazón desbocado o el temblor de mis piernas? Porque, en cuanto lo tenga delante, tartamudearé, me pondré a sudar y seguro que tiraré al suelo la taza de café que nos sirvas.

—Entonces, nada de café. —Sonrió.

—No, no..., mejor sírvenos café. Así tendré algo que hacer con las manos.

—De acuerdo. —Volvió a sonreír.

—¡O mejor no! —Ya no sabía ni lo que decía—. Conociéndome, volcaré la taza sobre su regazo, le quemaré la entrepierna y, de alguna forma, alguien lo grabará y lo colgará en Twitter, y entonces no solo dejaré de nuevo en ridículo a mi familia, sino que lo arrastraré a él y...

No hizo falta que Jocelyn me hiciese callar. Oírme a mí misma ya me pareció demasiado patético.

—Vale, ya dejo de decir tonterías. Voy a arreglarme y voy a bajar al salón para hablar con un antiguo conocido sobre el plan que hemos trazado para ayudarnos mutuamente. No es más que un acuerdo, una especie de negocio, algo meramente profesional...

Tardé tres horas exactas en salir de la habitación, aunque acabara poniéndome unos simples vaqueros —los mejores y más estrechos, y que me sentaban de fábula—, una vaporosa blusa en color turquesa y unas sandalias negras de tacón.

* * *

Lo vi desde la ventana del salón. Se me encogió el alma al observar su manera de caminar, puesto que, aunque no era demasiado acusada, su cojera resultaba evidente. No pude fijarme en nada más, porque se dirigió a la entrada y me dispuse a esperar mientras me retorció las manos. Un momento después, oí a mis padres saludarlo con efusividad.

—Cuánto tiempo sin verte por casa, Jonathan —le dijo mi madre, todavía en el vestíbulo—. Pasa al salón, por favor; Brooklyn te está esperando.

—Gracias, señora Edwards —contestó él.

Casi había olvidado su voz, ronca y profunda. Siempre había pensado que su timbre de voz resultaba tan grave que parecía surgirle de muy adentro. Oírle hablar me provocaba una cadena de escalofríos que comenzaban en la nuca y acababan en mi estómago. Mis mariposas no aleteaban; encendían hogueras y bailaban a su alrededor.

—Nosotros tenemos que marcharnos, tenemos un compromiso —comentó mi padre—. Mejor así, de ese modo podréis hablar del asunto tranquilamente. —Se asomó a la puerta del salón junto a mi madre—. Hasta luego, Brook. Jonathan ya está aquí.

—¡Hasta luego! —los despedí antes de que desaparecieran con una sonrisa.

Puse los ojos en blanco, porque parecía que realmente me estuviesen dejando a solas con mi novio.

Y, entonces, apareció él.

Capítulo 6

—Hola, Brooklyn —me saludó al entrar en el salón.

Se acercó a mí y me tendió la mano. Yo, perpleja, le correspondí y aferré su mano un instante tan pequeño que no me dio tiempo ni a determinar el tacto de su piel. Solo la noté un poco fría. En un principio, me desconcertó aquel saludo tan distante, pero después pensé que había sido lo mejor.

—Hola, capitán. —Al menos, no tartamudeé, aunque sentía el retumbar de mi corazón en los oídos, en la cabeza y en la garganta. Toda una sinfonía.

—Dadas las circunstancias, llámame Jonathan.

—Claro, sí...

Acto seguido, para poder observar su rostro, clavé mis ojos en los suyos y él hizo lo mismo. Os aseguro que, si no pareciera lo más absurdo jamás contado, juraría que oí un concierto con violines a nuestro alrededor, como la banda sonora de la escena culmen de una película... porque me habría pasado horas admirando aquellos rasgos mientras el mundo parecía haberse detenido en el tiempo.

Sus labios seguían siendo igual de llenos y perfectos, aunque hubiesen hecho desaparecer aquella contagiosa sonrisa de antaño. Sus ojos me seguían pareciendo de un hermoso tono verde oscuro, como pedazos de cristal de una botella del más exquisito champán. Sus bonitos hoyuelos, sin embargo, habían dado paso a algunas líneas de expresión alrededor de su boca y sus ojos, y a una cicatriz irregular que atravesaba su pómulo derecho y se perdía entre su espeso cabello oscuro. Ya había previsto la emoción que me embargaría al reencontrarme con él y tenerlo tan cerca, pero no el sentimiento de ternura que envolvió mi corazón. Tuve que cerrar las manos en sendos puños para impedir que una de ellas se alzara y acariciara aquellas líneas y marcas que surcaban su hermoso rostro.

Fruncí ligeramente el ceño al comprobar que él me miraba demasiado fijamente y con una expresión indescifrable.

—¿Ocurre algo? —le pregunté, desconcertada.

—No, perdona. —Parpadeó y retiró la vista—. Es solo que... no te recordaba... así.

—¿Así? —inquirí, escamada.

—Adulta, quiero decir.

—Ya. —Sonreí—. Te esperabas a la adolescente pelirroja que corría a la planta de arriba a esconderse cada vez que había invitados.

—Más o menos —respondió con una mueca, incluso esbozó una leve sonrisa que casi me hizo jadear de la impresión.

—Le he pedido a Jocelyn que nos traiga algo —le dije para paliar la tensión que reinaba—. ¿Café?

—Sí, gracias —respondió.

Observé de reojo su vestimenta, con prendas aparentemente sencillas pero que le sentaban como un guante. Llevaba unos vaqueros y un jersey gris de pico que dejaba asomar el cuello de una camisa blanca, todo ello rematado con una chaqueta tipo blazer oscura. Ni su leve cojera, ni su voz áspera o su semblante taciturno podían apagar su enorme atractivo. Ya no era aquel muchacho por el que una niña suspiraba desde la planta de arriba, pero sí un hombre que me haría suspirar a mí, a la Brooklyn adulta.

Jocelyn apareció con una bandeja. Le había pedido expresamente que fuese ella la que nos sirviera para sentirme más reconfortada. Lo que no esperaba era que Jonathan se pusiera tan contento al verla.

—¡Señora Harris! —exclamó con una sonrisa sincera que a mí no me había dedicado ni una sola vez—. Cuánto tiempo sin verla.

Mi antigua *nanny* dejó el servicio sobre la mesa y abrazó a Jonathan.

—Mi guapo muchacho —le correspondió ella—, ¡qué alegría tenerte de nuevo por aquí!

—Sí, ha pasado mucho tiempo —contestó él con una sonrisa.

—Pues más de veinte años desde que te presentaras por primera vez. Me pareciste una monada y me lo sigues pareciendo —soltó con picardía.

Parpadeé, perpleja ante tamaña muestra de confianza. Cuando terminara aquel encuentro, Jocelyn iba a tener que explicarme algunas cosas.

—Y usted sigue igual de joven y bonita —la halagó Jonathan con dulzura.

—Es gracias a mi niña —comentó, señalándome con la cabeza mientras servía el café—. Cualquier otra chica, a su edad, ignoraría a su antigua *nanny*, pero mi Brooklyn se comporta como si fuese mi verdadera nieta.

Juré mentalmente que estrangularía a Jocelyn por conmovirme de aquella manera. Incluso Jonathan me miró de una extraña forma que no supe cómo interpretar.

Después de quedarnos de nuevo a solas, nos sentamos en el sofá —aunque cada uno en un extremo— y dimos un par de sorbos a las tazas en un espeso silencio. Cuando decidí hablar, él pensó lo mismo y lo hicimos los dos a la vez. Nos reímos por lo absurdo que nos pareció todo.

—Tú primero —me dijo con cortesía.

—Gracias. —Solté la taza para evitar accidentes—. Supongo que esto te parece tan disparatado como a mí, pero si ya has hablado de los detalles con mi padre...

—Sí, bueno... —Se pasó los dedos por entre el cabello y seguí, embobada, el movimiento de su mano—. Sin duda es algo disparatado, pero si también estás de acuerdo...

—¿Cómo te parece que lo enfoquemos? —le pregunté, tratando de ir al grano, porque, si

seguíamos titubeando, me acabaría dando un infarto.

—He pensado en hacer una primera prueba este mismo viernes. —Mientras hablaba, me dio la impresión de que evitaba mirarme—. Habrá una velada informal con empresarios y algunas personas influyentes que podrían interesarse en alguno de mis proyectos. Solo será una primera toma de contacto.

—¿Y crees que te beneficiaría que yo fuera contigo? —Nada más pronunciar esa posibilidad, se me secó la boca y tuve que pasarme la lengua por los labios una y otra vez.

—Es lo que quiero comprobar —respondió mientras miraba el interesante fondo de su taza—. A estas reuniones sociales, los invitados suelen acudir con sus parejas o con ganas de encontrarla, y yo volvería a ser el blanco de preguntas o de... proposiciones.

—Tendrás que presentarme —le sugerí—. Todo el mundo nos preguntará.

—Lo doy por hecho. Pero, una vez que te conozcan y se haga oficial que tengo novia, dejarán de interesarse. No habrá especulaciones ni... insinuaciones.

—Claro, me parece un buen plan. A mi padre también le vendrá bien. Una imagen más seria de su hija será algo bueno para su campaña.

—¿Solo lo haces por tu padre? —me preguntó, algo incómodo.

—Bueno... también lo hago por mí. Necesito centrarme en mi trabajo y sacar adelante mi negocio.

Esperé a que me preguntara por mi trabajo, pero no lo hizo. Lo vi demasiado ausente y me dio la sensación de que le importaba un rábano.

—¿No te parece que deberíamos contarnos algo? —le sugerí—. Quiero decir, ya sabes..., por si la gente nos pregunta cómo nos conocimos y eso. Por ejemplo, no me has preguntado a qué me dedico...

—Sí, sí, claro. Cuéntame algo de... ti.

Continuaba sin mirarme y parecía nervioso e inquieto. De vez en cuando se llevaba una mano a la pierna para masajearla o rascarse, lo que me hacía recordar el origen de sus lesiones y la angustia que me atenazaba cada vez que pensaba en el dolor que habría sentido o lo difícil que habría sido sobreponerse a todo lo que le pasó.

—Regento a medias con otra socia un negocio de tartas personalizadas, Sweet Manhattan, cerca de St. Marks —le expliqué—. Después de terminar derecho, descubrí que no me motivaba lo suficiente.

Le hablé de mi trabajo, de Harper y de Patrick, y de mi deseo de prosperar en algo que me gustaba realmente. No me di cuenta de lo ensimismada que estaba en hablar de mí misma hasta que lo volví a mirar y lo descubrí inquieto, allí sentado en el sofá. De pronto, se puso en pie tan bruscamente que paré de hablar de inmediato.

—Lo siento —balbució—, pero creo que esto no es una buena idea. Será mejor que te busques otra forma de ayudar a tu familia y yo pensaré en algo para mí. No te preocupes por tu padre, yo mismo hablaré con él y le diré que ha sido un error.

Desconcertada, contemplé cómo volvía a pasarse una mano por el pelo y se alejaba hacia la puerta. ¿Qué había pasado? ¡No pensaba dejar que se marchara sin una explicación!

—Un momento, Jonathan. —Se detuvo, dándome la espalda—. ¿Por qué es un error? ¿Te refieres a hacernos pasar por pareja?

Se giró hacia mí, pero miraba hacia algún punto sobre mi cabeza.

—La idea, a pesar de lo descabellada, me sigue pareciendo la mejor salida —respondió—, pero no tú y yo. Tú puedes buscarte otro candidato y yo haré lo mismo.

A pesar de lo que me dolió aquella sugerencia, mi indignación superó mi tristeza. Me acerqué a él para obligarlo a que me mirase a los ojos.

—Tú y yo, ¿no? —le espeté, furiosa—. ¿Qué es lo que no te parece bien de mí? ¿Acaso esperabas a una mujer más atractiva? ¿Crees que una pelirroja podría hacerte quedar mal ante tus posibles inversores?

Mi explosión de ira pareció hacerlo reaccionar y observé cómo alzaba sus pestañas y fijaba sus penetrantes ojos verdes en mí. Parecía confuso y sorprendido ante mi reacción. Seguro que esperaba que me estuviese quietecita y callada después de decirme que no le servía ni como novia postiza.

—No he querido decir eso —se limitó a contestar, con su voz vibrante y profunda.

—¿Entonces? —insistí—. ¿Qué problema tienes conmigo? ¡Y si se te ocurre decirme que soy demasiado joven, te diré que tú eres demasiado viejo y no me he quejado!

Y, entonces, para mi completo asombro, sonrió.

—¿Qué te hace gracia si puede saberse?

—Nada —titubeó—. Bueno... que te parezca viejo.

—Es que lo eres —ratifiqué.

—No lo soy. El problema es que tú eres demasiado joven.

—¿Es ese el inconveniente? —insistí—. ¿Mi edad? Porque te recuerdo que hay multitud de parejas con diferencias importantes de edad.

—No es por eso —suspiró—. Bueno, sí, un poco, pero no del todo...

—Estoy esperando una explicación. —Me crucé de brazos y empecé a dar golpecitos con la punta de mi sandalia—. Y espero que sea plausible.

—Está bien —acabó aceptando, después de segundos eternos de silencio—, lo haremos. No tengo la menor idea de cómo acabará esto, pero lo llevaremos adelante.

—¿Y ese cambio de actitud? —le planteé, alzando las cejas—. ¿Te he dado pena? ¿Crees que puedo acabar traumatizada por tu rechazo?

—No es nada de eso, maldita sea. —Se apartó de mí en mitad de un bufido—. He accedido porque tu padre siempre se ha portado muy bien conmigo y con mi familia. ¡Y porque no se me ocurre nadie más!

—Pero no te parezco lo suficientemente atractiva —le dejé caer.

Volvió a bufar y se colocó a un palmo de mí. Sus ojos brillaron y su rostro se tornó tan tenso

que la cicatriz de su pómulo destacó mucho más sobre su piel.

—Escúchame bien, Brooklyn Edwards —bramó al tiempo que me señalaba con su dedo índice—: esto no va de parecer mejor o peor, de ser joven o viejo o más o menos atractivo. Solo es una farsa, un trato que nos beneficiará a tu padre, a ti y a mí. ¡Así que deja de hablar como si fueran a casarnos de verdad! ¡Porque me hubiese servido cualquiera!

Mis nervios, mi corazón desbocado, mi adoración y mi enamoramiento infantil se apagaron juntos de golpe. Con aquella salida de tono, Jonathan me hizo reaccionar y me recordó que no éramos nada, que todo había sido una extraña casualidad y que había un objetivo concreto para estar organizando algo tan descabellado.

—Lo siento —se lamentó—. No pretendía hablarte así. —Cerró un instante los ojos y, cuando los volvió a abrir, me miró con sincero arrepentimiento.

—No pasa nada —le contesté—. ¿Es por la pierna?

Se envaró al instante.

—No quiero incomodarte, Jonathan, pero no has parado en todo el rato de tocarte y rascarte. He supuesto que te estaría molestando y que te hacía estar de malhumor.

—Se me pasará enseguida —gruñó.

Di por sentado que sus heridas eran tema tabú.

—A ver, no nos pongamos nerviosos. —Me acerqué a él—. ¿Qué te parece si, antes de esa reunión que mencionas, nos vemos algún día y conversamos sobre los detalles?

—Tengo una semana muy ocupada, pero podría intentar quedar el jueves.

—No tendremos mucho margen, pero en fin... Intercambiamos los números de teléfono por si surge cualquier contratiempo.

—Sí, claro. Dame tu móvil. —Marcó su número en mi teléfono y se hizo una llamada—. Ya está.

—¿Dónde quedaremos? —le pregunté mientras recuperaba el aparato.

—No lo sé, ya te llamaré —rezongó.

—Muy bien —suspiré antes de extender mi mano—. Hasta el jueves, Jonathan.

—Hasta el jueves —masculló después de corresponder a mi saludo, estrechando mi mano durante un nanosegundo.

—Perdona —le dije en cuanto nos acercamos a la puerta de entrada—, no te he preguntado si necesitabas un taxi.

—He venido en mi coche —contestó con un deje de irritación—. Aunque esté cojo, sigo estando capacitado para conducir.

—Perdona, yo...

Pero ni se molestó en escucharme. Se limitó a bajar hasta la calle por la rampa adoquinada mientras trataba de disimular que apenas podía doblar una de sus rodillas. Observé cómo se introducía en un todoterreno, lo ponía en marcha y enfilaba la calle arbolada.

—¿Qué tal ha ido? —me preguntó Jocelyn, que se acercó al vestíbulo.

—Se acabó, Jocelyn —me lamenté—. Ya no queda nada de aquel muchacho que me hacía soñar con él todas las noches.

—Lo siento, mi niña. —Me abrazó—. Pero no te preocupes, otros llegarán. Además, que no sientas nada por él será mucho mejor para llevar a cabo la disparatada idea de tu padre.

—No me has entendido —le aclaré tras el abrazo—. Quería decirte que me acabo de despedir de aquel muchacho idealizado en mi mente, pero le he dado la bienvenida al hombre real del que me acabo de enamorar.

—Pues andamos apañados —suspiró Jocelyn.

* * *

Llegué al bar de Henry pasadas las siete. El local estaba bastante lleno, con personas en la barra y en las mesas. Localicé a mis amigos al fondo, sentados en un par de bancos acolchados, dispuestos alrededor de una de las mesas de mayor tamaño. Henry, el dueño, y fan de series como «Friends» o «Cómo conocí a vuestra madre», había organizado el local de aquella forma para acomodar a grupos más numerosos de amigos.

Después del surrealista encuentro con Jonathan, mi ánimo no andaba muy arriba, por lo que me irritó que, al entrar, sonara de fondo la melancólica melodía de *Lovely*, de Billie Eilish. Me acerqué a la barra para hablar con Henry y arreglar la situación.

—Hola, Brook —me saludó mientras servía algunas bebidas. Frunció ligeramente el ceño al advertir mi más que segura mala cara—. ¿Estás bien?

—Sí, pero cambia ahora mismo esa *play list* tuya tan deprimente por algo un poco más animado. No soporto en este momento los dramas de nadie.

—Sabes por dónde van mis gustos... —Sonrió.

—Lo dejo a tu elección —le dije antes de avanzar hasta mis amigos.

Sonreí al advertir el cambio de banda sonora con *Dakiti*, de Bad Bunny. Aquel ritmo le vino mucho mejor a mi ánimo.

—Ya era hora, Brook —se quejó Kimberly—. Estábamos muertos de hambre.

—Y muertos de curiosidad —intervino Patrick—. ¡Cuéntanos ahora mismo!

—¿De verdad has llegado a semejante acuerdo con tu padre? —añadió Harper.

—Voy, voy —bufé al tiempo que me dejaba caer en un hueco, entre Sally y Harper. Cuatro pares de ojos me miraron, expectantes.

—Oh, oh... —comentó Sally—. Me parece que ha habido problemas con el repipi de Harvard.

—No se trata de ningún repipi —me lamenté—. Ahí mi padre me ha pillado por sorpresa.

—Es feísimo, seguro —sugirió Kimberly.

—Tiene cincuenta años —aportó Sally.

—Está buenísimo, pero es un capullo insoportable —apostilló Patrick.

—¿Por qué diantres vas a hacer algo así? —volvió a gruñir Harper.

—Ya está decidido, Harper —contesté en primer lugar—. Y, si habéis acabado vuestro interrogatorio —respondí después de beber un trago de la cerveza que me sirvió Henry—, os iré respondiendo. No es feo, no tiene cincuenta años y no es un capullo, solo un poco gruñón.

—¿Entonces? —insistió Sally—. ¿Por qué traes esa cara de «Esto es una mierda, qué voy a hacer con mi vida»?

—Porque es justo así cómo me siento —suspiré—. Esto es una mierda y no sé cómo voy a gestionar esto. Porque resulta que, mi novio a partir de ahora, al que voy a tener que acompañar a cenas y reuniones de políticos y empresarios, y con el que voy a tener que fingir una relación es... nada más y nada menos que...

—Como sigas con la incertidumbre y el tono dramático —protestó Patrick—, juro que vierto mi jarra de cerveza sobre tu precioso pelo mientras hago un directo en mi cuenta de Instagram.

—Perdonadme —farfullé—, pero me cuesta hasta decir su nombre. El elegido por mi padre, y que ha accedido a este plan, es Jonathan Reed.

No pude menos que reírme cuando contemplé sus caras de pasmo.

—Ahora voy a ser yo quien os haga una foto y la suba a todas las redes —bromeé.

—Es guasa, ¿verdad? —sugirió Kimberly.

—Seguro que forma parte de algún programa con cámara oculta —aventuró Patrick—, y no creo que algo así vaya a darle seriedad a tu imagen.

—Me parece que Brook no tiene cara de broma ni de programa de chistes —señaló Sally.

Para mi asombro, Harper fue la única que se puso a reír.

—Perdona —dijo entre risas—, pero es lo mínimo que te podía pasar. ¿A quién se le ocurre? Seguro que ya te has arrepentido de aceptar el trato con tu padre.

—Pues no —afirmé con seguridad—, no me arrepiento. Seguiré adelante con esto, a pesar de saber lo mal que lo voy a pasar.

—No irás a decir que sigues colgada de tu amor de la adolescencia —gruñó Kimberly—. ¿Cuántos años tiene ya? ¿Cuarenta?

—Treinta y nueve —corregí—. Y, no, no se puede decir que siga colgada. Lo que siento por él es bastante más profundo.

—¡Ay, la hostia! —Sally se carcajeó—. Esto va a ser divertido... y me recuerda a aquellas noches en la escalera, cuando Kimberly y yo intentábamos quitarte la idea de seguir enamorada de un hombre imposible.

—Y me parece que nada ha cambiado —se mofó Kimberly.

—Sí que ha cambiado —me quejé—. Ya no soy aquella niña que soñaba con un muchacho. Ahora soy una mujer a la que le gusta un hombre.

—Reacciona, Brook —intervino Harper—. Jonathan Reed es un hombre lleno de cicatrices, y no me refiero solo a las físicas. Sufrió un atentado con bomba, en el que perdió a su mujer y en el que estuvo a punto de morir él mismo. Recuerdo cómo llorabas cuando me lo contaste.

—Lo sé —respondí—. Sin embargo, del mismo modo que de cría me conformaba con verlo desde la distancia, ahora me conformaré con hacerme pasar por algo que nunca podré ser.

—Pues vamos listos —refunfuñó Patrick.

Capítulo 7

Jonathan

La reunión del alcalde con el Consejo Municipal, del que yo formaba parte por el distrito de Brooklyn, terminó de forma satisfactoria después de abordar el tema de la utilización de algunos terrenos de la ciudad. Mi proyecto parecía satisfacer al alcalde y a los diversos miembros, pero me pedían avances en la financiación y apoyos por parte de empresarios dispuestos a invertir en obras sin ánimo de lucro..., algo que pensaba empezar a solucionar en el evento que tendría lugar a final de semana, donde acudiría con mi supuesta novia...

Nada más pensar en ello, de camino en taxi a mi despacho, situado en Liberty St., la tensión se apoderó de mi cuerpo. La borrosa imagen que pudiese albergar en mi memoria de Brooklyn Edwards nada tenía que ver con lo que me encontré al entrar en el salón de su casa. Se suponía que me iba a encontrar con una joven y anodina pelirroja, pero nada me preparó para lo que vi.

Porque me pareció lo más bonito que había visto en mucho tiempo.

No entendía que la gente la viera, simplemente, pelirroja, porque yo llevaba horas intentando descifrar aquel color de pelo, en el que se entremezclaban hebras rubias y cobrizas. Algo parecido me pasó con sus ojos, pues no llegué a averiguar si el color turquesa se debía al reflejo de su blusa o a que era ese el tono de sus iris, que destacaban en mitad de su rostro de piel clara. Dos enigmas que seguían trastornándome, aunque no más que el resto del conjunto, como su bonito cuerpo o la luz que desprendía.

Brooklyn Edwards me pareció jodidamente perfecta; demasiado perfecta.

Y ese era el mayor problema.

No dejé de repetirme una y otra vez que era casi una cría para mí, y que solo la iba a utilizar, tal y como ella y su padre iban a hacer conmigo. La iba a llevar colgada del brazo como un letrero luminoso que anunciara que ya tenía pareja y que nadie se molestara en preguntar al pobre viudo si no pensaba en rehacer su vida o si buscaba consuelo, porque ya lo había encontrado. Y ella, que en los últimos tiempos había sido un quebradero de cabeza para su padre, obtendría una imagen de seriedad al dejarse ver conmigo y anunciar nuestra relación.

Entonces, ¿por qué le dije que aquello era un error? Y lo que era peor... ¿por qué me lo seguía pareciendo?

—Joder —mascullé mientras echaba un vistazo a distintos planos del futuro centro comercial—. Debería haberme largado corriendo.

Pero no lo hice. Seguí allí, aguantando su charla, su mirada nítida o la visión de sus labios,

por los cuales pasó su rosada lengua excesivas veces. Si hubiese sido otra, habría interpretado aquello como una clara invitación. Pero no lo era, no en ella. Brooklyn irradiaba una extraña inocencia que me fascinaba y me cabreaba a partes iguales.

Lo mejor sería acabar con aquellos perturbadores pensamientos cuanto antes. Abrí un cajón de mi mesa y extraje una fotografía de mi boda. Allison y yo sonreíamos a la cámara, repletos de felicidad, junto a un arbusto de lavanda del jardín de mis suegros. Repasé con la vista cada facción y cada contorno del rostro de Allison, como su lacio cabello rubio y sus dulces ojos castaños, para grabarme aún más fuerte su recuerdo, para no olvidarlo jamás.

Unos minutos después, devolví la fotografía al cajón y busqué en el móvil el teléfono de Brooklyn. Una vez tuve el número en la pantalla, lo miré durante un largo instante. Después, bloqueé el teléfono y lo dejé encima de la mesa. Me pareció mejor esperar a llamarla el mismo jueves.

* * *

El aroma a pasta y queso fundido me recibió al entrar en casa. Era olor a cena recién hecha, a familia, a hogar. Imogene y Autumm estaban colocando los platos en la mesa de la cocina y sus risas llenaban el aire hasta llegar al salón.

—Parece que mis chicas favoritas lo pasan bien.

—¡Papá! —gritó mi hija después de soltar los cubiertos y correr a abrazarme—. ¡Qué pronto has venido hoy!

—Las seis de la tarde no me parece nada pronto.

Sonreí mientras hundía mi nariz en su clarísimo cabello e inspiraba su olor; aroma a ternura, a dulzura; a amor incondicional.

—Al menos hoy has llegado a punto para cenar con nosotras —me saludó mi tía antes de darme un beso en la mejilla.

Me sentí tan querido y arropado que se me hizo un nudo en el pecho. Porque, en mitad de aquellos gestos de cariño y de aquella sensación familiar, faltaba alguien. Alguien que nos arrancaron demasiado pronto.

Cenamos los tres juntos, entre anécdotas de la escuela o del mercado. Más tarde, mientras Imogene recogía la mesa, llevé a Autumm a la cama. La ayudé a acostarse y la arropé antes de sentarme un momento junto a ella. Sabía lo que me iba a pedir: que le contara algo, y no un cuento, precisamente.

—Cuéntame cosas de mamá, papi.

—Ya te lo he contado todo, cielo.

—Pues vuelve a contarme cómo la conociste, en aquella fiesta en la que ella trabajaba de camarera.

Sonreí con tristeza. Le había explicado aquella historia a mi hija cientos de veces, porque para

ella era una especie de cuento romántico.

—Me gustó nada más verla —le expliqué por enésima vez—, con su largo y dorado cabello recogido en una coleta, vestida con un impecable atuendo de camarera, con chaleco y pajarita. Me acerqué a ella un montón de veces, desplegando el irresistible encanto que tan poco me costaba mostrar en aquella época, pero que no sirvió de nada con ella, que no dejaba de mirarme con desdén y de decirme que no le gustaban los tipos tan engreídos como yo.

—¡Y decidiste ir a por ella y pedirle para salir! —exclamó Autumm, emocionada.

Era la forma edulcorada que yo había elegido para no tener que decirle que me había plantado delante de su madre, la había cogido de la cintura y le había soltado al oído que subiera a mi habitación, que lo estaba deseando tanto como yo.

—Sí, le pedí salir conmigo —le respondí, sin embargo.

—¡Y entonces pasó aquello tan divertido!

—Entonces no me lo pareció —reí—, pero tienes razón, fue divertido que decidiera que tirarme una copa por encima no sería suficiente, porque agarró la bandeja que le había preparado un compañero con una docena de ellas llenas de champán y me la tiró completa. ¡Doce copas! —exclamé—. ¡Con bandeja incluida!

—¡Te quedaste con cara de tonto! —Mi hija rio a carcajadas.

—Ni te lo imaginas. —Sonreí—. Sobre todo al ver llegar a su jefe y ver cómo la despedía en aquel momento. Sin esperar a cambiarme, todavía rezumando champán, salí a la calle para buscarla y pedirle perdón.

—Y te perdonó, ¿verdad?

—Se puso a reír al verme —le expliqué—. Rio y rio durante minutos, hasta que me miró y me dijo: «Me debes doscientos dólares que iban a pagarme por el trabajo, y creo que voy a empezar a cobrarme ahora mismo, porque voy a pasar la noche en tu habitación».

—Y se quedó contigo toda la noche —prosiguió Autumm, riendo con expresión pícara.

—Sí, se quedó conmigo. Y fin del capítulo, es hora de dormir.

La volví a arropar, le di un beso en la frente y apagué la luz.

—Mañana más, papi.

Revivir aquellos episodios con mi hija me ayudaba a recordar, pero, al mismo tiempo, me rompía un poco por dentro.

Tras un suspiro, salí del dormitorio de la niña para dirigirme al baño y darme una ducha. Saqué la caja metálica del armario de las toallas y me fui con ella a la cama. Deshice el lazo azul y cogí la carta que seguía cronológicamente a la que había leído la noche anterior.

* * *

Estimado capitán Reed:

Hoy me he acordado de usted. Estaba lloviendo y me he puesto a mirar por la ventana. Mientras

observaba la calle a través de las gotas que resbalaban por el cristal, he pensado que me gusta la lluvia, pero no solo para contemplarla desde una habitación caliente y confortable, sino para disfrutarla y sentirla. He imaginado que salía fuera y dejaba que el agua mojase mi cara y mi pelo, y que sentía la hierba húmeda bajo mis pies descalzos mientras me envolvía el olor a tierra mojada. Sin embargo, no lo he hecho, no he salido. ¿Y sabe por qué? Porque creo que es algo para disfrutar en compañía. Un día lluvioso me parece algo triste, pero no si se tiene a alguien al lado. Por eso he pensado en usted, porque lo he imaginado solo, en el centro de rehabilitación, en la cama porque se niega a utilizar la silla de ruedas. No me pregunte cómo lo sé. Simplemente, lo sé. Ojalá pudiese estar ahí, para admirar con usted la lluvia desde la ventana o para empujar su silla hasta el jardín y acabar los dos empapados...

Capítulo 8

—Bueno, ahí van los últimos pedidos. —Harper y yo colocamos la caja que nos quedaba en la furgoneta del repartidor y cerramos el portón—. Creo que la tarta que simula el Citi Field nos ha quedado espectacular.

—Sí —sonreí mientras volvíamos al interior—, aunque el hincha de los Mets puede que llore mientras se la come.

—¿Muchos pedidos para la semana, Patrick? —le preguntó Harper a nuestro único empleado, que parecía muy concentrado en la pantalla del ordenador.

—Solo estoy mejorando la página web —nos explicó—. Quiero darle un enfoque más moderno. Había demasiadas imágenes de tartas de princesa.

—Lo dejamos a tu elección y a tus conocimientos de diseño —reí—, aunque no le has respondido a Harper.

—¿Y qué quieres que le diga? —refunfuñó—. Si soy demasiado sincero y os digo que apenas hemos recibido unos pocos pedidos, me acabaréis despidiendo. Por eso os doy largas y os hago ver que soy imprescindible.

—Cuánto drama —replicó Harper, con los ojos en blanco.

—Es que eres imprescindible. —Me acerqué a él y le di un abrazo y un sonoro beso en los labios.

Y así, entre bromas y besos, nos sorprendió el siguiente cliente que entró en la tienda. Aunque no se trataba de ningún cliente, realmente. Enganchada todavía al cuello de Patrick, contemplé, anonadada, la figura de Jonathan delante del mostrador. Sus ojos se clavaron en mi compañero y, luego, en mí.

—¿Jonathan? —balbucí—. ¿No habíamos quedado para el jueves?

—Tenía la tarde libre —contestó, llenando el aire de las notas graves y profundas de su voz.

—¿Y por qué no me has llamado? Habríamos quedado en algún otro sitio y...

—En realidad —me interrumpió—, sentía curiosidad por este lugar y he decidido pasarme. Creo que irá bien para... —Miró de reojo al resto de los presentes.

—No te preocupes —le dije con una sonrisa—, están al día. Son de toda confianza. Por cierto, ellos son Harper, mi socia, y Patrick, nuestro enlace con el mundo. Chicos, este es Jonathan Reed, a partir de ahora, mi novio.

—Un placer —lo saludó Harper después de estrecharle la mano.

A continuación, Patrick hizo lo mismo, aunque a ninguno nos pasó desapercibida la mirada

con la que lo repasó de arriba abajo.

—¿Quieres que te enseñe mi humilde negocio? —le pregunté a Jonathan.

—Con ese propósito he venido.

Todavía con la bata blanca y rosa puesta, lo acompañé al interior, donde pasaba horas y horas cada día. Rodeados de moldes, harina, azúcar, frascos de colorante y purpurina comestible, le explicamos, entre Harper y yo, el funcionamiento de nuestra pastelería.

—Parece interesante —nos dijo—, y seguro que hacéis felices a muchas personas.

—Eso esperamos. —Sonreí.

Tras un instante de incómodo silencio, Jonathan se dirigió a mí, algo titubeante.

—¿Qué te parece si damos una vuelta y hablamos del viernes?

—Yo... todavía no había acabado...

—No importa, Brook —intervino Harper—. Solo queda recoger y limpiar. Patrick puede echarme una mano.

—Sí, claro —murmuró este mientras seguía mirando, embobado, a Jonathan—. Lo que vosotras digáis, jefas.

—Bueno, vale —acepté—. Iré a cambiarme.

—Te espero fuera —me anunció—. Un placer. —Hizo un gesto con la cabeza para despedirse y salió del local, dejando tras de sí el sonido musical de la campanilla de la puerta.

—Bueno —comentó Harper—, un poco mayor para ti sí que parece, tan serio, tan formal y cortés... —Después compuso una sonrisa blanca y pícaro—. ¡Pero está buenísimo, tía!

—¡¿Buenísimo?! —exclamó Patrick—. ¿Creéis que eso está simplemente bueno? Pero ¿vosotras os habéis fijado en esa cara y ese cuerpo? ¿Y en esa leve cojera y esa cicatriz, que lo hacen aún más atractivo...? ¡Y su voz! ¡Oh, My God, su voz! ¡Nunca he oído una voz tan follable!

—Joder, Patrick —gruñó Harper—. Que yo sepa, las voces no se follan.

—Estoy totalmente de acuerdo con Patrick. —Reí—. Oír hablar a Jonathan es como arder lentamente bajo las llamas del deseo... —Le guiñé un ojo a mi amigo.

—Creo que voy a llamar a Ryan —rezongó Harper—. Vuestra conversación está consiguiendo que lo eche terriblemente de menos. Hace ya tres días que no se queda a dormir en mi casa.

—Di que te hemos puesto cachonda —bromeó Patrick—. Yo también creo que saldré esta noche a dar una vuelta por... ahí. —Reímos los tres.

Me cambié, repasé mi maquillaje y me cepillé el pelo. Aquel día había ido a trabajar con un pantalón y una chaqueta negros y una blusa amarilla que palidecía el tono de mi piel, pero ya no podía remediarlo.

—Pareces un caramelo de limón envuelto para regalo —señaló Patrick al verme—. Ojalá te den un buen lametón.

—Diviértete, Brook —dijo Harper, con los ojos en blanco.

—Gracias, chicos.

Jonathan me esperaba apoyado en su coche. Ese día iba vestido un poco más formal, puesto que venía de trabajar, con un traje gris y una camisa celeste. Cuando me dispuse a subir al vehículo, me hizo un gesto para señalarme la acera.

—Podemos ir andando —me propuso—. Vamos a una cafetería que se encuentra aquí cerca.

Caminé a su lado y comprobé que algunas personas nos miraban. No supe si nos reconocían o, simplemente, era por impulso o curiosidad. Pensé que sería un buen momento para aprovechar y empezar con el plan. Cogí su brazo y lo enlacé con el mío.

—No digas nada —lo interrumpí cuando se dispuso a hablar—. Es una buena idea y lo sabes.

—No iba a decir eso que piensas.

—Claro que sí, no le mientas a tu novia.

Creo que sonrió, aunque no estoy muy segura.

—Lo que quería decirte es... —titubeó un instante—, que, si vamos así, cogidos, temo que no podamos coordinar nuestros pasos.

Yo ya me había dado cuenta de que su cojera impedía que fuésemos sincronizados a la hora de andar, pero no entendí que fuera un problema.

—¿Acaso crees que me importa caminar al mismo tiempo? —bromeé.

—Siempre siento que la gente me mira —gruñó—. Y, seguro que contigo agarrada a mi brazo, se hará más evidente.

—Si te miran no es por tu cojera, créeme.

—No me digas que es por mi enorme atractivo, porque no cuela —volvió a refunfuñar.

—Claro que es por eso —le aclaré—. Tu cojera, en todo caso, te hace aún más interesante.

Si consideraba sus lesiones un tema tabú, decidí que conmigo no sería así. Si había que hablar de su cojera, se hablaría y punto.

—La gente me mira con lástima, no con admiración —insistió.

—Jonathan, escúchame. —Lo detuve justo antes de entrar en la cafetería—. Deja de lamentarte. Estás vivo, tienes una hija y a mucha gente que te quiere. Si te sirve de algo, cuando te miro, no es lástima lo que me inspiras.

—¿Y qué te inspiro, Brooklyn? —me preguntó, con un tono de voz aún más grave y envolvente.

Inspiré con fuerza y sonreí para disimular el nerviosismo que me estaban provocando los fuertes latidos de mi corazón.

—Pues... me pareces un tipo atractivo y de éxito, a quien lo último que debería importarle es lo que piensen los demás. A mí, por ejemplo, me resbala por completo, por eso llevo tan mal pertenecer al mundo de la política, el mundo de mi padre. Me fastidia tener que aparentar lo que no soy.

—Pero has aceptado este acuerdo —replicó mientras accedíamos al local y nos sentábamos a una de las mesas—, que se basa, principalmente, en aparentar.

—Sí —suspiré después de que ambos pidiéramos café—, lo he aceptado porque reconozco que, igual que yo tengo unos objetivos y unos sueños, mis padres también los tienen, o mi hermano, y no me parece justo que tengan que renunciar a ellos por mi culpa.

—Es muy generoso por tu parte —me contestó a la vez que removía el contenido de su taza con la cucharilla.

—Generoso y egoísta al mismo tiempo —confesé—. Por cierto, creo que deberíamos empezar a enfocar el tema que nos preocupa.

—Sí... Antes de nada —carraspeó ligeramente— quería advertirte que esto que estamos haciendo no tendría sentido si alguno de nosotros ya tuviese una relación.

—No salgo con nadie —le aseguré, frunciendo el ceño—. ¿Por qué dices eso?

—Bueno..., te he visto besando a ese chico al entrar en la tienda...

—¿Patrick? —exclamé, riendo—. Patrick es un montón de cosas: amigo, compañero, empleado... De todo, menos mi novio. Él insiste en que no le importa el sexo de la persona con la que salga, pero los que lo conocemos sabemos que se decanta por el masculino.

—Perdona —se disculpó—. Solo quería dejar las cosas claras.

—Me parece bien —asentí—. Supongo que tú tampoco sales con nadie, si no, no me habrías necesitado.

—Por supuesto que no salgo con nadie.

Me asombró su sequedad a la hora de hacer aquella aclaración.

—¿Y bien? —le dije a continuación—. Ya puestos, cuéntame cosas de ti.

Me habló de sus proyectos, de cómo decidió montar una constructora al tiempo que conseguía ser elegido para el Consejo Municipal o de lo importante que era para él pertenecer a la Comisión de Personas sin Hogar. Me fascinó su empeño en intentar hacer de nuestra ciudad un lugar mejor.

—¿Y algo más personal? —sugerí.

—Ya sabes que soy viudo.

—Sí, claro...

—Pues eso es todo —aseveró—. El trabajo y mi familia.

Y con esa afirmación quedó comprimida toda información personal.

Hubo un instante en el que desvié la vista a la mesa de al lado, que estaba ocupada por una pareja. Los jóvenes no dejaban de compartir confidencias, caricias y besos. Jonathan los miró un leve instante, pero, con rapidez, apartó la mirada y la centró en su taza. Su semblante, impasible hasta entonces, pasó a cubrirse de tristeza. Quise imaginar por un momento lo que sería perder a la persona amada en tan trágicas circunstancias, pero no fui capaz. Lo más cerca que yo había estado de algo así en la vida había sido el día que me enteré del atentado en Túnez, donde sabía que estaba destinado Jonathan. Yo no era nada de él, pero pensar que podía estar muerto bajo los escombros... fue muy duro para mí.

—¿Qué te ha parecido mi tienda? —le pregunté para que cambiase sus taciturnos

pensamientos por otros un poco más triviales.

—Es bonita. Y huele bien. —Sonrió—. Tú hueles igual.

—Es lo que tiene dedicarse a hacer pasteles —sonreí también—, que trabajas en un sitio que huele de fábula. Lo malo es que todavía no hemos conseguido remontar la inversión —me lamenté con una mueca.

—Yo necesité ayuda económica de mi padre —comentó—, y eso que reconozco que le di unos cuantos disgustos. Apenas acabé mis estudios de derecho, me alisté en los Marines.

—¿Por qué hiciste eso?

—Pretendía cambiar el mundo, no sé... Después descubrí que me gustaba, que me gustaba de verdad. Hasta que...

—¿Has visto? —Intenté de nuevo que pensara en otra cosa—. Ya tenemos algo en común. A ninguno nos gusta el derecho... o, al menos, ejercerlo.

—Eso parece. —Sonrió—. ¿Por qué no te ayudó Cameron en tu proyecto?

—Mi padre no confía en mí.

—Yo creo que sí —me rebatió—. Lo que sucede es que hay personas que no demuestran lo que sienten.

—¿Por eso me ha obligado a echarme un novio ficticio?

—Todavía puedes recular —señaló, algo tenso.

—No —suspiré—. Pienso seguir adelante. Cuando me propongo algo, soy muy cabezota y lo llevo a cabo o, por lo menos, lo intento. Por cierto, si alguien nos pregunta cómo nos conocimos...

—Conozco a tu padre desde hace muchos años. —Se encogió de hombros—. Es fácil creer que nos conocimos en alguna reunión familiar.

—No suena muy romántico, pero tendrá que servir. —Sonreí.

—La vida real, la mayoría de las veces, carece de romanticismo. —Dejó un par de billetes sobre la mesa—. ¿Nos vamos? Te llevaré a casa.

Caminamos unos minutos hasta el coche, nos subimos en él y nos dirigimos a Queens. Conectó la radio, supongo que para llenar con música el ambiente vacío de conversación, aunque la atmósfera no se alegró mucho con la melodía suave de *Someone you loved*, de Lewis Capaldi. Miré un instante su pierna, que parecía desenvolverse bien en la tarea de la conducción.

—¿Te duele? —le pregunté, todavía con la mirada puesta en esa parte de su cuerpo.

—Un poco —respondió—. Suele agarrotarse conforme avanza el día, pero convivo con ello.

—Lo siento, Jonathan. —Miré su perfil mientras atravesábamos el puente de Brooklyn—. No he tenido ocasión de decírtelo nunca, pero sentí mucho todo lo que te pasó...

—No importa —susurró como toda explicación.

Cuando llegamos a mi casa, él se bajó primero del vehículo para abrirme la puerta.

—He aquí una de las ventajas de salir con un tipo de tu edad —bromeé—. Nunca me habían abierto la puerta del coche.

—No es por mi edad, es por mi educación —me rebatió a la vez que me acompañaba a la puerta—. Mi padre siempre ha insistido mucho en el tema de los modales.

—Tu padre es un gran hombre. ¿Quieres pasar? —inquirí mientras introducía la llave en la cerradura—. Mis padres estarán encantados.

—Es tarde. Otro día. Adiós, Brooklyn, hasta el viernes. Pasaré a recogerte a las siete.

Sin más, se dio la vuelta y se alejó hasta el coche.

—Hasta el viernes, Jonathan.

* * *

Y el decisivo día llegó. Mientras me arreglaba en mi habitación, recibí una videollamada de Kimberly y comprobé que también se estaba maquillando de forma sofisticada. Di un grito ensordecedor cuando me dio la noticia.

—¡¿No me digas que tú también vas a estar en esa fiesta?! —exclamé, con júbilo—. ¡Qué bien me va a venir una cara amiga!

—Sííí —gritó, eufórica—. ¿No te parece una estupenda casualidad?

Resultaba que Richard, el tipo con el que salía desde hacía casi seis meses y con el que ya convivía, era miembro de algún comité de empresarios, y también había sido invitado.

Me guardé para mí la opinión que me merecía el tal Richard. No nos gustaba, ni a mí ni a Sally, pero veíamos a nuestra amiga tan contenta que no queríamos inmiscuirnos en esa relación. Aun así, no nos convencía en absoluto cómo la trataba a veces, y nos parecía mentira que una mujer tan experimentada como Kimberly aguantara ciertas cosas.

Por fin, le di los últimos retoques a mi atuendo. La velada solo iba a consistir en charlar, beber y comer algún canapé, pero iba a tener lugar en el hotel Whitby y debía ir acorde con el lugar. Luego me acordé de que, además, iba a ser mi presentación pública como novia de Jonathan, por lo que tuve especial esmero en escoger bien mi vestuario.

—El verde es el color que mejor te sienta —me dijo mi madre, ante la perpetua sonrisa de Jocelyn.

—Dejad de mirarme con esas caras de bobas —refunfuñé—. Esto me recuerda a la noche del baile del instituto, cuando ambas revoloteasteis a mi alrededor todo el tiempo y me hicisteis un montón de fotografías junto a Mike Taylor, mi pareja de esa noche.

—¡Y lo guapos que estabais los dos! —Mi madre rio.

—Esta noche sí que está guapa —intervino Jocelyn con ternura.

La imagen que me devolvía el espejo de mi cómoda no estaba mal. Como me había sugerido mi antigua *nanny*, me dejé la melena suelta y elegí un vestido de color verde oscuro. Tanto me habían inculcado que el verde era el color que mejor me sentaba que mi armario contenía el ochenta por ciento de las prendas en ese color.

Me daba los últimos retoques cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Ya está aquí! —gritó Jocelyn con entusiasmo; incluso mi madre lucía una sonrisa resplandeciente.

—De verdad, no os entiendo —bufé mientras cogía el bolso—. El día que venga a buscarme un novio de verdad llenaréis la casa de globos. ¿Acaso estáis deseando deshaceros de mí?

—Sabemos lo que es esto —sonrió mi madre—, pero nos hace ilusión igual.

—Sin comentarios —rezongué.

Mientras bajaba la escalera que daba al vestíbulo, contemplé a Jonathan hablando con mi padre. Llevaba un traje oscuro, con una camisa de un bonito tono de verde y una corbata a rayas. No pude menos que sonreír por la coincidencia del color.

—Parece que vamos a juego, capitán Reed —le dije al llegar a su altura.

Él no contestó nada, pero su rostro pareció tensarse al verme. No entendí si era porque no le había gustado mi vestido o por lo inverosímil de la situación.

—Estás preciosa, Brooklyn —me comentó mi padre antes de darme un beso en la mejilla.

—Gracias, papá. ¿Te parezco una novia aceptable para Jonathan? —Di una vuelta sobre mí misma e hice ondear la falda de mi vestido.

—Eso que lo diga él —bromeó mi progenitor.

Ambos esperamos el cumplido de Jonathan, pero nunca llegó. Se limitó a mirar la hora en su reloj de pulsera y a dirigirse a la puerta.

—Vamos, debemos marcharnos ya —dijo—. Hasta la vista, Cameron. Buenas noches, señora Edwards.

Tras las despedidas, me coloqué un chal y esperé a que Jonathan me abriera la puerta de su coche. Una vez lo arrancó, quise hacerle un comentario que no tuve muy claro si era sincero o se debía a la irritación que me había producido su falta de halagos.

—No es por nada —solté, tratando de sonreír pero sin ganas—, pero, si queremos que la gente se crea que estamos saliendo, deberías empezar por alabar mi vestido, mi peinado, decirme «Oh, cariño, hoy estás increíble...».

—Brooklyn, por el amor de Dios, estábamos en tu casa... —farfulló.

—No he tenido nunca novio formal, pero tú has tenido un montón de novias, así que deberías ser tú el experimentado.

—¿De dónde sacas que yo haya tenido un montón de novias? —preguntó, con un atisbo de indignación.

—Oh, vamos, capitán —repliqué con retintín—. Tu uniforme causaba estragos entre las féminas. Recuerdo a una rubia con el pelo muy corto, a una morena que se pintaba los labios de color morado...

—¿Y cómo diantres sabes tú eso? —me interrumpió.

—Porque las traías a mi casa cuando venías con tu padre de visita.

—Serías una niña —inquirió—, y ni siquiera recuerdo verte cerca. ¿Cómo puedes acordarte?

—Tengo buena memoria —contesté.

Mejor no contarle nada de mis escapadas nocturnas a la escalera; sobre todo, del motivo de esas escapadas.

Cuando llegamos a la puerta del Whitby, un empleado se hizo cargo del vehículo y nos encontramos a pocos metros de la marquesina de la entrada. Enlacé mi mano con la de Jonathan y emití un hondo suspiro.

—¿Listo? —le pregunté.

—Listo —suspiró también.

Presioné un instante su mano con la mía y nos dispusimos a entrar.

Capítulo 9

Se notaba que era una velada sin demasiada formalidad, pensada, especialmente, para charlar de negocios en un ambiente distendido. Los asistentes íbamos bastante elegantes, pero sin el rigor de una noche de etiqueta.

Las primeras personas con las que nos topamos miraron directamente nuestras manos enlazadas. Reconocí a algunos integrantes del Consejo Municipal y a algún que otro banquero o empresario que había conocido a través de mi padre.

—¡Jonathan Reed! —exclamó uno de ellos mientras estrechaba la mano de mi acompañante—. ¡Qué honor verlo por aquí!

—El honor es mío, Mason.

Mason Hughes era un reputado e influyente empresario. Seguro que lo habría saludado en alguna ocasión, aunque no me prodigase mucho en los eventos a los que acudían mis padres. Así que supe que había llegado el momento de comenzar con nuestro papel en cuanto el hombre y su esposa me dedicaron una sonrisa.

—Creo que ya conocen a Brooklyn Edwards —comentó Jonathan.

—Por supuesto —contestó la mujer, sin dejar de mirarnos a ambos sin disimulo.

—Pues estamos juntos —aclaró Jonathan—. Creo que ha llegado el momento de hacerlo oficial.

—¡Oh, qué maravilla! —exclamó la mujer.

—¡Cuánto nos alegramos, Jonathan! —añadió alguien más que había revoloteado a nuestro alrededor.

En un momento, varios pares de personas se nos acercaron para darnos la enhorabuena y alegrarse sinceramente, sobre todo por Jonathan. Llegué a sentirme mal en algún momento por aquella mentira, aunque se me pasó ligeramente la culpabilidad cuando alguna que otra mujer se sintió decepcionada con el anuncio.

—Vaya, Jonathan —comentó una de ellas con un odioso mohín en los labios—, pensaba que te gustaban las cosas más... hechas.

—Es que, a veces —contesté yo—, lo demasiado hecho se acaba pasando.

Jonathan le hizo un gesto de disculpa a la irritante desconocida y me cogió del brazo para alejarnos de ella.

—Se trata de hacer amigos, no enemigos —me susurró con disimulo.

—¿Para qué quieres ser amigo de esa si lo único a lo que aspira es a meterse entre tus piernas?

—Se supone que has crecido en este mundo, Brooklyn —gruñó—. Sabes a lo que vengo, no me lo fastidies, por favor.

—Está bien, lo siento —murmuré—. ¿Ahora entiendes por qué mi padre ideó este plan absurdo? Llevo años metiéndome en líos y avergonzando a la gente. A veces pienso que me falta algún tipo de filtro.

—Sí, ahora entiendo a tu padre —musitó—, pero no creo que vayas avergonzando a nadie.

—Acabo de hacerlo —señalé—. A ti.

—Lo que ocurre es que eres sincera y aportas frescura a un ambiente demasiado encorsetado —murmuró mientras clavaba en mí su intensa mirada verde—. Eres única y diferente, Brooklyn Edwards.

—Gracias —susurré.

El contacto visual duró un poco más de lo que él mismo esperaba, porque, de inmediato, carraspeó y dio un trago a su copa de vino para pasar a hablarme de una forma mucho más seca.

—Pero procura no joderme en una noche lo que llevo años cimentando, hazme el favor. —A continuación miró por encima de mi hombro—. Creo que alguien te busca.

—¡Brook! —oí la voz de Kimberly. Fui corriendo hacia ella, que accedía en aquel instante a la sala, con Richard a su lado—. ¿Cuándo piensas presentarme a tu novio?

—Ahora mismo si me dejan. —Reí—. Hola, Richard —saludé a su chico.

—Hola, Brooklyn. Por cierto, Kimberly, antes de irte, tráeme una copa. Tengo que hablar con alguien. —Y se acercó a un tipo que pasaba a su lado.

—Espera un momento, Brook. Iré a buscarle algo de beber a Richard.

—¿Y se puede saber por qué no va él mismo? —repliqué, indignada—. Por Dios, Kimberly, a veces creo que solo te tiene como adorno y como chica de los recados.

—No digas tonterías, Brook. —Rio—. No me cuesta nada hacerle algún favor.

Tuve que morderme la lengua para no decirle las cosas claras a mi amiga. La vi alejarse hacia la barra de bebidas mientras volvía a quedarme sola, aunque no pasó mucho tiempo hasta que oí una irritante y conocida voz a mi espalda. Se trataba de Paige Morgan, cuya familia formaba parte de la élite neoyorquina. Sus padres eran amigos de los míos y siempre intentaron que fuésemos amigas, a pesar de que ella fuera varios años mayor que yo. Siempre me trató como a una especie de mascota, hasta el día que la oí reírse de mí y de mis amigas, ridiculizándonos delante de unos chicos que nos gustaban. Y ahí me harté. En cuanto se descuidó, acerqué un mechero a su pelo y, en un segundo, el aire se llenó del sonido del chisporroteo y del olor a chamuscado. Solo fue un instante, lo prometo, aunque reconozco que me pasé bastante, puesto que Paige se vio obligada a cortarse el pelo y a llevar gorro durante semanas.

Lo siento, no me gusta que se metan conmigo, y mucho menos con la gente que quiero.

—Vaya, vaya... —dijo con retintín—. Brooklyn Edwards y Jonathan Reed, quién lo hubiese dicho.

—Pues sí —respondí al tiempo que me giraba hacia ella. A pesar de lo mal que me caía, tuve

que aceptar que seguía tan guapa como siempre. Su ya larga melena, lisa, negra y brillante, acentuaba sus rasgados ojos verdes—. ¿Por qué te sorprende tanto?

—Conozco a Jonathan desde hace tiempo —contestó con petulancia—, y siempre ha huido de las chicas como tú.

—Define «como yo».

—Bueno, jóvenes e... inexpertas. —Sonrió de forma perversa.

—Y seguro que tú estabas dispuesta a mostrarle tu experiencia —le respondí—, pero parece que has llegado tarde, porque está saliendo conmigo.

—No veo ningún anillo en tu dedo —señaló mi mano—, así que nunca es tarde, mi querida Brooklyn.

Mascullé un «Vete a la mierda, zorra» en voz baja y me dispuse a buscar a Kimberly, pero parecía que aquella noche se habían alineado todos los astros para conseguir indignarme todavía más a cada paso que daba, porque, poco después, descubrí a Ryan, el novio de Harper, de la mano de una desconocida. Con disimulo y una sonrisa, me acerqué a él.

—¿Qué tal, Ryan? —Lo arranqué de las garras de la mujer—. Perdona, me lo llevo prestado un segundo.

—Brooklyn... —titubeó cuando nos apartamos a un rincón—. ¿Cómo tú por aquí? Pensaba que te aburrían esta clase de eventos...

—Y yo pensaba que no eras un hijo de puta —le solté.

—No es lo que parece —me rebatió, bastante nervioso—. Jane solo es una amiga.

—No me lo creo —respondí de forma beligerante.

—Oh, vale, Brooklyn —suspiró—. Es cosa de mis padres, que quieren que salga con ella. Me limito a seguirles la corriente.

—Joder, Ryan, tienes treinta y dos años. ¡Tendrás que plantarles cara alguna vez!

—Es... complicado.

En cierto modo, lo entendí. Cuando tu familia es tan influyente y acaparadora, te limitas a seguir el camino marcado. Yo era una de las pocas personas con apellido ilustre que había decidido apartarse del mundillo, lo que me había valido para pelear con mis padres y para renunciar a algunos privilegios, como mi independencia. Si Ryan se rebelaba y escogía a Harper, su familia se encargaría de que no encontrara trabajo ni de repartidor.

Aun así, Harper no se merecía aquello. Ella amaba con locura a Ryan y también estaba renunciando a mucho por él.

—Por favor —me pidió—, no le digas nada a Harper. Yo mismo se lo contaré.

—¿Qué le vas a decir, Ryan? ¿Que, mientras te la tiras a ella a escondidas, te luces con otra?

No llego a contestarme, porque Jonathan apareció de repente. Se acercó a mí, rodeó mi cintura con un brazo y me miró con una preciosa sonrisa. En aquel momento, ni me acordé de que todo era una farsa.

—Cariño —me dijo—, ¿puedes venir un segundo? Quiero presentarte a alguien.

Me sorprendió lo bien que se nos estaba dando nuestro papel de pareja. Él me presentaba a algunas personas, yo lo presentaba a otras, sonreíamos...

Sin embargo, las cosas no suelen ser tan fáciles. En ningún momento hubo demostraciones de cariño ni de complicidad, y eso es lo que busca la gente la mayoría de las veces. Quieren saber detalles, algo morboso, cualquier cosa para poder hablar del tema. Por eso, hubo un rato en el que nos vimos rodeados de personas que sostenían sus copas mientras nos miraba con interés.

—Y, entonces —intervino una mujer—, ¿cuánto tiempo lleváis juntos?

—Dos meses —anuncié yo.

—Un mes —contestó Jonathan al mismo tiempo.

Hubo unos segundos de silencio y de tensión. ¡Si es que aquello estaba predestinado a salir mal! Aun así, tuve que decir algo que lo arreglase de algún modo.

—Jonathan, cariño, no cuentes desde que se lo comunicamos a mis padres. Yo he dicho el tiempo que llevamos desde que me propusiste salir contigo.

El ambiente se relajó de inmediato y todos sonrieron. Todos, menos Paige, que bebió de su copa mientras me lanzaba una sonrisa de lo más diabólica.

—Estos hombres no tienen sensibilidad ninguna —bromeó la mujer que nos había hecho la pregunta.

Y ahí debería de haber quedado la cosa, pero yo, que siempre he sido un imán para los problemas, quise arreglarlo cuando contemplé una bandeja de canapés sobre una mesa dispuesta junto a nosotros. Cogí uno de ellos y se lo ofrecí a Jonathan. Este lo miró con aprensión, como si le estuviera ofreciendo un trozo de madera.

—¿Qué ocurre, Jonathan? —le pregunté—, ¿no tienes hambre?

—Yo... —titubeó mientras decidía si cogerlo o no.

—Es salmón —intervino Paige—, y Jonathan odia el pescado crudo. Procura no llevarlo a un japonés.

Quise que se me tragara la tierra, y lo único que se me ocurrió fue echarme el canapé a la boca.

—Siempre se los ofrezco para acabar comiéndomelos yo —bromeé, ante la mirada escéptica de más de uno.

Tras una disculpa, decidí ir a buscar una copa de champán y aprovechar para encontrar a Kimberly, pero no la vi por ninguna parte, así que decidí acercarme de nuevo a Jonathan para tratar de enmendar el error anterior, pero en aquel instante conversaba con un tipo que no reconocí.

—Menudo truhan estás hecho —le comentaba el hombre—. Se dice que a esa edad son elásticas. —Sonrió con lascivia—. Así, si tus heridas te limitan, ella se puede encargar de todo el trabajo.

«Contente, Brooklyn», me ordené a mí misma. Me acerqué a ellos con una sonrisa inocente y tomé del brazo a mi supuesto novio.

—Le han informado bien, caballero —le solté al desconocido—. A mi edad, somos muy flexibles. ¿Y sabe cuál es la parte más elástica de mi cuerpo? ¿La que más atrajo a Jonathan? Mi cerebro.

Temí por un momento que Jonathan me mirara con reproche, pero, para mi sorpresa, observé cómo dibujaba una casi imperceptible sonrisa con sus labios mientras yo me alejaba de ellos. Un segundo después, por fin encontré a Kimberly, que se bebía de golpe una copa de champán.

—¿Cómo va la cosa? —me planteó.

—Fatal —le respondí—. Necesito una copa ahora mismo. ¿Me acompañas?

—Por supuesto. —Sonrió.

Nos acercamos al bufet y le pedimos champán al camarero. En aquel instante, Richard se acercó a mi amiga con una mueca de reproche.

—Todavía estoy esperando esa copa de antes.

—Oh, perdona —se disculpó Kimberly—. Ahora mismo te la pido.

—No, ahora ya no importa —gruñó él—. Puedes seguir chismorreando con tu amiga. Ya me la pido yo.

Tuve que inspirar dos veces profundamente.

—¿Y te ha resultado demasiado esfuerzo? —le dije a Richard, con irritación.

—¿Perdona?

—Venir a buscar una copa —le aclaré.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Mis amigas son parte de mis asuntos.

—Pues te aconsejo que cambies tus prioridades, señorita Edwards. Kimberly tiene pareja, y, por lo que acabo de saber, tú también, así que dedícate a complacer a tu novio y olvídate de los asuntos de los demás.

—¿Complacer a mi novio? —repliqué con indignación—. ¡Yo no tengo que complacer a nadie! ¿Acaso eso es lo que esperas que haga mi amiga, complacerte?!

—Déjalo, Brook, por favor —me pidió Kimberly—. No es necesario que...

—No, no quiero dejarlo —la corté.

—Sí, ella me complace —afirmó Richard, con una engreída mueca—. Cosa que dudo que tú hagas con el pobre concejal Reed. No hay más que ver su cara de amargado insatisfecho. No me extraña, teniéndote a ti como pareja.

Ni lo pensé. Bajé la mano que sostenía la copa y lancé el contenido sobre la bragueta del tipo sin inmutarme.

—Oh, perdón, se me ha caído —me disculpé, con fingida inocencia.

—¡Brooklyn! —exclamó mi amiga.

—Maldita zorra —murmuró Richard, conteniendo su furia para no provocar un alboroto—. Voy al baño a intentar arreglar este desaguisado y, cuando vuelva —se dirigió a Kimberly—, espero que te hayas buscado mejor compañía.

—Es buen tío, Brook —se justificó mi amiga cuando él se hubo marchado.

—Sí, un tío genial —contesté con ironía—. Menos cuando te ordena que le complazcas o elige tus amistades. Seguro que yo no estoy en esa lista, y puede que Sally tampoco. No imagino lo que dirá si te ve con Harper o Patrick.

—No es eso, Brook, de verdad... —murmuró, sin demasiada convicción.

La conversación se interrumpió cuando sentí unas cálidas manos posarse sobre mis hombros. Sin darme la vuelta, supe que era Jonathan. Me pareció mentira que ya fuera capaz de identificar su presencia y su olor, un aroma fresco a jabón mezclado con un perfume de Dior que invitaba a hundir la nariz en su cuello y no apartarse jamás.

—¿Ocurre algo, Brooklyn? —me preguntó—. Te veo algo... sofocada.

—Nada —suspiré, algo contrita porque me había vuelto a dejar llevar por mi impulsividad—. Por cierto, aún no te he presentado a mi amiga Kimberly.

—Encantado. —Se dirigió a ella y le dio un par de besos.

Sentí una tremenda envidia, porque a mí ni siquiera me había dado uno de esos.

—Deberíamos marcharnos ya —me anunció Jonathan tras la presentación.

—Sí, ya va siendo hora. ¿Te acercamos a casa, Kimberly?

—No, gracias, de verdad. Richard aparecerá en cualquier momento y no le haría gracia que me hubiera marchado sin decirle nada. Ya nos veremos, Brook.

—Cualquier cosa, llámame —añadí después de darle un abrazo.

Una vez en el interior del coche, me dejé caer en el asiento y emití un sonoro suspiro.

—Esto ha sido un desastre, Jonathan —bufé—. Un auténtico desastre.

—No me lo ha parecido —respondió mientras ponía el vehículo en marcha—. He conseguido mucho más de lo que esperaba. Varios posibles inversores se han interesado por mis proyectos.

—Apenas nos conocemos —sostuve con insistencia— y creo que eso se nota. ¡La que he liado con el canapé!

—Tú no podías saberlo —respondió, sin dejar de estar pendiente del tráfico nocturno.

—¡Paige Morgan sí lo sabía! —exclamé—. Admítelo, Jonathan, te iría mejor con otra mujer. Búscate una amiga con la que hayas compartido más tiempo. Paige, por ejemplo, te conoce mejor que yo.

—Paige Morgan no me conoce de nada —me contradijo con exasperación.

—¿Y qué me dices de ese tipo que he ridiculizado cuando lo he pillado hablando de mi... elasticidad?

—Lo has puesto en su sitio —contestó—. Además, después de eso, me ha tomado mucho más en serio.

—Pero no has visto la que he liado con el novio de mi amiga —farfullé.

—¿Te refieres a Richard Hunt? Es un auténtico capullo. No entiendo qué hace tu amiga con él. Sea lo que sea lo que le hayas hecho, se lo tendría merecido.

—¿Se puede saber por qué me defiendes todo el rato?! ¡Ha sido horrible y lo sabes!

—No, no ha sido horrible, Brooklyn, porque resulta que, al parecer, teniendo pareja, la gente me ha mirado de otra forma. Por ejemplo, aunque ya me habían invitado a la próxima cena benéfica que organiza el alcalde, esta noche he logrado que su ayudante incluya a la Comisión de Personas sin Hogar entre los beneficiados de la recaudación. Y te recuerdo que cada cubierto cuesta mil dólares.

—Joder —rezongué—. Mis padres van a estar en esa cena, siempre los invitan, aunque yo nunca he querido ir.

—Pues esta vez sí acudirás; conmigo. Y mi padre también va a asistir.

—¡¿Estás loco?! —chillé—. ¡Si hoy apenas he podido sortear a unas cuantas cotillas, imagina cuando me enfrente a una mesa llena de políticos importantes! ¡O al alcalde! ¡Y con mis padres!

—Entiendo que tenemos mucha falta de conocimiento uno del otro —comentó, relajado, mientras enfilábamos Boulevard, la calle donde yo vivía—, pero creo que tengo la solución a ese problema.

—Supongo que te refieres a que nos veamos más a menudo —aventuré.

—No tengo tiempo para eso, y tú también le dedicas muchas horas a tu negocio.

—¿Entonces? ¿Qué sugieres?

—Que te vengas a vivir a mi casa.

—¿Perdona? Creo que he bebido mucho champán, porque me ha parecido entender que me fuera a vivir contigo.

—Conmigo, no, a mi casa.

—¡¿Y qué diferencia hay si puede saberse?!

—Que apenas vamos a coincidir —me explicó—, y que cada uno tendrá sus asuntos, pero aprovecharemos cada hueco que tengamos para conversar y conocernos un poco más el uno al otro. A la hora del desayuno o la cena, por ejemplo, suelo estar en casa.

Reí con crispación. Me parecía todo tan absurdo...

—¿No te parece que suena demasiado irracional? Pensaba que íbamos a limitarnos a sonreír y a cogernos de la mano...

—Tienes el fin de semana para pensártelo —sentenció al detenerse frente a mi casa—. Porque la cena será en quince días y solo tendremos un fin de semana por medio.

—¡Dos semanas!

—Lo dicho, Brooklyn, piénsatelo. Pero necesito saberlo cuanto antes, por si he de elaborar otro plan.

—Para buscarte a otra, quieres decir.

—No puedo cambiar de novia cada semana —bufó—. Volvería a ir solo.

—Pero... tú mismo has dicho que esta noche te ha ido bien, a pesar de todo...

—Sí, tu presencia me ha beneficiado, pero no voy a obligarte a nada —insistió—. Si quieres ayudarme y, de paso, ayudar a tu padre, te estaré agradecido. Si no, no pasa nada.

—Está bien —suspiré—. El domingo te diré algo.

—De acuerdo.

Bajó del coche para abrirme la puerta. Me estaba empezando a acostumbrar, por lo que, cuando volviera al mundo real, el batacazo iba a ser espectacular.

—Decidas lo que decidas —me dijo frente a la puerta de casa—, gracias por todo, Brooklyn. Ha sido todo un detalle que aceptaras algo tan... descabellado. —Sonrió.

—En realidad —musité—, lo hice por mi familia. No tenía ni idea de que tú fueras a necesitarme.

—Pero me has ayudado. Gracias, Brook.

No me di ni cuenta de lo perdida que estaba en sus ojos verdes, ni de lo mucho que nos habíamos acercado el uno al otro o del tono íntimo de nuestras palabras... ni siquiera de que me llamara con aquel apelativo cariñoso. Por ello, cuando Jonathan realizó el siguiente movimiento, mi corazón latió tan aprisa que temí que fuera a marearme. Acercó su rostro al mío y me dio un suave beso en la mejilla. Mis ojos se cerraron y cada parte de mi cuerpo tembló.

—Buenas noches, Brooklyn.

Observé su forma tensa de caminar mientras se alejaba hasta el vehículo.

Capítulo 10

Jonathan

Supuse que habría tenido lugar algún partido de los Yankees, puesto que todavía quedaba algún hincha borracho en el bar de mis amigos. Sofía terminaba de fregar algunos vasos tras la barra y sonrió al verme llegar. Antes de decirle nada, ya me había destapado un botellín de cerveza.

—Vaya, capitán —me dijo mientras miraba mi atuendo—, qué elegante vienes hoy. ¿Prefieres que te sirva un whisky o algo más acorde con tu aspecto de político-empresario?

—En realidad —le contesté al tiempo que depositaba un billete sobre la barra e ignoraba la cerveza—, ya he bebido demasiado esta noche. Quiero ir contigo arriba.

—Qué ímpetu, capitán. ¿Una mala noche? —me preguntó mientras le hacía un gesto a Carlos para que la sustituyese.

—Algo así —rezongué.

—Pues espera un minuto y sube.

La vi desaparecer tras las cortinas del pasillo y esperé un instante. Ni siquiera podía esperar ese minuto. Como siempre, accedí a la escalera desde los baños y subí hasta la habitación. Cerré la puerta y me encontré a Sofía apoyada en la pared, sonriéndome con sensualidad mientras se desabrochaba los botones del vestido estampado que llevaba y me mostraba sus generosos pechos.

—Hoy ni siquiera me has dado un mínimo de conversación —murmuró mientras desabrochaba mis pantalones y buscaba mi endurecido miembro para acariciarlo. Solté un jadeo ante el tacto erótico de sus dedos—. Parece que tenemos prisa, capitán.

Sí, eso era, tenía prisa. Prisa por desterrar el cúmulo de extrañas sensaciones que me habían asaltado toda la noche. No, no había sido mala, como había sugerido Sofía, profesionalmente hablando... pero sí había resultado nefasta en otros ámbitos, porque, a cada paso que había dado, allí estaba ella, mirándome, sonriéndome. En cada maldito momento y en cada jodido lugar, me había topado con sus ojos color turquesa, su tentadora boca y su cabello rubio, pelirrojo o cualquiera que fuera el maldito color de su pelo.

Y luego estaba la mayor locura de todas: ¡le había pedido que se fuera a vivir a mi casa! ¡¿En qué cojones estaba pensando?! Aunque no había que ser demasiado retorcido con ese tema. Simplemente, necesitaba a Brooklyn para mis ambiciones, y no podía permitirme el lujo de que volviéramos a cagarla. Debíamos conocernos un poco más, pero, obviamente, yo pondría los límites. Tenía tan claro que ninguna mujer podría sustituir jamás a mi esposa que estaba seguro

de que no habría peligro en tener cerca a Brook. Y si el peligro acechaba, tendría suficiente con esquivarla un poco.

Cuando cubrí con mis manos los turgentes pechos de Sofía y fui a besarla, me detuve. Me había visto obligado a dejar pasar mucho tiempo hasta poder tener sexo sin ver en otras mujeres el rostro de Allison... pero, aquella noche, las facciones desdibujadas de Sofía no se transformaron en las de mi fallecida esposa. En aquel instante, apareció ante mí un cabello cobrizo y unos grandes ojos azules que me miraban con adoración. Parpadeé, confuso. ¿Cómo era posible? ¿Qué hacía allí el rostro de Brooklyn? ¡Ella no me excitaba! ¡Solo formaba parte de un trato! ¡Era una maldita cría!, aunque, en el momento en el que la vi bajar la escalera de su casa, había estado a punto de atragantarme por sufrir una erección delante de su padre.

Furioso, cogí a la mujer por la cintura, le di la vuelta y la apoyé sobre una mesa, para contemplar únicamente su espalda y su ondulada melena.

—¿Por qué así hoy? —jadeó Sofía al tiempo que le subía la falda del vestido y le bajaba las bragas. Un instante después, tras ponerme el preservativo, la penetré con fuerza.

No tenía respuesta a esa pregunta o, al menos, no una que fuese plausible. Me limité a embestir con rapidez mientras sujetaba sus caderas, intentando no recordar, intentando no pensar en otra cosa que no fuese obtener el máximo placer. Con un atisbo de furia, clavé mis dedos en sus glúteos y aceleré mis embestidas hasta que alcancé el clímax, emití un único gemido bronco y detuve mis frenéticos movimientos.

—¿Te ocurre algo esta noche? —me planteó mientras ambos recomponíamos nuestras ropas, aunque luego se arrepintió del interrogatorio—. Perdona. Sé que no debo preguntarte por tu vida privada.

—Lo siento, Sofía —me lamenté—. Siento haber actuado así.

—No importa, capitán. —Sonrió—. Quiero que recuerdes que yo siempre estaré aquí, pero también quiero que sepas que, si alguna vez tienes razones para no volver, no debes preocuparte por mí.

Agradecido por sus palabras, pero malhumorado y frustrado, salí por el oscuro callejón hasta mi coche y volví a casa.

* * *

Habían sido demasiadas horas en pie, por lo que subir la escalera que conducía al piso superior me costó unos cuantos gemidos de dolor, más audibles de la cuenta debido al silencio que ya reinaba en la casa. Entré en el cuarto de Autumm, arreglé las ropas de su cama y le di un beso en la frente antes de dirigirme a mi dormitorio. Me di una ducha y reconocí lo mucho que habría agradecido aquella noche uno de los baños que me preparaba Imogene. A continuación, me introduje entre las frescas sábanas de mi cama y me dispuse a leer una de las cartas que conseguiría que durmiese un poco mejor.

* * *

Estimado capitán Reed:

Hoy he sabido que lleva tres días sin querer salir de su habitación en el centro de rehabilitación. No puedo siquiera imaginar el dolor físico que le puedan estar causando las secuelas de tantas operaciones, por todos los huesos que no se han podido soldar o por las placas que han tenido que colocarle a lo largo de la pierna. Mucho menos puedo hacerme una idea del pesar y de la pena que lo acompañan desde que despertó en un frío hospital militar alemán y supo lo que había pasado. Pero, a mi parecer, de alguna forma, a usted se le ha concedido una segunda oportunidad: la oportunidad de una vida que vivir.

¿No desea, acaso, volver a ver a su padre? ¿O volver a coger a su hija en brazos? ¿Verla crecer, graduarse, enamorarse...?

Los considero buenos motivos para seguir viviendo.

Si le sirve de algo, yo deseo verlo sonreír otra vez...

Capítulo 11

Mis padres recibieron con escepticismo la propuesta de irme a vivir a casa de Jonathan. Sin embargo, al día siguiente de la velada que yo supuse tan fatídica, mi madre no cesó de recibir llamadas de conocidos que la felicitaban por la relación de su hija con el concejal Reed y le comentaban la bonita pareja que hacíamos. Incluso el jefe de campaña de mi padre lo llamó para decirle que ojalá el noviazgo de su hija hubiese ocurrido antes, puesto que su popularidad había aumentado en diez puntos en tan solo unas horas.

Al menos, el esfuerzo estaba valiendo la pena. Y digo «esfuerzo» porque me estaba resultando agotador mantener la compostura junto a Jonathan. Perdí la cuenta de las veces que había tenido que contenerme para no echarme en sus brazos, besarlo y decirle que lo amaba desde que era una niña.

La que realmente pareció más reticente fue Jocelyn, dado que ella era la única que conocía mis sentimientos.

—Espero que este experimento raro que han ideado tus padres no acabe costándote demasiado caro —expresó aquella mañana.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente, niña.

Pues claro que lo sabía. Iba a vivir bajo el mismo techo que Jonathan, pero me mentía a mí misma diciéndome que apenas íbamos a coincidir, que yo pasaría el día en el trabajo, lo mismo que él, y que ni siquiera íbamos a estar solos.

Creo que me convencí, aunque no del todo...

De todas formas, aquel mismo día hubo algo que llegó a preocuparme más que el hecho de irme a vivir con Jonathan. Llevaba horas intentando contactar con Kimberly y no me respondía el teléfono, así que cogí mi coche y fui en busca de Sally. Me presenté en su pintoresco apartamento de Greenwich Village y toqué al timbre sin pensar que, como la mayor parte del tiempo, Sally estaría acompañada. Me abrió la puerta un tipo en calzoncillos y con un bote de nata en spray en la mano. Por suerte, mi amiga también apareció un instante después, con una bata que evidenciaba su ausencia de ropa.

—¿Ya estáis así un sábado por la mañana? —les pregunté—. ¿No son horas de salir a pasear o...?

—¿Sucede algo, Brook? Normalmente llamas primero y despejo la casa. —Compuso una mueca.

—Es Kimberly —suspiré—. No sé nada de ella desde anoche, desde que la dejé en el Whitby junto a Richard, que estaba más borde que de costumbre.

—Maldito Richard... ¿Kimberly está ciega o qué? —se indignó antes de girarse hacia el interior de la casa—. ¡Owen, cielo, tengo que salir! ¡Guarda la nata en la nevera hasta que vuelva! —Me hizo un gesto para que la esperase—. Enseguida me visto.

Unos minutos después, nos deteníamos frente a la elegante hilera de casas donde vivía Kimberly, en el barrio de Chelsea. Siempre habíamos envidiado a nuestra amiga por residir en un lugar tan bonito y tranquilo sin marcharse de Manhattan... pero parecía que su novio no era de la misma opinión, puesto que llevaban un tiempo mirando apartamentos en el Upper East Side, algo que a Kimberly no le agradaba en absoluto. Pero, como siempre, Richard había ignorado su opinión.

Tocamos a la puerta varias veces antes de que saliera nuestra amiga. Sally y yo la miramos detenidamente, pero no parecía tener nada raro. Entiéndase por «raro» algún moratón o herida que evidenciara algún maltrato.

—¿Qué hacéis aquí las dos? —preguntó con total normalidad.

—No nos cogías el teléfono —le expliqué.

—Estaría en la ducha.

—¿Toda la mañana?

Kimberly miró de reojo a su espalda y entornó la puerta para poder salir un momento a la calle con nosotras.

—¿Qué queréis, chicas? Le he dicho a Richard que pasaría la mañana con él.

—¿Seguro que estás bien? —la planteó Sally.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Porque anoche me pareció que...

—No desvaríes, Brook —me interrumpió—. Le tenéis manía a Richard y no entiendo por qué.

—Pues porque es un capullo —gruñó Sally—, y porque ya no eres la misma, Kim... Siempre has estado dispuesta a salir, divertirte, hacer locuras. Sin embargo, desde que vives con Richard, te has convertido en un muermo que solo habla cuando él te deja.

—Pues me parece genial que os parezca un muermo —se indignó—, pero, tal vez, lo que para vosotras es aburrido, para otras sea madurar.

Fue a darse la vuelta para meterse de nuevo en casa, pero la agarré del brazo para pedirle que no nos enfadáramos. Fue entonces cuando compuso un gesto de dolor.

—¿Qué te ocurre? —inquirí al tiempo que levantaba la manga de su camisa y descubría su muñeca, hinchada y amoratada—. ¡Joder, Kimberly!

—Hijo de puta —siseó Sally—. ¡Maldito cabrón cobarde!

—Chicas, chicas —nos apaciguó Kim—. No es nada, en serio, no seáis malpensadas. El suelo estaba recién fregado, resbalé y él tuvo que sujetarme con fuerza para que no cayera. ¡Os lo juro!

—No me creo una palabra —repliqué, con los brazos cruzados.

—Y el Óscar a la mejor actuación es para... ¡Kimberly Shaw! —se mofó Sally.

—¡Es cierto! ¿De verdad estáis pensando que Richard es un maltratador?

—Un maltratador no es solo quien da palizas que te mandan al hospital —le conté—. También lo es el que te anula, el que decide con quién debes estar, el que cree que solo importa lo que él piense o el que te esconde el móvil para que tus amigas no puedan llamarte, que es lo que debió de hacer anoche y por eso no nos has contestado.

—¿Habéis terminado? —nos dijo, alzando la barbilla.

—Kim, cariño... —intervino Sally—, sabes que puedes contar con nosotras para lo que quieras y cuando quieras, ¿de acuerdo?

Nos pareció que su expresión furiosa pasaba a otra más comprensiva y que pretendía decirnos algo, pero después rectificó.

—Ya lo sé, chicas. Y, ahora, si os parece bien, voy a vestirme para salir con mi novio. —Y cerró la puerta.

—¿Tú qué crees? —le pregunté a Sally mientras nos metíamos en mi coche.

—¿Qué quieres que crea?, pues que nuestra jovial amiga se está marchitando junto a ese imbécil de Richard y nosotras no podemos hacer nada.

—No podemos cruzarnos de brazos, Sally...

—¿Y cuál es tu idea, Brook? No, no he dicho nada. Como te pongas a pensar en algo, seguro que acabas montando algún otro lío, y ya no estás para escándalos, recuerda.

—Tienes razón —suspiré—. Y menos ahora, que voy a irme a vivir con Jonathan.

—¿Perdona?!

Mi amiga gritó tan fuerte que, de la impresión, frené en seco en mitad de Lexington Avenue. Como resultado, me vi abrazada al volante en cuanto otro vehículo me dio por detrás. Una sinfonía de pitidos inundó la avenida.

—¡Pero ¿qué haces?! —vociferó Sally.

—¡No esperaba tu grito!

Al instante, un conductor ofuscado aporreó mi ventanilla.

—¡Loca! ¡¿Qué hace frenando en seco aquí en medio?!

—¡Es usted el que debería haber respetado la distancia! —chillé.

—¿Distancias en Nueva York?! —se indignó el tipo—. ¡¿De dónde eres, de Alaska?!

—¡Soy de donde existe el código de circulación, imbécil!

—Me cago en... —Un segundo después, el hombre entrecerró los ojos para mirarme bien—. Oye, ¿te conozco de algo? Me suena tu cara...

—Maldita sea, Brook —masculló Sally—. Dale tu número de teléfono para que se calle de una jodida vez.

Eso hice. Le di al tipo una tarjeta del Sweet Manhattan, para que pudiese llamarme sin tener que decirle mi nombre. Pareció conformarse, aunque tomó nota de mi matrícula por si acaso.

—Lo de irte a vivir con tu Jonathan no lo veo —refunfuñó mi amiga una vez nos alejamos del

atasco que yo misma había creado—, pero, si eso va a servir para que dejes de meterte en líos, adelante —suspiró.

* * *

El domingo por la mañana hice un par de maletas, aunque tuve claro que tendría que ir de vez en cuando a casa de mis padres porque no podía llevármelo todo, sobre todo sin saber cuánto tiempo iba a durar mi estancia en aquel lugar.

Aparqué mi coche junto a la vivienda de Jonathan, una bonita casa de dos plantas con un cuidado jardín. Cuando bajé con mi equipaje, su tía ya me estaba esperando en la puerta.

—Bienvenida —me saludó—. Jonathan está atendiendo una llamada en su despacho, así que yo misma te acompañaré a tu habitación.

—Gracias, señora Andrews.

—Llámame Imogene, por favor. —Sonrió mientras me ayudaba con las maletas y accedíamos al vestíbulo—. Por cierto —susurró—, estoy al corriente de vuestro... acuerdo, pero la niña no. A ella le hemos dicho que eres la novia de su padre y que vas a vivir una temporada con nosotros.

—¿Y cómo se lo ha tomado? —planteé, perpleja.

—Con Autumm nunca se sabe. —Se encogió de hombros—. Si esperas un momento, iré a pedir ayuda para que suban tus cosas.

—Aquí estaré. —Sonreí.

Sin darme cuenta, me adentré en la casa y contemplé lo que me rodeaba. La decoración de las estancias resultaba acogedora, con jarrones con flores frescas y diversas fotografías familiares que contemplé con algo de aprensión, pues en ellas se podía apreciar a Jonathan con su mujer y su hija, a la niña con diferentes edades o a él mismo vestido de militar. En todas se podía ver todavía aquella sonrisa jovial que me enamoró siendo una cría y que casi había perdido.

Me sentí una especie de intrusa curioseando y preferí acercarme a una de las ventanas del salón para admirar el bonito jardín trasero. Tras un instante, al darme la vuelta, ahugué un jadeo de sorpresa. Una niña, totalmente quieta, con una muñeca en las manos, apareció de pronto frente a mí. Como no dijo una palabra, la observé unos segundos. Era guapísima, con un lacio y rubio cabello adornado con dos pasadores con forma de mariposa. Me recordó muchísimo a su madre, aunque sus ojos eran exactamente igual a los de su padre.

—Hola —la saludé cuando el silencio se hizo demasiado largo—. Tú debes de ser Autumm. Yo soy Brooklyn.

No obtuve respuesta. La cría siguió escrutándome un buen rato más, totalmente quieta, muy seria, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado, como si pretendiera atravesarme con sus ojos infantiles. Temí por un instante que fuera a insultarme o a decirme que dejara en paz a su padre, a echarme o algo por el estilo. No obstante, pasado un rato, dijo algo por fin.

—Me gustas —afirmó de forma inexpresiva.

Me agaché para ponerme a su altura y la miré, sorprendida.

—¿Cómo dices?

—Que me gustas para mi padre —repitió—. Eres guapa y tu pelo es bonito.

—Pues... gracias —titubeé.

—¿Me dejarás que te lo cepille alguna vez? —me preguntó muy seria y convencida—. Paso mucho tiempo peinando a mi muñeca, pero no es lo mismo, y tía Imogene lo tiene muy corto. Lo he intentado también con Sarah, mi mejor amiga, pero lo tiene tan rizado que le hago daño y se acaba enfadando conmigo.

—Por supuesto. —Sonreí—. Yo no me quejaré, te lo prometo.

—Bien. —Sonrió antes de ofrecerme su mano—. ¿Quieres que te enseñe tu cuarto?

—Estaré encantada —respondí.

Enlacé su pequeña mano con la mía y subí con ella los peldaños hasta la planta superior. Me dejé llevar hasta una habitación y, una vez en ella, la niña se sentó en el borde de la que iba a ser mi cama.

—Es muy bonita —le comenté, admirando los muebles blancos y las cortinas estampadas en tonos violeta.

—Tía Imogene la ha preparado para ti —me explicó mientras cepillaba el pelo de su muñeca—. ¿Te vas a casar con mi padre?

En el momento en el que pillara a Jonathan, me iba a oír. ¿Cómo no me había preparado para el interrogatorio infantil?

—De momento solo nos estamos conociendo —opté por decirle—. Por eso he venido a vivir con vosotros.

—Vale —respondió mientras seguía concentrada en la tarea de peinar los rebeldes rizos castaños de su muñeca—. Entonces, supongo que no vais a dormir juntos. Creo que hay que estar casado para hacerlo, ¿verdad? O eso dice mi amiga Sarah.

Me pilló tan de sorpresa la pregunta que no pude parar el ataque de tos que me entró. Por suerte, Imogene apareció junto a un empleado de la casa que subía mis maletas.

—Veo que ya os conocéis —comentó la mujer.

—Sí —contesté mientras me recuperaba de mi atragantamiento—. Autumm es una niña encantadora.

—Gracias —contestó la aludida a la vez que se bajaba de la cama—. Tú también me caes bien, Brooklyn. —Salió de la estancia y se alejó por el pasillo.

—No sé si ha sido buena idea decirle algo así a la cría —le dije, contrariada, a su tía.

—Yo pienso lo mismo —suspiró—, pero no fui capaz de detener a mi sobrino. Es tan cabezota que en ocasiones me dan ganas de encerrarlo en su cuarto como cuando era pequeño.

—Todo esto le parece un disparate, ¿no es cierto? —le planteé a la mujer, quien, a pesar de su sonrisa y su amabilidad, no había dejado de fruncir el ceño desde que me había saludado por

primera vez.

—No me malinterpretes, Brooklyn, no tengo nada contra ti. En realidad, me parecerías perfecta para Jonathan... si fueses real.

—Entiendo... —musité.

Capté perfectamente a qué se refería: a que su sobrino tuviese una relación de verdad y no una fingida.

—En fin, no hagas caso de la vieja tía Imogene y de sus ansias por ver feliz de nuevo a su sobrino. Si te parece, voy a buscarlo para recordarle que no ha venido a saludarte.

—No es preciso, pero... gracias —musité, aunque ella ya se había alejado por el pasillo.

Desconcertada y algo apabullada, me dejé caer sobre la cama y observé mis maletas, todavía cerradas, por lo que aún estaba a tiempo de decirle a Jonathan que aquello era un error. Como había insinuado su tía, no era justo que la primera vez que llevaba a una mujer a su casa y se la presentaba a su hija tras la muerte de Allison fuese un montaje. Era cierto que yo había accedido también a aquella pantomima, pero nunca había pensado en involucrar a otras personas, y menos a una niña.

En mitad de mis cavilaciones, un par de suaves toques en la puerta todavía abierta del dormitorio me hicieron desviar la vista para encontrarme a Jonathan ocupando el espacio de la entrada. Sentí una inesperada emoción al verlo de nuevo, sobre todo al observar su atuendo claramente informal, de típico domingo por la mañana, con unos vaqueros desgastados, una camiseta blanca y una camisa de cuadros encima. Las mariposas de mi estómago aletearon, bailaron, saltaron y corrieron. ¡Se estaban volviendo locas!

—Espero que tu alojamiento sea de tu agrado. —Introdujo sus manos en los bolsillos del pantalón y sus ojos se pasearon por cualquier parte menos por mi rostro. En aquel momento, comprendí que me evitaba, aunque no supe el motivo.

—Sí, es perfecto —respondí mientras me levantaba de la cama—. Pero, Jonathan, ¿cómo se te ha ocurrido mentirle a tu hija? ¡Cree que soy tu novia de verdad!

—Es muy pequeña —se defendió—. Le he dicho que estamos empezando y que queremos pasar un tiempo juntos para conocernos. Le explicaré todo cuando pasen unos años. Mientras tanto, cuando esto acabe, le contaré que hemos decidido ser solo amigos, lo que, en realidad, será verdad... o eso espero —titubeó—, que sigamos siendo amigos después.

—Sí, claro...

—¡Papi, papi! —nos interrumpió la cría, que apareció de pronto en la habitación—. A Matilda se le ha vuelto a caer la cabeza...

—A ver, déjame probar. —Jonathan se arrodilló frente a su hija, cogió la cabeza de la muñeca y la insertó de nuevo en su cuerpo—. Ya está, cariño, pero no creo que aguante mucho más. Tendré que arreglarla mejor. Compraré un pegamento especial para que no vuelva a caerse.

—Gracias, papi. Recuerda que Matilda fue un regalo de mamá y no podemos dejar que se estropee...

—Lo sé, Autumm, lo sé —murmuró Jonathan mientras acariciaba con dulzura la suave mejilla de la niña.

Jonathan miró a su hija con tanta ternura... Si hacía un rato me había emocionado su imponente presencia, ser testigo del amor que sentía por Autumm fue determinante para ratificar que estaba perdidamente enamorada de Jonathan Reed.

* * *

Aunque la relación con mis padres se podía considerar buena, debido a sus trabajos y compromisos no solía compartir muchos momentos familiares con ellos. Comía en el trabajo, sola en la cocina o acompañada de Jocelyn en el mejor de los casos. Por eso me resultó tan novedoso y agradable compartir mesa con toda una familia. La mayor parte del tiempo, Autumm era la protagonista de las tertulias y, en solo unos días, consiguió que también me enamorara de ella, de su dulzura y del amor que le demostraba a su padre y a su tía. Aunque, en algunos momentos, su desparpajo también nos hiciera reír e, incluso, dejarnos sin palabras.

—Al final —comentó durante el desayuno del día siguiente—, mi amiga Sarah tenía razón: hay que estar casados para dormir juntos.

Tía Imogene fue la primera en reaccionar ante la confusión que nos paralizó a Jonathan y a mí.

—¿Por qué dices eso, pequeña?

—Porque papá y Brooklyn duermen en habitaciones separadas.

—Ya te he dicho que somos amigos y nos estamos conociendo —intervino su padre.

—Pero a ti te gusta Brooklyn, ¿verdad, papá?

Me faltó poco para atragantarme con el sorbo de zumo. Miré a Jonathan, esperando saber cómo pensaba salir airoso de aquella pregunta. Él también me miró y sentí clavarse en mí sus intensos ojos verdes. Pero, un segundo después, apartó la vista y contestó de una forma trivial, aunque creo que fui la única que advirtió un leve tic en la mejilla que albergaba la cicatriz.

—Claro que me gusta —afirmó con aparente naturalidad—. Y, ahora, termina tus cereales, Autumm, que se nos va a hacer tarde.

—¿Y a ti, Brook? —me preguntó—. ¿Puedo llamarte así?

—Sí, claro...

—Pues eso, Brook..., ¿a ti te gusta mi padre?

—Sí —titubeé—, me gusta. —No supe qué cara puso Jonathan, porque no me atreví ni a mirarlo.

—¿Y por qué? —insistió la niña.

—¿Cómo que por qué? —repetí—. A tu padre no le has preguntado el motivo. ¿Por qué a mí sí?

—Porque es normal que le gustes a mi padre —contestó después de darle un último sorbo a su

tazón de leche—, porque eres guapa y simpática. Pero tú eres más joven, podrías salir con un chico de tu edad... ¿Sabías que mi padre pronto va a cumplir cuarenta años? Y esos son muchííísimos años.

Jonathan me miró y alzó una ceja. Reí ante el comentario de su hija por su edad, algo que yo misma había hecho ya.

—Al final, haréis que me crea un anciano —bufó.

—Oh, vamos, jovencita... —la reprendió Imogene—..., deja de hacer preguntas a los adultos. ¿Has preparado tu mochila?

—Sí, tía, pero Brook aún no me ha contestado.

—Ni lo hará —gruñó su tía—. Vamos, lávate las manos y la cara. ¡Andando!

La cría me miró con tanto desamparo que me sentí fatal. Yo sabía lo que era que no te hiciesen mucho caso de pequeña, y también que no tuvieran en cuenta tus comentarios. También sabía que mis trastadas y mis meteduras de pata durante mi infancia se debieron en su mayor parte a mis deseos de llamar la atención en una familia centrada en la carrera política del padre. Me negué a que Autumm tuviera que verse obligada a hacer lo mismo.

—Tu padre me gusta porque...

—No es necesario que contestes... —murmuró Jonathan.

—No importa. —Inspiré hondo—. Me gusta porque es buena persona y buen padre... y por todas las cosas buenas que quiere hacer por la ciudad.

—¿Y nada más? —preguntó ella, decepcionada.

No podía decirle exactamente la verdad, como que su padre me volvía loca con solo mirarme o que soñaba con él desde hacía siglos, pero la entendí perfectamente. De forma instintiva, miré a Jonathan mientras contestaba.

—También me gusta porque es muy guapo. —Sonreí, nerviosa, antes de mirarlo fijamente y sentir que él hacía lo mismo—. Me gusta su sonrisa —musité—, aunque no sonría muy a menudo. Me gusta su voz, tan grave y profunda. Y me encantan sus ojos, tan verdes como un prado en primavera. —Me aclaré la garganta al sentirme observada por tres personas, sobre todo por Jonathan, cuya expresión de desconcierto estuvo a punto de hacerme sonrojar—. ¿Has visto que tus ojos son como los suyos, Autumm? —pregunté con jovialidad, antes de que me inundara la vergüenza.

—Sí —rio de manera traviesa—, lo sé. —Después se alejó canturreando hacia el vestíbulo con una enorme sonrisa de satisfacción—. Mi padre le parece guapo, mi padre le parece guapo...

—Perdona —me dijo Jonathan con disimulo—. Ya hablaré con ella y...

—No hace falta —lo corté, con el ceño fruncido—. Deja que sacie su curiosidad infantil.

Aquel fue el momento ideal en el que debería de haber hablado con Jonathan y decirle que aquello se nos había ido de las manos, que involucrar a una niña no me parecía bien. Pero, si el padre comenzaba a arraigarse en mi corazón, su hija acababa de rozármelo. Egoístamente, pensé que, con aquel teatro, podría seguir al lado de los dos.

Capítulo 12

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué te parece, Patrick? ¡Brooklyn ha abierto la tienda y ha empezado a trabajar antes que nadie!

—Muy graciosa —le dije a Harper mientras rellenaba la manga pastelera con una mezcla de nata y colorante rojo—. Que sepáis que llevo aquí desde las seis de la mañana. Ya he horneado las bases de tarta, he preparado las galletas con forma de estrella, los *cupcakes* están a punto para los adornos y casi tengo listo el próximo pedido. Ah, y, mientras tanto, he estado pensando en nuevas ideas para el negocio. Creo que la decoración de la tienda, aunque dulce y bonita, necesita también un toque de profesionalidad. Vamos a colgar en las paredes nuestros diplomas y fotografías con Dominique, nuestro mentor. También he pensado en ampliar el espacio para las mesas, para darle más protagonismo a las degustaciones de tartas de boda.

—Madre del amor hermoso —parpadeó Patrick—. ¿De dónde has sacado tanta energía?

—Es lo que tendría que haber hecho siempre —me lamenté—. Os pido perdón de nuevo, sobre todo a ti, Harper, por haberte cargado con el peso del negocio mientras yo me limitaba a ayudar. Esto también es mío, y parecía haber olvidado la ilusión con que lo abrimos.

—No tienes que pedirme disculpas, cariño —señaló mi socia mientras se colocaba la bata—, pero no voy a decir que no me alegre. Parece que, al final, el lío que has montado yéndote a vivir con Jonathan ha servido para algo.

—Eso es lo que buscaba, chicos —expliqué al tiempo que comenzaba a adornar la tarta que representaba a Rayo McQueen—. Ya os dije que, a la vez que ayudaría a mis padres y a mi hermano, me beneficiaría a mí misma, centrándome en el trabajo.

—¿Y qué tal tu vida en casa del concejal bombón? —me preguntó Patrick con una pícaro mueca—. Llevas allí varios días.

—Mejor de lo que esperaba —contesté—. Coincido con Jonathan solo en algún desayuno o cena, pero hablamos de todo un poco. Aunque —sonreí con ternura—, en realidad, Autumm es quien lleva el peso de cada conversación.

—Ten cuidado, Brook —me alertó mi socia—. Si no tenías bastante con estar cerca de tu capitán, ya solo te faltaba encariñarte con la niña.

—No le veo mayor problema —repliqué, concentrada en la ornamentación de la tarta—. Soy feliz con estar cerca de Jonathan, estoy conociendo a su hija y, cuando esto acabe, seguiremos siendo amigos, que es lo más importante.

—No sé si yo podría ser amigo de un tipo como ese —comentó Patrick, sentándose frente al

ordenador—. Reconócelo, Brook: todavía tienes la esperanza de que tu concejal se fije en ti. Seguro que tienes sueños húmedos con él todas las noches.

—Cuánto romanticismo desbordas —ironicé. Me acerqué a mi amigo armada con la manga pastelera y le insuflé un buen disparo de nata roja en la nariz—. ¡Dedícate a lo tuyo, cotilla!

—¡Ay! —gritó al tiempo que se pasaba el dedo por la nariz y se lo chupaba—. Pelirroja vengativa...

Mientras Patrick y yo bromeábamos, capté de reojo el semblante algo taciturno de Harper.

—¿Qué te ocurre, bomboncito mío? —le pregunté de la forma cariñosa con la que me dirigía a ella.

—Veo que me captas enseguida. —Sonrió con un deje de tristeza mientras colocaba las galletas decoradas en una bandeja—. Hace una semana que Ryan no viene a mi casa.

Me envaré al instante. Llevaba días queriendo contarle a mi amiga que había visto a su novio en el Whitby, pero me dolía ser yo la portadora de esa noticia. Sin embargo, en aquel instante, me dije que yo siempre había exigido a mis amigos que no dudaran en darme cualquier noticia de ese calibre. Mejor pasar un mal rato que estar en la inopia.

—Yo lo vi el sábado —le anuncié tras un suspiro, después de limpiarme las manos de harina—. Estaba en la fiesta, con su familia...

—¿Qué me estás ocultando, Brooklyn Edwards? —me preguntó, con los brazos en jarras, aunque fui capaz de divisar un indicio de temor en sus bonitos ojos dorados.

—Estaba con una mujer —le solté antes de arrepentirme—. Me dijo que solo era para callarles la boca a sus padres, pero, aun así, se lo recriminé y...

Harper, sin decirme una palabra, se limpió también las manos, cogió su teléfono y presionó la pantalla para enviar un mensaje de voz.

—Hola, Ryan. Te espero esta tarde en mi casa para hablar. Si tuvieses algún otro compromiso o no pudieses venir por cualquier otro motivo, no pasa nada... porque ya no hará falta que vengas, ni hoy, ni nunca.

—Así me gusta —intervino Patrick—, que lo pongas en su sitio. El mundo está lleno de tipos cobardes.

—Harper, yo... —titubeé.

—Se acabó la conversación —me cortó—. ¿Qué decías sobre redecorar la tienda?

* * *

Se suponía que lo de vivir en casa de Jonathan tenía que servir para coincidir más a menudo, conocernos y no volver a cometer la torpeza de invitarlo a salmón. Por ello, no parecía cuadrar mucho el hecho de que yo me fuera demasiado temprano o él regresara demasiado tarde. De esa manera, ellos desayunaban sin mí y yo cenaba casi cada noche con Autumm e Imogene.

—¿Puedo pedirte un favor, Brook? —me pidió la niña mientras pinchaba la verdura de su

plato. Sonreí al verla comer brócoli con tanto entusiasmo.

—Por supuesto.

—Falta poco para el cumpleaños de mi padre, y había pensado que tú le hicieras la tarta.

—Claro, será un honor —respondí con sinceridad—. ¿Alguna petición especial?

—¿Se puede hacer de una foto?

—Me parece una idea estupenda —le dije—. Como todavía hay tiempo, búscame una fotografía que te guste y me encargaré de convertirla en un pastel.

—Gracias, Brook —contestó ella, encantada, después de beberse un batido de yogur—. ¿Me acompañas a mi habitación?

—Ya está bien de juegos, Autumm —la reprendió Imogene mientras despejaba la mesa con mi ayuda—. Es tarde y tienes que marcharte ya a la cama.

—Ya lo sé —señaló ella—. Es que esta noche quiero que sea Brook quien me arrope. No te importa, ¿verdad, tía Imogene?

La tensión en el cuerpo de la mujer resultó perfectamente visible, aunque me pareció más tristeza que enfado.

—Creo que es mejor que te acompañe tu tía, Autumm —intervine para evitar tener un conflicto con Imogene.

—No importa —respondió esta con una sonrisa—. Acompáñala tú, Brooklyn, así tendré tiempo de preparar el baño de mi sobrino.

Autumm me sonrió, alargó su mano y la enlazó con la mía... y ya me fue imposible resistirme. Subimos a su cuarto, se puso el pijama y fue en busca de un cepillo para el pelo. Después, me invitó a sentarme en su cama y ella se colocó detrás de mí.

—Todavía no había tenido ocasión de peinarte —me dijo mientras deslizaba suavemente el cepillo por mi melena—. Tienes el pelo tan bonito... No quiero entristecer a tía Imogene, pero ella lo tiene muy corto y termino enseguida.

—¿Vas a ser peluquera cuando seas mayor?

—No —respondió con seguridad—. Quiero ser *fisiotira... fisitira...*

—Fisioterapeuta —respondí por ella.

—Eso. —Rio—. Quiero ayudar a personas como papá. Él a veces sufre mucho, aunque le pregunto y siempre me dice que está bien. Pero yo sé que le duele la pierna, y hasta lo he oído llorar, aunque no sé si es por sus heridas o por mamá...

—Me parece una profesión muy bonita —le dije. Intenté paliar el dolor que me causaron las palabras de la niña—. Si se te da tan bien como peinar, seguro que los pacientes harán cola para que los ayudes. —Sonreí.

—Ahora te toca a ti.

Puso el cepillo en mi mano y se dio la vuelta, así que procedí a cepillar su larga y suave melena rubia.

—Tienes un pelo precioso —murmuré mientras observaba, maravillada, el brillo que

desprendía.

—Papá dice que es igual que el de mi madre —comentó la cría—. También me lo cepilla a veces, aunque es tía Imogene quien lo hace más a menudo, porque él viene muy tarde.

Me emocioné al imaginarme a Jonathan peinando a su hija.

—Pero, a partir de ahora, como vas a vivir con nosotros —prosiguió—, podremos peinarlos la una a la otra.

—No sé cuánto tiempo estaré aquí —repliqué, para que tuviese en cuenta la opción de mi marcha.

—Si te acabas casando con mi padre —me comentó, entusiasmada—, vivirás siempre con nosotros, ¿verdad?

—Pues... —titubeé.

La pequeña se dio la vuelta de nuevo para poder mirarme mientras me hablaba.

—¿Quieres a mi padre, Brook? —me planteó de repente.

Me quedé quieta durante un largo instante. Los inocentes ojos verdes de la pequeña me miraron con expectación y con algo demasiado parecido al anhelo.

—Sí, lo quiero —contesté—, pero las cosas entre adultos no suelen ser tan fáciles, Autumm...

—Seguro que mi padre también te quiere —soltó con una enorme sonrisa que calentó mi corazón—. Lo que pasa es que le cuesta un poco decirlo. Pero estoy segurísima de que nos quiere mucho a mí, a tía Imogene y a ti. Me alegro de que seáis novios, Brook.

La niña pegó su cuerpecillo al mío y me dio un tierno abrazo. De rozarme el corazón había pasado a ganárselo por completo.

* * *

Como todavía era temprano para intentar dormir, pasé un buen rato en la cama con el ordenador sobre mi regazo para crear algunos nuevos diseños de tartas y dulces. Pero, aunque pasaron las horas, el sueño parecía esquivarme, así que me levanté, me puse una bata y salí de la habitación con la intención de bajar a la cocina a tomarme un vaso de leche caliente por si me ayudaba a dormir.

Al pasar por delante del dormitorio de Jonathan, me llamó la atención el resplandor que se filtraba por debajo de la puerta y que me pareció algo titilante. Me acerqué con sigilo en el momento en el que una especie de gemido llegó hasta mí. Como solo estaba entornada, empujé la puerta y observé que la habitación permanecía en penumbra y que el tenue resplandor provenía del baño. Un nuevo gemido inundó el aire, por lo que mis pies se movieron por inercia y se quedaron clavados al contemplar la imagen que se presentó ante mí.

Comprobé que el fulgor provenía de una serie de velas dispuestas por toda la estancia, pero lo que realmente me hizo aguantar la respiración fue la visión de Jonathan, quien, sumergido en la bañera, se masajeaba la pierna herida entre suspiros de dolor. Su cabeza estaba apoyada en una

toalla y sus ojos permanecían cerrados mientras sus manos se deslizaban por las numerosas cicatrices que surcaban su piel.

Una emoción no demasiado frecuente en mí se adueñó de mi cuerpo, aunque supe reconocerla de inmediato: era deseo. Un tibio anhelo se instaló en mi vientre y se fue dispersando hasta mis piernas, mis pechos, mi sexo. Humedecí con la lengua mis labios resecaos sin dejar de contemplar las partes del cuerpo desnudo de Jonathan que sobresalían por encima del nivel del agua y de la espuma. Sentí envidia de aquellas burbujas que acariciaban su piel y mis dedos cosquillearon por el ansia de tocarla yo también. Nunca había visto nada tan deseable y hermoso.

No fui consciente del jadeo de excitación que escapó de entre mis labios, sonido que alertó a Jonathan de mi presencia. Cuando abrió los ojos y me vio, escondió su pierna con rapidez y se envaró como si se hubiese vuelto de acero. Con el movimiento, oleadas de agua rebosaron por el borde de la bañera y cayeron al suelo.

—¡Joder, Brooklyn! —exclamó con indignación—. ¡¿Qué coño haces aquí?!

—Yo... perdona... He visto la luz y...

—¡¿Y has decidido colarte en mi habitación?! —me interrumpió, furioso—. ¡¿En mi baño?! ¡¿Acaso no entiendes el significado de la palabra «intimidad»?!

—Lo... lo siento...

—¡¿A qué estás esperando?! —gritó—. ¡Márchate!

Avergonzada, pero también dolida, obedecí y me marché corriendo de allí. Ya no bajé a la cocina, sino que me dirigí directamente a mi cuarto y me metí en la cama.

Tardé varias horas en dormirme. Me sentía demasiado perpleja por lo que acababa de ocurrir... aunque no supe realmente si mi desconcierto se debía al arranque de furia de Jonathan o al fuego que todavía permanecía en mis venas.

* * *

Suena de lo más cobarde, pero aquella mañana hubiese preferido no cruzarme con Jonathan, algo que sí sucedió, aunque fuese un instante. Apenas hubo amanecido, estuve lista para irme a trabajar, puesto que los hornos debían encenderse cuanto antes, además de que fui consciente del tiempo que había permanecido ajena a algo que tanto me gustaba hacer. Me crucé con Jonathan en la cocina y, aun sin haber pronunciado palabra, la tensión en el ambiente se podía cortar con un cuchillo.

—No sabía que te fueras tan temprano a trabajar —me dijo mientras se preparaba un café.

—Es uno de los motivos por los que acepté la propuesta de mis padres. —Sonreí sin ganas—. Necesitaba dedicarle más tiempo a mi negocio y dejar a un lado las fiestas y las borracheras. ¿Tú también vas a trabajar?

—No —respondió—. A veces no puedo dormir.

—¿Por el dolor? —musité.

—Entre otras cosas. —Le dio un sorbo al café.

Al surgir el tema de sus heridas, ambos evitamos mirarnos. Volvió a mí la imagen de la noche anterior y tuve que hacer un gran esfuerzo para no imaginármelo desnudo allí mismo. Carraspeé antes de sacar el tema a colación, puesto que, a pesar de que hubiese preferido largarme corriendo, entendí que debía disculparme.

—Yo... siento lo de anoche, en serio. No sé cómo se me ocurrió entrar y...

—Ya está —me cortó de forma seca—. Olvídalo, no importa.

—No tengo excusa, Jonathan, de verdad. Me pongo en tu lugar y...

—He dicho que olvides —repitió tajantemente.

A pesar de su evidente rabia, observé durante un leve instante cómo levantaba la vista y clavaba sus ojos en... ¿mi boca?

—Lo siento —suspiró mientras se frotaba el rostro con la mano—. No quería hablarte así, perdona. Ni siquiera te he preparado un café.

—Ya he tomado, gracias —mentí—. He de irme.

—Un momento, Brooklyn —me llamó antes de que saliera de la cocina. Cuánto se me aceleraban los latidos al oírlo mencionar mi nombre...—. Los Morgan nos han invitado esta noche a una cena que van a organizar en su casa. Parece que el acaudalado señor Morgan está interesado en donar un buen pellizco para mi nuevo proyecto. Además, estarán presentes algunos de sus socios. ¿Vendrás?

—Claro —respondí, alzando la barbilla—. Para eso hemos montado este alboroto, ¿no crees?

Ser su pareja siempre me parecería buena idea, a pesar de que fuese una novia de pega, aunque pensar en volver a coincidir con Paige me chafara un poco la ilusión.

Capítulo 13

Harper no se sorprendió al encontrarse a Ryan en el pequeño salón de su apartamento. Sabía que su mensaje había sonado a ultimátum, por lo que, sobre todo, se mentalizó de que debía mostrarse firme.

—Supongo que te lo ha contado Brooklyn —le dijo el abogado mientras ella soltaba el bolso y las llaves sobre la mesa.

—¿Y qué se supone que tenía que contarme? —le preguntó con mordacidad.

—Oh, vamos, Harper, no irás a enfadarte... —Ryan se acercó a la mujer, pero ella dio un paso atrás—. Vale, veo que sí estás enfadada.

—¿Eso es lo único que se te ocurre decirme después de no aparecer durante días y de pasearte con otra por ahí? —le soltó Harper con indignación—. ¿Si estoy enfadada?

—¡Te he llamado a diario! —se defendió él—. ¡Te dije que tenía mucho trabajo! Que yo sepa, no es la primera vez que pasamos días sin vernos por tu trabajo o el mío.

—Oh, claro, el trabajo es el culpable de que te hayas escondido como una rata —lo acusó Harper.

—Cariño... —Ryan suavizó su expresión—, no me gusta discutir contigo. Perdóname. ¿Cómo puedo compensarte?

—¿Compensarme? —se ofuscó la joven—. ¿Crees que soy el adversario de uno de tus casos con el que tienes que llegar a un acuerdo?

—Está bien, te lo explicaré todo —suspiró el abogado—. Jane solo es una amiga que...

—No me interesan tus explicaciones —lo cortó—. Si te he hecho venir a mi casa ha sido únicamente para decirte que recojas las pocas cosas que tienes por aquí y te marches.

—¿Qué... qué quieres decir?

—Lo que has oído, Ryan. Que te vayas.

—Pero... no entiendo, cariño. ¿Estás diciendo que terminemos lo nuestro?

—¿Lo nuestro? —escupió Harper—. Lo nuestro no existe, Ryan. Lo nuestro se limitaba a que aparecieras por mi casa de vez en cuando para echar un polvo.

—Eso no es cierto y lo sabes —replicó él, envarado—. Te amo, Harper, nunca he sentido por nadie lo que siento por ti. Y suponía que tú también me querías...

—Pues sí, te amo, eso no voy a negarlo, pero, ¿sabes una cosa?, hoy he descubierto que quiero más a otra persona.

—¿A... a otra persona?

—Sí, Ryan, he descubierto que es a mí a quien más quiero, y que merezco algo más que una relación a escondidas porque mi novio se avergüenza de mostrarme en público.

—No me avergüenzo, Harper, por el amor de Dios...

—Me da igual por lo que sea —lo interrumpió—. El caso es que, a partir de ahora, me voy a limitar a quererme más a mí misma. Tú puedes salir con tu amiga Jane o con quien te dé la gana, y yo seguiré con mi vida, mi trabajo y mis amigos. Y, si algún día aparece alguien a quien no le importe el color de mi piel y me respete, tal vez intente volver a enamorarme, aunque no es una prioridad.

—Siempre te he respetado, Harper —respondió, tenso.

—¡No, no me has respetado, joder! —explotó ella—. ¡Le has dado prioridad a tu trabajo, al qué dirán y a los prejuicios de tu familia! —Inspiró y espiró la rabia contenida—. Y, ahora, Ryan, te pido por última vez que recojas tus cosas y te marches.

—No es preciso. —El rubio abogado se dirigió a la puerta con evidente furia—. Tíralas, o quémalas.

Después cerró y desapareció.

A Harper le asombró no llorar. Era consciente de que era de esas personas que ocultan sus sentimientos y que, cualquier día, brotarían todos de golpe, pero, de momento, se limitaría a hacer lo que le había dicho a su ya exnovio: cuidar de sí misma y vivir.

Capítulo 14

Después de recogerla en el colegio, Imogene le propuso a Autumm ir a tomar un batido, invitación que la pequeña aceptó encantada. Ambas ocuparon una mesa en el colorido local donde servían los mejores batidos y helados. La niña pidió uno de chocolate y su tía optó por el de vainilla.

—Tía Imogene —comentó Autumm tras dar el primer sorbo a su pajita—, ¿crees que papá y Brooklyn se quieren de verdad?

—¿Por qué preguntas eso? —contestó la mujer al tiempo que le echaba mentalmente una buena bronca a su sobrino.

—Bueno... Resulta que mi amiga Sarah, que ya sabes que sus padres están divorciados, me cuenta que, tanto su padre con su nueva novia como su madre con su novio, se están besando todo el tiempo. Y me ha preguntado que si papá hace lo mismo con Brooklyn.

—¿Tu amiga Sarah no habla nunca de cosas de niñas? —preguntó Imogene con un deje de mordacidad.

—Claro que sí, tía, pero, desde que le conté que papá tenía novia, hablamos también de esas cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Pues... eso... ya sabes... —La pequeña compuso una expresión pícaro que chocó con sus labios manchados de chocolate—. De amor, novios, besos..., todo eso.

—Ya veo —rezongó la mujer—. No tengo muy claro si la tal Sarah es demasiado madura para su edad o me he quedado tan desfasada que no me he dado cuenta de que las crías de siete años ya no son como las de antes.

La niña hizo caso omiso al comentario y siguió con su diatriba.

—Aunque me enfadé un poco con Sarah —prosiguió—, porque le dije que te preguntaría a ti y ella me dijo que eras muy mayor para saber de esas cosas. A mí no me parece vieja, tía.

—Gracias, tesoro —declaró, sonriendo, la aludida—. Y puedes decirle a tu querida amiga Sarah que todavía me acuerdo de todas esas... cosas. ¿Qué quieres saber?

—¿Por qué papá y Brooklyn no se besan nunca?

Ella suspiró. Cualquier otra pregunta para mayores de edad le habría parecido más fácil de contestar que esa.

—Pues... no sé, cariño...

—Dime la verdad, tía —exigió la pequeña, un poco más seria—. Creo que está pasando algo

raro, porque, cuando le expliqué a Sarah que no duermen juntos, ni se besan, ni se dicen cosas como «cariño», «cielo» o «querida», me explicó que eso les pasaba a sus padres cuando se iban a divorciar, que los novios que se quieren se dan besos todo el rato.

—Vaya con tu amiga Sarah —refunfuñó Imogene—, qué perspicaz.

—Vamos, tía, cuéntamelo. ¿Qué está pasando?

La mujer suspiró y contempló un instante a su sobrina, a aquella niña dulce, lista y especial a la que quería con toda su alma. Ella misma había sido testigo de la exagerada indiferencia con la que su sobrino trataba a Brooklyn, a pesar del anhelo que intentaba esconder tras una capa de frialdad, mientras que la joven no podía disimular su adoración por él. Jonathan se había autoimpuesto un castigo demasiado severo por sobrevivir a su esposa, que consistía en negarse a ser feliz. Tal vez había llegado el momento de hacer algo al respecto. Lo primero sería contarle toda la verdad a la niña, a la que creía lo suficientemente madura como para entenderlo.

—Entonces, ¿todo es mentira? —se lamentó Autumm tras escuchar la historia que le contó su tía—. ¿No se quieren?

—Yo creo que, al menos, se gustan —respondió esta—, pero tu padre no quiere olvidar a tu madre con otra mujer.

—No hace falta que la olvide, ¿verdad, tía? Puede quedarse con Brook y recordar a mi madre algunas veces. Podemos ver fotografías, hablar de ella...

—Pienso lo mismo. —Sonrió.

—Entonces, ¿puede ser que mi padre quiera a Brooklyn pero le dé pena mamá?

—Algo así.

—¿Y si... lo ayudamos un poco? —propuso la cría, con una pícaro sonrisa.

—¿Qué estás tramando, Autumm Reed?

—Todavía nada, pero, ¿querrás echarme una mano? *Porfi, porfi*, tía. Me gusta mucho Brook...

—No sé, cielo. Si tu padre se entera...

—Puede ser un secreto entre las dos. Vaaaa, tía, di que sí...

—Vale, venga, sí —respondió—. Creo que he visto mucha química entre los dos, y Dios sabe que tu padre se merece ser feliz. Lo haremos, Autumm.

—¡Bravo! —exclamó la niña al tiempo que bajaba de su silla para darle un abrazo a Imogene—. Te quiero mucho, tía, ¡mucho, mucho!

—No me pelotees —refunfuñó esta—. Ya no es noticia que siempre te sales con la tuya. Aunque, en este caso, me confieso cómplice. —Sonrió, traviesa.

—Se lo comentaré a mi amiga Sarah —siguió parlotando después de volver a su sitio y seguir absorbiendo restos de batido—, y seguro que a ella se le ocurrirá algo también.

—De eso estoy segura —comentó Imogene, con los ojos en blanco.

* * *

Por supuesto, a Sarah se le había ocurrido algo: el anillo.

Jonathan se encontraba revisando unos papeles a primera hora de la mañana cuando su hija y su tía irrumpieron en su despacho.

—¿Ya es hora de irte al colegio? —preguntó a la niña—. ¿Puedes acercarla tú a la parada del autobús, Imogene?

—Sí, claro —respondió la mujer—, aunque creo que tu hija quiere hacerte una propuesta antes de marcharse.

—¿Qué sucede, cielo? —Jonathan cogió a su hija y la sentó en su regazo.

—Pues que ayer estuve hablando con mi amiga Sarah...

—Cómo no —bromeó Jonathan.

—Y me preguntó por el anillo de Brooklyn.

—¿El anillo? —preguntó su padre, contrariado.

—El anillo de prometida, papi —respondió la cría con exasperación—. No he sabido qué responderle a Sarah. ¿Se lo vas a regalar pronto? ¿Se lo has regalado ya? Y, si es así, ¿por qué no lo lleva puesto?

Impotente, el concejal miró a su tía, esperando hallar una respuesta coherente que darle a su hija.

—Hemos dado por supuesto —comenzó a decir Imogene— que se te ha... olvidado comprárselo, así que hemos pensado en ahorrarte el trabajo de tener que elegirlo, comprarlo...

—Ah, ¿sí? —preguntó Jonathan, escamado—. ¿Y qué se os ha ocurrido si puede saberse?

—Que le des el de tía Imogene —respondió Autumm, muy satisfecha, al tiempo que mostraba la caja que ya portaba en la mano.

—¿Tu anillo de pedida, tía? —inquirió Jonathan, desconcertado.

—Es una vieja reliquia que no me sirve para nada —señaló la mujer—. Creo que hará más servicio si Brooklyn lo lleva en el dedo y, de esa manera, la gente se tomará más en serio vuestro noviazgo. Además, lo hemos comparado con uno de los anillos que guarda en su joyero y la medida es prácticamente la misma.

—No creo que sea necesario, tía...

—Seguro que a Brooklyn le hará mucha ilusión, papi... —insistió la pequeña—. ¡Y míralo! Es tan bonito...

Jonathan, aún en su desconcierto, abrió la cajita y contempló la joya. Por un instante, sintió un pellizco de emoción al imaginársela en el dedo anular de Brook, pero, inmediatamente después, cerró la caja y la guardó con rapidez en un cajón de su escritorio.

—Está bien, supongo que llevar anillo de prometida será mejor para...

—Para vuestro noviazgo —lo interrumpió Imogene.

—¿Cuándo se lo vas a regalar? —preguntó Autumm—. ¿Cuándo, cuándo, cuándo...?

—No sé... —titubeó Jonathan—. Cuando menos se lo espere, para que sea una sorpresa,

supongo...

—¡Bien! —exclamó la niña antes de darle un beso a su padre y bajarse de su regazo—. ¡Qué razón llevaba mi amiga Sarah cuando me dijo que Brook debía llevar anillo! ¡Estoy deseando vérselo puesto! ¡Qué ilusión le va a hacer! —Y se puso a canturrear—. Mi padre le va a regalar un anillo a Brook, mi padre le va a regalar un anillo a Brook...

Autumm se dirigió a la puerta y Jonathan le lanzó una mirada inquisitiva a su tía. Esta, por su parte, se limitó a encogerse de hombros y seguir el camino de la cría.

Una vez fuera del despacho, tía y sobrina chocaron las palmas de sus manos y se guiñaron un ojo. Habían conseguido el primer punto.

Capítulo 15

La cena en casa de los Morgan fue bastante bien, al menos, en el sentido práctico. Aunque las razones de Jonathan para buscarse novia ficticia me habían parecido absurdas en un principio, descubrí que llevaba razón. Lo invitaban con más asiduidad a fiestas y reuniones, y parecían tomarlo más en serio, simplemente, por llevar a una mujer del brazo. Si alguien me hubiese dicho que algo así sucedería en pleno siglo XXI, no lo habría creído, pero así son la política y los negocios, con su habitual puntito rancio.

Lo peor de la noche fue que sentaran a Paige Morgan junto a Jonathan y, por ende, frente a mí. Mi antigua enemiga —o enemiga perpetua— no desaprovechó la ocasión y se pasó toda la cena interesándose por cada comentario de Jonathan, o acompañando cada palabra con sonrisas y sobeteos. Me faltó un pelo para hacerla callar de una patada por debajo de la mesa cada vez que me interrumpía, pero Jonathan me lanzó una mirada de «Relájate, que la cagas» y tuve que admitir que era mejor callarme.

Ahora que lo recuerdo, eso no fue lo peor. Lo más irritante llegó más tarde, cuando, tras la cena, los invitados salimos al jardín, para tomar una copa entre setos cubiertos por pequeñas bombillas y rodeados de antorchas, iluminación que dotaba el lugar de un acogedor ambiente primaveral. En un momento en el que me quedé sola, Paige aprovechó para acercarse a mí. Adornaba sus labios con una engreída sonrisa que no vaticinaba nada bueno.

—¿Qué tal va tu relación con Jonathan, mi querida Brooklyn?

—¿Por qué me preguntas eso? —le dije con irritación—. ¿Acaso deseas saber si todavía tienes alguna posibilidad?

—No te lo tomes a mal, cielo, pero sigo pensando que no pegáis nada.

—No estaríamos viviendo juntos si no nos uniera nada —contraataqué.

—Sí, eso he oído, que te has mudado a su casa —señaló con petulancia—, pero eso no significa que vayáis en serio. Si lo vuestro fuera más formal, habría un detalle que saltaría a la vista.

—¿A qué te refieres? —Fruncí el ceño.

—Oh, vamos, Brook, no te hagas la ignorante. No podrás evitar que algunas sigamos interesándonos en él si no se ha molestado ni en regalarte un anillo. No eres su prometida. Tal vez solo seas una aventura...

Por suerte —para Paige, sobre todo, puesto que llegué a pensar en acercarle una de las antorchas al pelo para verlo arder otra vez—, la profunda voz de Jonathan interrumpió los

cargantes comentarios de nuestra anfitriona.

—Brooklyn no es una aventura —aclaró—, y sí que tiene anillo.

Sorprendida, lo observé acercarse a mí al tiempo que extraía una pequeña caja del interior de su chaqueta.

—Perdona, cariño —me dijo mientras abría la caja y sacaba su contenido—. Lo llevé a que lo ajustaran de medida y tardé demasiado en ir a buscarlo.

Alucinada, dejé que tomara mi mano y ensartara en mi dedo una bonita sortija con un zafiro.

—¿Ves? —añadió con una sonrisa—. Ahora te queda perfecto.

A continuación, para rematar la novelesca escena, se llevó mi mano a los labios y depositó un suave beso.

—¡Oh! —exclamó Paige después de acercarse y coger mi mano para poder admirar la joya. Yo todavía seguía anonadada—. ¡Es estilo *vintage*! Qué buen gusto tienes, Jonathan.

—Sí... —titubeé—, me pareció muy bonito cuando... me lo regaló, hace ya... un tiempo...

—Tuviste que quitártelo porque te estaba grande y lo podías perder, ¿recuerdas? —insistió Jonathan en la historia.

—Sí, claro...

—Pues vaya —suspiró Paige con un leve atisbo de irritación—. Parece que la cosa sí que va en serio. Deberías agradecerle a Jonathan el detalle de haberse preocupado de traerlo esta noche.

—Por supuesto —dije, mirando a Jonathan—. Gracias.

—No seas sosa, Brook —insistió mi supuesta amiga—. Agradéceselo como es debido. Dale un beso.

Miré a Jonathan con terror. Para colmo, varias personas nos estaban observando con demasiado interés. Había soñado miles de veces con besar a Jonathan, pero no en una situación semejante. Lo miré a él, esperando encontrar algún tipo de salida, pero se limitó a mirarme sin expresión alguna.

—No sabía que fueses tan tímida, Brooklyn —me pinchó Paige.

En aquel instante creo que no hubiese tenido bastante con quemarle el pelo. Me irritó tanto su insistencia que, sin pararme a pensarlo mucho, me acerqué a Jonathan, coloqué mis manos en sus mejillas y acerqué mi rostro al suyo. Mi corazón galopaba con fuerza, como si hubiera decidido lanzarme en paracaídas, pero me envalentoné al comprobar que él se quedaba quieto. A continuación, posé mis labios en los suyos, momento en el que una especie de rayo me atravesó de lado a lado, sacudiendo mi cuerpo con una descarga eléctrica. Olvidándome de las personas que pudieran estar mirándonos, abrí la boca y apreté sus labios entre los míos, suavemente, pero saboreándolos a conciencia. La descarga acabó de fulminarme cuando sentí que sus manos se introducían en mi pelo e inclinaba la cabeza para amoldar mejor su boca a la mía.

Fue un momento mágico, intenso, apasionado..., aunque, por desgracia, duró solo unos segundos. O tal vez no, porque perdí la noción de la realidad, pero unos carraspeos nos avisaron de que no estábamos solos. Al separarnos, contemplé los labios húmedos de Jonathan y sus ojos,

que, más que verdes, se tornaron oscuros por la dilatación de sus pupilas. Sin embargo, un instante después, parpadeó como si, de pronto, se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo, y me apartó de su cuerpo, aunque lo hizo con cuidado para no parecer brusco.

—Pero ¡qué bonita pareja hacéis! —exclamó la señora Morgan, la madre de Paige—. Me alegro muchísimo, Brooklyn. Seguro que tus padres están contentísimos con la noticia.

—¿Noticia? —pregunté, confundida.

—La de vuestro compromiso —aclaró la mujer—. Espero que haya buenas nuevas muy pronto.

—Sí, claro, claro...

Apenas recuerdo los rostros de las personas que nos felicitaron, tal era mi aturdimiento. Jonathan, aunque sonrió y aceptó los parabienes, no me dedicó una palabra, ni una sola mirada, hasta que, ya en el coche, fui yo la que sacó el tema.

—Lo del anillo ha sido un bonito detalle, Jonathan. Gracias por sacarme del atolladero.

—Es normal que la gente se fije en esas cosas —comentó con tranquilidad al tiempo que ponía el motor en marcha.

—Lo malo es que ahora nos creen comprometidos...

—Ya contaba con ello —señaló—. No te preocupes. Pasado un tiempo, se olvidarán del asunto.

No estaba yo muy segura de aquello, pero le di prioridad a otra cuestión que me pareció más importante.

—Siento lo del beso, pero no me ha quedado otra salida —comencé a decirle de forma atropellada—. Paige no ha dejado de malmeter, y luego toda esa gente, pendiente de nosotros...

—Deja de disculparte, Brooklyn —me interrumpió a la vez que sorteaba el tráfico—. Hemos hecho lo que había que hacer. Solo ha sido un simple beso, deja de darle importancia.

—Es verdad, menuda tontería. —Traté de reír, aunque por dentro estuviese llorando. Lo que a mí me había parecido el beso de mi vida, para él no había significado nada—. Es que me he puesto un poco nerviosa, y no sabía cómo te lo ibas a tomar... No hemos hablado en ningún momento de la posibilidad de mostrar afecto en público y me he bloqueado.

—No te preocupes, todo ha ido bien, una prueba más superada. Ahora, nos queda pensar en la próxima: la cena benéfica.

—Entonces, ¿no te ha molestado que te besara? —le pregunté, algo titubeante—. Quiero decir... ¿Te ha parecido bien...?

—¿A qué te refieres?

—Me refiero al... beso —insistí, nerviosa—. ¿Ha estado bien?

—Supongo. —Se encogió de hombros—. Un beso, como otro cualquiera. —Aparcó el coche delante de la fachada de su casa—. Espera, te abriré la puerta.

«¿¿Como otro cualquiera?! ¿¿En serio?!»

Enfadada, no esperé a que rodeara la carrocería. Yo misma abrí la puerta y bajé del vehículo.

—No hace falta que te tomes tantas molestias —refunfuñé—. Ahora que estamos solos y no hay que fingir, puedo abrir una puerta yo solita.

—No son molestias —afirmó con un punto de ira—. Te dije que forma parte de mi educación.

—Pues me alegro de tu fantástica educación —gruñí mientras nos acercábamos a la entrada—, pero a mí me han enseñado a valerme por mí misma.

—Lo sé, Brooklyn —replicó—, pero no se trata de eso.

—Entonces, ¿de qué se trata? —exclamé, furiosa—. ¿De sentirte mejor por ayudar a una damisela? —me burlé—. Pues perdona que te diga, pero esta damisela no precisa ayuda. En todo caso, eres tú quien la necesita.

—¿Yo? —exclamó, molesto—. ¿Por qué?

—Porque sé que a estas horas de la noche se resienten tus heridas, y porque estás cojeando —le aclaré mientras accedíamos al vestíbulo—. Podrías tragarte el orgullo de macho y pedirme que te dejara apoyarte en mí.

—Estoy cojeando porque siempre cojeo —señaló, envarado.

—No, ahora cojeas más —insistí.

En mitad de aquella discusión tan absurda, apareció Imogene, quien había bajado la escalera y ni siquiera nos habíamos dado cuenta.

—Chist, silencio —nos reprendió—. ¿Se puede saber por qué estáis gritando?

—¡No estamos gritando! —exclamamos los dos a la vez.

Imogene colocó los brazos en jarras y nos miró a ambos con una expresión ceñuda.

—Solo soy vuestra vieja tía —refunfuñó—, pero todavía me queda algo de autoridad en esta casa. Que cada uno se marche a su habitación, ahora.

—Joder —gruñó Jonathan mientras desaparecía escaleras arriba.

A ninguna de las dos se nos pasó por alto el esfuerzo que le supuso avanzar cada escalón.

—Lo siento mucho, Imogene —me disculpé cuando nos quedamos solas—. Jonathan no tiene la culpa. Es su pierna, que lo hace estar de malhumor. Además, ha sido una noche muy complicada, ha habido un problema en casa de los Morgan y estoy un poco alterada...

—Oh, qué bien te sienta mi anillo —me interrumpió mientras alzaba mi mano para ver la joya más de cerca—. Es un poco antiguo, pero creo que es elegante, ¿no crees?

—Sí, es precioso —respondí, confundida ante el cambio de tema—. Por cierto, ¿se le ocurrió a usted la idea de que Jonathan me lo regalara?

—Oh, no —respondió la mujer, esbozando una sonrisa—, fue cosa de mi sobrino. Me comentó que, si queríamos que parecieras su prometida, deberías llevar un anillo. Mi aportación fue decirle que podías llevar el mío, para que no tuviera que salir a comprar uno estando tan ocupado.

—Vaya —comenté—. Ha sido un detalle que no me esperaba por parte de Jonathan.

Una especie de manto caliente cubrió mi corazón. Había sido idea de él y me conmovió que lo hubiese pensado.

—Sí —sonrió, satisfecha—. Mi sobrino puede parecer un poco cabezota, pero es un cielo. Por cierto —volvió a cambiar de tema—, ¿a qué problema te referías? ¿Qué ha pasado en casa de los Morgan?

—Pues... —emití un suspiro—, que he tenido que besar a Jonathan.

—¿Besarlo, dices? —Un brillo resplandeciente surgió de los claros ojos de Imogene—. Y... ¿cómo ha sido? Quiero decir... ¿os ha salido natural?

—Creo que sí. —Me encogí de hombros—. Al menos, todo el mundo nos ha felicitado.

—Eso está bien —dio la impresión de pensar en algo—, porque, hasta ahora, ese era vuestro problema, Brooklyn, que se os veía algo fríos. Si queréis que la gente se crea lo vuestro y que se dé por hecho que estáis juntos, debéis mostrar más complicidad, más afecto. Miradas, besos, cogeros de la mano..., esa clase de detalles.

—Ya —contesté, perpleja—. No sé si Jonathan estará de acuerdo...

Me sorprendió bastante aquella propuesta de Imogene. Hasta aquel momento, había llegado a pensar que no le caía demasiado bien a aquella mujer, pero, de pronto, me estaba sugiriendo que me tomara más en serio mi papel de novia.

—Oh, claro que está de acuerdo —afirmó, convencida—. Ayer, sin ir más lejos, estuve hablando del tema con él. Me comentó que no te veía demasiado implicada, que no parecías estar muy a gusto con él.

—¡Pues claro que estoy a gusto! —repliqué, desconcertada.

—Él cree que físicamente no te atrae nada, que te parece mayor, que tal vez su cicatriz y su cojera te incomodan, y que, por todo ello, rechazas la idea de acercarte a él.

—Pero ¿qué tontería es esa?! —exclamé—. ¡No me incomoda nada de él! ¡Y por supuesto que me atrae físicamente!

—¿De verdad? —me preguntó Imogene, con expresión taimada.

Fui consciente de que había hablado más de la cuenta y me sentí ligeramente avergonzada. Hasta creo que sentí el calor de la sangre en mis mejillas. Sin embargo, no podía aceptar que Jonathan siguiera viviendo con aquel sentimiento de rechazo hacia sí mismo.

—Bueno... —intenté paliar mi desliz—, Jonathan es un hombre atractivo. No entiendo que crea que no me acerco a él porque me desagrada su cercanía.

—Él no te lo va a aclarar —señaló ella—. Desde que ocurrió... el atentado, se volvió un hombre bastante reservado, por eso he preferido comentártelo yo, pero no vayas a decírselo...

—No, claro —le aseguré, todavía asombrada—. De todos modos, me sigue chocando que piense así, pues hay colas de mujeres que pretenden llamar su atención. Paige Morgan, sin ir más lejos. —Compuse una mueca de desagrado al evocarla.

—¡Pues claro que debe tener un montón de admiradoras! —exclamó Imogene—. Mi sobrino siempre ha sido guapísimo, y no lo digo por ser de mi familia. ¡Es algo obvio! En cuanto a lo otro que dices... Jonathan y Paige tuvieron una pequeña aventura..., nada relevante, ya sabes, pero quizá por eso la chica siga insistiendo.

—¿U... una aventura? —titubeé—. ¿Paige y Jonathan?

—Un lío sin importancia. —Me hizo un gesto con la mano—. Cosas de jóvenes.

—¿Está usted segura?

—Claro que sí, los vi con mis propios ojos y mi sobrino me lo confirmó, pero olvídale.

¿Quieres que te acompañe a tu habitación? Creo que ambas estamos cansadas...

¿Me estaba diciendo que mi Jonathan había tenido una aventura con la insufrible Paige y pretendía que lo olvidara?

—No es necesario —respondí, aturdida, mientras me dirigía a mi dormitorio—. Buenas noches, Imogene.

—Buenas noches, Brooklyn —me contestó.

Me pareció que se alejaba de mí mucho más ligera de lo que la recordaba.

Capítulo 16

Jonathan

Abrí el armario del baño y empecé a revolver su interior, hasta el punto de que cajas y frascos cayeron sobre la encimera del lavabo en mitad del alboroto. Por fin, conseguí el ansiado bote de pastillas, pero, cuando lo tuve en la mano, reconocí que el dolor que laceraba mi pierna no era peor que otras veces. Y, si en anteriores ocasiones había sido capaz de enfrentarlo, podría volver a hacerlo. Aunque de forma un tanto desordenada, volví a colocar todos los recipientes en el armario y lo cerré. Había dejado de depender de aquellas drogas tras la rehabilitación y no volvería a caer en su euforia ficticia.

El rostro que observé en el espejo no me engañó. Sí, sentía dolor, pero era algo más lo que me hacía sentir mal. Quería evocar el rostro de Allison, pero no podía. Únicamente era capaz de visualizar en mi mente el momento del beso con Brooklyn, el contacto de su boca en mi boca, el tacto de su pelo entre mis dedos, su sabor dulce...

Desconcertado y cabreado, salí de casa para coger el coche y poner rumbo a la noche y al Bronx. Como no podía ser de otra manera, acabé aparcando dos calles más allá del estadio, en la 165, frente al bar de Sofía. Cuando entré en el local, apenas quedaban un par de clientes que habían caído dormidos sobre la mesa y los restos de cerveza y que Carlos y Sofía intentaban despertar para que los dejaran terminar de limpiar y recoger.

—Capitán Reed —me saludó Sofía, sin dejar de limpiar la barra—. Hoy sí que no te esperaba.

—Es un poco tarde, lo sé —me disculpé mientras me acercaba a la joven de ojos negros—, pero necesitaba verte, Sofía...

Por la mirada que me dedicó, supe que no le pasó desapercibido mi tono desesperado o el sudor que perlaba mi frente.

—No me quejo de la hora, capitán. Me refería a... otra cosa.

—No sé a qué —le dije al tiempo que ella me destapaba una cerveza, yo dejaba un billete e ignoraba la bebida.

—Las noticias vuelan, capitán —replicó mientras enjuagaba la bayeta bajo el grifo—. Sé que estás saliendo con alguien... y que ese alguien es hija de un político importante, un antiguo alcalde o algo así.

—Ya... —Cerré los ojos ante aquella contrariedad. Mi cuerpo clamaba por decirle la verdad, pero mi mente lo impedía una y otra vez.

—Te dije, y te lo repito —insistió Sofía—, que podías aparecer por aquí cuando quisieras,

pero también que esto acabaría en cuanto tuvieses una relación. No pienso meterme en mitad de una pareja.

—Es... complicado, Sofía —me lamenté—. Deja que te lo explique.

—Adelante —sugirió mientras se secaba las manos en un trapo—, pero, si tu única excusa se basara en contarme que es una relación pactada o de conveniencia, seguiré pensando igual. No quiero escándalos, capitán.

—Te lo contaré, pero subamos —le pedí—. Por favor, Sofía, solo será un momento.

—Está bien —aceptó a regañadientes—, pero solo un momento. Espera un poco y haz como siempre.

La obedecí, aunque apenas tardé un minuto en subir la escalera y entrar en la habitación que solía ser testigo de nuestros ardientes pero efímeros encuentros. Cerré la puerta con un golpe de codo y me lancé sobre Sofía, aunque ella colocó sus manos en mi tórax y detuvo mi impulso descontrolado.

—¿No me has oído, capitán? —me recriminó.

—Tú... no lo entiendes...

Insistí en abordarla y besé su cuello mientras tomaba su mano y la colocaba sobre el bulto de mi erección para que fuera consciente del estado en el que me encontraba.

—Oh, pero si resulta que estás a punto... —Sofía introdujo la mano bajo la tela de mis pantalones y afianzó mi miembro entre sus dedos. Emití un desgarrador gemido cuando comenzó a acariciarme—. Esto se puede arreglar manualmente, ¿verdad?

—Sí... —musité.

No sería lo más gratificante, pero serviría.

—Y, dime, capitán —susurró—, ¿en quién piensas mientras te toco?

Mis caderas buscaron su mano, que me pareció desgarradoramente lenta.

—En... ti... —gemí.

—Vamos, cielo, dime la verdad. Dime en quién piensas, dime su nombre. ¿Cómo se llama? Dímelo...

—Pienso en... Brook —jadeé al tiempo que aceleraba mis movimientos de cadera para correrme cuanto antes. Estaba tan excitado...—. ¡En Brooklyn, joder, pienso en Brooklyn...!

Fue entonces cuando Sofía dejó de acariciarme, apartó su mano y me alejó de un empujón.

—¡Pues se lo pides a ella o te apañas tú solito, capitán! —gritó—. Tienes un par de buenas manos que harán bien el trabajo. Y, ahora, vete, por favor. —Me señaló el camino de salida.

—Sofía, joder... —gruñí de frustración.

—Adiós, concejal Reed —insistió.

En mitad de un bufido, salí del local, me introduje en mi coche y conduje de nuevo a casa. Ya en el pasillo superior, al pasar por delante de la puerta del dormitorio de Brooklyn, solté una imprecación. En aquel instante, odié aquella inoportuna tentación de ojos claros y cabello del color del cobre bruñido por lo que me estaba haciendo pasar. Aguantando el dolor, me dirigí a mi

baño, me desnudé y me puse bajo el chorro caliente de la ducha. Me acomodé en el pequeño asiento del habitáculo y, mientras el agua caía sobre mi espalda y mitigaba parte de mi dolor, vertí una pequeña cantidad de jabón en mis manos y las deslicé sobre mi miembro, palpitante y endurecido. A la vez que una de mis manos se movía arriba y abajo y la otra presionaba mis testículos, cerré los ojos y traté de concentrarme en una imagen. Pero la de Allison no perduraba más allá de un segundo; la de Sofía también se difuminaba y no dejaba de perder terreno frente al fuego de una melena y la juventud de unos ojos turquesa. Al final, me rendí. Dejé que fuera Brooklyn quien guiara mis manos, como si fuera su cuerpo el que me estuviera embistiendo o su boca la que lamiera mi miembro. Recordé su beso, su tacto y su olor, y ya solo tuve que dejarme ir. El orgasmo me arrastró hasta más allá del placer, al menos, del placer que llevaba experimentando desde que había vuelto del mundo de las sombras.

Acabé de ducharme y me metí en la cama. Lo peor del dolor había pasado, pero no era suficiente como para poder dormir. Abrí el cajón de mi mesita, extraje la siguiente carta y comencé a leer. Si aquellas letras habían podido calmar mi dolor durante el penoso proceso de rehabilitación, en aquella situación serían un bálsamo para mis heridas, físicas y del alma.

* * *

Estimado capitán Reed:

He sabido que se ha levantado de la silla y ha dado sus primeros pasos. No sabe cuánto me alegro. Recuerde que, al final de ese camino que a usted se le antoja interminable mientras intenta recorrerlo apoyado en dos barras, se encuentra su hija, que lo necesita; su padre, que lo añora; su tía, que lo llora. Seguro que, a partir de ahora, pensará en ellos y dará cada día un pasito más.

¿Se ha cansado mucho? ¿Le ha dolido?

Ojalá no haya sido tan duro como parece, aunque a veces creo que puedo sentir su propio dolor. Y, si siente que desfallece, piense que cada paso logrado es una batalla más ganada. Nunca subestime uno de esos pasos, por pequeño que sea, porque siempre serán hacia delante.

Y, aunque lo encuentre un poco presuntuoso por mi parte, quiero decirle que yo también estoy al final de ese recorrido y lo espero con los brazos abiertos. Imagino que soy la cinta de la meta, que usted llega y me abraza. Además, está sonriendo, y, hoy por hoy, nada me parecería más hermoso y esperanzador que verlo sonreír de nuevo...

Capítulo 17

Convencí a mis amigos para que cambiaran de recorrido y se acercaran a Prospect Park South, para correr por entre sus calles arboladas, tan verdes y tranquilas como las de Malba, aunque eché de menos las vistas a la bahía del East River que se divisaban desde mi casa. Kimberly, como venía siendo habitual, no apareció, con la excusa de tener que ir a ver apartamentos con Richard. Sin embargo, sí vinieron Sally, Harper e incluso Patrick, al que no le gustaba en absoluto hacer deporte y sudar, pero que sabía que sería la única forma de enterarse de las últimas noticias sin tener que esperar a vernos el lunes en el Sweet Manhattan.

—Pensaba odiaros hasta el fin de mis días —jadeó Patrick entre rápidas bocanadas—, pero os habéis librado al ponerme al día con vuestras entretenidas vidas. En todo caso, sigo pensando que Brook gana por goleada, con su pintoresca historia con el concejal bombón. Lo siento mucho, Harper, pero prefiero hablar de besos, anillos y de la pérfida Paige Morgan que de rupturas.

—No importa —suspiró mi socia—. A mí tampoco me apetece nada hablar de Ryan.

—Pues perdona, guapa —señaló Patrick—, pero no hablas de otra cosa.

—Deja que se desahogue —lo reprendí—. ¿Para qué están los amigos si no es para despotricar sobre exnovios y ahorrarte una pasta en psicoanalistas?

—¿Me estás queriendo decir que necesito ir al psiquiatra? —inquirió Harper.

—Prefiero pensar que no —respondí—. Porque, si lo necesitas tú, no quiero ni imaginar qué preciso yo. ¿Cómo lo llevas? —le pregunté.

—Mal, para qué te voy a mentir. Lo echo de menos a todas horas, pero lo superaré.

—¿Te ha llamado, enviado algún mensaje...?

—No —suspiró—. Está desaparecido, como si se hubiese largado del país.

—Sus redes sociales tampoco están activas —intervino Patrick—. Su última publicación, en la que aparece con unos amigos, es de hace dos semanas.

—Quizá también lo esté pasando mal, Harper... —me lamenté.

—O tal vez lleve de manera discreta su relación con la tal Jane —señaló Sally, con una mueca.

—Gracias por tu aportación —gruñí.

—Oh, vamos, chicas —se quejó Sally—. Lo que sucede es que os hace falta un poco de sexo. Os veo tensas y nerviosas. ¿Por qué no hacéis como yo y os ligáis a un tipo cada semana? Seguro que dejaríais de padecer por amor y de vomitar corazoncitos todo el tiempo.

—Porque en este momento no me interesan los hombres —contestó Harper—. No los quiero ni para el sexo.

—Estoy con Sally —señaló Patrick—. Sin sexo puedes acabar muy tensa.

—¿Y quién dice que yo no tenga sexo? —preguntó Harper—. He dicho sin hombres, no sin sexo.

—¿Con el Satisfyer? —Sally rio—. Está bastante bien, pero nada es comparable a una boca masculina.

—Eso seguro. —Patrick rio también—. La que no puede opinar es Brook, que todavía no sabe lo que es un orgasmo provocado por alguna parte humana que no sea suya.

—Demasiado estabais tardando en recordármelo —bufé—. Tengo otras cosas más importantes en que pensar.

—¿Más importantes que tener un orgasmo? —se burló Sally.

—Tranquila, Brook —me alentó Harper—. Te doy toda la razón. Desde que has dejado la vida nocturna, cada día aumenta más nuestra lista de clientes y cada vez son más selectos... aunque creo que muchos de ellos vienen con la esperanza de conocer a la hija de Cameron Edwards y prometida del concejal-exmarine Reed.

—Nunca quise aprovecharme de mi apellido para nuestro negocio —comenté mientras trataba de recuperar un poco de aliento—, pero no puedo hacer nada si la gente me relaciona con él.

—Y hasta aquí he llegado —jadeó Patrick, que no paraba de resollar mientras intentaba recuperar un poco de aire—. Ahora que hemos llegado a tu nueva casa, no pienso dar un paso más.

—Secundo la moción de Patrick —resopló Sally—. Por cierto, Brook, voy a hacer una excepción por esta vez y me voy a presentar en la gala benéfica del alcalde acompañando a mis padres y mi hermano.

—¿Vas a ir a ese aburrido evento? —se sorprendió Patrick—. ¿Desde cuándo apareces tú en semejantes muermos?

—Desde que mi amiga se ha prometido —se mofó—. No pienso perderme por nada del mundo a esta pareja en acción.

—¡No hemos visto el anillo! —exclamó de pronto nuestro amigo.

—Os envié una foto —le recordé.

—¡No es lo mismo! —protestó de nuevo—. ¿Por qué no entramos y nos lo enseñas? —me propuso, señalando la casa de Jonathan.

—No es mi casa, Patrick...

—Oh, vamos, mi pelirroja, no seas aguafiestas. Si tu concejal te invitó a venir a vivir con él, que sea con todas las consecuencias. Tú tienes amigos y tienes derecho a invitarlos. Tenemos sed, nos hemos quedado sin agua y estamos al límite de la deshidratación. ¿Nos vas a negar eso?

—Estoy de acuerdo —lo apoyó Sally—. Además, necesito ir al baño. Me meo hace horas.

Parpadeé, perpleja, cuando observé cómo atravesaban el jardín y se acercaban a la entrada.

Harper fue la única que se mantuvo a mi lado.

—A mí no me mires —levantó ambas manos, mostrándome las palmas—, aunque no voy a ser la única que se quede en la calle.

Mi socia siguió el camino del resto de ellos mientras yo trataba de adelantar al grupo. Abrí la puerta y los guie a todos hasta la cocina, donde Imogene comenzaba a preparar el desayuno.

—Oh, tenemos visitas —señaló con una sonrisa—. Tendrías que haber avisado, Brooklyn, pero no importa, nos las apañaremos. ¿Café o zumo de naranja?

—Nada —me adelanté a Patrick, que ya se relamía ante la visión del contenido de la mesa—. Se van a ir enseguida, Imogene, solo deseaban agua, ¿verdad, chicos?

No es que me molestara la presencia de mis amigos en un desayuno dominical, todo lo contrario, me habría encantado que se quedasen. Sin embargo, todavía no me encontraba cómoda en aquella casa; me sentía una extraña, a pesar de los esfuerzos de Imogene y el encanto de Autumm. Además, los conocía perfectamente, y, exceptuando a Harper, los otros dos estaban deseando encontrarse con Jonathan y soltarle diversos comentarios que podrían parecer malintencionados, o, como poco, indiscretos.

Crucé los dedos para que «mi prometido» no bajase a la cocina hasta más tarde.

—Voy un momento a por el anillo, tía —le dije a Imogene—. Mis amigos quieren verlo.

—¡Por supuesto! —exclamó ella a la vez que servía tres vasos de agua.

Subí la escalera hasta mi habitación, cogí la cajita de terciopelo y salí de nuevo al pasillo, donde me encontré a Autumm saliendo de su dormitorio. Todavía llevaba puesto el pijama, rosa, y tenía el rubio cabello enmarañado y a su inseparable Matilda bajo el brazo. Me incliné ante ella y esperé a que restregara los puños sobre sus ojos soñolientos. Me pareció una imagen tan tierna que me provocó un vuelco en el corazón y deseé achucharla entre mis brazos.

—Buenos días, Autumm —la saludé—. Tienes el aspecto de haberte despertado hace un segundo. —Cogí el cepillo que llevaba en la mano para peinar a su muñeca y se lo pasé por el pelo. Era tan fino que quedó casi perfecto en un instante.

—He oído hablar a gente —me explicó—. ¿Quién ha venido?

—Son amigos míos —le dije—. ¿Quieres conocerlos?

—Sí —sonrió—, aunque todavía estoy en pijama...

—A nadie le va a importar en absoluto. —Le di la mano—. Vamos, te los presentaré.

Ambas bajamos hasta la cocina, presenté a la niña y, pronto, se formó una gran algarabía. Todos querían conocer y besar a Autumm al tiempo que deseaban ver el anillo en mi dedo.

—Pero ¡qué niña tan guapa! —exclamó Patrick, que no pudo resistirse a cogerla en brazos.

—Tú también eres muy guapo —le correspondió la cría mientras cogía una mano de mi amigo—. ¡Me encantan tus uñas!

—Gracias, bonita. —Le dio un sonoro beso en la mejilla.

—Y tú también. —Autumm señaló a Harper—. Qué pelo tan chulo tienes. Lo malo es que no lo podría cepillar.

—Gracias —respondió esta—. El tuyo sí que es bonito.

Sally también cayó rendida a los encantos de la pequeña y puse los ojos en blanco al comprobar que nadie echaba un vistazo a mi mano izquierda, donde lucía mi supuesto anillo de compromiso.

—¿No era esto lo que habíais venido a ver?

—Cuidado con lo que decís —intervino Imogene—, que era mío.

—Pues es una preciosidad —señaló Patrick mientras, entusiasmado, cogía mi mano entre las suyas—. Mucho más que en las fotos.

—¡Es una pasada! —añadió Sally.

—Muy bonito —aportó Harper, aunque con un poco menos de euforia. Ella nunca estuvo de acuerdo con que siguiera con aquel teatro.

Y así estábamos todos, alrededor de Autumm y de mi mano, cuando oímos un saludo detrás de nosotros.

—Buenos días —murmuró la vibrante voz de Jonathan.

Nos giramos hacia el sonido y nos topamos de golpe con la imponente figura del dueño de la casa, que nos miraba algo perplejo. Inmediatamente, se hizo el silencio en la estancia. Aunque, para perpleja, yo, cuando vi el aspecto de Jonathan después de haber realizado sus ejercicios matutinos. Como no podía correr, pasaba cada día una hora en el garaje, donde había instalado diversos aparatos de gimnasia recomendados por su fisioterapeuta. Por ello, vestía con un pantalón de chándal y una ajustada camiseta blanca que se pegaba a su cuerpo por el sudor.

De todos modos, no fui la que más se sorprendió. Mis tres amigos estaban boquiabiertos, no sé si por la irrupción del dueño o por la imagen sexy que desprendía.

Rectifico: al menos en el caso de Sally y Patrick estoy segura de que fue por lo segundo.

—Hola, Jonathan —lo saludé, algo cohibida—. Esto... ya conoces a Harper y a Patrick, pero aún no te he presentado a Sally.

—Encantada, concejal. —Mi amiga apenas esperó un segundo antes de lanzarse a darle dos besos a Jonathan.

—¡Hola, papi! —Autumm dejó los brazos de Patrick y aterrizó en los de su padre—. Ay, estás mojado —se quejó la niña, componiendo una mueca de desagrado ante el contacto de la ropa sudada—. ¿Has visto, papá? Los amigos de Brook han venido a ver el anillo que le regalaste. ¡Les ha gustado mucho!

—Me alegro, cariño —le comentó su padre al tiempo que la volvía a dejar en el suelo.

Un espeso silencio inundó la estancia.

—Entonces —intervino Imogene—, ¿no os quedáis a desayunar?

—No, no, gracias —contestó Harper al tiempo que empujaba a Patrick y a Sally, que parecían seguir en trance—. Nosotros nos íbamos ya. Un placer haberlas conocido a usted y a Autumm. Hasta la vista, señor Reed.

—¡Si no podemos quedar antes, nos veremos en la gala! —exclamó Sally mientras salían por

la puerta.

Una vez que se fueron, extraje el anillo de mi dedo y lo deposité de nuevo en la cajita.

—En fin... —mascullé—... tengo que darme una ducha.

—Yo también —comentó Jonathan.

—Pues daos prisa —rezongó Imogene—. El desayuno está listo.

—¡Os podríais duchar los dos juntos para tardar menos! —exclamó Autumm con una mezcla de entusiasmo e inocencia.

Jonathan me miró de reojo y no me atreví ni a moverme.

—Cielo —le aclaró a su hija—, nos ducharemos cada uno en nuestro baño.

—Ah, claro... —la cría sonrió de forma traviesa—, todavía no estáis casados y no podéis... eso...

—¿Qué es eso, mi pequeña diablilla? —preguntó Imogene, con los brazos en jarras.

—Ahhh... eso —Autumm rio de nuevo—, verse... desnudos y...

—¡Y nada! —la cortó su tía—. ¡Vamos! Te ayudaré a vestirte después de que te laves esa cara y esas manos. ¡Andando!

—¿No puedo quedarme en pijama hoy, tía? —preguntó la niña mientras ambas salían de la cocina.

—Por supuesto que no...

El rumor de sus voces se alejó por el pasillo al tiempo que Jonathan y yo seguíamos sin dedicarnos una mirada o una palabra.

—Me voy a la ducha —terminó diciendo con rapidez, dándose la vuelta.

—Yo también —musité de la misma manera.

* * *

A través de mis auriculares llegaban a mis oídos las animadas notas musicales de *Physical*, de Dua Lipa, mientras, tumbada sobre la cama, les daba un repaso a mis perfiles de Facebook e Instagram, tanto los personales como los profesionales de Sweet Manhattan. A pesar de que llevaba días madrugando todo lo que no había madrugado en mi vida, estaba tan acostumbrada a acostarme tarde que todavía no había adaptado mi cuerpo a la nueva situación más «responsable».

Me encontraba pulsando corazoncitos sobre las locas publicaciones de Sally o Patrick cuando, de repente, como un espectro iluminado tan solo por la luz de la pantalla del móvil, me encontré a Jonathan frente a mí, que hacía aspavientos con las manos y me miraba con exasperación. Vestía un pantalón de algodón y una camiseta negra con cuello de pico, aunque no me dio tiempo a admirar su físico por el enorme susto que me llevé. Le di un golpe a mis cascos para que cayeran alrededor de mi cuello y así poder escuchar lo que trataba de decirme.

—¡Joder! —grité al verlo delante de mí, alargando el brazo para encender la lámpara de la

mesilla—. ¡Me has asustado! ¡¿No se supone que debíamos respetar nuestra intimidad?! ¡¿Qué haces en mi habitación?!

Le eché un rápido vistazo a mi atuendo. Aunque estaba sobre la cama, sin taparme, llevaba un pijama de pantalón corto y tirantes que parecía tapar lo necesario.

—Llevo un montón de rato tocando a tu puerta y llamándote —gruñó—. ¡Solo me ha faltado tirar la puerta abajo!

—No te he oído debido a la música. —Señalé los auriculares.

—Ya lo veo. —Compuso una mueca—. ¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? —pregunté, desconcertada.

—¿Qué era lo que querías? —me preguntó.

—¿Yo? Nada. ¿Qué te hace suponer que quería algo?

—Dímelo tú. Me he cruzado con Imogene antes de irme a la cama y me ha dicho que me estabas buscando.

—Pues ha tenido que ser un malentendido —expliqué.

—Joder... —bufó mientras se pasaba la mano sobre el rostro—. Pues siento la intromisión. Buenas noches —rezongó antes de darse la vuelta y caminar hacia la puerta.

Como supuse que le ocurría cada noche, observé su cojera más acentuada, algo que evidenciaban sus pasos irregulares y el desacompasado leve sonido de sus pies descalzos sobre la moqueta. Y, como cada vez que lo veía así, sentí la presión de la congoja en mi interior.

—Jonathan, espera —lo detuve—. Ya que estamos despiertos, ¿podrías quedarte un rato para... hablar?

—¿Hablar? —se sorprendió—. ¿De qué?

—Pues... de nosotros, de la gala benéfica, de cómo encarar el que nos crean prometidos..., de todo un poco.

Pareció dudar un instante, pero, tras la leve vacilación, se acercó a la butaca situada junto a mi cama y se sentó. Observé el trabajo que le costó acomodarse y doblar la pierna, lo mismo que su gesto de malestar.

—¿Te iría mejor si apoyaras la pierna en alto? —inquirí—. Podrías colocar el pie aquí, en la cama.

—No es necesario.

—No digo que sea necesario, solo que estarías más cómodo.

—No pasa nada...

—Vamos, Jonathan, no hace falta que te hagas el valiente —insistí—. Pon aquí la pierna, junto a mí.

—Ya te he dicho que...

Puse los ojos en blanco al verlo obstinarse de ese modo y decidí hacer algo al respecto.

—Ya sé lo que me has dicho —lo interrumpí—, pero insisto.

Antes de dejarlo protestar, bajé de la cama, me incliné hacia él, le agarré la pierna y la

coloqué sobre la colcha.

—¿Mejor? —le pregunté.

—¿Te han dicho alguna vez lo cabezota que eres? —replicó, con un atisbo de sonrisa que le dio la vuelta a mis intestinos.

—Yo diría perseverante. —Sonreí.

Hubo un momento de silencio durante el cual nuestras miradas conectaron, aunque tan solo por un diminuto instante. Algo cohibida, desvié la vista y acabé contemplando su pie, que descansaba junto a mi regazo. El pantalón se había remangado hacia arriba y dejó a la vista parte de la pantorrilla. Apesadumbrada, observé las cicatrices.

—No es algo bonito de ver —murmuró.

—¿Puedo? —pregunté al tiempo que situaba su pie en mi regazo.

Se tensó ligeramente, pero terminó por hacerme un gesto con la cabeza y me dedicó una sonrisa torcida.

—Dada tu perseverancia, será mejor no negarme.

Con cuidado, fui deslizándome hacia arriba la pernera del pantalón y, poco a poco, fueron surgiendo las marcas que revelaban las heridas y un sinfín de operaciones. De forma instintiva, mis dedos se fueron posando sobre las cicatrices.

—Vaya —me lamenté—. Debió dolerte mucho...

—Prefiero no pensar en ello.

Volvió a envararse cuando seguí rozando cada tramo de piel que iba surgiendo.

—¿Te... molesta que las toque?

—No, si te refieres a hacerme daño, pero sí me resulta chocante. Sin contar a los médicos, no he dejado que nadie lo haga, ni siquiera mi tía o mi hija... y eso que Autumm puede llegar a ser tan perseverante como tú. —Sonrió.

Seguí deslizando mis dedos, sobre su pantorrilla y su rodilla, y continué ascendiendo, sintiéndome afligida a la vez que fascinada. Fue al intentar subir por su muslo cuando Jonathan dio un tirón y arrancó la pierna de mí.

—Ya está —soltó con un atisbo de furia mientras se bajaba el pantalón hasta el tobillo—. Creo que, como entretenimiento, ya has tenido bastante.

—¡No me estaba entreteniendo! —exclamé, indignada—. ¡Sentía curiosidad por saber el motivo de que ni siquiera te atrevas a ponerte un pantalón corto!

—Sí, eso es lo que despierto, curiosidad —me lanzó de pronto—. ¿Tú también quieres saber si la bomba afectó a otras partes situadas más arriba?

—Pero, ¡¿qué estás diciendo?! —le pregunté, totalmente alucinada.

Jonathan se puso en pie bruscamente y, de la misma manera, atrapó mi mano para colocarla encima de su entrepierna. Percibí bajo mi palma el bulto y el calor que desprendía e, inmediatamente, noté también el rubor que ascendió a mis mejillas, los latidos acelerados de mi corazón o la excitación que me provocó aquel brusco movimiento y el tacto de su miembro.

—Esto es lo que estoy diciendo —señaló con vehemencia al tiempo que presionaba aún más mi mano contra su erección—. Y, para su información, señorita Edwards, sí soy un hombre completo, aunque dudo que a usted le interese comprobarlo.

Furiosa, aparté mi mano de su entrepierna.

—¿Ves como no me conoces de nada? —le reproché—. ¿Ves como hace falta que tengamos algún tipo de conversación? Porque así, capitán Reed, descubrirás que no es ese tipo de morbosa curiosidad lo que siento cuando pienso en tus heridas, sino en tu dolor y en tu sufrimiento.

—Pues si es lástima lo que sientes —me recriminó de manera cruel—, prefiero que pienses en si sería capaz de echarle un polvo.

—Según acabas de decir —le repliqué con rabia—, dudas bastante que me interese comprobarlo.

—Me da exactamente igual lo que te interese. —Se encogió de hombros mientras clavaba en mí sus ojos verdes llenos de ira—. En realidad, es a mí a quien no le interesa que lo averigües... porque no me interesas tú, Brooklyn.

Fue como si hubiera recibido el impacto de un bloque de hielo en el pecho, pero por nada del mundo pensaba mostrarme dolida. Preferí enfrentarme a él.

—Entonces, capitán Reed —me acerqué a él y lo encaré—, ¿a qué se debe... esto?

Volví a poner mi mano sobre la dureza de su erección y lo miré fijamente a los ojos, aunque los suyos parecieron centrarse en mis labios. Ambos exhalábamos nuestros respectivos alientos de forma entrecortada y se mezclaron debido a la cercanía de nuestras bocas.

Permanecimos varios segundos en silencio, con el único sonido de nuestras respiraciones, mientras yo seguía palpando su potente erección por encima de la tela. Al final, como única respuesta, Jonathan apartó rudamente mi mano y se marchó de mi habitación. Cuando me quedé sola, emití un rugido de impotencia, me tiré sobre la cama y me tapé la cabeza con la almohada.

A pesar de sus crueles comentarios, no pude evitar el cosquilleo que dominó mi mano y que se extendió al resto de mi cuerpo en forma de excitación.

Aquella noche soñé que hacía el amor con Jonathan, como tantas y tantas veces. La diferencia radicó en que nunca había habido tanta lujuria en aquellos eróticos sueños.

Capítulo 18

Durante los siguientes días, traté, en la medida de lo posible, de coincidir con Jonathan lo menos posible. Aquello iba en contra de nuestros intereses, puesto que, si queríamos ofrecer en la gala una imagen de pareja enamorada, no lo estábamos haciendo nada bien. Por fortuna, aquel malestar fue algo beneficioso para dedicarle a mi negocio el tiempo que necesitaba, por lo que los resultados empezaron a notarse muy pronto en forma de una avalancha de pedidos que nos obligó a trabajar más horas, a pesar de las quejas de Patrick, que, para no presentarse con ojeras, se vio forzado a renunciar también a salir de fiesta en mitad de la semana.

—Os denunciaré por explotadoras —se quejaba.

—Qué miedo —se burlaba Harper.

Por todo ello, tampoco pude coincidir mucho aquellos días con Autumm e Imogene. Ambas seguían teniendo la misma relación cordial conmigo, aunque, en más de una ocasión, tuve que sortear las preguntas de la niña, que insistía en saber qué nos pasaba a su padre y a mí.

—Os habéis enfadado, ¿verdad? —me preguntó en una de las pocas veces que coincidimos para cenar.

—Autumm, por favor —la reprendió su tía—, no te metas en sus cosas.

—Pero es que veo a mi padre muy triste —dijo con voz afligida—. Y tú tampoco estás feliz, Brook. ¿Qué sucede? ¿Ya no os queréis? ¿No te gustó el anillo?

Me miró con sus enormes y apesadumbrados ojos verdes y no pude resistirme a abrazarla y darle un beso en la mejilla.

—No es nada de eso, cariño —le aclaré—. Ha sido una tontería. ¿Tú no te enfadas nunca con tu amiga Sarah por una tontería?

—¡Sí! —exclamó la cría, más animada—. Una vez dejamos de hablarnos porque la llamé sabelotodo, pero después me sentí muy apenada, porque la echaba de menos, así que le pedí perdón, ella me lo pidió a mí también y nos abrazamos.

—Me alegro de que lo arreglarais. —Sonreí.

—Papá y tú podríais hacer lo mismo —añadió, convencida—. ¿A que sí, tía?

—Supongo que sí —comentó Imogene, mirándome de reojo mientras comenzaba a recoger la mesa.

Preferí no decir nada, sobre todo, para no borrarle a Autumm su sonrisa de felicidad.

* * *

El día de la gala, por la mañana, me acerqué a casa de mis padres, ya que mi madre me había encargado un vestido nuevo para la ocasión. Aproveché para charlar un rato con ella y abrazar a Jocelyn, que me extrañaba mucho, sentimiento que yo compartía.

—Sabía que llegaría el día en que tuvieras que marcharte —me comentó, compungida—, pero no puedo evitar añorarte, mi niña.

—No te pongas así, Jocelyn —la consolé—. Voy a volver en poco tiempo. No es como si me hubiera ido de verdad.

—Lo sé, lo sé —reconoció—, pero pronto ha de llegar el día y, aunque apenas me necesitabas ya, siento como si mi estancia en esta casa tuviera cada vez menos sentido.

—No digas eso, Jocelyn —le pidió mi madre—. Además de lo mucho que nos ayudas, eres una más de la familia, y podrás seguir viviendo aquí mientras tú quieras.

—Pues claro que sí —le dije a mi antigua *nanny* al tiempo que la abrazaba.

—No hablemos más de mí y cuéntanos... —recondujo la conversación mientras pasaba un pañuelo por sus ojos—. ¿No crees que habéis ido demasiado lejos con lo del compromiso? —Señaló el dedo de mi mano en el que debería haber llevado un anillo.

—Es cierto —suspiró mi madre—. No voy a negarte que hemos conseguido lo que buscábamos, que era que los adversarios de tu padre no tuvieran nada con lo que hacerle daño. Esta misma semana comienza la larga campaña electoral y los números parecen buenos. Las encuestas, de momento, dan como ganador a tu padre.

—Me alegro —sonreí, pero compuse una mueca—. Y lo siento una vez más, mamá. No sabía que hacer algunas tonterías por ahí pudiese estar perjudicando tan gravemente la carrera política de papá.

—Y creo que a Jonathan también le va bastante bien —indicó—. En la gala de esta noche le van a dar un premio por su labor con las personas sin hogar, pero no le digas nada. —Se llevó un dedo a los labios—. Yo tengo enchufe y me lo han chivado. —Sonrió.

—¿Un premio? —pregunté, desconcertada—. Vaya, qué rocambolesco me parece que hacernos pasar por pareja haga cambiar tanto las cosas.

—Sí —comentó mi madre—, aparentemente está siendo muy fácil. Siempre y cuando tú estés bien. —Me miró de un modo bastante elocuente—. Y no digas que todo va fenomenal por tranquilizarnos y por no perjudicarnos. Dime la verdad, Brook. ¿Cómo te va en casa de los Reed? Sabemos que son buena gente, pero...

—No te preocupes, mamá, en serio —la corté—. Imogene es un encanto, y Autumm, un cielo que me comería a bocados. Son fantásticas.

—¿Y Jonathan? —intervino Jocelyn.

—Bueno... —suspiré—, no coincidimos mucho...

—Cariño —mi madre, de pronto, compuso una expresión apesadumbrada—, te prometo que, si hubiese sabido algo, jamás habría sido cómplice de todo esto. ¿Por qué no me lo contaste

nunca?

Miré a Jocelyn, que me miró a su vez con un atisbo de culpabilidad.

—¿Se lo has explicado? —le reproché.

—Es tu madre, mi niña, y estaba preocupada...

—Tal vez no haya podido dedicarte el tiempo que merecías —se lamentó mi progenitora—, pero sigo siendo la persona que más puede comprenderte. Mi pequeña...

—Estoy bien, mamá, en serio. —Tomé sus manos entre las mías y ella besó mis dedos—. Y no pienses que preferí contárselo a Jocelyn antes que a ti. Es que ella me descubrió. —Torcí la boca.

—Pues, ahora que yo también lo sé —anunció mi madre—, quiero que tengas claro que, si decides acabar con todo esto, no te lo reprocharé, cielo.

—¿Y si decido seguir adelante? —le pregunté con picardía.

—Tampoco te lo voy a reprochar. —Sonrió.

—Espero que no le hayas comentado nada a papá —le dije.

—Siempre he procurado no tener secretos para tu padre —señaló—, pero, de vez en cuando, se hace indispensable. —Sonrió de nuevo.

—Gracias, mamá. Y antes de que protagonicemos la escena más sentimental de la historia —me puse en pie—, será mejor que me vaya. —Abracé a mi madre—. Nos veremos esta noche.

Después abracé a mi antigua niñera.

—Espero no parecerte una soplona —me tanteó.

—Por supuesto que no. —Le di un sonoro beso en la mejilla—. Y dejad de mirarme con esas caras. Todo esto durará poco tiempo y, en unos meses, todos nos iremos un montón.

Con la funda que contenía el vestido, bajé la escalera hasta el vestíbulo y, antes de salir por la puerta, me encontré con mi padre, que salía de su despacho.

—Pensaba que no estabas —le dije.

—He tenido que zanjar una llamada interminable —bromeó—. ¿Cómo estás, Brooklyn?

—Estoy bien, papá. Creo que hoy he dicho esa frase demasiadas veces. —Reí.

—Hablo con Jonathan de vez en cuando —me confesó—. Lo conozco de toda la vida y sé que es un buen hombre. Sé que estarás bien.

Reconozco que, aunque prefería mil veces que mi padre no supiese nada de mis sentimientos hacia Jonathan, me decepcionó que diera por hecho que estuviese perfectamente.

¡Estaba fingiendo una relación con un hombre al que apenas conocía! ¡Me había ido a vivir con él! Aunque de todas maneras hubiese seguido adelante, me habría reconfortado que mi padre me ofreciese la opción de abandonar, de volver a casa y olvidar aquella locura, solo para hacerme saber que yo le importaba más que su carrera política.

Admiraba y admiro a mi progenitor, de eso no puede haber la menor duda. Yo misma había luchado contra mi propia familia por seguir mi camino y todos decían que era tan cabezota y

luchadora como él, pero una hija siempre espera ese gesto de reconocimiento o de orgullo por parte de un padre... y yo nunca lo había tenido.

—Pues sí, no debes preocuparte —contesté con un levísimo toque de reproche—. Estoy genial, papá. Nos veremos esta noche en la cena.

Pasé por su lado con la intención de marcharme, pero él me detuvo, aferrando mi brazo.

—Espera un momento, Brooklyn.

Se mantuvo unos segundos sujetándome y mirándome con la clara intención de decirme algo importante, pero acabó sonriendo de una manera que me pareció claramente forzada. Por un instante, deseé que me abrazara, y a punto estuve de abrazarlo yo a él, de decirle que era un referente para mí, que lo admiraba, que lo quería... pero, si tozudo era él, más tozuda era yo.

—Sí, hija, nos veremos esta noche. Espero que todo acabe bien.

—¿Te refieres a que no acabe dejándote en ridículo delante del alcalde? —repliqué, furiosa y dolida.

—No era eso lo que quería decir —respondió, envarado.

—Ah, ¿no? Y, entonces, ¿temes que pueda cagarla de cualquier otro modo?

—¡Basta, Brooklyn! —exclamó, enfadado—. Si me estás recriminando algo, te recuerdo que en su momento aceptaste este acuerdo. Y, que yo sepa, no solo yo estoy saliendo beneficiado. Tu cutre negocio de tartas de colores también va mejor desde que no te emborrachas por ahí.

Más que el que se metiera conmigo, me dolió que hablara de esa forma tan despectiva del Sweet Manhattan.

—Hasta luego, papá —me despedí al tiempo que me dirigía a la salida—. Y no te preocupes por nada. Esta noche vas a ganar unos cuantos puntos más.

—Lo siento, Brooklyn, no quería decir eso...

Pero ya no le escuché. Salí de mi casa intentando no parecer una niña desvalida que reclama un poco de cariño.

* * *

—¡Oh, Brook, estás guapísima! ¡Pareces una famosa de esas que salen en las revistas! ¿Puedo tocar tu vestido? ¿Y tu pelo? ¿Y tus uñas? *Porfiii...*

Mientras me arreglaba para la gala, Autumm no paró de revolotear a mi alrededor con su habitual entusiasmo infantil. Es cierto que el vestido de color verde agua me sentaba de maravilla, con la sedosa falda cayendo hasta los pies y el escote en palabra de honor. Me maquillé con esmero y, con la ayuda de Imogene, me recogí el cabello en un moño informal que dejaba mechones sueltos enmarcándome el rostro.

—Gracias, Autumm —le dije con una sonrisa mientras me agachaba frente a ella—, y claro que puedes tocarme.

Sentí una emoción inexplicable cuando la pequeña alzó su mano con todo el cuidado del

mundo y empezó a deslizarla, primero, sobre la tela del vestido, después, por las ondas sueltas de mi pelo y, por último, por mis dedos, haciendo mayor hincapié en mis uñas postizas para la ocasión y el resplandeciente anillo, tocándolo todo casi con reverencia.

—Es todo tan bonito... —musitó a la vez que me miraba con fascinación.

—Tú sí que eres bonita, Autumm —le dije, abrazando su delgado cuerpecillo e inhalando el dulce aroma de su pelo.

—Cuidado —la alertó Imogene—. No vayas a estropearle el maquillaje o el peinado.

—No me va a estropear nada —aseguré al tiempo que volvía a ponerme en pie—. ¿No ha visto la delicadeza con la que me ha tocado?

—Sí, tía —ratificó la cría—, he tenido mucho cuidado, como cuando he estado con papá. ¿Habéis visto que él también va muy guapo? Aunque me hace mucha gracia que use una pajarita. Siempre la lleva torcida. —Sonrió, traviesa.

No me di cuenta de que Autumm salía de la habitación mientras Imogene contemplaba cómo me ponía unos pendientes.

—Supongo que usted no viene porque tiene que quedarse con Autumm —le comenté.

—Esa es la excusa oficial. —Compuso una mueca—. Pero, que quede entre nosotras: tampoco iría igualmente.

—La entiendo —le confesé—. Nunca me habían interesado este tipo de eventos, y eso que he visto a mis padres asistir a ellos a lo largo de toda mi vida.

—¿Por eso tienes esa mirada tan tristonza? —me preguntó—. ¿O es porque sigues enfadada con mi sobrino? Voy a tener que decirle unas cuantas cosas a ese hombre.

—No es que esté enfadada con él —suspiré—. Sin embargo...

—¡Ya estamos aquí! —nos interrumpió Autumm.

A través del espejo donde contemplaba mi imagen pude admirar, al lado de la pequeña, la imponente figura de Jonathan, ataviado con un impecable esmoquin. Me di la vuelta y me encontré con sus inolvidables ojos verdes, que parecieron agrandarse al verme.

—¿Has visto qué guapa está Brook, papá? Parece una famosa. Qué digo una famosa... ¡Una princesa!

—Sí, está muy guapa, cariño —sostuvo Jonathan después de apartar la mirada de mí.

—Y papá también parece un actor de cine, ¿verdad, Brook? —insistió la cría.

—Sí. —Reí—. Parece que vaya a recoger un Óscar. Aunque, tenías razón, lleva torcida la pajarita.

Me acerqué a él y se la enderecé todo lo que pude. En el breve proceso, fijé la vista en su cuello y observé, fascinada, el movimiento de su nuez de Adán, aunque pude percibir su intensa mirada clavada en mí. A cada día que pasaba con él, se me hacía más evidente que solo se atrevía a mirarme si yo no lo hacía.

A continuación, contemplé, algo desconcertada, cómo la niña cogía una mano de su padre y la enlazaba con una de las mías.

—Sé que todavía estáis enfadados —señaló Autumm—, así que he pensado que deberíais hacer como mi amiga Sarah y yo: que os deis un abrazo y os pidáis perdón.

Ambos permanecemos inmóviles y perplejos, por lo que la cría insistió.

—¡Vamos! ¡Daos un abrazo!

No sabía qué hacer y, con seguridad, si hubiese visto a Jonathan incómodo, habría inventado cualquier excusa para salir de allí. Pero no fue ese el caso, porque él, aprovechando nuestra cercanía, miró a su hija de soslayo y después abrió sus brazos.

—Creo que Autumm tiene razón —me dijo—. Lo siento, Brooklyn.

—Yo... también lo siento.

Como en trance, enlacé la cintura de Jonathan con mis brazos y él rodeó mis hombros. Al mismo tiempo, apoyé el rostro en su pecho y cerré los ojos al percibir la cadencia de su respiración, su calor y el inconfundible aroma de su colonia.

—¡Bien! —gritó la niña—. ¡Y ahora un beso! ¡Un beso, un beso, un beso...!

Advertí con claridad la tensión en el cuerpo de Jonathan, pero, por lo que pareció, decidió obedecer las peticiones de su hija. Se apartó ligeramente de mí y me dio un beso en la mejilla. Mi piel ardió al contacto con sus labios.

Justo en aquellos emocionantes y, a la vez, tensos momentos, se oyó el timbre de la entrada.

—¡Oh, debe de ser el abuelito! —gritó Autumm, entusiasmada—. ¡Vamos, tía Imogene! ¡Acompáñame a abrir la puerta!

—Claro, tesoro.

Ambas desaparecieron de la estancia, dejándonos solos a Jonathan y a mí, por lo que aprovechamos para poner algo de distancia entre nosotros.

—No ha sido solo por los ruegos de mi hija —empezó a hablar, mostrándose un poco incómodo mientras deslizaba los dedos por entre su pelo—. He sido sincero a la hora de pedirte disculpas, Brooklyn. Aunque creo que te las he tenido que pedir demasiadas veces desde que comenzamos con todo esto. —Sonrió.

—No te preocupes —sonreí también—, yo tampoco tengo un carácter fácil. Por eso mi padre me quitó de en medio. —Me encogí de hombros—. Lo malo ha sido que te ha tocado a ti aguantarme.

—No digas eso. —Posó sus manos en mis hombros—. Tu padre no ha querido deshacerse de ti. Conozco bien a Cameron.

—Qué suerte. —Compuse una mueca.

—Y, desde luego, tú me aguantas a mí mucho más que yo a ti.

—Tú, al menos, tienes excusa. —Señalé su pierna.

—No, no es excusa —afirmó con seriedad—. No debería serlo con las personas que me importan.

De nuevo, sonó un concierto de violines en mi cabeza, que otorgaba la banda sonora al momento íntimo que había vivido con Jonathan. No sé si por suerte o por desgracia, la música se

silenció en cuanto oímos la llamada de Autumm.

—¡Papá! ¡Brook! ¡Bajad ya! ¡El abuelito ha llegado!

—Será mejor que bajemos —musitó Jonathan—. Ya está aquí mi padre.

Nada más descender la escalera, padre e hijo se fundieron en un abrazo. Juro que sentí un ramalazo de envidia al ser testigo de sus muestras de cariño y sus miradas cómplices. Jonathan besó también a Caroline, la mujer de su padre, antes de que este se dirigiese a mí.

—Vaya —dijo el hombre, con admiración—, si es Brooklyn Edwards. Ahora entiendo que tu padre nos dijese que nada quedaba ya de la niña pelirroja que se escondía detrás de su niñera.

—Cuánto tiempo, señor Reed. —Me dispuse a darle la mano, pero él me dio un abrazo.

—Llámame Samuel, por favor. Y más si vas a ser mi nuera. —Me guiñó un ojo.

Abracé al hombre y, a continuación, hice lo mismo con su esposa, aunque pronto nos vimos todos envueltos en el entusiasmo de Autumm.

—Papá y Brooklyn estaban enfadados —explicó, muy seria, a la concurrencia—, pero les he dicho que se dieran un abrazo y un beso y ya están felices otra vez. ¿A que sí, papi?

Antes de que contestara su padre, intervino su abuelo, que entendió a la perfección lo que estaba pasando.

—Veo que tu energía sigue intacta. —El hombre se agachó frente a ella—. Por eso te he traído algo para que pases algún rato más tranquila.

—¿¿Qué es?! ¿¿Qué es?! —gritó ella, emocionada, mientras seguía la dirección de la mano de su abuelo—. ¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé!

—Claro que lo sabes —intervino Imogene—. Tu abuelo siempre te trae lo mismo.

—Gracias por la apreciación, mi querida cuñada —le dijo Samuel con ironía.

—¡Oh, un libro! —exclamó la pequeña al verlo entre los dedos de su abuelo—. Y no pongas esa cara, tía, ya sabes que siempre espero un libro del abuelo porque me encanta leer. —Volvió a entusiasmarse al ver la portada—. ¡Oh, mira, tía! ¡La abuela gánster! Me recuerda a ti y a mí planeando... trastadas, ¿verdad?

—Menudas cosas tiene tu abuelo —refunfuñó Imogene, que, de repente, parecía realmente incómoda—. ¿Cómo se te ocurre, Samuel? Solo faltaba que tu nieta se pasara el día leyendo sobre travesuras.

—No te preocupes, Imogene —la tranquilizó Caroline—. Si te sirve de algo, yo he sido más tradicional. —La mujer le entregó a Autumm una bonita bolsa de papel decorada con brillantes mariposas.

—¡Oh, abuelita Caroline! ¡Esto sí que no tengo ni idea de qué puede ser!

Entusiasmada, la cría abrió la bolsa y sacó su contenido, que consistía en un set de peinado, con un cepillo para el pelo y un espejo de mano, ambos blancos con incrustaciones doradas.

—¡Me muerooo! —gritó y saltó la niña al tiempo que nos mostraba los objetos—. ¡Abuelita Caroline, me encantaaa!

Todos reímos por el entusiasmo infantil, a pesar de que tuviéramos que sujetar a Caroline, que

a punto estuvo de caerse por el impetuoso abrazo de la pequeña.

—Más vale que os marchéis todos ya —refunfuñó Imogene—, porque dentro de nada comenzará en esta casa una laaarga sesión de peluquería.

Capítulo 19

Debido a mi apellido, cualquiera podría pensar que yo estaba acostumbrada a asistir a tan importantes eventos, pero nada más lejos de la realidad, puesto que mis padres nunca pusieron demasiado interés en que los acompañara, y yo, todavía menos.

Aquella noche, la gran sala del hotel Plaza me pareció espectacular, con la multitud de mesas redondas engalanadas para la ocasión, la orquesta y, sobre todo, los ilustres invitados, ataviados con sus mejores trajes y vestidos para poder demostrar que se podían permitir sobradamente un cubierto de mil dólares por cabeza.

Jonathan y yo aparecimos cogidos del brazo y, pronto, nos vimos rodeados por una multitud que se moría por felicitarnos por nuestro compromiso. El mismísimo alcalde se acercó a nosotros para congratularse por la noticia y nos hicieron una buena cantidad de fotografías, ya que la prensa no podía faltar a una cita así.

—Vaya, hermanita. Veo que tu... compromiso te ha sentado bien. Nunca habías acaparado tanta atención.

Mi hermano y su prometida aparecieron de entre la gente, como dos figuritas de porcelana. Kayden, con el cabello engominado y un traje tan impecable que, posiblemente, se lo habían planchado después de puesto, mostraba su particular sonrisilla, la que yo tan bien conocía de las veces que se había mofado al verme castigada. Elizabeth, tan perfecta y delicada como siempre, no dudó en mirar con reprobación a su prometido.

—¿Sientes envidia, Kayden? —le pregunté con mordacidad.

—Por supuesto que no. Nuestro compromiso ya ha suscitado la suficiente expectación. En Reino Unido ya se habla de la boda del año.

—Pues me alegro por ti, hermanito. —Cogí a Jonathan del brazo y pasamos de largo.

—No conozco mucho a tu hermano —me comentó Jonathan—. Casi nunca coincidíamos cuando iba a tu casa con mi padre. ¿No os lleváis bien?

—Es un poco esnob —le expliqué—, pero no hagas caso de nuestros diálogos tan particulares. Nos apreciamos a nuestra manera.

El tiempo que duró la cena se hizo bastante ameno gracias a la compañía que nos tocó en la mesa, varias parejas bastante jóvenes que también pertenecían al mundo de la política o las finanzas. Entre ellos se encontraba mi amiga Sally, acompañada de su hermano, y que convenció a un senador para que le dejara su sitio y poder sentarse junto a mí.

—Sois la sensación de la noche y de la temporada —me dijo mi amiga con discreción

mientras no cesaba de beber vino—. Qué pena que sea un montaje.

—En unos días se olvidarán de nosotros —le contesté, intentando no pasarme con la bebida.

—Lo dudo bastante —respondió con una mueca—. Desde que te puso ese anillo en el dedo, nada menos que en casa de los Morgan, sois la comidilla de las altas esferas. Hace un momento, sin ir más lejos, la señora Payton me ha preguntado por la fecha de vuestra boda.

—¿Y qué le has dicho?

—He aprovechado para saludar a su hijo y, ya de paso, tirarle la caña. No veas cómo está.

—Ya tardabas. —Reí.

—¿Para qué te crees que he venido aquí? —se quejó—. Pues para ligarme a alguno de estos tipos trajeados, que últimamente me enrolló con demasiados macarras y me apetece cambiar las motos y las hamburguesas por limusinas y *sushi*.

—¿Tú no habías venido a ver cómo nos desenvolvíamos Jonathan y yo? —bromeé.

—Ah, sí —rezongó tras un nuevo trago—, eso también. Por cierto, deberíais conversar un poco, sonreiros, tocaros de vez en cuando o lo que sea que hacen las parejas de novios.

Recordé las palabras de Imogene, cuando me comentó que su sobrino creía que yo no me acercaba a él porque sus heridas o su cojera podían resultarme desagradables. Según me había confesado la mujer, Jonathan esperaba que me mostrase un poco más cariñosa, pero no tenía la suficiente confianza como para pedírmelo, así que aquel era el momento ideal para llevarlo a cabo. Coloqué mi mano sobre la suya y llamé su atención.

—Jonathan, cariño...

A continuación, acerqué mi boca a su oreja para simular un comentario íntimo entre dos amantes. Sentí el cosquilleo de su pelo en mis labios y aspiré con fuerza el maravilloso olor de su perfume impregnado en su piel.

—No es que tenga nada que decirte —le susurré al oído—, pero me ha parecido buena idea hacer ver que te hago alguna confidencia. Sonríe un poco y, luego, haces tú lo mismo para que yo pueda reír también.

Jonathan me obedeció. Sonrió y, a continuación, imitó mi movimiento, acercando su boca a mi oído.

—¿Te has fijado en el pelo de la señora Clark? —murmuró—. Cada vez que lo miro, imagino a una cigüeña poniendo un huevo.

No pude evitar mirar de reojo a la aludida y soltar una carcajada que me duró varios segundos y que me hizo llorar y toser. El resto de los comensales me miraron algo confundidos, pero conseguimos nuestro objetivo, que era hacerles creer que manteníamos una íntima conversación. Incluso mis padres y Samuel Reed nos observaron con suspicacia desde la mesa contigua.

—Pretendía hacerte sonreír —volvió a susurrar Jonathan, con un deje de diversión—, no hacerte llorar de la risa.

—Lo siento —murmuré mientras me limpiaba los lagrimales con una servilleta—, pero no he podido evitarlo. He visto ese huevo a la perfección ahí arriba. —Él también rio—. Lamento ser

tan escandalosa.

—No lo lamentos. —Colocó su mano sobre la mía—. Ha sido una risa espontánea, natural. Como tú.

También debió de quedar natural la mirada emocionada que le dediqué. Me perdí en sus ojos verdes mientras seguimos mirándonos y con las manos enlazadas, aunque la conexión fuese interrumpida por un codazo en el costado propiciado por mi amiga.

—Tía —me soltó entre dientes—. El alcalde está hablando y va a empezar a dar los premios de la noche. Deja de babearle a tu novio.

Todos dirigimos nuestras miradas hacia la tarima, donde el alcalde hacía referencia a las personas a las que les iba otorgando diferentes reconocimientos por sus aportaciones a la ciudad de Nueva York. El último en nombrar fue Jonathan, de quien el alcalde alabó su interés por dotar de viviendas sociales a la comunidad más desfavorecida. Sentí un enorme orgullo al verlo allí arriba, aunque no esperaba sentirme también emocionada cuando pronunció un breve discurso que incluía varios agradecimientos.

—Quiero dedicarle este galardón, en primer lugar, a mi padre, aquí presente con su bella esposa, por todo lo que ha hecho por mí. A mi tía Imogene, porque, sin su ayuda, no lo habría conseguido, aunque no pueda encontrarse aquí porque se ha quedado con mi hija, lo mejor de mi vida. Y, por último, agradecerle a mi prometida todo su apoyo y su paciencia por soportarme. Gracias a todos.

Sí, era teatro, era fingido, pero ¿quién podría no emocionarse si le dicen algo así?

La sala prorrumpió en aplausos y, mientras yo también aplaudía, Sally se me acercó de nuevo con discreción.

—Ya has visto que todas las parejas de los galardonados los han felicitado con un beso —murmuró—. Así que, si tu objetivo es que se crean vuestra historia, tendrás que besarlo ahora mismo. Aprovecha que os está mirando media ciudad.

Tuve que dejar de aplaudir por el sudor que cubrió las palmas de mis manos mientras Jonathan se acercaba. Por su expresión, supuse que él también se había fijado en el detalle de las demás parejas y vino directamente hacia mí. Me puse en pie y, cuando lo tuve delante, posé mis manos en sus hombros, musité un rápido «enhorabuena» y lo besé. Me había propuesto un rápido beso con el que cumplir, pero, una vez que nuestras bocas se unieron, me fue imposible detenerme, más si tenemos en cuenta que Jonathan no tuvo ninguna intención de apartarse. Sus brazos rodearon mi cintura y acopló sus labios a los míos antes de buscar mi lengua y enlazarla con la suya.

Y volvió el concierto de violines, que sustituyó el rumor de los aplausos, ya que, de pronto, la sala había desaparecido, junto con las mesas, la gente, el espacio... Una ráfaga de fuego se esparció por mis venas al sentir su lengua en el interior de mi boca, al percibir su calor, su ansia y el sabor picante del champán. Mis dedos se clavaron en su cintura y él desplazó sus manos hasta mi espalda.

No sé hasta dónde habríamos llegado si Sally no llega a darle un tirón a mi vestido y a emitir un sonoro carraspeo.

—Ya está, ya está —farfulló entre dientes—. Que os vais a comer aquí en medio...

Cuando nos separamos, ambos estábamos jadeando, confusos por lo que acababa de pasar, aunque no nos dio tiempo a pensarlo porque nos deslumbró el destello del flash de una cámara.

—Por favor —nos sugirió el periodista—, acérquense de nuevo, para sacar a la pareja. Señor Reed, sujete el premio. Señorita Edwards, muestre su mano para que pueda apreciarse el anillo. Así, perfecto. Sonrían, por favor...

Sin haberlo previsto, nos vimos envueltos por los *flashes* y los teléfonos de los periodistas, que comenzaron a hacernos las preguntas cuyas respuestas deberíamos haber ensayado. Si al menos hubiésemos seguido juntos... pero algunos reporteros se centraron en Jonathan mientras que otros tiraron de mí.

—Sus padres deben de estar contentos con este compromiso, ¿no es cierto?

—Sí, sí, claro...

—¿A pesar de la diferencia de edad?

—El amor no tiene edad, aunque suene a tópico.

—¿Cómo se lleva con la hija del concejal?

—Bien, bien...

—¿Para cuándo es la boda?

—Pues...

Y ahí es cuando me quedé bloqueada. Y, cuando uno se bloquea, se supone que se queda callado, sin saber qué decir... pero a mí aquel agarrotamiento me hizo soltar lo primero que se me vino a la cabeza.

—En unos meses... —contesté, todavía en trance.

—¿Unos meses? —me preguntó una periodista, con mirada lobuna—. ¿Quiere decir que ya tienen fecha?

—No, yo... —titubeé en el mismo instante en el que la repelente Paige Morgan apareció en mi radio de visión, con un ajustadísimo vestido blanco que hacía resaltar su brillante cabello negro.

—¿Qué te ocurre, Brook? —me preguntó, con mirada perversa—. ¿Tienes algún problema en contestar a la prensa? ¿Es por tu falta de inteligencia social o es porque careces de respuesta?

Ahora es fácil que alguien me diga que debería haberla ignorado, que ya era una mujer adulta como para picarme y actuar como una adolescente enrabiada, pero es que, cuando se trataba de Paige... no podía controlar mis reacciones. Me sonrió de una forma páfida, como si supiera toda la verdad sobre mi ficticia relación con Jonathan y estuviese esperando a que me derrumbara y lo confesara todo. O tal vez pensó en la posibilidad de que fuese una relación sin futuro y que Jonathan no quisiese casarse conmigo.

¡Pues se iba a tragar esa sonrisa mezquina!

—¡Pues claro que no carezco de respuesta! —le solté. A continuación, me acerqué a los periodistas y, con una sonrisa encantadora, les dije lo que esperaban oír—. Será en junio —contesté—. Era un secreto y una sorpresa que me habéis sonsacado... —sonreí—, así que únicamente os digo el mes. El día exacto lo anunciaremos un poco más adelante.

Y, como una diva del pop, me saqué a toda la prensa de encima con ayuda de mi amiga Sally, cuyo brazo apareció de repente para tirar de mí y apartarme del tumulto y las cámaras.

—¿Se puede saber por qué has dicho eso? —me exigió cuando nos encerramos en un baño.

—No sé qué he dicho —bufé.

—¡Pues que os casáis en junio! ¿Estás loca? ¿Cómo se te ocurre?

—¡Y yo qué sé! —me defendí—. ¡Tenía que decir algo si no quería que Paige volviera a burlarse de mí!

—¿Paige? —preguntó Sally, desconcertada—. ¿Te refieres a la idiota, resentida, esnob y cabrona Paige Morgan? ¡¿Y para qué le haces caso?!

—¡Deja de agobiarme! —exclamé mientras recorría el baño arriba y abajo—. ¿Has visto a Jonathan?

—No, pero imagino que gente muy conocida entrará aquí en tres, dos, uno...

—¡Brooklyn! —vociferó mi madre nada más entrar en aquel espacio de azulejos de diseño, acompañada por Caroline—. ¿Qué ha pasado ahí fuera? ¿Es posible que hayas dado una fecha para vuestra boda?

Por suerte, Sally se apostó delante de la puerta y no dejó que nadie entrara allí, así hubiese sido la mujer del alcalde.

—¡Oh, mamá, lo siento! —me lamenté—. Ha sido una estupidez, lo sé...

—No te agobies, cielo —me tranquilizó Caroline antes de dirigirse a mi madre—. La pobre no se esperaba todas esas cámaras y preguntas.

—¿Habéis visto a Jonathan? —inquirí.

—Todavía no —suspiró mi madre—. En fin, cariño, Caroline tiene razón, no vamos a agobiarte, que bastante tienes tú ya. Háblalo con Jonathan y llegad a algún tipo de acuerdo... si es que él no ha dicho ya algo distinto y habéis metido la pata alguno de los dos...

—Joder... —musité.

—¡Atención, chicas! —nos alertó Sally—. Yo de vosotras compondría una buena sonrisa y saldría de aquí, porque ahí fuera hay un montón de gente y, si abro, esto se va a parecer al camarote de los hermanos Marx.

—Tiene razón —aprobó mi madre—. Salgamos de este lugar, busquemos a Jonathan y os vais a casa.

—¿Y papá? —le pregunté en un murmullo—. ¿Qué va a pensar él?

—Pues mira —me contestó en tono airado—, ya que fueron él y su amigo Samuel los que lo instigaron todo, que sean ellos los que piensen una buena solución.

—Estoy de acuerdo —corroboró Caroline.

Y así, de nuevo como si de Lady Gaga se tratase, entre las tres mujeres me rodearon y me protegieron para atravesar el tumulto de gente que quería saber más detalles de la boda de la hija de Cameron Edwards y el prometedor hijo del fiscal. De esa guisa llegamos hasta la entrada del hotel, donde Jonathan me esperaba junto a un taxi del que ya sujetaba la puerta.

—Vamos, hija, vete ya —me apremió mi madre.

—¡Mañana hablaremos! —le grité mientras me introducía en el vehículo—. ¡Dile a papá que...!

Ni siquiera acabé la frase, no me la dejaron terminar. En realidad, no sabía qué decir.

Una vez sumergidos en el tráfico de Manhattan, me atreví por primera vez a mirar a Jonathan.

—¡Lo siento, joder, lo siento! Soy una bocazas...

—¿Se puede saber por qué estáis haciendo tanto drama de esto? —me interrumpió—. No, no deberías haber dicho fecha de boda, ni tan siquiera mencionarla, pero ninguno de nosotros pudo prever a dónde nos llevaría esto. Si alguien tiene la culpa somos los dos, por no haber hablado de esa posibilidad.

Me dio la impresión de que no se había dado cuenta de que, mientras me hablaba, su mano permanecía sobre la mía, ambas apoyadas en mi pierna.

—Pero ¿no estás preocupado por el revuelo que pueda causar? —insistí—. Tener fecha de boda significa... casarse, por si no lo habías pensado.

—No, no me preocupa —recalcó—. Por mí, como si hay un debate nacional, porque, se diga lo que se diga, no voy a casarme, nunca, ni contigo ni con nadie.

—¿Y cómo lo vas a hacer? —quise saber—. ¿Anulando la boda un día antes?

—No esperaremos tanto —me aclaró—. Pero sí, esa es la idea.

—Veo que lo tienes todo planeado —suspiré—. Aun así, pensaba que me echarías a los perros después de haber hablado con los periodistas —bromeé, algo más calmada.

—Soy un tipo bastante borde, lo reconozco —bromeó también—, pero no soy ese ogro que a veces te he hecho creer.

—Siempre he supuesto que tu malhumor se debía a tus dolores, a tus secuelas... Por cierto, esta noche llevas muchas horas en pie. ¿Cómo te encuentras?

—¿Prefieres la versión real o la edulcorada?

—Te duele, ¿verdad? —Posé la mano sobre su pierna con cuidado.

—Bastante —admitió—. Por suerte, Imogene se puso en contacto conmigo durante la cena e insistió en que la avisara cuando acabara la velada para prepararme un baño. Por más que le he repetido que se vaya a la cama, no me ha hecho ni caso.

—Tu tía es una pasada. —Sonreí—. En nuestro primer encuentro me pareció algo distante, como si yo no le cayera bien, pero, en cuanto la conocí, me di cuenta de que todo era fachada, porque a Autumn no le niega nada, y me parece que a su sobrino tampoco —bromeé.

—Es una mujer maravillosa —afirmó con un deje de nostalgia—. Sin ella... no quiero ni pensarlo.

—Pues no lo pienses —musité al tiempo que presionaba un poco más su mano.

Si durante toda la conversación en el taxi apenas había levantado la vista para mirarme — como solía hacer desde que nos reencontramos en el salón de mi casa—, en aquel instante sí lo hizo. Alzó sus espesas pestañas y fijó su mirada en mis labios, incluso puede que también la paseara por mis hombros y mi garganta. No oí música de violines, pero fue porque de la radio del coche surgía la melodía *Exile*, de Taylor Swift, que aún me pareció más conmovedora. Pero, de nuevo, apartó sus ojos de mí, se deshizo de mi mano y se puso a mirar por la ventanilla hasta que llegamos a su casa. Allí nos esperaba Imogene, todavía levantada.

—Jonathan, cielo —le dijo mientras le señalaba la planta superior—, el baño está a punto. ¿Cómo te encuentras? Seguro que mal si me has avisado de que ya salíais del hotel. Hoy te he puesto ración extra de avena, unas gotas de aceite de oliva y una cucharadita de miel en el agua para que...

—Tía —la interrumpió—, estoy bien.

—No estás bien —gruñó la mujer—. A mí no puedes engañarme a estas alturas.

—No, no está bien —corroboré yo.

—¿Ves? —insistió Imogene—. Brooklyn también lo ha visto.

—Vale, ya me voy —farfulló Jonathan, con los ojos en blanco—. Qué raro que no me hayas pedido los detalles de la noche.

—Ya es muy tarde, mi querido sobrino. —Su tía lo cogió del brazo y lo empujó ligeramente hacia la escalera—. Le preguntaré a Brooklyn. Buenas noches.

—Buenas noches —refunfuñó Jonathan a la vez que se alejaba hacia el piso superior.

Ambas fuimos testigos de su acentuada cojera y emitimos un suspiro al mismo tiempo.

—¿Y bien? —me preguntó Imogene, enlazando su brazo con el mío para acompañarme a la puerta de mi habitación—. ¿Qué tal la noche? Seguro que ha sido emocionante que Jonathan recibiera ese premio del alcalde.

—Oh, sí, muy emocionante —le dije, algo tensa—. Aunque... eso no ha sido lo único que ha pasado esta noche. Yo...

—No me lo cuentes ahora —me cortó, ya en la puerta de mi cuarto—. Ya hablaremos mañana, estoy cansada. —Bostezó de una manera que me pareció algo exagerada—. ¿Te importaría hacerme un favor? Hace tiempo que no descanso bien, así que quisiera tomarme una pastilla para dormir y recuperar algo de sueño, ahora que tú estás aquí para cubrirme. Si pudieras estar un poco pendiente de Jonathan... A veces me llama si necesita algo o sufre alguna rama...

—Claro... —titubeé, sin tener muy claro qué me estaba pidiendo.

—Gracias, Brooklyn, bonita. —Me dio una palmadita en el brazo—. Hasta mañana.

* * *

Ya me había cambiado y desmaquillado, pero seguía sin meterme en la cama. Estaba

preocupada por Jonathan y por lo que me había comentado su tía. Me debatía entre acostarme y respetar su intimidad o acercarme a su habitación solo un momento para cerciorarme de que estuviera bien. No quería presentarme otra vez en su baño de repente, lo que lo volvería a molestar, y con razón. Pero, probablemente, en alguna ocasión se había visto obligado a llamar a Imogene y, aquella noche, no lo oiría.

Decidida, me puse una fina bata sobre mi escueto camisón y me acerqué al dormitorio de Jonathan. Puse la oreja sobre la puerta, pero no capté nada. Di unos golpecitos, pero no recibí respuesta. Con cuidado, giré el pomo y eché un vistazo rápido a la estancia, que permanecía en penumbra, con la única iluminación de los destellos ambarinos que provenían del baño y que supuse serían las velas que ya contemplé la vez anterior. Hasta mí llegó el aroma a lavanda y jazmín, olores que ayudaban a crear un ambiente relajado e íntimo.

Algo nerviosa pero resuelta, me acerqué a la puerta del baño y di un par de toques suaves con los nudillos antes de hablarle a través de la fina línea de luz que separaba las dos estancias.

—¿Jonathan? —pregunté—. ¿Todo bien?

—¿Brooklyn? —inquirió, confundido—. ¿Se puede saber...?

—Espera, espera, no te ofusques —lo corté—. Solo quería saber si todo iba bien. Las horas que has estado de pie, las emociones, los nervios..., todo ha podido influir para que te sientas peor.

—Vuelve a la cama, Brooklyn, por favor. No me pasa nada... —Un quejido seguido de varias imprecaciones interrumpió sus palabras—. ¡Joder! ¡Maldita sea!

Sin pensarlo un segundo, empujé la puerta, entré en el baño y corrí hasta arrodillarme junto a la bañera. Jonathan, sumergido en el agua, se sujetaba la pierna en completa tensión. Los puntos titilantes de luz dotaban a la piel visible de su rostro y su cuerpo de un enigmático tono dorado.

—¿Qué te ocurre?! —le planteé, asustada, al tiempo que sujetaba su pierna con mis manos.

—Han vuelto los calambres —gruñó con una mueca de dolor—. Se me pasa si masajeo con fuerza un rato.

—Deja que te ayude. —Me senté en el borde de la bañera e imité el movimiento de sus manos, presionando desde la pantorrilla en sentido ascendente—. ¿Lo hago bien así?

—Sí... —dijo con un profundo suspiro—, pero no es necesario que lo hagas, Brooklyn...

—Claro que sí —me quejé—. Deja de apartarme de ti, Jonathan. Ambos estamos metidos en un lío del que aún no sabemos cómo vamos a salir. Esta noche he metido la pata y me has acabado tranquilizando tú a mí. Creo que todo eso significa que podemos ser amigos, ¿no?

—Supongo —volvió a suspirar.

Cerró los ojos, apoyó la cabeza en la toalla y dejó que siguiera calmándole con mis manos.

—Eso es, relájate —murmuré con suavidad—. Permite que te ayude.

Continué deslizando y presionando mis dedos sobre las zonas más agarrotadas y, poco a poco, fui percibiendo su relajación. Fui ampliando el recorrido del masaje y, sin darme cuenta, mis manos se sumergieron en el agua y ascendieron un poco más de la cuenta. Envuelta yo misma en

aquella atmósfera tan tranquilizadora, casi irreal, apenas fui consciente de que masajeara su muslo y, en un descuido, llegué hasta su ingle. Incluso creí rozar levemente un testículo.

Jonathan reaccionó como si le hubiese clavado una aguja. Dio un fuerte respingo, tan brusco e inesperado, que me desequilibró y caí al interior de la bañera.

—¿Qué haces?! —me gritó al tiempo que me vi sumergida en el agua, con el cabello flotando sobre la superficie. De pronto, me encontraba empapada, apoyando las manos en su pecho y con su cuerpo desnudo bajo el mío. Percibí perfectamente su miembro clavado en mi vientre, pero ni siquiera me paré a pensar en el motivo de que estuviera tan duro.

—¡No he hecho nada! ¡Me has tirado tú! —chillé mientras trataba de incorporarme, aunque lo único que conseguí fue presionar más su entrepierna, tocar su cuerpo y acercar más mi rostro al suyo.

Y así, con las manos sobre su pecho y su boca a un centímetro de la mía, permanecimos quietos durante largos segundos. Nuestras respiraciones, jadeantes, se hicieron una sola y, aun entre las sombras, pude contemplar cómo se oscurecía el ya intenso tono verde de sus ojos.

No tengo ni idea de quién de los dos fue el primero en dar el paso, pero ni siquiera me importa. Solo sé que, de pronto, sus labios estaban en mis labios y, tras un desgarrador gemido por su parte, nuestras lenguas se habían enlazado. Un torrente de lava incandescente recorrió mis venas cuando, con sus manos enredadas en mi pelo, intensificó el beso, introduciendo más profundamente su lengua, mordiendo mis labios, jadeando entre cada movimiento. Mi cuerpo, a la vez que se transformaba en fuego, se relajó al verse rodeado de su erótico abrazo y del agua tibia impregnada de olor a miel.

—Jonathan... —gemí a la vez que también introducía mis dedos entre su cabello y cesaba un instante de besar su boca para besar su rostro, la cicatriz de su pómulos, su mandíbula y su garganta. Me sentía enfebrecida, dispuesta a llegar hasta el final si él me lo permitía.

Para comprobarlo, me aparté ligeramente y, sin dejar de mirarlo, me saqué la bata empapada y, a continuación, agarré el bajo del camisón y tiré hacia arriba de él para quedar totalmente desnuda. Ambas prendas cayeron en un sonoro «chof» sobre las baldosas del suelo.

Jonathan respiraba trabajosamente, pero no hizo intento alguno de moverse o apartarme, por lo que me aventuré a cambiar de postura para colocarme a horcajadas sobre él. Mis pechos sobresalían por encima del nivel del agua y, en cuanto fue consciente de ello, los apretó entre sus manos e hizo rodar mis pezones entre sus dedos.

Y fue entonces cuando todo mi ser ardió, como nunca había ardido. Me lancé de nuevo contra su boca y unimos otra vez nuestras lenguas de forma aún más brusca, más visceral, mientras sus manos se desplazaban hacia abajo y se clavaban en mis glúteos para incitarme a moverme adelante y atrás. Un bronco gemido surgió de mi garganta al sentir el enorme placer que me proporcionaba la fricción de su duro miembro sobre mi sexo abierto. No era la primera vez que practicaba sexo, pero jamás había sentido nada parecido. Un deseo ardiente e imparable se adueñó de mí.

—Por favor, Jonathan —jadeé, desesperada.

Pero él no dijo nada; ni una sola palabra. Para hacerle saber qué era lo que más ansiaba, deslicé mi mano entre nuestros cuerpos y afiancé su erección entre mis dedos para moverla arriba y abajo. Pronto, el sonido de su jadeo inundó el aire, cargado ya del deseo que nos embargaba.

—Dios, para... —gimió.

Pero no entiendo por qué dio esa orden si intensificó sus movimientos de cadera, me atrajo con fuerza hacia su cuerpo y me besó con una pasión que yo todavía no había conocido. Una de sus manos se desplazó hacia mi sexo y frotó con pericia mis labios íntimos. Él me tocaba a mí, yo lo tocaba a él... y continuábamos besándonos. Tal era la pasión que nos atenazaba que el agua comenzó a moverse y a rebosar por encima del borde de la bañera, cayendo al suelo en suaves oleadas.

—No pienso parar —jadeé—. Te deseo, Jonathan, te deseo. Hazme el amor, por favor —le supliqué.

Me encontraba a punto de alcanzar el clímax, pero, aunque en aquel momento me puse a protestar, agradecí que él parara para decirme algo que, en un principio, no entendí.

—El cajón de tu derecha —jadeó sin dejar de besar mi garganta y mis pechos—. La caja..., coge la caja...

Al fin lo entendí e hice lo que me pidió. Alargué el brazo y abrí el cajón que me señaló, donde, después de revolver su contenido y tirar varios objetos al suelo, encontré el ansiado botín. Yo misma abrí la caja y saqué uno de los sobres a pesar de la torpeza de mis dedos por las prisas y el ansia. Jonathan fue a cogérmelo, pero negué con la cabeza.

—Déjame a mí —le dije—. ¿Puedes...?

Él también entendió mi pregunta y alzó sus caderas para que pudiese enfundarle el preservativo. Ninguno de nosotros estuvo pendiente del torpe movimiento de mis manos, porque no dejamos de mirarnos hasta que, con una urgencia desesperada, volvió a su posición inicial para que yo pudiese montarlo. Aferré su miembro, lo situé en la entrada de mi cuerpo y, seguidamente, bajé con fuerza hasta sentirme atravesada por él.

—Dios mío, Jonathan...

Y ya no pude parar de moverme, de subir y bajar mientras él sujetaba mi cintura y lamía mis pezones por encima del agua. Un placer indescriptible se apoderó tan rápidamente de mí que no tardé más de unos segundos en alcanzar el clímax más potente de mi vida, entre el sonido de los jadeos y los chapoteos del agua. Un instante después, Jonathan se tensó, hundió su rostro en la curva de mi cuello y lanzó un gemido ahogado que calentó mi piel y mi corazón.

Y así, en esa postura, como un íntimo abrazo, envueltos en la calidez del agua, hubiese permanecido media vida. Pero fui dolorosamente consciente del preciso instante en el que Jonathan se tensó, se apartó de mí y desvió su mirada.

—Sal del agua, Brooklyn —fue lo primero que me dijo, todavía sin mirarme.

—Sí, claro...

Desconecté nuestros cuerpos y me dispuse a salir, aunque me sentí algo turbada al pensar que debía hacerlo desnuda y que no tenía nada para taparme. A pesar de lo que acabábamos de compartir, para mí el momento más maravilloso de mi vida, me sentí vulnerable e insegura, sobre todo al ver de nuevo el distanciamiento de Jonathan. De todos modos, aprovechando que se frotaba el rostro con las manos, salí de la bañera y me dirigí al estante que albergaba una buena cantidad de toallas. Cogí una y la sujeté alrededor de mi cuerpo antes de dirigirme a Jonathan. No sabía qué podía decirle, pero aquello había sido demasiado importante para mí como para dejarlo pasar.

—Jonathan...

No me dejó continuar.

—Vete de aquí, Brooklyn. Vuelve a tu habitación. ¡Ahora!

Todos los sentimientos maravillosos que habían calentado mi corazón con aquel apasionado encuentro fueron sustituidos por una enorme furia que, más que calentarme, me quemó de pura rabia.

—¿¡Vas a echarme de aquí y enviarme a mi cuarto como si quisieses castigar a una niña?! — exclamé, rabiosa—. ¡Pues no veo que me hayas tratado como a una niña hace un momento!

—Precisamente —dijo mientras intentaba incorporarse en la bañera para disponerse a salir—, si fueses más adulta, lo entenderías.

—Ah, claro —bufé—. Te refieres a que soy una niña que debería entender que un momento tonto lo tiene cualquiera y que un polvo no significa nada.

—Veo que lo has entendido —me soltó de una manera tan seca que me cabré un grado más—. Si puedes hacer el favor de pasarme una toalla, necesito salir de aquí.

—¿Una toalla? —chillé—. Por supuesto que puedo pasarte una toalla.

Con una ira que me hacía temblar las piernas, me giré hacia la estantería y agarré todas las toallas que había allí dobladas. A continuación, las fui tirando con fuerza, una a una, contra Jonathan y contra el agua de la bañera, hasta que todas fueron quedando empapadas.

—¡Joder, Brooklyn! —bramó mientras se apartaba mis blancos proyectiles de la cara e intentaba salvar alguno.

—Ahí tienes tus toallas —solté con una candorosa sonrisa—. ¡Que te aprovechen!

Salí del baño dando un portazo y regresé a mi habitación, donde me lancé sobre la cama emitiendo un sonoro bufido.

—¡Imbécil!

Capítulo 20

Sentí la claridad clavarse en mis ojos, acompañada del sonido chirriante de las cortinas al deslizarse por la barra. Parpadeé, confundida, mientras observaba a Imogene abrir la ventana y acercarse a mi cama, móvil en mano.

—¿Qué sucede, Imogene? —pregunté con voz rasposa—. Hoy quedé con Harper en que iría a trabajar más tarde.

—No me interesa tu horario laboral —gruñó al tiempo que se sentaba junto a mí y plantaba su teléfono frente a mis ojos, obligándome a entrecerrarlos por el dolor que me causaba la brillante iluminación de la pantalla—. Solo quiero que veas esto. Desde que mi sobrino insistió en comprarme un cacharro de estos, leo la prensa en él.

Todavía parpadeando, me incorporé sobre la cama y tomé el aparato en mis manos. En él aparecía la portada del *The New York Times*, con el artículo de la cena benéfica organizada por el alcalde, ilustrado con una fotografía de este con varios políticos y personalidades, entre ellos, mi padre.

—Desliza a la siguiente página —me sugirió.

Casi se me queda el dedo clavado en la pantalla... porque el siguiente artículo, aunque relacionado con el evento, se había centrado en Jonathan y en mí. Lo habían titulado «La boda del año», y en él aparecían varias fotos, la más grande la de nuestro beso, aquel que tuvo que interrumpir Sally para que no acabáramos devorándonos delante de trescientas personas. Sentí cómo el calor inundaba mis mejillas al observar mi propio rostro embriagado de placer mientras Jonathan me besaba.

—Oh, madre mía...

—¿Qué pasó anoche si puede saberse? —me planteó Imogene tras arrebatarme el móvil—. Si lo llego a saber, no os dejo acostaros hasta que me hubieseis puesto al día. ¿La boda del año? —preguntó con suspicacia.

—Metí la pata, Imogene —me lamenté—. Le di fecha a la prensa y ya sabes cómo son estas cosas. Les das un leve indicio de algo y ellos lo convierten en la verdad más absoluta.

—Pues no vi a mi sobrino muy afectado por ese... desliz tuyo.

—No se enfadó conmigo ni nada parecido —le expliqué—. Se lo tomó con bastante serenidad. Según él, bastará con romper el compromiso en un tiempo.

—Ese sobrino mío tiene a veces la delicadeza donde la espalda pierde su nombre —gruñó.

—¿Lo has visto ya? —inquirí.

—Solo para hacerlo levantarse —me dijo mientras se ponía en pie—. Porque abajo os están esperando mi cuñado, tu padre y tu hermano.

—¿Qué?! —grité al tiempo que saltaba de la cama—. ¿Y qué hacen aquí?

—Pues hablar del tema de... la boda, supongo. Yo, de ti, bajaría, no sea que se propongan fraguar cualquier otro entuerto.

No me paré ni a ducharme. Por un diminuto instante, recordé que ya había tomado un baño la noche anterior, pero, nada más pensarlo, lo ignoré. No era momento para analizar lo que había pasado solo unas horas antes. Con rapidez, me lavé la cara, me cepillé el pelo y me puse unos vaqueros y una camiseta. No podía bajar en pijama y sentirme aún más vulnerable frente a ellos.

La puerta del despacho de Jonathan estaba entreabierta, así que di un par de toques y entré. Lo primero que me encontré fueron los ojos verdes de Jonathan, aunque los retiró enseguida, y, en ese caso, hice lo mismo también. No podía arriesgarme a imaginarlo desnudo en la bañera, mirándome con deseo; o a recordar su rostro contraído por el placer, sus gemidos, sus caricias o sus besos; o a evocar el placer que experimenté por primera vez en mi vida con un hombre...

Lo segundo que vi, la mirada reprobatoria de mi padre y la mueca de disgusto de mi hermano. Los cuatro hombres permanecían bastante serios.

—Buenos días —saludé con cautela.

—¿En serio, Brook? —Kayden fue el primero en hablar—. ¿La boda del año?

—Yo...

—Ese es, precisamente —me ignoró—, el titular que ayer mismo te conté que aparecía en la prensa británica, ¡pero sobre mi boda! ¿No podías esperar, al menos, a que me casara yo? ¿Tenías que ser tú más y mejor?

—¡Esto no tiene nada que ver contigo! —le recriminé.

—Basta los dos —nos interrumpió mi padre—. No hemos venido a debatir qué boda es la más importante... sobre todo, ¡porque no habrá dos bodas!

—Te lo dije, papá —insistió mi hermano—. Este embrollo que planeaste volvería a darnos problemas. ¡Brook es un problema en sí!

—Kayden. —De pronto, la voz profunda y gutural de Jonathan nos obligó a girarnos hacia él—. No le eches la culpa a Brooklyn. Yo soy tan culpable como ella.

—¡Pues os habéis lucido! —gruñó mi hermano.

—¿Queréis dejar de discutir? —intervino Samuel—. Me parece que aquí nadie es consciente de lo que está pasando realmente. A ver, Cameron, ¿cómo van las encuestas?

—Subiendo —suspiró—. Cada vez me alejo más de mi oponente.

—¡Exacto! Como ya vaticinaste, que tu hija salga con un hombre admirado por la ciudad y haga planes de boda ha conseguido tu objetivo, que era tener posibilidades reales de ser gobernador.

A continuación, se dirigió a mi hermano.

—Y tú, Kayden, ¿no se suponía que estabas harto de que la prensa británica se hiciera eco de

los escándalos de tu hermana? Pues, si le echas un vistazo a *The Independent*, por ejemplo, comprobarás que os describe como una influyente familia y solo lanza elogios sobre vosotros.

Por último, le habló a su hijo.

—¿Y a ti, Jonathan? ¿Cómo te van las cosas?

—Bien —respondió—. La cena de anoche fue un éxito. Con la recaudación he conseguido la financiación que necesitaba. El proyecto sigue su curso y tengo más apoyos que nunca. Incluso he recibido varias peticiones privadas de nuevas construcciones que debo estudiar.

—¿Y con el tema de tu vida privada?

—Perfecto, lo que yo buscaba. Mi compromiso con Brooklyn me ha alejado de especulaciones y me otorga la estabilidad que la gente no veía en mí.

—Pues todo eso, señores —declaró Samuel—, lo han conseguido ellos, Jonathan y Brooklyn, que son los que han tenido que dar la cara..., así que —me miró a mí—, ahora solo quedas tú para decidir si se sigue adelante con esto o no.

Miré a Jonathan para cerciorarme de que estuviese de mi lado, pero, al contemplar el brillo de sus ojos verdes, comprendí que él deseaba seguir adelante, y yo, también.

Luego miré a mi padre, del que, sin ser consciente de ello, seguía necesitando su aprobación. Para mi sorpresa, me pareció distinguir una leve sonrisa en sus labios que parecía contener un matiz de orgullo. No estuve segura de si era real o me lo estaba imaginando, pero fue suficiente como para decidirme.

—Reconozco que pensaba que todo sería más tranquilo —expuse—, pero entiendo que, una vez se calmen las aguas, se nos hará más fácil. Además, mi negocio está mejorando considerablemente, y eso es algo que soñaba hace tiempo...

Interrumpió mi discurso el continuo sonido de mi móvil, al que no cesaban de llegar mensajes. Pedí disculpas, eché un vistazo y comprobé que eran de Harper, que me pedía y me suplicaba que apareciera por la pastelería.

—Lamento la interrupción —les dije—, pero mi socia me reclama. Debe de haber algún problema. Si ya ha quedado todo más o menos claro...

—Sí, todo está claro —arguyó Jonathan con seguridad—. Puedes marcharte tranquila.

* * *

Solo en mis sueños había visto algo así: Patrick intentando organizar la cola de gente y Harper empaquetando pedidos a toda velocidad.

—¡Mirad, es Brooklyn Edwards! —exclamó una mujer al verme aparecer.

Sentí una inexplicable satisfacción al oír mi nombre y no el de mi padre para reconocermelo.

Pronto, una algarabía me rodeó.

—¡Seguro que tú misma diseñarás tu tarta de boda! —comentó una joven—. ¿Podrías elaborar la mía?

—¿Vais a ser los proveedores de las bodas de los famosos?

—¡Queremos concertar cita para hacer una degustación!

—¡Hola! Me llamo Amy Gardner y soy organizadora de bodas. ¡Estaré encantada de organizar la tuya en tan poco tiempo!

—Por favor, por favor... —traté de calmarlos—. Por supuesto que podremos elaborar tantas tartas como pidan. No tengo ni idea de si habrá famosos que quieran solicitar nuestros servicios. Y, sí, será mejor que concierten cita. Mi compañero, Patrick, los ayudará.

—¿No te interesa que alguien se ocupe de todo? —insistió la tal Amy al tiempo que me tendía una tarjeta y varios folletos.

—Ya le diré algo. Ahora, si me disculpan...

Pasé rápidamente al taller, me cambié y me puse la bata para ayudar a Harper cuanto antes.

—Esto es una locura. —Mi socia sonrió—. ¡Ya podrías haberte buscado un novio antes! —bromeó.

—Muy graciosa —bufé al tiempo que comprobaba los pedidos para empezar a trabajar.

—¿De verdad vais a seguir con lo de la boda en junio? —me planteó, alzando una ceja.

—¡Por supuesto que no! —gruñí mientras llenaba de nata la manga pastelera—. Cortaremos en algún momento.

—¿Y cómo te sientes al pensarlo?

Levanté la vista y detuve mis manos. Era la primera persona que me hacía esa pregunta, que se interesaba por mis sentimientos.

—No lo sé —suspiré—. Jonathan solo era un recuerdo, un sueño, un anhelo inalcanzable... pero, ahora que lo tengo ahí, tan cerca...

—¿Ha habido algo entre vosotros? —inquirió, suspicaz.

Tardé un instante en contestar, pero tenía muchas ganas de sincerarme con alguien.

—Anoche hicimos el amor en la bañera. ¡No, no me digas nada! Ya sé que esto es de locos...

—Dios mío, Brook... —me dijo con pesadumbre, sin embargo—. Estás enamorada de él, pero él, de ti, no. ¿No ves que acabarás sufriendo demasiado? ¿Por qué no acabas con este disparate?

—Porque lo quiero, Harper.

—¡Chicas! —nos interrumpió la voz chillona de Patrick—. ¡Dejad la cháchara y prestad atención! Ahí fuera hay una señora que afirma ser la organizadora de la boda ¡de Lily Collins! ¡Quiere ver el catálogo de las tartas nupciales! ¡Dios mío, me muero, me mueroooo!

—Vale, vale, tranquilo, Patrick —lo calmó Harper—. Ahora saldremos y hablaremos con ella.

—¡¿Me habéis oído?! —volvió a gritar nuestro amigo—. ¡De Lily Collins!

—¡Sí, Patrick, te hemos oído! —chillé yo—. ¡Tranquilízate o te dará un ataque!

—Está bien. —Inspiró con fuerza—. Voy a salir ahí y mantendré una conversación normal con esa señora; puedo hacerlo. ¡Pero salid pronto!

Una vez que Patrick se alejó hacia la tienda, me abalancé sobre Harper y le di un sonoro beso

en la mejilla.

—Lo hemos conseguido, Harper.

—No quiero analizar cómo —suspiró ella—. Lo importante es que lo hayamos logrado.

* * *

Estábamos cansadas y nos dolía todo el cuerpo por la cantidad de horas que habíamos pasado de pie en el Sweet Manhattan y debido a la tensión por los nervios, pero todavía nos quedaban fuerzas para celebrarlo en el bar de Henry, donde, en la línea del gusto del dueño, sonaba *La noche de anoche*, de Bad Bunny y Rosalía. Allí nos reunimos los tres junto a Sally y Kimberly, a la que hacía días que no veíamos.

—Kim, cariño, ¿cómo estás? —le pregunté tras abrazarla.

Fue dentro de ese abrazo donde la noté más delgada. También pude distinguir unas marcadas ojeras, a pesar de la gruesa capa de maquillaje.

—Estoy bien, tonta. Dejad de preocuparos.

—¿Has mandado a Richard a freír espárragos? —le preguntó Sally.

—Claro que no.

—Pues, entonces, no estás bien —gruñó nuestra amiga—. Mientras tengas a ese capullo en tu vida, nada irá bien.

—Tengamos la fiesta en paz —les pedí—. Hemos quedado aquí para celebrar que ¡el Sweet Manhattan tiene pedidos para todo lo que queda de año!

—¡Sí! —Patrick alzó su copa—. ¡Ya no tendré que teclear en el ordenador para simular que estoy trabajando!

Reímos un buen rato, que falta nos hacía. Cada uno de nosotros teníamos nuestros propios problemas, aunque, a veces, hay que echarlos a un lado para poder seguir adelante.

En mitad de aquellas risas, de cerveza y chupitos de tequila, observé cómo el rostro de Harper se volvía ligeramente lívido. Seguí la dirección de su mirada y abrí al máximo los ojos cuando me topé con Ryan, que había accedido al local y se dirigía a nosotros. Un instante después, todos se dieron cuenta de su presencia.

—No os mováis —murmuró mi socia entre dientes—. Como si hubiese entrado el repartidor de leche.

—Tú sí que tienes una buena leche —rezongó Sally.

—Vaya —comentó Patrick por encima del nivel sonoro de la música—, si es el abogado blanquito de familia blanquita que solo quiere blanquitos.

—Cállate —le exigí en voz baja.

Ryan oyó el comentario, pero no hizo caso. Parecía tener muy claro su objetivo y, ante nuestro asombro, de un salto, se subió encima de nuestra mesa.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le recriminó Harper mientras nos afanábamos en

apartar nuestros vasos.

—Dame la mano, Harper —le pidió Ryan al tiempo que extendía el brazo hacia ella.

—¡No voy a darte nada!

—Por favor, Harper —insistió él—. Solo te estoy pidiendo que me des la mano.

Patrick me dio un codazo en el costado que casi me hizo toser, porque él estaba viendo lo mismo que yo: una increíble expresión de ternura en los ojos azules de Ryan y un atisbo de anhelo en los iris oscuros de nuestra amiga.

—No sé qué pretendes —refunfuñó Harper a la vez que le daba la mano—, pero te juro que...

No pudo acabar la frase, porque, en cuanto tiró de ella y la situó encima de la mesa, la música del local cesó y, en mitad del expectante silencio, el rubio abogado tomó el rostro de Harper entre sus manos y le dio un dulce pero apasionado beso. Todo un coro de silbidos y suspiros llenó el ambiente sin música, lo mismo que las pantallas de los móviles, que captaron perfectamente el momento. Patrick fue de los primeros en hacerlo.

—Esto no me lo pierdo —dijo con entusiasmo mientras grababa.

Al finalizar el beso, Ryan, con los brazos alrededor de la chica y sin dejar de mirarla, se dirigió a la concurrencia.

—Quiero que todo el que esté aquí presente se entere de que amo a esta mujer. La quiero porque es preciosa, lista, y la persona más buena que he conocido en mi vida. Me robó el corazón la primera vez que la vi y no seré capaz jamás de recuperarlo. —Acarició con ternura su mejilla—. Y también porque hueles a vainilla y sabes a fresa, Harper Mathews, y no soy capaz de seguir con mi vida si no te tengo cerca. Lo que opine el resto del mundo... me trae sin cuidado. Te quiero.

Esperábamos que, con aquella declaración pública, que además quedaría grabada para la posteridad, Harper se derritiera de amor, abrazara y besara a Ryan..., sin embargo, no, no hizo nada de eso. Lo miró como si estuviese viendo un alienígena, se desprendió de su abrazo, se bajó de la mesa y se marchó del local mientras farfullaba un «Lo siento, pero tengo que irme». El pobre Ryan se quedó totalmente desconcertado mientras el público improvisado guardaba sus teléfonos con cara de pena y volvía a sonar la música. Se bajó de la mesa y quise animarlo de alguna manera, pero no supe cómo.

—Ten paciencia —le dije al fin—. Harper es más cabezota aún que yo y no dará su brazo a torcer ahora mismo, pero si le das un tiempo...

—Déjalo, Brooklyn —me pidió mientras se zafaba de mí—. No necesito compasión.

—No era mi intención compadecerte —repliqué—. En todo caso, decirte que has sido bastante idiota.

—Lo sé —suspiró—, pero no pienso rendirme. Seguiré insistiendo en proclamar que la quiero, aunque tenga que ir a la televisión.

—Harper ya sabe que la quieres —le aclaré—. No hace falta que lo grites más alto. Lo que necesita es saber que eres feliz al hacerlo; que amarla no suponga un problema para ti.

—¡Pues claro que soy feliz! —exclamó, contrariado—. ¡Y nada tiene sentido si no estoy con ella!

—¿Y tu familia?

—Me he marchado del bufete —me explicó—. Estoy sin trabajo ahora mismo —añadió con una mueca—, pero no me importa. Si mis padres no quieren a Harper, es que no me quieren a mí.

—¿Qué?! —chillé—. ¡¿Y por qué no lo has dicho antes?! —Puse mis manos en su espalda y lo empujé hacia la salida—. ¡Ve ahora mismo a contárselo! ¡Corre! ¡Vamos, vamos, vamos!

—¡Vale, vale! —se quejó al salir—. ¡Ya pensaba hacerlo!

Patrick se me acercó después de contemplar la escena.

—¿Has visto? —suspiró mi amigo—. Hay parejas que se quieren pero son tan cabezotas que no están juntas por cosas que podrían arreglarse; otras en las que solo uno de ellos ama al otro lo suficiente, y, luego —me miró con diversión—, estáis Jonathan y tú, que no entráis en categoría alguna.

—Pues se supone que me caso con él en tres meses —bromeé, sacándole la lengua.

—Se os olvida una clase —intervino Sally al tiempo que nos señalaba a Kimberly—: las parejas que no deberían ni existir.

Kimberly miraba el teléfono y no podía disimular el malestar y la preocupación que la cubría.

—¿Qué ocurre, Kim? —le pregunté cuando se nos acercó.

—Nada, que tengo que irme —nos anunció, visiblemente nerviosa.

—¿Irte? —soltó Sally—. ¿Por qué? Todavía no hemos terminado de celebrar el éxito de nuestros amigos. Además, debemos llamar a Harper o ir a buscarla y...

—Pues lo siento —la cortó Kimberly—, pero no puedo quedarme. Acabo de ver que tengo docenas de mensajes de Richard y varias llamadas perdidas que no he oído. Debe de estar preocupado.

—¿Preocupado? —bufó Sally—. Lo que pasa es que está demasiado acostumbrado a que le respondas de inmediato, como si tuvieses que dejar lo que estés haciendo para atenderlo a él. ¡No vayas corriendo! ¡Deja que se acostumbre a que no estés pegada a él todo el tiempo!

—Adiós, chicas; adiós, Patrick —se despidió—. Ya nos veremos. —Y se fue a toda prisa.

—¡Esta es tonta de remate! —rezongó Sally—. Pierde el culo por él, cada vez nos evita más y no piensa en otra cosa que no sea agradarlo o no molestarlo.

—Esto es una relación tóxica en toda regla —suspiró Patrick—. Y eso por decirlo de forma suave y no mencionar la expresión «maltratador psicológico».

—Lo que no podemos es seguir de brazos cruzados —sentenció—. Tenemos que ayudarla o acabará absorbida por ese tío.

—Esta vez no voy a decir que no —señaló Sally—. ¿Se os ocurre algo?

Capítulo 21

Harper llevaba ya una hora dando vueltas por la ciudad. Todavía estaba aturdida por el número que había montado Ryan en el bar. Reconocía que, unos días atrás, se habría conformado con eso, pero en ese momento ya no lo tenía tan claro. Necesitaba algo más; algo que confirmara que lo que sentía Ryan por ella era tan fuerte como lo que sentía ella por él. Sí, le dolía perderlo, pero más le dolía pensar en una relación a medias.

Cuando llegó a su calle, ya había oscurecido. Fue a sacar las llaves del bolso cuando observó una silueta oscura apostada en el portal de su edificio. Al verla a ella, la sombra surgió del amparo de la oscuridad y se materializó bajo la luz de una farola.

—Ryan, otra vez tú... —suspiró Harper.

—¿Pensabas que iba a dejarte marchar sin más? —le preguntó él al tiempo que se acercaba. Harper contempló, fascinada, cómo el círculo de la luz bañaba la figura de Ryan. Como la primera vez que lo vio, volvió a parecerle un ángel rubio que aterrizaba en la tierra para buscarla a ella—. He venido a buscarte —le dijo, convirtiendo en palabras sus pensamientos.

—¿Qué es lo que ha cambiado, Ryan? —le planteó ella—. ¿Acaso has discutido otra vez con tus padres? ¿Les has pedido, por enésima vez, que me acepten? ¿Les has suplicado?

—No —contestó a la vez que se apostaba tan cerca de ella que sus siluetas oscuras parecían una sola—. No he discutido y no he suplicado.

—¿Entonces? —señaló Harper, malhumorada, porque no entendía aquella postura de Ryan, que parecía más seguro de sí mismo que nunca. Aunque no se llevaban mucho en altura, tuvo que alzar el rostro debido a la cercanía. Los ojos azules masculinos le parecieron todavía más hermosos de lo que los recordaba—. Significa que todo sigue igual que siempre, así que...

—Si entiendes por «igual que siempre» que ya no trabaje en el bufete ni viva con mis padres...

—¿De qué demonios estás hablando?

—Ni siquiera me he tomado la molestia de avisarlos —explicó Ryan mientras elevaba una mano y deslizaba suavemente sus dedos por las finas trenzas de Harper—. Sencillamente, me alquilé un apartamento y trasladé mis cosas allí, lo que debería haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Y tu... trabajo?

—Oh, planté mi dimisión delante de mi padre. La aceptó, no sin antes amenazarme y gritarme, pero ya está hecho. Oficialmente, estoy desempleado.

—Ryan, yo... —musitó Harper, conmovida por lo que estaba escuchando pero sintiéndose

culpable—, lo lamento. No era mi intención que te enfrentases a tu familia. No quiero que renuncies a ellos por mí, de verdad, ni a tu trabajo...

—Chist. —Ryan colocó un dedo sobre los labios de ella—. No he renunciado a nada. Es cierto que nos distanciaremos un tiempo, pero las aguas volverán a su cauce. En cuanto al bufete, tampoco me preocupa. Ya va siendo hora de hacer mi camino, de elegir los casos que yo quiera llevar. Tengo mi propia cartera de clientes y voy a montar mi propio despacho. Será bastante más modesto que el de mi familia, pero, si no te importa tener un novio que no pueda llevarte a restaurantes caros ni a hoteles de lujo, te prometo que...

—Calla. —En esa ocasión fue ella la que lo hizo enmudecer con un dedo—. No quiero lujos, nunca los he querido. Solo te quiero a ti.

Atraído por el embrujo de sus ojos dorados, Ryan posó sus labios en los de ella y la besó de forma delicada y suave, pero, al sentir que Harper abría la boca y enredaba las manos en su pelo, ya no pudo esperar más. Con el hambre de cada uno de los días que habían estado separados, la besó con ansia, adentrándose en su boca para buscar su lengua y saborearla, explorarla, casi morderla. Apresó sus trenzas y la atrajo todavía más hacia él, para profundizar un beso que los estaba volviendo locos de deseo a los dos.

—Ryan —gimió ella, todavía dentro del abrazo en el que se fundieron, mientras las manos de ambos recorrían sus cuerpos con avidez—, te deseo.

El rubio abogado no contestó. Tras el apasionado beso, miró a Harper y compuso una divertida mueca que ella no supo cómo interpretar. A continuación, le hizo una pregunta que, aunque a cualquiera podría haberle parecido trivial, a ella la llenó de emoción.

—¿En tu casa o en la mía? —le planteó, con un singular brillo travieso en sus ojos celestes.

Harper rompió a reír. Rio y rio como hacía mucho tiempo que no lo hacía con él. Después, lo abrazó y le respondió con otra pregunta.

—¿Cómo es tu apartamento? —soltó entre carcajadas—. Si tiene más de treinta metros cuadrados y menos de cincuenta años, ya es mejor que el mío.

—Perdona, cariño —replicó con fingida petulancia—, pero tenía unos ahorros. He alquilado una monada de apartamento en TriBeCa. No podía conformarme con cualquier cosa si pretendía ligarme a una prometedorra empresaria.

—Seguro que estará bien —señaló ella con una sonrisa—, pero, esta noche, si te parece, nos conformaremos con el mío.

Ya en la intimidad de la habitación, dedicaron largos minutos a desnudarse lentamente, a besar cada centímetro de sus cuerpos. Él volvió a tenderse sobre la cama para que Harper se colocara encima y poder contemplar su piel morena, sentir sus largas trenzas sobre su pecho mientras la penetraba y ella echaba hacia atrás la cabeza, como una diosa de bronce. Tras el clímax, la joven se dejó caer sobre el torso de su amante y él, de nuevo, enredó sus dedos entre su exótico cabello. Algunas cosas no habían cambiado, aunque Harper tenía la esperanza de que sí lo hubiesen hecho las más importantes.

Al día siguiente, Ryan fue a buscar a su novia al trabajo.
Las cosas sí empezaban a cambiar.

* * *

Inquieta y temerosa, Kimberly abrió la puerta de su apartamento y entró en el salón. Allí la esperaba Richard, viendo la televisión con una copa de vino en la mano.

—Perdona, Richard —se disculpó ella mientras se quitaba la chaqueta y los zapatos por hacer algo que apaciguara sus nervios—, no he visto los mensajes.

—Y tampoco has oído las llamadas, supongo.

—No, había música...

—¿Dónde estabas? —bramó.

—En el bar de Henry, ya te lo dije.

—Ya... con esa panda de catetos que son tus amigos.

—No sé por qué no te caen bien —contestó ella con cautela—. A Brook y Sally las conozco desde el colegio...

—No me gustan. —Dejó la copa sobre la mesa, se puso en pie y la abrazó—. Te hablan mal de mí cada vez que tienen ocasión. ¿No ves que quieren separarnos porque te tienen envidia?

—No me tienen envidia —sonrió sin ganas—, me aprecian.

—¿Apreciarte? —replicó con mordacidad—. ¿En qué mundo vives? No son buenas personas, métetelo en la cabeza. —Se acercó a ella componiendo una expresión de ternura y acarició su cabello—. ¿No entiendes que con quien debes estar es conmigo? Yo soy quien más te quiere y te comprende, el único que puede cuidarte.

—No necesito que me cuides —musitó ella—. Además, mis amigos también se preocupan por mí, y me quieren...

Antes de que ella pudiese reaccionar, Richard se apartó bruscamente, fue en busca del bolso de su novia y sacó el móvil del interior.

—No haces más que defenderlos. —Furioso, comenzó a trastear en el teléfono—. Seguro que, si busco, encontraré algún mensaje en el que te digan que debes romper conmigo.

—¿Qué haces?! —exclamó ella al verlo indagar en su WhatsApp y sus redes sociales—. ¡Dame el móvil!

—¿Acaso tienes algo que esconder?!

—¡No, pero es mío!

—Está bien, toma tu maldito teléfono. —Se lo tiró con ira y ella lo cogió al vuelo—. No quiero que pienses que te controlo.

—No lo he pensado, pero deberías confiar en mí...

Richard se acercó a ella un poco más calmado y acarició su mejilla mientras la miraba con adoración.

—Confío, cariño, pero te quiero tanto que no puedo siquiera imaginar que decidas dejarme por los comentarios malintencionados de esas crías.

—No voy a dejarte...

Kimberly permitió que Richard la besara con vehemencia mientras la arrastraba hasta la habitación. La tiró sobre la cama y se situó encima de ella para apartarle la blusa y besar sus pechos mientras le alzaba la falda y buscaba su sexo para acariciarlo. Con el mismo ímpetu, Kimberly le abrió los pantalones para extraer el hinchado miembro y que él pudiese penetrarla cuanto antes. Entre gemidos y fuertes golpes contra el cabecero, ambos alcanzaron el clímax en tan solo unos segundos. Sus encuentros sexuales siempre eran así, rápidos, intensos, explosivos.

Y tampoco variaba el silencio que solía envolverlos después. En aquella ocasión, además, Richard, todavía visiblemente molesto, se levantó de la cama y se vistió antes de coger la chaqueta y la cartera.

—¿Vas a alguna parte? —inquirió Kimberly.

—Sí, a tomar algo por ahí.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Voy a estar con unos amigos. No me esperes levantada.

Y, ante sus atónitos ojos, la joven vio marcharse a su novio y dejarla sola, todavía a medio vestir sobre la cama.

Capítulo 22

Jonathan

—¿Hoy no quieres que te explique alguna historia?

—No, papi.

—¿Prefieres que te lea algo, entonces?

Conocía a Autumm y sabía que aquella noche tenía algo en mente que aún no me había dicho.

—Hace mucho tiempo que no me cuentas un cuento —sugirió mi hija mientras se acomodaba sobre la mullida almohada y se llevaba al pecho a su inseparable muñeca.

—¿Te refieres a *Blancanieves* o *La Cenicienta*? —pregunté, perplejo.

—Sí, pero que no sea uno de esos, que me los sé de memoria. —Rio—. Además, me los contabas cuando tenía tres años, papi. ¿No te sabes alguno distinto?

—Pues...

Me quedé pensando un largo instante, pero no fui capaz de recordar ningún cuento diferente a los que ya le había contado.

—¿Quieres que le pregunte a la tía Imogene? —le propuse tras escarbar en mi cabeza para encontrar algo que no fuese *La casita de chocolate* o *Caperucita roja*.

—Tía Imogene también me explica solo cuentos para bebés —refunfuñó.

Compuso una divertida mueca de disconformidad, pero, al cabo de un segundo, se le iluminaron sus ojos verdes, como si acabara de hacer el mayor descubrimiento de la historia.

—¡Ya sé! ¡Pregúntale a Brooklyn! ¡Ella seguro que sabe cuentos diferentes!

—Es tarde, Autumm —suspiré—. No puedo llamar a Brooklyn solo para decirle que venga a contarte un cuento.

—Hace poco que ha llegado a casa —insistió—. Seguro que todavía se está duchando o cambiando o está leyendo en la cama. Vaaa, *porfaaa*, díselooo...

Sabía que, en cierto modo, mi hija me estaba manipulando, pero me detuve un segundo a observar su rostro, tan bonito, tan perfecto, y, como en tantas ocasiones en que la miraba, fui consciente del profundo amor que sentía por aquella niña. Nada había más grande, más desinteresado y más intenso que el lazo que me uniría de por vida a ella.

—Está bien —claudiqué—. Pero, si ya está durmiendo, no voy a despertarla, ¿de acuerdo?

—¡Síííí! —exclamó al tiempo que se lanzaba a mi cuello y me llenaba la mejilla de húmedos besos—. Eres el mejor padre del mundo.

—Y tú, la niña más lista con la que he tropezado en mi vida —rezongué.

—¿Por eso me quieres tanto? —me preguntó con un deje de diversión, todavía dentro del abrazo.

—Por eso y por muchas cosas más —le contesté mientras inhalaba el aroma infantil de su pelo.

—Yo también te quiero mucho, papi.

Cada vez que mi hija me lanzaba un «te quiero», sentía que había valido la pena sobrevivir.

Aun así, no fui consciente de lo que me había pedido hasta que me encontré frente a la puerta del dormitorio de Brooklyn. Inspiré con fuerza y di un par de golpes en la madera. Si tardaba más de dos segundos, me dije, me daría la vuelta y le diría a Autumm que estaba dormida. No tuve esa suerte.

—Jonathan...

Durante un instante se me quedó la mente en blanco. Ya no recordaba qué tenía que decirle a Brooklyn, porque, de pronto, la tuve frente a mí, ataviada con un escueto pijama de color rosa, con el pelo húmedo y mirándome, sorprendida, con sus enormes ojos turquesa. Hasta mí llegó su aroma, una irresistible mezcla de las flores del champú y de su habitual y dulce olor a bizcocho. Mi cuerpo se tensó, sobre todo mi entrepierna, que se endureció al imaginarme lanzándome sobre Brooklyn para lamer y morder su tierna piel. Me vi a mí mismo deslizando mi boca sobre cada centímetro de su cuerpo y llegué a percibir en mi lengua el dulce sabor que ya había probado.

Joder, ¡le había hecho el amor en mi bañera!, y, durante las horas que habían pasado desde entonces, me había encontrado en varias ocasiones inhalando aire con fuerza para evitar ponerme tan duro que me dolía.

—¿Jonathan? —volvió a nombrarme, para sacarme de mi ensoñación—. ¿Ocurre algo?

—Yo... ¿Te sabes algún cuento que no sea demasiado conocido?

Me sentí ligeramente ridículo al hacer aquella petición. Y ella, aunque primero parpadeó, perpleja, pronto supuso a qué se debía aquella demanda.

—Es Autumm, ¿verdad? —Sonrió.

—Se ha empeñado en que le cuentes un cuento tú, porque yo no llego más allá de *Los tres cerditos*. —Sonreí.

—Veré lo que puedo hacer. —Sonrió también—. Voy a por mi bata.

Tardó un poco más de la cuenta en desviar su mirada de la mía. Y, como venía siendo habitual, fijé mis ojos en su boca, la misma boca que había devorado la mía, que había besado mi garganta y mi pecho mientras ambos permanecíamos sumergidos en el agua.

Y más me valía dejar de recordar, o lo siguiente sería imaginarme su boca por debajo de mi cintura y pasaría por una situación incómoda; sobre todo, si teníamos en cuenta que íbamos a la habitación de mi hija.

Momentos después, ambos nos estábamos sentando en la cama de Autumm, uno a cada lado.

—¡Has venido! —gritó mi hija, exultante—. ¿Me vas a contar un cuento? ¿Me vas a contar un

cuento?

—Lo voy a intentar. —Brooklyn sonrió—. ¿Conoces el de *El gigante egoísta*?

—Ese nunca me lo has contado, papi —bufó.

—No creí que las historias de Oscar Wilde fuesen apropiadas para una niña de su edad — señalé.

—Pero para eso están las adaptaciones —replicó Brooklyn, sonriendo.

Embelesado, presencié cómo le narraba a Autumm la historia mencionada, aunque suavizando el final, mientras mi hija se relajaba e iba cerrando los ojos.

—Me ha gustado mucho —dijo mi pequeña mientras bostezaba—. Gracias, Brook.

—De nada, cariño. —Brooklyn se inclinó y le dio un beso en la frente—. Hasta mañana. Os dejo solos.

Yo también le di un beso a mi hija antes de apagar la luz de la mesilla, momento en el que me soltó algo que me dejó perplejo. Supuse que ya había atravesado el umbral del sueño y no era muy consciente de lo que decía.

—Ojalá te cases de verdad con Brook, papi.

* * *

Me encontraba sumido en la observación de varios planos de posibles construcciones cuando me sorprendieron unos suaves golpes en la puerta de mi despacho. Murmuré un instintivo «adelante» antes de ver aparecer a Brooklyn.

—Perdona, Jonathan, pero he visto luz bajo la puerta. Si estás ocupado, podemos hablar en otro momento.

—No importa. Además, no he llegado a darte las gracias por la paciencia que tienes con Autumm.

—Es un placer. —Sonrió—. Me encanta tu hija.

—Gracias —musité—. Y, dime, ¿qué se te ofrece?

—Pues...

Me pareció realmente incómoda, pero, conociéndola como ya empezaba a conocerla, supe que acabaría diciendo lo que había venido a contarme.

—Yo... lo que pasó la otra noche...

—No debería haber pasado —la interrumpí antes de que siguiese por un camino que empezaba a temer—. Ya está olvidado.

—Pero...

—Esta situación está alterando nuestras vidas —volví a cortarla—. Hace tiempo que no tengo sexo y seguro que a ti te pasa lo mismo. Habíamos bebido un poco y... en fin, no le des más vueltas.

—Sí, será lo mejor —suspiró mientras soltaba sobre la mesa una pila de folletos—. También

quería comentarte esto. Hoy se han presentado en mi trabajo un montón de organizadoras de bodas, representantes de restaurantes y diseñadores de vestidos de novia.

Intenté mostrar un desinterés hacia ella que no sentía, continuando con el visionado de mis papeles.

—Ignóralos —le dije sin hacer mucho caso.

—Eso es lo que hago, pero son tantas personas a las que tengo que responder que ya no sé ni lo que les digo. Temo que lleguemos demasiado lejos, Jonathan.

—No debes preocuparte —respondí secamente, alzando la vista en esa ocasión—. Te aseguro que no acabarás casada conmigo. Ya me casé una vez y, créeme, no volverá a ocurrir nunca.

—Eso no puedes saberlo.

Me jodió volver a oír la misma retahíla que siempre me soltaba mi padre, como si vaciar un corazón y volverlo a llenar fuese un proceso sencillo y normal.

—Sí que lo sé —le contesté, de forma tajante—. Para mí, yo sigo casado y tengo una esposa, Allison. Podrá estar muerta, pero sigue siendo mi mujer, y ni tú ni nadie va a ocupar jamás su lugar, ¿me has entendido? Nadie. No vayas a creer que echar un polvo en una bañera va a cambiar las cosas. Desde que Allison falleció, eso es lo que me limito a hacer, echar polvos olvidables.

Me arrepentí al instante de aquellas palabras... o tal vez no, porque, en realidad, eran ciertas. Al menos, en lo que se refería a que jamás nadie ocuparía en mi corazón el lugar de mi difunta esposa. Lo que no tengo tan claro es si fui sincero con lo del polvo olvidable.

Y lo que sí es jodidamente cierto es que fui un cabrón con Brooklyn, porque, después de mi diatriba, su rostro se volvió un poco más pálido. Aunque, a continuación, fue volviéndose de un tono rosáceo que presagió tormenta y que hizo juego con la tempestad que reflejaron sus ojos.

—¿Acaso crees que todo este burdo montaje es una artimaña para pescarte? —me espetó con evidente furia—. ¡No necesito un marido, excelentísimo concejal Reed! ¡Y menos un tipo que necesita inventarse una novia para que lo tengan en cuenta!

Sé que se sintió mal por haberme dicho algo así, pero me lo tenía merecido.

—Solo quería dejarte las cosas claras, Brooklyn —le dije, algo más calmado.

—Me quedó clarito el primer día, en casa de mis padres, cuando, después de verme, quisiste echarte atrás porque te parecí una niñata estúpida.

—¡No fue por eso!

Si ella supiera la verdad...

—Me importan una mierda tus motivos —prosiguió—. Lo único que tengo cristalino es que cometí la mayor estupidez de la historia intentando ayudar a un padre que me ignora y a un tipo que cree que me metí en su casa con oscuras intenciones.

—Te estás equivocando, Brooklyn...

—Así que, si lo que piensas de mí es que me meto en tu bañera con el ambicioso objetivo de ser la señora Reed, será mejor que me largue de aquí. Se acabó esta mierda, capitán.

—¡No puedes dejarlo ahora! —grité al tiempo que me ponía en pie—. ¿Qué pasará con tu padre, con tu negocio...?

—Me da exactamente igual —contestó—. Ahora mismo, lo único que deseo es esfumarme de aquí.

La vi dirigirse a la puerta, alzar la mano, posarla en el pomo, como si pudiese observar la escena desde fuera de mi cuerpo. Durante un segundo, fui capaz de imaginar la ausencia de Brooklyn en mi vida, la falta de su presencia, de sus sonrisas, del olor dulce que desprendía... y me rebelé. Rodeé mi mesa y me planté a su lado en dos zancadas antes de poner la mano sobre la puerta para evitar que la abriera. Me coloqué a su espalda y mi rostro acabó enterrado en su pelo.

—No, espera, Brooklyn, por favor...

—Deja que abra, Jonathan.

—No —le susurré al oído después de apartar su cobriza melena.

—¿Por qué? —musitó.

—Porque no quiero que te vayas.

Se giró y pude contemplar su bello rostro a tan solo unos centímetros del mío. Sus increíbles ojos me parecieron dos lagunas de aguas turquesas donde me hubiese zambullido sin pensármelo dos veces. Apoyé mi frente en la suya y suspiré.

—No puedo sentir, no quiero sentir —murmuré—, pero necesito tenerte cerca, Brooklyn...

—¿Qué es lo que no quieres sentir? —susurró mientras no dejaba de mirarme.

—Ni siquiera lo sé —contesté justo antes de posar mis labios en su mandíbula y deslizarlos después por la curva de su cuello.

Brooklyn gimió, y esa fue mi perdición. Ahogado en aquello que sentía y que no podía admitir, me lancé sobre su boca y la devoré con ansia, enredando mi lengua con la suya, tratando de alcanzar hasta el último rincón. Mis manos viajaron por instinto a sus caderas y aferré sus glúteos para atraerla hacia mí y que pudiese notar lo duro que ya estaba.

—Espera, espera. —Cesó el beso y se apartó de mí—. Yo... tengo que decirte algo. Para mí no fue un polvo olvidable.

Me conmovió que tuviese más agallas que yo y me confesase la verdad, lo que me dio alas para hacer lo mismo. Al menos, hasta donde estaba dispuesto a llegar.

—Para mí tampoco —murmuré a la vez que volvía a apoyar mi frente en la suya y acunaba su rostro con mis manos—. Quizá no me lo esperaba, pero te juro que no he pensado en otra cosa desde que ocurrió.

—Yo también he pensado en ello —señaló—, sobre todo porque, en mi caso... yo...

—¿Qué quieres decirme? —le pregunté después de apartarme ligeramente para poder contemplar sus ojos, que me miraban algo vacilantes.

—Que fue la primera vez que... que...

—No irás a decirme que fue tu primera vez —bromeé—. Todavía soy capaz de distinguir si una mujer es virgen o no.

—No me refería a eso. —Sonrió.

Todavía permanecíamos unidos. Poco a poco, ella se había ido relajando y tenía sus manos situadas sobre mis hombros, mientras las mías acariciaban inconscientemente sus mejillas y su pelo. No sé si fue por la tranquilidad que le otorgaron mis caricias, pero, pronto, sus vacilaciones se transformaron en la seguridad que solía acompañarla cuando tenía que decir algo. Brooklyn podía ser joven, impulsiva y pasional, pero me había demostrado más de una vez que, si deseaba algo, no se amedrentaba ante casi nada. Alguien podría haberla tachado de imprudente o insensata. Para mí, era, simplemente, una chica valiente.

—Fue la primera vez que... disfruté.

Fruncí un instante el ceño. ¿En serio me estaba diciendo que nunca había disfrutado del sexo?

—¡No me mires así, como si no entendieras nada! —Enfurrugada, se desasíó de mi abrazo y se apartó de mí—. ¡¿Cómo quieres que te lo diga?! ¿Que nunca había tenido un orgasmo con un hombre? ¿Que tú fuiste el primero? ¡Lo que me faltaba para parecerme aún más inmadura!

El corazón me dio un vuelco y una enorme capa de satisfacción me envolvió. No me tenía por un troglodita ni por un presuntuoso al que le complacieran esas cosas, pero no lo pude evitar. Pensar en ser el primer hombre que le había provocado un orgasmo a Brooklyn me llenó de una increíble sensación de dicha... y de un deseo tan ardiente que mi miembro se endureció todavía más, si ello era posible.

—Nunca me has parecido inmadura —le rebatí, volviendo de nuevo a pegarla a mi cuerpo para que notase mi dureza—. Sobre todo en este momento. Te deseo, Brooklyn.

—¿Qué quieres de mí, Jonathan? —me preguntó tras un gemido que me volvió loco.

—No tengo derecho a pedirte nada —gemí al tiempo que deslizaba mi nariz por su cuello—, porque no puedo ofrecerte nada, solo un rato de placer.

Brooklyn detuvo un instante mis besos y pareció reflexionar. Durante unos segundos, creí ver pasar toda una serie de emociones por su rostro, desde la duda hasta la tristeza, pasando por el enfado. Justo después, su semblante adoptó una expresión divertida y comenzó a desabrochar los botones de mi camisa.

—Pues eso será lo único que compartiremos —soltó—, con una condición.

Aturdido, observé cómo deslizaba la prenda por mis brazos y, a continuación, aferraba el bajo de mi camiseta para sacármela por la cabeza.

—No, espera —le pedí mientras detenía sus manos—. No quiero que me quites la ropa.

—¿Por qué? —me preguntó con un deje de exasperación—. ¿Porque no deseas que vea tus cicatrices?

—Exacto —respondí, tenso.

—Pues esa era mi condición —me dijo con ademán resuelto—. ¿Te apetece hacer el amor conmigo tanto como a mí contigo? Pues, entonces, quítate esa camiseta.

No supe si me entraron más ganas de reír o de cabrearme, al verla así, tan decidida y osada pero a la vez tan insolente. Y ella, al detectar mi vacilación, volvió a acercarse a mí y posó sus

manos en mi cintura. Mi perdición fue mirar directamente a sus ojos turquesa y, después, a sus labios entreabiertos... porque me quedé inmóvil ante su siguiente movimiento.

—Vamos, Jonathan —añadió mientras hacía desaparecer la camiseta de mi cuerpo y dejaba mi torso desnudo—, deja de esconderte detrás de la ropa.

Como en una especie de trance, dejé que Brooklyn me diera la vuelta para poder quedarse a mi espalda. Me pareció oír un leve gemido por la impresión que debió llevarse, pero, a continuación, como suaves alas de mariposa, sus dedos comenzaron a deslizarse sobre la piel quemada, que se extendía desde la base de mi cuello hasta el costado derecho, pasando por el hombro y la articulación del brazo.

—Cuánto debió dolerte... —musitó, sin dejar de acariciar toda la zona.

Un escalofrío similar a una descarga atravesó mi cuerpo cuando fueron sus labios los que sentí posarse en mi piel, una vez, y otra, y otra... La descarga aterrizó directamente en mi miembro, cuya dureza ya me provocaba dolor. La incomodidad y un leve atisbo de vergüenza hicieron que me diese la vuelta, algo que a Brooklyn no pareció perturbarla en absoluto, puesto que siguió besando mi garganta, mi pecho, mi estómago...

—Eres hermoso, Jonathan —susurró—. Y no me cansaría de besar y tocar algo tan bello.

—Son cicatrices, Brook —confesé en un murmullo—. Piel quemada, marcas que no se podrán borrar...

—Son muestras de haber sobrevivido —me interrumpió—. Se te concedió una segunda oportunidad para vivir, Jonathan, y debes aprovecharla.

Por un instante, me sentí desconcertado al oír aquellas palabras que me provocaron un *déjà vu*. Sabía a quién me recordaban, pero, en aquel momento, no tuve capacidad de pensar, con las manos de Brooklyn todavía en mi torso desnudo. Desesperado por besarla, me lancé contra su boca y la devoré a conciencia mientras la conducía hasta mi escritorio y la apoyaba en el filo. Sin dejar de besar sus succulentos labios, abrí su bata y subí la blusa del pijama para cambiar su boca por sus pechos, que aparecieron ante mí enhiestos, suaves y perfumados. Con un profundo gemido, los alcé con las manos y los llevé a mi boca para volver a saborear sus pequeños y rosados pezones, como si degustara una golosina, un dulce tierno recubierto por una capa dura y suave.

—Deja... deja que me quite la bata... —jadeó a la vez que intentaba apartarme.

—No —le dije secamente—. Has conseguido desnudarme a mí, pero tú no puedes hacerlo, Brooklyn...

—¿Por qué, Jonathan? —gimió mientras trataba de distraerla introduciendo mi mano bajo la cinturilla de su pijama para llegar a su pubis y acariciarlo.

—Nada de desnudarnos, nada de camas —murmuré mientras mis dedos se adentraban en su sexo húmedo y lo acariciaban más íntimamente—. Solo es sexo, Brook...

—Pero... en la bañera...

—Me cogiste por sorpresa —aseguré—. No volverá a ocurrir así.

—Está... bien... —respondió, excitada.

Sus jadeos me volvieron loco y, casi sin pensar en lo que hacía, bajé su pantalón del pijama y la senté en mi mesa. Acerqué una silla para poder sentarme, abrí sus piernas y las coloqué en mis hombros. Si hasta entonces solo me había preocupado de mi propio placer, en aquel momento deseé fervientemente que ella disfrutara de nuevo conmigo.

—Jonathan...

Me conmovía que pronunciase mi nombre una y otra vez, y juro que deseé hacer lo mismo con el suyo, pero fui capaz de nuevo de no decir una sola palabra, como la vez que habíamos hecho el amor en la bañera. No podía dejarme ir de esa manera, no con ella...

Hundí mi boca en su sexo y lo lamí a conciencia. Ella presionó con fuerza en mi espalda con sus pies, aferró enérgicamente mi cabello entre sus dedos y, en pocos segundos, pude beberme su orgasmo. Los sonidos que surgieron de su boca llegaron hasta mi miembro endurecido. Lo que no esperaba era que también me produjeran un ligero temblor en el centro de mi pecho.

Me puse en pie y saqué la cartera del bolsillo de mis pantalones para poder coger un preservativo. Después de colocármelo, aferré a Brooklyn por la cintura y la penetré dolorosamente despacio, porque no quería que acabase nunca.

—¡Jonathan! —volvió a exclamar mientras la embestía una y otra vez, con el rostro hundido entre sus suaves pechos.

Mi primera intención fue hacerle el amor de forma lenta y pausada, pero fui incapaz. Una vez sentí su humedad envolver mi miembro, solo pude moverme a toda velocidad, aunque, de forma inconsciente, decidí no parar hasta oír cómo ella gritaba de éxtasis. Solo entonces me dejé ir. Alcancé un orgasmo tan increíble que tuve que buscar su boca para exhalar en su interior el brutal gemido que me provocó.

Segundos después, mientras salía de su cuerpo, no pude evitar buscar su rostro. Brooklyn me estaba mirando fijamente, con una expresión de puro placer. Sus ojos aparecían velados, sus labios, hinchados, y su cabello, alborotado. La visión de aquella imagen me produjo una emoción inesperada, nada que ver con deseo o lujuria. Sentí algo parecido a lo que había sentido varios años atrás, algo que solo me había ocurrido con Allison...

No, imposible; aquello no podía suceder.

De manera brusca, me aseé, me subí los pantalones y me puse la camisa.

—Vístete, Brook.

—Eso no hace falta que me lo digas —me soltó, visiblemente molesta—. Hasta yo sé que después de echar un polvo hay que vestirse. Incluso las que no nos desnudamos del todo.

Me jodió que llamase «polvo» a lo que acabábamos de hacer; algo irracional, por supuesto, porque había sido simplemente eso.

Brooklyn se ajustó la bata con fuerza y se dirigió a la puerta, pero me acerqué a ella antes de que abriera.

—Lo siento, Brooklyn, pero ya te he dicho que...

—No tienes que pedir disculpas, Jonathan, no estoy enfadada —me aclaró de un modo tan natural que me sorprendió—. Soy lo suficientemente adulta como para comprenderlo, aunque a veces se te olvide. —La naturalidad fue sustituida por un deje de mordacidad—. Verás, nos lo hemos montado genial. Seguimos con la farsa, mi padre sigue ganando puntos, tú ganas apoyos y mi negocio remonta. Mientras tanto, como no podemos tener relaciones por ahí, follamos un poco y nos desprendemos de la tensión acumulada. Además, el hecho de conocernos... mejor... también nos ayuda a parecer más una pareja. ¿No te parece perfecto?

Hubiese querido decirle que no me creía en absoluto que ella pensara eso, que incluso yo tampoco lo pensaba, que ni siquiera tenía las palabras exactas que podrían describir lo que nos estaba sucediendo. Sin embargo, decidí no replicar nada parecido. Preferí que pensara que era un cabrón a que se hiciese unas ilusiones que jamás podrían hacerse realidad.

—La verdad es que sí —afirmé—. Ni planeado nos habría salido mejor. Conseguiremos nuestros propósitos y, mientras tanto, podemos pasarlo bien. El día que todo esto acabe, cada uno volverá a su vida.

—Por supuesto —aseguró ella antes de abrir la puerta—. Hasta mañana, Jonathan.

Suspiré una vez que me quedé solo, como si, de repente, no hubiese sido consciente de la soledad que me rodeaba. Me volví a sentar a mi mesa y quise proseguir con el trabajo que estaba haciendo antes de que Brooklyn apareciera, pero me estaba siendo imposible concentrarme. Mientras dudaba si seguir o marcharme a la cama, unos toques en la puerta me alertaron de la presencia de mi tía, que apareció en mi despacho antes de oír mi permiso. Me alegré de que en mi encuentro con Brooklyn hubiese cerrado la puerta por dentro.

—¿Qué ocurre, tía? —le pregunté—. Es muy tarde...

—Los viejos dormimos poco —rezongó—. En todo caso, tú eres el que debería estar descansando.

Noté una pizca de reproche en sus palabras.

—Estoy trabajando —razoné.

—Oh, lo mismo que Brooklyn, que también debía de estar trabajando. Me acabo de cruzar con ella y llevaba el mismo pelo enmarañado que tú.

Instintivamente, me llevé la mano a la cabeza e intenté peinarme un poco.

—Tía...

—Ni tía ni leches, Jonathan —me cortó, bruscamente. Hacía tiempo que no veía a Imogene tan enfadada—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No estoy haciendo nada —gruñí.

—Ah, ¿no? Pues, entonces, tal vez no tengas inconveniente en responderle una pregunta a tu vieja y entrometida tía.

—Claro que no —le dije, tenso.

—¿Se puede saber por qué demonios trajiste a vivir a Brooklyn a esta casa? ¿Cuáles eran tus verdaderas intenciones?

—Esas son dos preguntas.

—No me tomes por una vieja torpe, Jonathan. Respóndeme.

—¡Por Dios, tía! ¿Qué intenciones crees que podían ser esas? ¡Pues que nos conociéramos mejor! ¡Cada vez que acudíamos a algún evento acababa metiendo la pata! ¡No podía arriesgarme a que tirara por la borda todo lo que había logrado!

—Puede que yo no te haya educado, Jonathan Reed, pero sí estoy ayudando a educar a tu hija. Y, en esa educación, entra enseñar a no mentir. —Colocó sus brazos en jarras y me miró con todo el reproche del mundo.

—No sé qué me quieres decir, tía. Si me disculpas, quiero seguir con esto.

—¡Pues que no me gusta que me mientan! —insistió—. ¿Por qué no admites de una vez que trajiste a esa muchacha a casa porque querías tenerla cerca?

—¿De dónde sacas eso? —inquirí, malhumorado.

—Porque el motivo que tú mismo te das no te convence ni a ti.

—Pues es el que hay —insistí.

—De acuerdo, sigue pensando eso y sigue engañándote... o, lo que es lo mismo, sigue castigándote por intentar abrir tu corazón.

—No he abierto mi corazón —persistí—, ni pienso abrirlo nunca. Que me atraiga físicamente una mujer no quiere decir que piense ponerla a la altura de Allison. ¡Porque a ella no voy a olvidarla jamás!

—Nadie te está pidiendo que lo hagas, hijo —me contestó en un tono más calmado y comprensivo—. Que pretendas rehacer tu vida no significa que tengas que olvidar tu pasado. Se trata solo de vivir.

—¿Cómo tengo que decirte que no deseo rehacer nada? —reiteré, exasperado—. ¡Estoy vivo, sí, pero no debería estarlo mientras mi mujer yace en una fría tumba, maldita sea! ¡Haría lo que fuera por cambiarme por ella, pero no puedo!

—Al menos podrías pensar en tu hija —me replicó tras aguantar mi ataque—. La pobre niña perdió a su madre y su padre tiene intención de enterrarse en vida.

—Autumm me seguirá teniendo, siempre —respondí—. Me tiene a mí, te tiene a ti, es más que suficiente. No necesita una sustituta de su madre.

—¡Claro que no! —exclamó Imogene—. ¡Eres tú quien necesita volver a amar!

Me dolió tanto lo que me dijo que le solté lo más cruel que me vino a la mente.

—Lo que necesito de una mujer... ya sabes lo que es, tía. Brooklyn me lo está dando, y, si no fuera ella, sería con cualquier otra. Supongo que sabes a lo que me refiero. Y, si eso es todo, me voy a la cama. Buenas noches, tía.

Pasé por su lado para salir del despacho. Era la primera vez que discutía tan fuerte con Imogene y me sentí el ser más desgraciado del universo, pero no permitiría que ella ni nadie intentasen hacerme olvidar a Allison. Mi mujer había muerto por mi culpa y lo último que haría sería volverme a enamorar.

* * *

Sabía que al día siguiente tendría que disculparme con Imogene, pero, de momento, había que esperar. Me desnudé y me metí en la cama, enfadado conmigo mismo, irritado por algo que no sabía expresar. Abrí la mesilla para sacar otra de las cartas manuscritas que volvía a releer cada noche, en la soledad de mi cama y mi habitación. Pensé con emoción de nuevo cómo aquellas palabras plasmadas en un papel habían conseguido tanto. Si no hubiese sido por la lectura de aquellos trazos elegantes, el tiempo de rehabilitación hubiese sido más duro, más largo, más insoportable.

Mientras desdoblaba la cuartilla, volví a intentar pensar en quién podría ser la autora. Durante el tiempo que permanecí en el centro, cuando comprendí que recibiría una cada semana, escarbé y escarbé en mi cerebro, intentando descifrar algún detalle, algún indicio que pudiese revelarme la autoría de aquellas palabras. Pero, cuando me fue imposible averiguarlo, comprendí que lo que realmente importaba era lo que me transmitían, lo que aquella mujer me entendía, las veces que hubiese querido tenerla delante de mí para abrazarla y darle las gracias por ayudarme tanto. Creo que, si hubiese tenido ocasión de conocerla, hubiera sido la única vez que habría permitido abrirse a mi corazón.

¿Es posible enamorarse de unas letras escritas en un papel? ¿Es posible pensar que la persona que las ha escrito es una especie de alma gemela?

Nunca obtuve la respuesta a esas cuestiones, porque, tras varios meses de lecturas, en cuanto me dieron el alta y volví a casa, aquellas misivas desaparecieron, y, con ellas, la posibilidad de conocer a su autora.

Tras el encuentro con Brooklyn, la discusión con Imogene y la culpa que me seguía atenazando, aquello fue lo único que pudo calmar la extraña sensación que me embargaba: la de no creerme merecedor de la segunda oportunidad que se me concedió.

* * *

Estimado capitán Reed:

Hoy me siento feliz. He sabido que, por fin, ha rechazado seguir utilizando la silla de ruedas. Entiendo que se le hará duro caminar únicamente con el apoyo de las muletas, resistiendo el dolor, esforzándose hasta la extenuación... incluso soportando la afrenta que representará para usted cada una de las caídas que sufra. Caerse porque sus propias piernas no lo sujetan debe de ser lo más duro del mundo, pero consigue volverse a levantar, y eso es lo que importa.

Me estaba acordando de algo que me ocurrió a mí, algo que ahora me hace gracia, aunque en su momento me mortificase. Iba caminando por la calle cuando pisé algo resbaladizo y me caí de culo. ¡En plena Séptima Avenida! Allí me encontraba yo, vestida con falda estrecha y tacones, despatarrada en mitad de la acera. ¿Y sabe lo que ocurrió a continuación? Que miré hacia arriba,

desde el suelo, esperando a que alguien me tendiese una mano... pero no ocurrió. Vi pasar de largo a aquellos seres que apenas me parecieron personas, sino simples autómatas que van, que vienen, que solo se preocupan de sí mismos. Así que, indignada, con un zapato roto, las medias destrozadas y mi orgullo por los suelos, fui capaz de levantarme, ponerme en pie y seguir caminando.

¿Que por qué le cuento esto? Porque, si fuese posible, si usted quisiera, yo podría ser esa mano que esperas que te tiendan cuando te sientes solo en mitad de tanta gente...

Capítulo 23

Aquel parecía un día tranquilo en el Sweet Manhattan. Todos habíamos llegado tan temprano que los pedidos *online* ya se habían enviado y teníamos a punto las muestras de tartas de boda que daríamos a probar a los clientes. Para no agobiarnos mucho, habíamos decidido que las degustaciones de tartas nupciales se llevarían a cabo por las tardes, solo de martes a jueves. Nunca nuestro negocio había estado tan organizado, tan bien atendido y con una clientela que, aunque no demasiado numerosa, sí era lo suficientemente abundante como para tener las horas ocupadas. Patrick a veces se quejaba de sobreexplotación, pero sabíamos que, al igual que nosotras, estaba encantado de saber que la pastelería funcionaba y no se vería en el paro a corto plazo. Los tres nos habíamos centrado y los resultados eran evidentes.

Aun así, hacer una pausa era algo que no pensábamos perdonar. Nos gustaba desconectar unos minutos, tomar un café y charlar de forma más relajada. También aprovechaba aquellos ratos para coger mi bloc de dibujo y hacer algunos esbozos de dulces diversos, aunque últimamente me había dado por las tartas de boda, donde podía poner a prueba mi imaginación para conseguir un resultado elegante sin resultar cargante.

—¡Eh, mirad quién está aquí! —exclamó Patrick durante aquel descanso—. ¡Son las casquivanas amigas de Brook!

—¡Hola, chicas! —exclamó Sally, que traía una bandeja llena de vasos de café—. ¡¿Habéis visto quién ha venido hoy conmigo?! —Señaló a Kimberly, que apareció a su lado.

—He podido escaparme un rato del trabajo —comentó Kim.

—¿Del trabajo o de tu novio? —se mofó Sally.

—No empecemos —les pedí, para aprovechar el tiempo que íbamos a estar juntas.

Cada uno cogió un vaso de café mientras Harper colocaba una fuente con diversos *cupcakes*. Sally fue la primera en coger uno y llevárselo a la boca.

—Humm, qué delicia, por Dios... Esto está buenísimo. Cada día os superáis más, chicas. Darle un bocado a este manjar es casi tan alucinante como tener un orgasmo. —Compuso una mueca traviesa—. Oh, bueno, menos para Brook, que no puede comparar.

Lo siguiente que oímos fueron los carraspeos de Harper.

—¿A qué viene ese ruido? —preguntó Sally—. ¿Nos hemos perdido algo? Brook, ¿qué ha pasado?

—Que nuestra anorgásmica amiga —intervino Patrick, que estaba deseando hacerlo— ya sabe lo que son las delicias del sexo con un ser humano.

—¿En serio?! —exclamó Kimberly—. ¿Con quién?

—Pues con su novio —hizo el gesto de poner comillas en la última palabra—, el concejal bombón de voz follable.

—¡No me lo puedo creer! —gritó Sally, que casi se atraganta con el *cupcake* de frambuesa—. ¡Te estás tirando a Jonathan! ¡Y nosotras sin enterarnos!

—Yo me enteré hace poco —señaló Harper—, pero ya sabéis que soy muy discreta.

—Claro. —Patrick rio—. Tú últimamente tienes bastante con la caña que te da Ryan. ¿Ya estáis viviendo juntos?

—Sí, me he mudado a su apartamento —contestó mi socia—. Así repartimos gastos. Pero ¿no se suponía que estábamos hablando de Brooklyn?

Yo, mientras tanto, sonreía al tiempo que seguía dibujando algunos trazos sobre el papel.

—¡Eso! —me alentó Sally—. ¡Te estamos esperando, tía!

—Al final lo has conseguido —sonrió Kimberly—. El sueño con el que nos dabas la tabarra cuando éramos pequeñas, aquel en el que imaginabas que eras su novia.

—Pero novia de verdad —apostilló Sally—, con polvo incluido.

Mi sonrisa dio paso a un suspiro. Siempre había sido bastante sincera con mis amigas y esa vez no iba a ser la excepción.

—¿Qué te ocurre, caramelito? —me preguntó Patrick en un sospechoso tono—. ¿Tu capitán no folla bien? ¿Esperabas otra cosa?

—Qué tonto eres. —Reí con ganas mientras le lanzaba a mi amigo el lápiz a la cara—. ¡Pues claro que folla bien! ¡De fábula!

—¿Entonces? —inquirió Kimberly—. ¿Cuál es el problema?

—Que lo quiero, Kim —suspiré—, y él no me quiere a mí. Solo tenemos sexo como... desahogo.

—Bueno... algo es algo —sugirió Sally.

—Pues menudos ánimos —señaló Harper.

—No pasa nada —respondí—. Podría coger esta misma noche mis cosas, marcharme de su casa y decirle que se busque otro desahogo, pero soy consciente de lo que estoy haciendo.

—¿Y qué estás haciendo? —se indignó Sally—. ¿Llevarle sexo gratis a su propia casa? ¿Para eso te quería viviendo con él?

—No es eso... —titubeé—. Él... no es tan egoísta como os podáis imaginar.

—¿Por qué? —insistió mi amiga—. ¿Porque se le murió su mujer y él está cojo? ¿Por eso es mejor?

—Yo la entiendo —intervino Kimberly—. Cuando estás enamorada, haces cosas que no tienen mucha explicación.

—Perdona, bonita —le señaló Patrick—, pero tú no eres buen ejemplo.

Todos nos sumimos en un incómodo silencio que fue interrumpido por el sonido de la campanilla de la puerta... aunque el silencio se convirtió en crispación cuando reconocimos a la

cliente: Paige Morgan.

—Está cerrado —señaló Patrick, con una mueca de disgusto.

—La puerta estaba abierta —apostilló Paige, que se mostró tan altiva que aún la odiamos más—. Además, necesito hablar con Brooklyn. A solas.

—No tengo nada que hablar contigo —le repliqué—. O necesitas un pastel o ya te puedes ir por donde has venido.

—Pues claro que necesito un pastel —respondió con una falsa sonrisilla—, pero quiero que me atiendas tú. ¿Me puedes complacer, por favor?

—Por supuesto —insistí—. Yo te atenderé, pero mis amigos no se van a marchar.

—No importa, Brook —intervino Kimberly—. Tenemos que irnos ya...

—Nadie se va a ninguna parte —reiteré mientras me cruzaba de brazos. Ni siquiera invité a sentarse a Paige.

—Está bien. —Paige cambió su falso rostro afable por otro mucho más perverso—. Tienes razón, no he venido a pedir nada. No me gustan los dulces y los vuestros me resultan demasiado... empalagosos.

Harper suspiró. Patrick puso los ojos en blanco. Sally rechinó los dientes. Kimberly permaneció callada, a la expectativa, como yo.

—En fin..., en realidad he venido a hablarte de Jonathan.

Me crispé todavía más. Recordé lo que Imogene me había contado sobre su aventura y temí que me soltara algo relacionado con ello. Sin embargo, no fue así. Fue peor.

—Porque, supongo que, como estáis prometidos, tenéis fecha de boda y vivís juntos, estarás enterada de sus... salidas nocturnas.

—De verdad, Paige, no me interesa...

Me ignoró.

—¿Sabías que tu novio tiene una amiguita en el Bronx? ¿Una que, desde que volvió a casa curado de sus heridas, se dedica a hacerle la vida un poco más... relajada?

Me quedé sin réplica alguna.

—Por la cara que has puesto, imagino que no lo sabías. Pobre Brook... Ya te dije que Jonathan no es hombre de mujeres tan jóvenes e inexpertas. Supongo que te ha elegido como futura esposa por todo eso de las apariencias y de casarse con alguien de buena familia, lo que hacen todos. Pero, a la hora de la verdad y de disfrutar, siempre eligen a las más... versadas. —Compuso un odioso mohín antes de facilitarme un posavasos con la dirección impresa de un bar—. Es aquí, por si te apetece... echar un vistazo a la voluptuosa camarera. Oh, por cierto —añadió, de nuevo sonriente—, he cambiado de opinión. ¿Podéis ponerme cuatro de esos con forma de rosa? —Señaló una de las bandejas de *cupcakes*—. Voy a regalárselos a mi chófer, que me ha contado que hoy es su aniversario. Seguro que a él y a su mujer les parecen muy ricos. Ellos comen cualquier cosa.

Harper sirvió los dulces, Paige pagó con su móvil y se despidió con una horrible sonrisa.

—Chao, chicos. Nos vemos.

Cuando dejó tras de sí el tintineo de la campanilla, vi cuatro pares de ojos mirándome. Patrick fue el primero en hablar.

—¿Estás bien, mi pelirroja?

—No le hagas ni caso, Brook —me recomendó Harper—. Ya conoces a esa bruja insidiosa, que lo único que busca es hacerte daño porque está encaprichada de Jonathan.

—Lo poco que me ha faltado —intervino Sally— para restregarle todos esos *cupcakes* por los morros, hacérselos tragar después y acabar echándola de aquí de una patada en el culo. ¡Zorra envidiosa!

—Tiene razón —suspiró Kimberly—, solo es envidia.

—Estoy bien, chicos, y pienso lo mismo —los tranquilicé—. Seguro que me presento en ese bar y me recibe algún tipo de trampa preparada por ella para poder grabarme en algún vídeo morboso que dé que hablar.

—¡Por supuesto! —me dieron todos la razón—. ¡Ni caso! ¡Es una víbora! ¡Si se muerde la lengua, se envenena!

Sonreí por las muestras de ánimo de mis amigos, pero ya no fui capaz de desprenderme del desasosiego mientras le daba vueltas entre mis dedos a aquel posavasos.

* * *

—¡Brook, Brook! —gritó Autumm cuando entré en casa—. ¡Papá y yo vamos a cenar fuera! ¿Vienes con nosotros? *Porfa, porfa*, di que sí...

—¿Yo? —titubeé—. ¿No vais con Imogene?

—Hoy me voy al bingo, querida —respondió la aludida mientras aparecía en el vestíbulo colocándose un pañuelo al cuello—. ¿O es que no tengo derecho a salir?

—Sí, sí, claro... —contesté, aturdida—. Pero no creo que yo deba ir con vosotros, Autumm. Deberíais ir solos tu padre y tú...

—Paparruchas —me interrumpió Imogene—. A mi niña le hace mucha ilusión salir contigo, ¿verdad, Autumm?

—¡Síííí! —exclamó esta mientras daba saltos y me cogía de la mano—. ¡Quiero que tú también vengas! ¡Papá me prometió que saldríamos a cenar si sacaba buenas notas y he sacado las mejores! Además, ¡vamos a cenar hamburguesas! ¿No te gustan las hamburguesas? ¡Puedes pedir otra cosa...!

—Autumm, para —la frenó su padre, que apareció en aquel instante—. No hace falta que insistas tanto si a Brooklyn no le apetece.

Llevaba horas pensando en lo que me había dicho la pérdida de Paige, aunque todo parecía disolverse cuando Jonathan se plantó ante mí. No solo porque, con la camisa blanca y la

chaqueta de cuero marrón que acentuaba el verde de sus ojos, estaba arrebatador, sino porque cada mirada de amor que le dedicaba a su hija conseguía derretirme por dentro.

—No es que no me apetezca —aclaré—. En realidad, estoy un poco cansada de tanta nata, azúcar, frambuesa o arándanos y me apetecería un buen taco de carne y grasientas patatas fritas.

—Di que sí —me animó Imogene mientras abría la puerta—. Además, chicos, una salida de ese tipo daría más credibilidad a... ya sabéis. —Sonrió, traviesa—. ¡Hasta luego!

—Eso es cierto. —Miré a Jonathan—. Si no os importa, subo un momento a mi habitación y bajo en dos minutos.

—¡Te esperamos en el coche! —gritó, exultante, Autumm.

A toda prisa, me cambié la blusa que llevaba por una limpia y más nueva, me eché desodorante, repasé mi maquillaje y me rocié de perfume mientras bajaba la escalera.

—¡Lista! —anuncié, atravesando aprisa el porche de la casa.

Jonathan, como era habitual en él, me esperaba junto a la puerta del coche, para cerrarla cuando me hube acomodado en el asiento del copiloto. Autumm iba en el asiento de atrás y no dejaba de sonreír.

Por lo que corrimos nada más bajar del coche, tuvimos la suerte de poder coger una mesa en el abarrotado local situado en Madison Square Park. Pedimos un montón de comida y, rápidamente, llenamos la mesa de bocadillos, patatas y refrescos.

—¿A que está todo buenísimo, Brook? —me preguntó Autumm, satisfecha, mientras masticaba un enorme bocado.

—Sí —respondí, mojando una patata en kétchup—. Gracias por invitarme. —Miré a Jonathan.

—Gracias a ti por venir —respondió antes de guiñarme un ojo, gesto que consiguió que se me resbalara la patata frita de la boca y acabara estampada en mis pantalones.

—Perdón —me disculpé mientras trataba de quitar la mancha de tomate frotando una servilleta, algo que no hubo manera de conseguir.

—¡También te has manchado la boca de kétchup! —Autumm emitió una estridente carcajada infantil.

—Oh, vaya... —Volví a azorarme al tiempo que traté de limpiarme.

—Es al otro lado —señaló Jonathan en el instante en el que extendió su mano y deslizó la yema del dedo pulgar por la comisura de mi boca—. Ya está.

Sí, sí, ya estaba. Ya estaba perdida en su mirada, en sus labios y en el recuerdo de sus manos en mi piel, de su boca en mi boca, de su miembro embistiendo mi cuerpo y del placer que estaba conociendo entre sus brazos. Maldito fuera Jonathan Reed y todo lo que me hacía sentir con solo tocarme.

—¡Oh! —exclamó, de pronto, su hija—. Ahora que hemos terminado, podríamos hacernos una foto para enviársela a tía Imogene.

—Buena idea —dije yo, sacando ya el teléfono del bolso para poner la cámara en posición de

selfie—. Y, si os parece bien —miré a Jonathan de reojo—, puedo subirla a Instagram.

—¿Nos va a ver mucha gente? —preguntó Autumm, entusiasmada.

—Últimamente me están aumentando los seguidores a cada hora. —Compuse una mueca—. ¡Sonreíd!

Nada más tener la imagen, la compartí en la red social. Parecíamos una familia feliz. Una familia auténtica.

—¡Mira, mira! —gritó la cría mientras observaba la pantalla—. ¡Le están dando un montón de veces al corazoncito!

La pequeña estaba feliz, y la verdad es que yo lo pasé genial. Incluso vimos sonreír a Jonathan más que nunca, que parecía más tranquilo y relajado.

—Oh, no me lo creo... —murmuró Autumm en cierto momento—. ¡Papá! ¡Brook! ¡Es Sarah! ¡Acaba de entrar con su madre!

Parpadeamos, perplejos, ante tamaña emoción de la niña al ver a su amiga, y esta no se quedó atrás. Sarah se acercó a la carrera y se lanzó a los brazos de Autumm.

—Te juro que alguna vez pensé que Sarah solo existía en la imaginación de tu hija —le susurré a Jonathan.

—Pues no. —Sonrió—. Es muy real.

—¡Mira, Sarah, esta es Brooklyn!

Autumm cogió de la mano a su amiga y la acercó a mí. Me incliné para contemplar a una niña con el cabello inundado de tirabuzones castaños y unos vivaces ojos azules tras unas pequeñas gafas de montura rosa.

—Hola, Sarah —la saludé—. Es un auténtico placer conocerte.

—Lo mismo digo, señorita Brooklyn —me contestó con su voz cantarina—. Autumm me ha hablado mucho de usted.

—Y a mí de ti. —Sonreí—. Y ni se te ocurra llamarme de usted.

—Mira, Brooklyn —intervino Jonathan—, esta es Claire, la madre de Sarah.

—Encantada —la saludé—. Es alucinante ver lo mucho que se quieren Sarah y Autumm.

—Sí —sonrió la mujer—, aunque nunca sabes lo que pueden estar tramando. No entiendo que se echen de menos cada vez que se separan con las horas que pasan juntas en el colegio.

—¿Nunca han pasado la noche juntas en alguna casa? —pregunté, recordando de pronto las ocasiones en que yo había compartido confidencias nocturnas con Sally y Kimberly.

—No sé... —dudó Claire—. ¿No son todavía muy pequeñas?

—¿Podríamos hacerlo, papi? —preguntó Autumm, emocionada—. ¿Podría quedarse en casa Sarah a dormir una noche? ¡Di que sí, di que sí, di que sí...!

—A mí me parecería bien, Autumm —contestó Jonathan—, pero la madre de Sarah es quien debe decidir.

—Cuidaríamos bien de Sarah —intercedí—. Y seguro que a ellas les hace mucha ilusión.

—Está bien —aceptó la madre—. Ya decidiremos el día, mejor en fin de semana y...

—¡Sííí! —chillaron las crías, exultantes, al tiempo que saltaban y se daban un abrazo.

—Muchas gracias por proponerlo, Jonathan —agradeció Claire—. Espero que no te arrepientas. —Sonrió.

—Ha sido Brooklyn —señaló él con una sonrisa—. Si todo va bien, las niñas se lo podrán agradecer a ella. Pero si no se comportan...

—¡Nos portaremos bien, papi! —lo interrumpió su hija—. ¡Dormiremos en mi cuarto y, si queréis, Brook puede venir con nosotras!

—Ya veremos...

Sarah y su madre se despidieron de nosotros. Observé la expresión de pura felicidad de Autumm, pero, al mismo tiempo, fui consciente del semblante serio de su padre. Tal vez estuviese pensando que me había excedido en mi papel de prometida ficticia.

—Perdona, Jonathan —suspiré frente a él—. No he podido evitarlo. Al verlas juntas por primera vez en persona y ver lo mucho que se quieren... he hecho la propuesta sin pensarlo. Sé que no soy nadie para tomar decisiones que atañen a tu hija y...

—Gracias, Brooklyn —me interrumpió, dejándome perpleja—. Gracias por involucrarte y por tratar con tanto cariño a Autumm. Podrías haber dejado al margen a mi familia y haberte limitado a ejercer de prometida de cara a la galería, pero tú no puedes ser tan superficial. Tienes un gran corazón, Brooklyn Edwards.

Y, tras el discurso, todavía emocionada hasta la médula, vi a Jonathan inclinarse hacia mí y posar sus labios en los míos durante un breve instante. A continuación, deslizó la yema del dedo por mi mejilla y musitó un «gracias». No me dio tiempo a pensar en nada, ni siquiera en recordar que nos encontrábamos en mitad de un lugar público y que, con toda probabilidad, lo había hecho para seguir con la farsa, porque el grito de Autumm me hizo volver a la realidad.

—¡Papá! —chilló, aunque justo después bajara el tono—. Has besado a Brook, papá. En la boca, delante de todos...

La pequeña nos miró como si, de repente, el mundo se hubiese llenado de globos de colores.

—¡Pues claro, qué tonta! —exclamó a continuación, sin esperar respuesta de su padre—. ¡Sois novios! ¡Os vais a casar! ¡Los novios se besan en la boca!

—Será mejor que nos marchemos a casa —farfulló Jonathan, que, de pronto, pareció sentirse incómodo.

Apenas arrancar el coche, nos dimos cuenta de que Autumm ya se había dormido en el asiento de atrás. Para no molestarla o, simplemente, porque no teníamos nada que decir, me recliné en el asiento y me limité a escuchar la música que surgía de la radio y que Jonathan había conectado con el volumen al mínimo. Sonaba *Dusk till dawn*, de Zayn y Sia, y me hubiese relajado con aquellas notas si no hubiera sido porque algo me llamó la atención cuando paramos en un semáforo.

—¿Qué ocurre, Brooklyn? —me preguntó Jonathan cuando me vio ponerme alerta.

—Ese es el coche de Richard —farfullé—. Y la mujer que acaba de meterse con él en el

interior no puede ser Kimberly. Acabo de hablar con ella por WhatsApp y está en casa de Sally.
¡Maldito cerdo!

—No te metas, Brook...

—¿Que no me meta?! —exclamé, pero sin alzar la voz—. Richard es un maltratador psicológico, Jonathan. No deja que mi amiga mueva un dedo sin su permiso. Y, si tiene una amante, Kimberly debería saberlo para que se le abran los ojos.

Jonathan emitió un audible suspiro y paró el vehículo a un lado de la calzada.

—¿Y qué piensas hacer? —me planteó.

—¿Cómo sabes que quiero hacer algo?

—Porque empiezo a conocerte, Brooklyn —suspiró—. Te he visto en muchas ocasiones lanzarte en pro del desvalido a perjuicio de ti misma. Por eso te pregunto directamente qué vas a hacer, no si lo piensas hacer.

—Pues... —parpadeé, sorprendida por su observación—, si estuviese sola, iría de inmediato a ese coche y averiguaría si está liado con otra para estar segura.

—Por mí, no te cortes —me dijo con una mueca—. Haz lo que harías en ese caso.

—Pero... estás aquí, con tu hija...

—Nosotros no nos vamos a mover del coche —insistió—. Vigilaré desde aquí para asegurarme de que ese capullo de Hunt no se propasa contigo.

—En ese caso, no me lo pienso más.

Decidida, bajé con el móvil en la mano y me acerqué con sigilo al vehículo de Richard, que permanecía estacionado al amparo de la oscuridad. A través de los cristales de las ventanillas, pude ver a la perfección que el novio de mi amiga se estaba liando con otra mujer, a la que besaba como si fuese a arrancarle la lengua. Sin más dilación, enfoqué el teléfono hacia ellos y disparé. Inmediatamente, una luz cegadora los iluminó y, a continuación, levantaron la vista y me miraron con asombro.

—¡Mierda! —mascullé—. ¡Tenía conectado el *flash*!

—Pero ¿qué coño...?! —farfulló Richard al tiempo que abría la puerta del coche—. ¡Joder, Brooklyn! ¿Qué haces aquí?! ¿Te ha enviado Kimberly?! ¡Dame ese puto móvil!

—¡Y una mierda! —chillé mientras echaba a correr.

Estuve a punto de tropezar con el bordillo, estamparme de bruces y que se me cayera el teléfono mientras oía el sonido de las pisadas de Richard y sus gritos detrás de mí. Por suerte, Jonathan ya había puesto el coche en marcha y había abierto la puerta del copiloto, por lo que no tuve más que lanzarme como un misil en el asiento antes de que hiciera rechinar las ruedas y saliera disparado. Una vez que me hube acomodado, todavía pude ver a Richard a través del espejo retrovisor corriendo por la calzada detrás de nosotros.

—Ya podías haber sido más discreta —se quejó Jonathan, tras incorporarse al tráfico.

—¡Se ha encendido el *flash*! —exclamé—. Oh, Dios, Jonathan, lo siento —suspiré—. Siempre tengo que montar algún número. Encima, hoy, contigo esperando, y con tu hija

durmiendo en el coche... No tengo remedio... —me lamenté, nerviosa.

De pronto, un extraño sonido me hizo fijarme en el rostro de Jonathan, una especie de chirrido que resultó ser la risa que intentaba aguantar.

—¡Te estás riendo! —me indigné—. ¡¿Cómo puedes?! ¡La que he liado y encima os arrastro a vosotros! Madre mía...

—Sí, Brooklyn, la que has liado —señaló, sonriente—, pero no lo digo como algo malo.

—Ah, ¿no? —pregunté, escamada—. ¿Por qué te ríes, entonces?

—Porque ha sido muy gracioso ver al capullo de Hunt corriendo detrás de ti.

—La verdad es que sí. —Sonreí de oreja a oreja.

Un segundo después, ambos tuvimos que llevarnos una mano a la boca para aguantarnos la risa y no despertar a Autumm. Se nos llegaron a saltar las lágrimas y me tuve que llevar las manos al estómago para paliar la presión que me produjo la risa silenciosa... y así hasta que entramos directamente con el coche en el garaje de la casa.

—Te he parecido una cría esta noche, ¿no es cierto? —le planteé una vez se hubo parado el motor y cerrado la puerta del garaje.

—No, Brooklyn —musitó Jonathan—, no me has parecido ninguna cría. En todo caso, una mujer a la que no le ha importado parecer una cría por defender y ayudar a su amiga.

—Yo... gracias —musité.

Por supuesto, volvieron a sonar violines a nuestro alrededor, aunque solo fuera durante los dos segundos que tardó Autumm en despertarse.

—¿Ya hemos llegado a casa, papi? —balbució, adormilada.

—Sí, cariño.

Con el amor que solía poner en cada gesto con su hija, Jonathan desabrochó el cinturón de seguridad y la cogió en brazos con toda la ternura del mundo. Me adelanté a ellos para ir abriendo las puertas hasta que llegamos al dormitorio de la niña. Entre los dos le quitamos los zapatos, colocamos a Matilda a su lado y la tapamos antes de darle ambos un beso en cada mejilla.

—Cuando está así —susurró Jonathan mientras apartaba un mechón de cabello del rostro infantil—, dormida, tan tranquila y serena, pienso en que esta pequeña es un pedazo de mí y me siento abrumado, casi aterrado.

—No puedo ponerme en tu lugar porque no tengo hijos —le dije a la vez que posaba mi mano en la suya—, pero creo que es mejor que pienses en la suerte que has tenido de tenerla a que creas que puedes perderla.

Jonathan elevó sus pestañas y fijó en mí sus turbulentos ojos verdes.

—No lo soportaría, Brooklyn. Otra vez, no.

—Eso no va a pasar, Jonathan.

Levanté una mano para posarla en su mejilla, donde comenzaba a brotar una incipiente y oscura barba. Él cerró los ojos un instante, pero apartó mi mano al cabo de un segundo.

—Buenas noches, Brook. Gracias por todo.

Se me hizo un nudo tan grande en el pecho que preferí disimularlo y darle un toque de frivolidad a la situación.

—Esta noche se nos ha dado de fábula, ¿verdad? —le dije—. Hoy sí que hemos dado el pego. Si vieras los comentarios de la gente en Instagram... «Qué familia tan bonita», «Qué buena pareja hacéis», «A cuál más más guapo de los tres...»

—Sí —sonrió, algo apagado—, hemos dado bien el pego.

—Buenas noches, Jonathan.

* * *

Como casi cada noche, me encontraba leyendo en la cama para intentar atraer al sueño que tanto me costaba conciliar. Me sentía inquieta, rememorando cada conversación, cada gesto y cada mirada que había compartido con Jonathan. No estaba enamorado de mí, eso lo tenía claro, pero ya no se comportaba conmigo de la forma fría y distante que mantenía al principio. Y en nuestros dos encuentros íntimos... no solo había disfrutado yo. Supuse que, al menos, le gustaba... y me deseaba.

Ni corta ni perezosa, cerré el libro, me levanté de la cama y me coloqué la bata rosa que solía ponerme sobre el escueto camisón que llevaba esa noche. Salí de la habitación con sigilo y me adentré en el dormitorio de Jonathan. Una vez cerré detrás de mí, oí el sonido de la ducha mientras observaba con anhelo la gran cama todavía hecha. Me había dejado cristalino que no quería que nos desnudáramos del todo y, aún menos, que hiciéramos el amor en la cama, algo que entendía, aunque no dejara de deprimirme. Por eso, una vez que hube pensado cómo se lo enfocaría, abrí el cajón de su mesilla de noche para asegurarme de que encontraría lo que estaba buscando. Y lo encontré, una caja de preservativos, justo al lado de una caja metálica de color granate que me llamó la atención pero que no quise ni tocar. Nada más cerrar el cajón, Jonathan apareció ante la puerta del baño. Se sorprendió y se tensó al verme, aunque disimuló bastante su reacción con un comentario jocoso.

—Una mujer con tu educación sabe que no se puede ir entrando en los dormitorios de la gente sin permiso, ¿verdad?

Me puse en pie de inmediato. Hasta mí llegó la nube de vapor que lo envolvía y que me trajo el inconfundible aroma de su jabón y el calor que desprendía su piel. Pequeñas gotas de humedad bajaban por su cabello moreno, resbalaban por su camiseta y caían sobre el pantalón largo de algodón.

Mi primera intención había sido ir a aquella habitación para plantarme delante de Jonathan y proponerle sexo, como si fuese una mujer experta que está acostumbrada a mantener relaciones esporádicas cada dos por tres. Sin embargo, tras su aparición de entre la niebla de vapor, como

un ángel oscuro, me sentí la más torpe del universo, delante de él, con una caja de preservativos en la mano que había tenido que buscar en su propia mesilla.

—Yo... —titubeé—, creo que esto ha sido un error. He creído algo que no era.

—¿Qué has creído, Brooklyn? —me preguntó, sin moverse, todavía delante de la puerta del baño. La tenue iluminación de la lamparita creaba una serie de claroscuros que marcaban su musculatura bajo la ropa ajustada y acentuaban los bellos ángulos de su rostro. Jamás me había parecido más imponente y hermoso.

—Que tú y yo... —Suspiré—. Déjalo, Jonathan, será mejor que me vaya.

Ni siquiera pude pronunciar bien la última palabra. A pesar de su cojera, Jonathan dio un par de rápidas zancadas para abalanzarse sobre mí, acorralarme contra la puerta y adueñarse de mi boca. Nunca lo había visto así, tan impaciente, tan desesperado, tan ansioso. Me besó como si pretendiera absorberme, mordiendo mi lengua y mis labios, enredando sus manos entre mi pelo. Su incipiente barba rasgaba mi piel, sus dientes chocaban con los míos y cada vez me tiraba más fuerte del pelo, pero jamás me había sentido tan excitada, tan viva.

—Jonathan...

Exhalé su nombre en el momento en el que paró para respirar y aprovechó para besar con ansia mi mandíbula y mi garganta. No pude evitar mirar de reojo la cama, tan cerca de nosotros, pero él fue capaz de seguir el rumbo de mi mirada.

—No... —gimió.

Ni una palabra más, solo esa negación que entendí perfectamente, aunque hubiese vuelto a sentirme decepcionada.

—Lo sé —musité al tiempo que lo cogía de la mano y lo hacía sentarse en la butaca situada junto a la ventana.

Me coloqué a horcajadas sobre sus piernas y me quité la bata, aunque no me desprendí del camisón. Dejé que él ejecutara el siguiente movimiento, que consistió en bajar mis tirantes para abarcar mis pechos con sus manos y atraerlos hacia su boca. Sentir su lengua en mis pezones me obligó a lanzar un profundo gemido, aunque fui capaz de aferrar la cinturilla elástica de su pantalón para introducir la mano y extraer su miembro, ya excitado. Emitió un sonido bronco, pero, fiel a su palabra, me dejó con las ganas de oír mi nombre de su boca a pesar del deseo que no podía ocultar.

Después de acariciar su erección, le enfundé el preservativo y lo guie hasta el interior de mi cuerpo. Mientras bajaba sobre él y el éxtasis me embargaba, Jonathan presionó mis caderas con sus manos para ayudarme a subir y bajar al tiempo que hundía su rostro entre mis pechos, para devorarlos. En un momento de lucidez, fui consciente del patrón que volvía a repetir: me hacía el amor mientras depositaba la cara en mi pecho con los ojos cerrados, para no mirarme.

Pero decidí solventar aquello. Tomé su rostro entre mis manos y se lo alcé. Inmediatamente, abrió los ojos, pero no le dije nada. Mantuvimos el contacto visual mientras me balanceaba sobre él y el placer nos inundaba, cada vez más fuerte, cada vez más intenso. Ambos nos estremecimos

al mismo tiempo cuando el clímax nos atravesó con fuerza y, aunque ya habíamos cerrado los ojos, pude percibir la intención de Jonathan de buscar mi boca para expulsar sus gemidos en ella... pero no lo dejé. Si aquello solo iba a ser sexo, si nunca íbamos a estar en su cama, si persistía en no hablar ni decir mi nombre, yo no debía demostrar el amor que sentía. Si quería mantener la distancia, distancia tendría.

Como en ocasiones anteriores, Jonathan expulsó el gemido de su orgasmo con el rostro hundido en la curva de mi cuello. A continuación, sin esperar a que se apaciguaran nuestras respiraciones, me desprendí de su cuerpo, me cubrí con el camisón y la bata y me dirigí a la puerta.

—La verdad es que desahoga bastante —me limité a decir—. Hasta mañana, Jonathan. —Y salí de la habitación.

Capítulo 24

Si había algo que de verdad me relajaba y me hacía evadirme de todo era crear tartas, pasteles, *cupcakes*..., cualquier dulce con el que pudiera expresar mi imaginación y mis ideas. Aquella mañana en concreto, cuando apareció Harper, me encontró ante la mesa de trabajo, donde ya no quedaba hueco ni para una galleta, tan repleta como estaba de toda clase de originales creaciones dulces. Había estado haciendo pruebas con diseños infantiles, imitando caras de Minions o de princesas Disney, rostros barbudos de Papá Noel o toda clase de monstruos para Halloween. Incluso hice una tarta nupcial a pequeña escala, reproduciendo las ideas que tenía en mente para la que pudiese ser mi propia tarta de boda... en un futuro muy muy lejano, por supuesto. Porque, aunque para la sociedad yo fuera a casarme en pocos meses con Jonathan, eso sucedería en una realidad paralela, nunca en el mundo real.

—¿Te has pasado aquí toda la noche? —me preguntó Harper con sorna mientras dejaba el bolso y se ponía la bata.

—Más o menos —respondí a la vez que le daba los últimos toques a aquella tarta, en la que estaba formando ristas de rosas blancas con la manga pastelera.

Después de salir del dormitorio de Jonathan la noche anterior, fui incapaz de llegar a cerrar los ojos, por lo que me vestí y me fui derecha al Sweet Manhattan, el único lugar donde podía dejar de pensar, y donde mantener ocupadas mis manos y mi mente.

—Lo he dicho por decir —se sorprendió mi socia—. ¿Qué ha ocurrido para que decidieras pasar aquí la noche?

—Nada. —Me encogí de hombros.

—¿Todo sigue igual? —me preguntó, con expresión apesadumbrada.

—Todo acabará pronto, Harper —le dije por enésima vez—. No le des más vueltas.

—Eres tú quien se las está dando, Brooklyn. Aléjate de Jonathan, da por zanjado el acuerdo.

—No puedo...

—¡Y una mierda, Brook! —Se frotó el puente de la nariz y me dio un abrazo, aunque no pude corresponderle por tener las manos manchadas de nata—. Lo siento, cariño. Solo quiero que dejes de pasarlo mal. Deja, al menos, de acostarte con él. Con esa intimidación lo único que vas a conseguir es pillarte más todavía...

—Lo sé —respondí—, pero estar con él es como darle un pellizquito al cielo, Harper. ¿Qué harías si te dijeran que lo que más has anhelado toda tu vida está prohibido para ti pero puedes coger un pedazo? ¿Como si te dejaran coger únicamente una porción de esta tarta, pero tan tan

pequeña que no se pudiera notar ni que la habías cogido? A la tarta apenas le quedará huella, pero yo habré disfrutado el momento de haberla probado.

—Perdóname, Brook —se lamentó—. A veces no soy consciente de lo apasionada que eres, de que persigues lo que quieres hasta el final; de que te gusta cuidar de los tuyos aun saliendo tú perjudicada.

—No buscaba ningún cumplido. —Sonreí.

—Ya lo sé. —Suspiró—. Por cierto, los *cupcakes* te han quedado espectaculares, y la tarta es preciosa. ¿Qué vamos a hacer con tanto género?

—He pensado en regalarlo. —Me encogí de hombros.

—O podríamos celebrar aquí tu cumpleaños —sugirió—, para el que quedan exactamente tres días. Aunque, conociendo a tus amigas, te habrán organizado algo más... divertido.

—Ya les dije que no podría celebrarlo de la misma forma que años anteriores.

—Lo entiendo. —Sonrió—. En todas y cada una de esas celebraciones pasó algo... pintoresco. Todavía recuerdo el de tus veinticinco, cuando Sally contrató a un payaso que resultó ser un estríper.

—No me lo recuerdes. —Reí—. Aún soy incapaz de ver un espectáculo infantil sin imaginar que el payaso va a terminar arrancándose la ropa de colores para quedarse en tanga.

—Pero este año no puede ser algo tan... llamativo, ¿no crees?

—Supongo que iré a comer a casa de mis padres y después lo celebraré con vosotros. No me parece mala idea lo de venir aquí. Habrá que darle salida a todo esto. —Señalé los *cupcakes* con una mueca.

—Patrick estará aquí dentro de un rato. —Miró la hora en el móvil—. Si necesitas realizar alguna gestión o cualquier cosa, puedes aprovechar esta mañana, ya que has adelantado trabajo para todo el día.

—La verdad es que iba a pedírtelo. —Suspiré—. He quedado con Sally al mediodía para ir a ver a Kimberly. Anoche sorprendí a Richard dándose el lote con otra en su coche.

—¿Y se lo vas a decir? —me preguntó—. No digo que no sea lo correcto. Yo te agradecí que me dijeras lo de Ryan y su amiga Jane... pero tratándose de Kimberly...

—Hoy mismo lo averiguaré —le dije al tiempo que observaba la preciosa tarta que acabaría en el escaparate ese día.

* * *

Recogí a Sally en su casa y fuimos derechas al domicilio de Kimberly. A pesar de la cercanía de los tres puntos, atravesar Manhattan a aquellas horas supuso aguantar un buen rato de tráfico y semáforos.

—Si es que no podía ser de otra manera —rezongó Sally durante el trayecto—. Lo único que le faltaba al capullo de Richard era serle infiel a Kim. ¡Para colmo con Hannah Myers, la mujer

del congresista! —Al enseñarle la fotografía, había reconocido la compañía femenina de Richard—. ¿Cómo se lo vamos a explicar?

—No lo sé —musité—. ¿Alguna idea?

—¿Por qué no algo así como «Tu novio es un cerdo, mándalo a la mierda de una vez»?

—No seas burra, Sally. Yo optaría por algo más sutil...

—Pues, si no lo has pensado todavía —me pinchó—, te sugiero que te des prisa, porque ya hemos llegado.

Aparqué en la tranquila calle de casas adosadas y bajamos del vehículo para tocar el timbre después de subir los cuatro escalones que alzaban la casa del nivel de la acera. Kimberly apareció en la puerta, aunque solo abrió un resquicio para asomar la cabeza.

—Hola, chicas —titubeó, claramente incómoda—. ¿Qué os trae por aquí?

—Tenemos que hablar, Kim —le dije—. ¿Podemos pasar?

—No me pilláis en buen momento...

—No fastidies, Kimberly —refunfuñó Sally—. ¿Qué ocurre? ¿Está Richard en casa y te ha prohibido vernos?

—¡Claro que no!

—Pues, entonces, déjanos entrar —insistió Sally.

—De verdad que no puedo. —Kimberly parecía realmente agobiada—. Luego os llamaré y...

Ni Kim ni yo esperábamos la reacción de Sally, que se lanzó sobre la puerta, la empujó con el hombro y accedió al interior de la vivienda.

—¡Sally! ¿Qué haces? —chilló Kimberly.

Me pareció un poco brusco, pero aproveché para entrar yo también.

Una vez que nos encontramos las tres en el interior del pequeño salón, nos envolvió el desconcierto, pues casi nos tropezamos con un montón de maletas que se hallaban en mitad de la estancia, apiladas de cualquier manera.

—¿Qué significa esto? —inquirí—. ¿Son de Richard? ¿Te deja?

—¡No! —exclamó Kimberly—. Son mías. Estaba recogiendo mis cosas a toda prisa, para marcharme antes de que llegara él.

—No entiendo —masculló Sally—. ¿Te vas? ¿Dejas a Richard?

—¡Sí! —exclamó nuestra amiga, cuyo agobio dio paso al llanto—. ¡Ya no puedo más! ¡¿No era esto lo que queríais?!

—Vale, vale, tranquila. —Me acerqué a ella y la abracé—. Pero ¿por qué estás pasando sola por esto? ¿Por qué no nos habías dicho nada?

—Claro, Kim... —Sally se sumó al abrazo.

—Porque me daba vergüenza —sollozó—. Porque me lo habíais dicho tantas veces y yo seguía tan ciega...

Nuestra amiga se apartó ligeramente de nosotras y se limpió la nariz antes de hablar.

—Hacía tiempo que me había dado cuenta de lo que estaba pasando —nos explicó—. Tenía

que informarlo de cada paso que daba, para estar con vosotros tenía que mentirle, apenas tenía trato con mi familia... Incluso he tenido que dejar mi trabajo porque Richard decía que mi padre influía en mis decisiones, solo porque me había aconsejado que hiciese unas prácticas en San Francisco. Insistía en que todo el mundo quería separarnos.

—¿Has dejado tu puesto en la empresa familiar?! —exclamé—. ¿Ya no trabajas para tu padre?!

—Ya he hablado con él —gimoteó—. Le he pedido disculpas. Mañana retomaré el trabajo y, si sigue en pie su oferta, la semana que viene me iré a San Francisco.

—Te vamos a echar de menos —comenté—, pero creo que es una gran idea.

—Es la mejor idea del mundo —añadió Sally.

—Lo siento, chicas —nos dijo, afligida—, pero no era capaz de ver más allá del amor que sentía por él. Cada vez que le recriminaba algo, me consolaba diciéndome lo mucho que me quería y vuelta a empezar.

—Entonces —le pregunté—, ¿qué es lo que te ha hecho cambiar de opinión?

—Que mi madre me llamara llorando para decirme el tiempo que llevábamos sin vernos. De pronto, mi mente pareció reiniciarse y me pregunté: «¿En serio? ¿De verdad llevo meses sin ver a mi madre, que vive en Nueva York, a unas pocas manzanas de aquí?». ¿Qué me había hecho ese desgraciado? —sollozó de nuevo.

—Tranquila, preciosa —la reconforté al tiempo que volvíamos a abrazarnos—. Retomarás tu vida y todo te parecerá un mal sueño.

Sally me miró de reojo y me hizo un gesto para preguntarme si le íbamos a hablar a nuestra amiga de mi descubrimiento. Le correspondí con un ademán de negación. Si Kim había decidido dejarlo, ¿para qué echar más sal a la herida?

En mitad del abrazo de consuelo, nos interrumpió la voz de Richard, al que no habíamos oído porque habíamos dejado la puerta abierta.

—¿Qué significa esto? —preguntó en un murmullo—. ¿De quién son esas maletas?

Kimberly se desasíó de nosotras y, a pesar de los restos de llanto, le plantó cara a su novio.

—Son mías, Richard. Me voy. Me he hartado de que disfraces de amor tu ansia por controlarme.

El desconcierto del empresario dio paso a la furia.

—¿Ha sido por lo que te ha dicho Brooklyn, ¿verdad?! —Se giró hacia mí—. ¿Has tenido que venir a joderlo todo, porque ni tú ni tus excéntricos amigos podíais soportar que Kimberly fuese feliz!

—¿No le he dicho nada! —exclamé—. ¡Kim pensaba dejarte igualmente!

—¿Qué tenía que decirme? —preguntó Kimberly, confusa—. ¿Brook?

—Que se está tirando a Hannan Myers —contestó Sally al tiempo que sacaba mi móvil de mi bolso y buscaba la fotografía—. ¡Pillado in fraganti por Brook!

En un principio, creímos que nuestra amiga se iba a poner a llorar tras ver la imagen que había

capturado la noche anterior, pero, un segundo después, descubrimos que se estaba riendo. ¡A carcajada limpia!

—No me lo puedo creer —pudo decir en mitad de su ataque de risa—. ¡Encima me pone los cuernos! —Y vuelta a reír.

Sally y yo nos miramos y sonreímos.

—Cariño —trató de calmarla Richard—, sé lo que parece, pero te juro que...

—¡Cállate, pedazo de cabrón! —Nos quedamos petrificados ante tamaña muestra de hostilidad por parte de Kim—. ¡En realidad, me importa una mierda si te acuestas con otra! Me estaba riendo porque, a pesar de todo, no dejaba de sentirme mal por dejarte. Pero ¿sabes una cosa? ¡Ahora me siento de maravilla! —Nos miró a nosotras—. Chicas, ayudadme con mis cosas, por favor. Ah, Richard, una cosa más... ¿No querías mudarte al Upper East Side? Pues aprovecha ahora, que he dejado de pagar el alquiler y dentro de poco vendrán a echarte. ¡Chao!

Entre las tres colocamos las cosas de Kim en el maletero y salí de allí a toda velocidad.

—¡Por fin! —exclamó Sally—. ¡Qué ganas teníamos de verte hacer esto!

—Aunque tenga que marcharme en una semana —se lamentó Kimberly.

—Preferimos tener que verte en una pantalla a ver cómo te consumías al lado de ese capullo —afirmé yo—, aunque espero que cierto día de esta semana sigas aquí...

—¡Por supuesto! —exclamó Kim—. No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo, aunque este año vaya a ser un muermo.

—Vaya —comentó Sally—. Qué pronto ha vuelto nuestra amiga la fiestera.

—¡No imagináis las ganas que tengo de emborracharme con vosotras!

—Eso va a ser difícil —suspiré—. Ya sabéis que ahora soy la respetable prometida del respetable concejal Reed.

—Pues algo habrá que hacer —protestó Sally—. Es tu cumpleaños, Kim se marcha... ¡Nos merecemos una celebración! ¿Sigues llevando una petaca en el coche? Podríamos echar un trago ahora mismo.

Sally abrió la guantera, que estaba tan abarrotada que le cayeron varios objetos sobre las piernas, entre ellos, el posavasos que la horrible Paige Morgan me había llevado a la tienda.

—¿Todavía guardas esto, Brook? —inquirió Sally—. Conociéndote como te conozco, te creíste la historia de Paige, ¿verdad?

—Algo así —asentí—. No imagináis las veces que he estado tentada de aparecer en ese bar y comprobarlo.

—Parece que tus pesquisas nocturnas suelen dar resultado —dijo Kimberly con una mueca desde el asiento de atrás—. Además, después de lo de Richard, yo ya no doy un centavo por nadie. Han pasado años desde que Jonathan se recuperó de sus heridas y debió de llegar el momento de verse necesitado de sexo. Es lógico pensar que pueda tener una... amiguita con derecho a roce.

—No te digo que lo vea mal —puntalicé—, pero me duele pensar que sigue viéndola

mientras se acuesta conmigo. No somos nada, pero en su trato conmigo parece a veces tan... — Suspiré—. No sé cómo explicarlo.

—¡Pues salgamos de dudas! —propuso Sally—. A ver, ¿quién se apunta a una vigilancia nocturna?

—¿Vendríaís conmigo? —solté.

—Pero ¿qué pregunta es esa? —apuntó Kimberly—. Después de lo que vosotras habéis hecho por mí...

—¡Pues claro que iríamos! —volvió a exclamar Sally al tiempo que sacaba su móvil y empezaba a escribir en él.

—¿Con quién hablas? —quise saber, escamada.

—Pues con Patrick y Harper —respondió con una sonrisa—. Ellos también están encantados de averiguar si la pérdida de Paige se ha marcado un farol.

—Me parece perfecto. —Reí—. Todos juntos, como en los viejos tiempos...

* * *

Tuvimos que pasar una buena cantidad de horas en el coche, en la calle donde se ubicaba el bar que anunciaba el funesto posavasos, al amparo de las sombras que se formaban entre dos farolas... pero, al final, lo conseguimos. No fue en el primer intento, pero sí al segundo.

—Dos noches seguidas comiendo pizza en un coche —se quejó Patrick la segunda velada de vigilancia—. No hacía algo tan cutre desde que monté una fiesta en un descampado.

—Tú fuiste el primero en apuntarte —le replicó Harper, que acompañaba a Patrick y a Kimberly en el asiento de atrás mientras Sally permanecía a mi lado—. No sé qué te esperabas.

—No sé, algo más de acción...

—¿Te pareció poca acción entrar conmigo en el bar para echarle un ojo a la camarera o presunta amante? —intervino Sally.

—Eso fue un poco arriesgado —puntalicé yo—. Si llega a entrar Jonathan y os reconoce...

—Pero había que descartar que fuese una trampa de Paige —señaló Sally—. De esa forma, pudimos comprobar que no había nada raro; solo unos cuantos tipos bebiendo cerveza.

—Y una camarera buenorra, que no se te olvide —matizó Patrick—. Porque, perdona que te diga, mi querida y muy amada pelirroja, pero la chica tiene un par de melones y un culo y unos labios que hasta yo me puse cachondo.

—¿Por qué hablas cuando es mejor quedarse callado? —gruñó Harper.

—Eso digo yo —bufé.

—Chicas, chicas, ¡atención! —nos alertó Sally—. ¿Ese no es el todoterreno de Jonathan?

Todos callamos de golpe mientras seguíamos con la vista el vehículo, que aparcó en un callejón, en la parte trasera del bar. De él vimos salir a Jonathan, que, con su caminar renqueante e inconfundible, entró en el establecimiento por la puerta principal.

—Me parece a mí que sí —señaló Patrick con una mueca—. Era su coche y era él.

—Cabronazo... —musitó Sally.

—Y, ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Kimberly.

—Pues... esperar —respondió Harper.

—¿A qué? —señaló Sally—. ¿A que eche tranquilamente su polvo?

—No querrás que entremos ahí y le montemos un escándalo —gruñó Harper.

—No haremos nada, chicos —intervine yo.

Fue lo único que pude articular. Me sentía tan decepcionada, tan desalentada, que hasta me subí la cremallera de la sudadera por el frío que me entró.

—Entonces —señaló Patrick—, ¿para qué hemos venido? ¡Pensaba que íbamos a montar algún pollo!

—¡Yo también! —añadió Sally—. ¡Se suponía que, si descubrías que tu amado soldado se tiraba a la camarera al mismo tiempo que a ti, lo ibas a mandar a la mierda!

—Parece mentira que aún no conozcáis bien a Brooklyn —intervino Harper—. ¿De verdad creáis que iba a montar un espectáculo que acabaría colgado en las redes para destrozar la carrera de su padre y de Jonathan?

Se hizo el silencio antes de que me atreviese a pronunciar una sola palabra.

—Esperaremos —afirmé.

Al cabo de unos pocos minutos de la entrada de Jonathan en el bar, captamos cómo se iluminaba una ventana de la planta superior. Mi sensación de frío iba desembocando en entumecimiento.

—Mirad, mirad... —murmuró Patrick—. Se puede ver la sombra de la chica a través de la cortina.

—Y la silueta que se le acaba de añadir es la de Jonathan —comentó Sally.

En un silencio cada vez más espeso, todos pudimos contemplar cómo esas siluetas se transformaron en una.

—Brook, cariño —musitó Harper—, arranca el coche y vámonos...

—No —negué secamente—. Esperaremos.

Las sombras desaparecieron de la ventana durante unos minutos, los que supuse que tardaron en echar un polvo que no hubo forma de evitar representar en mi cabeza. Hasta los sonidos de placer de ambos me pareció oír. Pasado ese tiempo, volvieron a aparecer tras la ventana, vi perfectamente cómo se besaban y la luz se apagó.

—Ahí está —susurró Kimberly al ver a Jonathan de nuevo en el callejón.

Asqueada, cabreada y, por qué no decirlo, tan triste que me hubiese echado a llorar, contemplé cómo se montaba en su todoterreno y desaparecía de allí.

Capítulo 25

Jonathan

Tras horas de ardua negociación, unos cuantos apretones de manos sellaron el acuerdo con el que llevaba soñando semanas. Weston Lassiter, dueño de varias parcelas de terreno sin edificar, llegaba, por fin, a un acuerdo con el Consejo Municipal de Nueva York, y vendía a buen precio unas tierras que el ayuntamiento convertiría en suelo municipal. El proyecto de viviendas sociales cada vez tomaba más forma, pues ya disponíamos de terreno y de una buena parte de la financiación.

—Te veo contento —me dijo al finalizar la reunión John King, miembro del Consejo como yo, pero por el distrito de Staten Island.

—Por supuesto que estoy contento —respondí mientras introducía diversos documentos en mi maletín—. Si entré en política fue para mejorar las cosas, como el tema de la vivienda o el medioambiente.

—Ya oíste ayer las medidas medioambientales que propone el alcalde —me comentó al tiempo que nos disponíamos a dejar la sala de reuniones—. Entre otros asuntos, señaló que algunos edificios del plan de desarrollo urbanístico no deberían construirse. Sostiene que se debería utilizar mucha menos cantidad de vidrio y acero para reducir los gases de efecto invernadero.

—Me parece una propuesta arriesgada —señalé, convencido—, pero bastante viable.

—A eso es a lo que me refería al decirte que te veía contento, Jonathan: al entusiasmo que le dedicas ahora a cada proyecto o propuesta.

—Llevo tiempo con entusiasmo —repliqué con una sonrisa.

—Pero ¿siempre has sonreído igual durante el proceso? —Colocó una mano sobre mi hombro—. Tú sabes igual que yo que esa sonrisa pintada perennemente en tu cara se debe a la felicidad.

Lo miré, desconcertado.

—Joder, Jonathan, deja de hacerte el tonto. ¡A la felicidad que rezumas desde que sales con la pelirroja hija de Edwards!

—Oh, sí, claro...

Al principio de llevar a cabo el plan de fingir un noviazgo, Brooklyn había formado parte de mis pensamientos cada vez que debía participar en un acto político, acudir a una cena formal o atender a los medios. Sin embargo, con el paso de los días, había llegado a no relacionarla con cualquiera de esos eventos, porque cada vez me parecía más normal tenerla en mi vida. Sí,

reconocía que era gracias a aquel pacto el que mi presencia ya no fuese tomada de una manera tan frívola —llegué a ver titulares en la prensa que mencionaban al viudo lisiado que buscaba consuelo—, porque juntos dábamos una imagen de familia. Brooklyn se había ido encargando de subir a las redes fotografías de nosotros dos, tanto solos como en compañía de Autumm e, incluso, Imogene, representando el concepto más tradicional de familia, algo que suele beneficiar en cualquier ámbito de la sociedad, sobre todo en el político.

—Todos nos alegramos por ti —confesó John mientras me daba una palmada en el brazo—. Después de lo que pasaste, Dios sabe que te merecías una segunda oportunidad. —Miró la hora en su reloj de pulsera—. Vaya, qué tarde se ha hecho. Seguro que mi mujer ya está esperándome para la cena. ¡Resérvame una invitación para la boda! —gritó a la vez que se marchaba del City Hall.

Me sentí ligero mientras caminaba por Park Row, dejándome envolver por los destellos anaranjados del cielo que se reflejaban en los altos edificios... aunque esa ligereza acabó en cuanto la pierna emitió su enésimo grito de queja. Exasperado porque no pudiese hacer algo tan banal como dar un paseo, paré un taxi para volver a casa, donde me encontré a Imogene acostando a Autumm.

—Hoy has venido muy tarde, papi —me dijo con un bostezo después de abrazarla. Disfruté del tacto caliente de su cuerpo, arrebujado entre las mantas.

—Sí, pero ha valido la pena —le contesté, sonriente—. Ya son nuestros los terrenos para construir las casas que os dije.

—¡Bien! —Mi hija me dio un abrazo y hundió su rostro en mi pecho—. Pero ya sabíamos que los conseguirías, papi. ¿Verdad, tía?

—Por supuesto que sí —respondió Imogene al tiempo que aseguraba bien la colcha en la cama—. Y, ahora, a dormir, jovencita.

—Hoy no ha venido Brooklyn —señaló, compungida, después de que me levantara de la cama.

—Ah, ¿no? —pregunté, sin que se notara mi decepción.

—Me llamó hace un rato para decirme que no vendría a cenar —comentó mi tía—. No le pregunté el motivo, por supuesto. Prefiero no meterme en sus cosas.

No sé por qué miró a Autumm al decir aquello.

—Ya... sí, claro... —titubeé—. Voy a cenar cualquier cosa. Buenas noches a las dos.

Comí un sándwich en la cocina sin dejar de mirar de reojo la hora en mi teléfono, que descansaba en la encimera. Por un diminuto instante, se me pasó por la cabeza la idea de llamar a Brooklyn, para preguntarle por su tardanza, pero, pasado ese segundo, lo descarté. Nuestra relación no incluía esa clase de confianza. Es más, ¡no existía tal relación!

Todavía confuso conmigo mismo y mis pensamientos, decidí sacar el coche y salir a la calle y a la noche, sin rumbo fijo, sin pensar en un destino concreto. Sin darme cuenta, ya estaba atravesando Manhattan y me dirigía al Bronx, supuse que por la costumbre de tantas veces y

durante tanto tiempo. Y decidí que, aunque hubiese sido algo inesperado e impulsivo, había llegado el día de zanjar cierta cuestión.

Aparqué mi coche en el callejón que albergaba la parte trasera del bar, bajé y me adentré en el establecimiento. Sofía se dejaba caer en la barra mientras hablaba con un cliente. Como en la mayoría de las ocasiones, llevaba puesto un *top* que marcaba sus generosos pechos y el profundo escote. Observé sus labios, tan gruesos y deseables, que yo había besado en incontables ocasiones.

Sin embargo, la percepción no fue la misma. Sin apenas haberme dado cuenta del momento en el que ocurrió, la visión de Sofía me provocaba cierta ternura, como lo que se siente por una amiga que ha estado ahí en los malos momentos.

Me acerqué a la barra y deposité un billete al tiempo que ella me servía una cerveza.

—Pensaba que no volvería a verte, capitán —me saludó.

—¿Por qué pensaste eso si puede saberse?

—Leo la prensa. —Compuso una mueca—. Y le he echado un vistazo a tu novia en Instagram.

—¿Y qué te parece? —le pregunté, sonriente.

—No la imaginaba tan joven —sonrió—, pero es muy guapa y hacéis muy buena pareja. Y veo que se lleva bien con tu hija, a la que, de paso, he conocido. Nunca la había visto.

—Espero que no sea un reproche —bromeé.

—Por supuesto que no, concejal. —Sonrió, de forma sensual—. Fue mejor así, sin contarnos nuestras vidas, nuestros problemas o nuestras miserias, ¿no te parece?

—Me parece bien. —Le di un trago a mi cerveza.

—¿Has venido a despedirte? —me preguntó, perspicaz.

—Algo así. ¿Podemos estar solos una vez más?

—¿Qué clase de despedida esperas? —Frunció el ceño.

—Una muy casta. —Sonreí—. Anda, sube y espérame.

Tras guiñarme un ojo, se dirigió a la planta superior entre contoneos de cadera y miradas sensuales, gestos divertidos con los que ambos reímos. Como otras veces, la seguí tras unos minutos y entré en la habitación que siempre había servido para nuestros ardientes encuentros.

—Ha sido un placer, capitán —me dijo antes de rodearme con sus brazos.

—Gracias otra vez, Sofía —murmuré, estrechándola contra mi cuerpo—. Quiero decirte que, si algún día me necesitas, no dudes en llamarme.

—Lo tendré en cuenta. —Sonrió tras deshacer el abrazo. Tiró de mi mano para que pudiese sentarme en un pequeño sofá y permanecimos un rato en silencio, mirándonos, sin duda recordando los buenos momentos pasados juntos—. Y, dime, Jonathan Reed: si he dejado de ser tu amante y parece que voy a ser tu amiga, ¿puedo preguntarte si es cierto que vas a casarte?

—Ya sabes que la prensa suele exagerar —le respondí, para evadir cualquier explicación.

—Bueno —suspiró—, está claro que sigues siendo igual de reservado. Que tengas mucha

suerte en la vida, capitán.

—Lo mismo digo, Sofía.

Nos levantamos de nuevo, le di un ligero beso en los labios, salí de la habitación y bajé hasta la calle para montarme en mi coche y volver a casa con una sensación tan grata que ni todos los dolores de mi cuerpo consiguieron quitar.

* * *

Mientras subía la escalera de mi casa en mitad de la noche, con gran esfuerzo debido a las quejas de mi pierna, fui consciente más que nunca de la soledad que me rodeaba. Sí, tenía a mi hija, a mi tía, a mi padre, un trabajo que me llenaba y algunos buenos amigos; bastante, si tenemos en cuenta que otros tenían mucho menos. Me podía considerar afortunado. Pero me embargó la tristeza al comprender que seguía faltándome esa persona a quien contarle mis desvelos, en quien apoyarme cuando tuviese un mal día, a quien hacer feliz con mis alegrías. Y más triste me parecía todavía que yo hubiese encontrado años atrás a esa persona cuando conocí a Allison, mi media naranja, mi alma gemela o como quiera llamársele a alguien que se convierte en tu amiga, tu confidente, tu amante y en la madre de tu hija..., todo junto en un *pack* perfecto, hermoso por dentro y por fuera.

Pero Allison ya no estaba, y, al mismo tiempo que me cabreaba con ella por haberme dejado, me fustigaba por dentro al admitir que todo había sido por mi culpa.

Sí, mi culpa, aunque todo el que conocía lo que pasó se empeñara en hacerme creer lo contrario. Porque advertí a Allison del peligro de viajar a Túnez, pero ella insistió con el argumento del poco tiempo que teníamos para vernos, de las ganas que tenía de estar conmigo, de lo mucho que ansiaba compartir unas horas juntos...

Y no fui capaz de decirle que no.

Ya en la planta superior, entré en la habitación de Autumm para darle un beso en la frente, y, al pasar por la puerta del cuarto de Brooklyn, como en un ritual, me planté ante ella unos instantes, muerto de deseo por entrar. La imaginé al otro lado, saliendo de la ducha con solo una toalla y su hermosa cabellera mojada descansando en su espalda; o tumbada encima de la cama, leyendo o con el móvil, con uno de sus infantiles pijamas de escasa tela. Coloqué sobre la madera mi frente y mi mano y emití un suspiro de anhelo. Podría haber entrado en ese momento y haberme lanzado sobre ella para arrancarle la ropa, hacerle el amor de forma desesperada, en su cama...

Irritado conmigo mismo por aquellos pensamientos que no me podía permitir, me aparté y me dirigí a mi dormitorio, donde comencé a deshacerme de la ropa para meterme bajo la ducha y dejar que un torrente de agua jodidamente fría resbalara sobre mi cuerpo demasiado caliente.

—Maldita sea —mascullé bajo el chorro—. No debería haberme despedido tan pronto de Sofía. Debería haberle dicho la verdad, que no tengo una maldita novia, joder. Debería

habérmela follado sin más, que es lo único que necesito. No necesito a Brooklyn, no necesito a Brooklyn... —me repetí como en una letanía.

Tras secarme, me puse un pantalón largo y una camiseta blanca de algodón. Toda mi vida había dormido en ropa interior, o sin nada, pero prefería no verme las cicatrices, ni siquiera en privado. Si me negaba la visión de mi propio cuerpo, evitaría pensar en lo que pasó.

Mientras abría el cajón de la mesilla para buscar la caja metálica que contenía las cartas, oí el zumbido de mi móvil. Fruncí el ceño, preocupado porque alguien me enviara un mensaje a esas horas. Casi suelto un jadeo al comprobar el remitente, y, sobre todo, al leer su contenido.

¿En tu habitación o en la mía? 00:14

Sin perder un instante, solté el teléfono y me abalancé hacia la puerta. Al abrirla, allí estaba Brooklyn, con su móvil aún en la mano, tan deseable como la había imaginado, con un camisón corto que se le ceñía al cuerpo y marcaba cada una de sus suaves curvas. Hasta mí llegó su inconfundible aroma, dulce y delicioso.

Quise decir su nombre y sentirlo en mi lengua, pero no pude... o, más bien, me negué a pronunciarlo. Lo que me extrañó fue que ella tampoco pronunció el mío, y lo eché de menos. Sin más, cerró la puerta y se lanzó sobre mí para besarme con ansia al tiempo que colocaba una mano en mi pecho para empujarme y arrastrarme hasta la pared. Una vez que noté la dureza en la espalda, Brooklyn me miró un imperceptible instante antes de deslizarse sobre mí y acabar arrodillada en el suelo. Mi respiración empezó a acelerarse a marchas forzadas mientras la veía afianzar la cinturilla del pantalón y extraer mi miembro para llevárselo a la boca.

Un jadeo desgarrador surgió de mi garganta. No daba crédito. Se estaba llevando a cabo la más loca de mis fantasías, que era ver los labios y la lengua de Brooklyn sobre mi miembro mientras yo aferraba su cabello entre mis dedos y la movía adelante y atrás. Y jamás imaginé que la realidad superase de aquella forma mis eróticos y prohibidos sueños.

Cuando creí que moriría de placer, se levantó, me cogió por los hombros y me obligó a sentarme en la butaca. Y fue en aquel instante, en el que me miró con los ojos encendidos y se colocó a horcajadas sobre mí, cuando me di cuenta. Algo había cambiado; Brooklyn había cambiado. Porque en su mirada pude percibir algo más allá del deseo. Era algo parecido a la rabia. No dejó libres sus pechos, ni trató de quitarme la camiseta. Y seguía sin pronunciar mi nombre, algo a lo que me había acostumbrado en cada uno de nuestros encuentros íntimos, en los que me llenaba oír sus suaves susurros, sus eróticos gemidos impregnados de sus anhelantes súplicas. Desde que había entrado en la habitación, no había dicho una palabra. Y, ya sobre mí, me puso el preservativo y me clavó en su cuerpo en mitad del profundo suspiro de ambos.

Se apoyó en mis hombros para subir y bajar sobre mi cuerpo, gimiendo con unos susurros que me sonaron a gloria, aunque los hubiese rodeado de silencio. Más que nunca, quise ser yo el que pronunciara su nombre, que ya burbujeaba en mi lengua por el ansia de decirlo. Pero me hice el fuerte y seguí con la premisa de no hablar nunca en mitad del acto con ninguna mujer, algo que

me estaba resultando condenadamente difícil aquella vez. Si hubiese podido, si hubiese sido capaz, le habría susurrado su nombre y todas las palabras que pugnaban por salir de mi boca... pero solo fui capaz de pensarlas...

«Brooklyn, mi hermosa Brooklyn, háblame... Te necesito... Necesito sentirte, necesito tus besos... Y te deseo... Te deseo tanto que sueño con verte desnuda en mi cama, con hacerte el amor durante horas... Tu silencio me está volviendo loco... Tú me estás volviendo loco, Brook...»

Un instante después, ambos estallamos en un increíble orgasmo que nos mantuvo estremeciéndonos durante interminables segundos. Pero, pasado el temblor de nuestros cuerpos, no tuve tiempo de enterrar el rostro entre sus pechos, de ahogar mi último gemido en la curva de su cuello. Nada más acabar, Brooklyn se levantó, se recompuso el camisón y se marchó de mi dormitorio sin una miserable despedida. Nunca en mi vida me había sentido más solo y desamparado que cuando Brook desapareció.

Aturdido por lo que acababa de pasar, me aseé y me tumbé sobre la cama, donde ya había dispuesto la siguiente carta, la que, en su momento, más me desconcertó. Más que nunca, deseé conocer a quien decía deberme algo.

* * *

Estimado capitán Reed:

No imagina lo mucho que me alegro de saber que ya prescindes totalmente de la silla de ruedas. Sé que ha sido muy duro, pero, al final, ha luchado y ha vencido. Tengo la esperanza de pensar que mis humildes cartas hayan contribuido en cierta manera a hacer más amenos sus días y más llevaderas sus noches. Es lo mínimo que podía hacer por usted.

Tal vez haya llegado el momento de decirle que intentar hacerlo un poco más feliz con mis letras no ha sido un acto totalmente desinteresado. Tenía un motivo para contribuir a esa felicidad por algo de lo que me arrepiento y me arrepentiré mientras viva. Ni siquiera creo que tengamos ocasión de conocernos, ni de que yo pueda pedirle perdón, pero, quizá, en algún momento y lugar más allá de la vida, sea capaz de perdonarme...

Capítulo 26

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!

No puedo decir que no lo esperase, pero me emocionó igualmente ver entrar a mis amigos en el Sweet Manhattan con una tarta de cumpleaños a primera hora de la mañana. Tras el arrebató de furia que desahogué vengándome de Jonathan la noche anterior, solo pude dormir a pequeños intervalos hasta que decidí ponerme en pie y marcharme al trabajo. Poco después de llegar, las luces se apagaron y aparecieron Harper, Patrick, Sally y Kimberly con una tarta confeccionada por mi socia, con veintisiete *cupcakes* colocados en forma de pirámide y una vela encendida en cada uno de ellos. Incluso Ryan, el novio de Harper, se sumó a la sorpresa.

—¿¿Dónde vais con tantas velas?! —Reí al tiempo que colocaban la improvisada fogata sobre la mesa de trabajo.

—¡Vamos! —gritó Sally—. ¡Pide un deseo y sopla de una vez!

Casi me quedo sin aire en los pulmones, pero lo conseguí. Se puede decir que me costó más trabajo decidirme por el deseo. ¿Pedía que Jonathan se enamorara de mí? ¿Que mi negocio siguiera con clientes después de «romper» con mi «prometido»? ¿Pedía mejor salud para todos y paz en el mundo?

La última opción me pareció bastante más viable que la primera.

—¡Feliz cumpleaños, Brook! —gritaron todos después, en mitad de un abrazo colectivo.

—Gracias, chicos —les agradecí, emocionada—. Gracias a ti también por venir, Ryan.

—He ayudado a Harper a colocar las velas —dijo con divertido entusiasmo—. No podía perderme tu cara al verlas todas encendidas. Además, me he convertido en una especie de sherpa, como puedes ver. —Señaló todos los paquetes que cargaba.

—Di mejor que ahora te gusta acompañarme a todas partes. —Harper puso los ojos en blanco.

—Eso también. —Ryan sonrió antes de besarla tiernamente en la boca durante largos segundos.

—¿Podéis dejar de hacer eso? —bufó Sally—. Nunca he visto pareja más ñoña que vosotros. ¡Menudo rato nos han dado en el coche!

—¿Qué quieres que te diga? —Harper sonrió—. Tanto recriminarle que no me besaba en público, ahora quiere hacerlo a cada momento.

—¡Va, va! —apremió Patrick—. ¡Es hora de los regalos!

Reímos un buen rato mientras duró el proceso de desenvolver los paquetes, en los que encontré un bolso, zapatos, un par de blusas —las dos verdes—, maquillaje y una reserva para

una estancia en un apartado hotel que incluía sesiones de *spa* y masajes en una especie de retiro espiritual en Saranac Lake.

—Es para cuando termines tu noviazgo con Jonathan —señaló Patrick—, porque sabemos que lo vas a necesitar.

Estuve a punto de decirle que lo iba a necesitar ya, pero no me apetecían más explicaciones.

—Gracias a todos, chicos. —Les di un beso a cada uno.

—Yo me voy —comentó Ryan al tiempo que me daba un abrazo—. Es hora de que ponga en marcha mi recién estrenado despacho.

—¿Cómo te va por tu cuenta? —le pregunté.

—Pensaba que mis padres me lo iban a poner más difícil —explicó—, pero, de momento, parece que no han amenazado a nadie para que no me contrate. —Compuso una divertida mueca—. Pasa un feliz día, Brooklyn.

—Nosotras también tendríamos que marcharnos —comentó Kimberly mientras miraba la hora—, aunque no sin que antes nos confirmes que habrá fiesta, aunque seamos solo nosotros y la hagamos aquí.

—Claro que está confirmado. —Reí—. ¡Es mi cumpleaños! Dentro de un rato iré a comer a casa de mis padres y esta tarde volveremos a vernos.

—¡Bien! —exclamó Sally—. ¡Vendremos cargadas de alcohol!

—¡No os paséis! —grité mientras se marchaban.

* * *

Seguía usando mi llave para entrar en mi casa. Aquel día me sorprendió el silencio que me recibió nada más acceder al vestíbulo.

—¡¿Hola?! —grité—. ¡¿Hay alguien en casa?!

Tuve claro que se trataba de una sorpresa y que, en cualquier momento, surgirían todos como en las películas, encendiendo las luces de golpe y con docenas de globos desperdigados por todas partes. Sin embargo, conforme me iba adentrando en la vivienda, más me desconcertaba el silencio. Llegué a la cocina, después de atravesar el resto de las estancias, sin haberme topado con nadie. Únicamente Jocelyn me recibió.

—¡Oh, mi niña! —gritó, echándose en mis brazos—. ¡Feliz cumpleaños, mi niña preciosa! Me has pillado preparando tu plato favorito, unos dorados macarrones con queso que aún tengo en el horno y...

—¿Dónde están mis padres, Jocelyn?

—Y de postre —me ignoró—, como es imposible competir con tus tartas, he hecho un montón de tortitas —me mostró una montaña de ellas—, para que puedas soplar las velas. He añadido plátano, sirope de arce y...

—No están, ¿verdad? —volví a cortar su perorata.

Mi antigua *nanny* dejó de hablar y de moverse por la cocina antes de emitir un profundo suspiro.

—No están, cielo —me confirmó—. Han tenido que marcharse urgentemente a Washington. Creo que tenía que ver con la Casa Blanca...

—Ya... —musité.

No recordaba haberme sentido más decepcionada en mi vida... quizá la noche anterior, cuando vi a Jonathan salir a hurtadillas de estar con una mujer en un bar...

—Pero ¡tienen una sorpresa para ti que llegará en cualquier momento!

Finalmente, almorcé solo con Jocelyn, en la cocina, los macarrones que con tanto cariño me había hecho, aunque, como no estaba de humor, no llegamos a comernos las tortitas.

Justo después, oí la melodía de mi móvil. Al mirarlo, contemplé en la pantalla las caras sonrientes de mis padres.

—¿Una videollamada? —me quejé a Jocelyn—. ¿En serio?

—Vamos, niña, no te pongas triste. Han hecho lo que han podido.

Exasperada, descolgué y me encontré a mis progenitores en una habitación de hotel.

—¡Hola, mi vida! —me saludó mi madre—. Perdona, cariño, por no haber podido estar presente en tu cumpleaños, una fecha tan señalada y...

Creo que, después de la primera frase, desconecté mentalmente. Mientras oí de fondo cuánto lo sentían y se lamentaban, me vinieron a la memoria otros momentos semejantes: la obra de teatro del colegio en la que tenía un destacado papel pero dos butacas entre el público se quedaban vacías; esperar durante horas con Jocelyn a que apareciera alguno de ellos en mi heladería favorita; presentar a mi *nanny* como mi abuela para no parecer tan patética...

—Pues eso —continuó mi madre—, que esperamos que te diviertas, cariño. Intentaremos volver lo más pronto posible y te resarciremos, te lo prometo.

—No importa, mamá...

—Sí, diviértete —añadió mi padre—, pero sin excesos, por favor, Brooklyn...

—Claro, papá —musité—. Espero que vuestra estancia en Washington sea fructífera. —Justo en aquel instante, advertí que tenía otra llamada—. Tengo que colgar. Un beso —les dije antes de cortar la comunicación.

Cuando me fijé en la pantalla, vi que la llamada provenía de Reino Unido. Era mi hermano. Al menos, en aquella ocasión, no se limitaba a enviarme un mensaje con algún Gif de cumpleaños decorado con globos y pasteles.

—Hola, Kayden —lo saludé.

—Feliz cumpleaños, hermanita. Aunque aquí ya ha anochecido, he calculado que allí será sobre el mediodía, para llamarte cuando estuvieras en casa con papá y mamá.

—No están —le anuncié—. Han tenido que marcharse a la capital por algo relacionado con la Casa Blanca.

—Vaya. —Emitió un silbido—. Menudo panorama, tú sola en tu cumpleaños.

—No estoy sola —me defendí—. Jocelyn está conmigo, y lo celebraré esta tarde con mis amigos.

—Claro, con tus amigos... pero, por favor, Brook, procura que...

—Sí, sí, ya lo sé —lo interrumpí, irritada—. Ya sé que no debo propasarme para no dejaros en ridículo a todos.

—Brook, no empieces...

—No empieces tú, Kayden —me enfurecí—. Mi familia me felicita con una llamada telefónica, pero debo ser yo la responsable y la sensata para que todo el mundo crea que somos la familia perfecta. ¿Tanto os cuesta estar a mi lado, aunque sea un maldito día al año?!

—No te pongas así, Brook. —Pareció sorprenderse ante mi lista de reproches—. Te he enviado un regalo que hemos elegido entre Elizabeth y yo.

Su prometida se añadió a la conversación.

—Brooklyn, no te enfades —intervino su novia—. Sabes que nos ha sido imposible volver de nuevo. Tenemos que encargarnos de los preparativos de la boda, y tu hermano tiene aquí su trabajo...

—Perdona, Elizabeth. —Inspiré profundamente—. No debería ponerme así. Soy adulta y lo comprendo perfectamente.

—Espero que te guste nuestro regalo. Un abrazo fuerte, Brooklyn.

—¡Un beso, hermanita! —se despidió Kayden antes de colgar.

Me sentí bastante tonta, casi infantil, pero no pude evitar experimentar resquemor por todo lo que estaba pasando. Entre todos me habían metido en una situación inverosímil para mejorar su imagen pública y luego me dejaban tirada.

—Toma, cariño. —Jocelyn me entregó una caja—. Este es el regalo de tu hermano y de Elizabeth.

Rasgué el envoltorio y me encontré con un bonito marco que albergaba una fotografía en la que aparecíamos Kayden y yo de pequeños. Yo tendría unos ocho años y él, sobre los doce, cuando nos fotografió Jocelyn en el jardín, un día que nos acabábamos de pelear y que nuestra *nanny* nos obligó a hacer las paces. Por eso, en la imagen, ambos aparecíamos sonrientes, aunque tanto mi hermano como yo habíamos colocado la mano en la cabeza del otro para formar unos cuernos.

—Creo que hay algo más —señaló Jocelyn.

Junto al marco, encontré un estuche que contenía una cadena de oro blanco, de la que pendía un colgante en forma de *cupcake*. Inmediatamente, me brotó una lágrima.

—Mi niña, no llores. —Jocelyn me abrazó y me secó la humedad del rostro, como cuando era una cría—. Ya sabes que tu hermano te demuestra su afecto a su manera. Yo también te he comprado una cosita, pero prométeme que no te vas a poner a llorar.

—Qué tonta me estoy poniendo. —Sonreí como pude.

A continuación, abrí la cajita que me ofreció mi niñera y aparecieron un par de pendientes con

sendas perlas relucientes.

—¡Oh, por favor, Jocelyn! —exclamé al verlos—. ¡No tenías que gastarte tanto dinero!

—Se supone que puedo gastarme mi dinero en lo que me dé la gana, ¿no? —Con todo su amor, desprendió de mis orejas los pendientes que llevaba y colocó los suyos—. Un día me dijiste que no tenías pendientes con perlas y pensé en solucionarlo.

—Son preciosos, Jocelyn, pero no voy a poder cumplir mi promesa —le dije al tiempo que volvía a llorar en su hombro.

—Vamos, vamos, no puedes estar tan triste el día de tu cumpleaños. Has tenido un montón de regalos y vas a pasarlo con tus amigos. ¿Qué más quieres?

—Tienes razón —gimoteé—, pero sigo estando enfadada con mis padres.

—Su vida es complicada, cielo, tú lo sabes.

—No, Jocelyn —volví a indignarme—. Lo que sucede es que la complicación de su vida soy yo.

—No digas eso...

—Tengo que irme. —Le di un abrazo y un beso—. Gracias por la comida y por el regalo. Te quiero, Jocelyn.

—Yo también te quiero, mi niña.

Cuando salí de mi casa, cogí el teléfono para enviar un WhatsApp al grupo de amigos.

Cambio de planes. La celebración será en el 1310 de Albemarle Road. Traed todo el alcohol que podáis. 14:22

Estaba segura de que conocerían la dirección. Era la de la casa de Jonathan.

* * *

—¿Estás segura, Brook?

—Por supuesto que sí.

Ya en la puerta de la vivienda de Jonathan, entre mis amigos y yo descargamos varias cajas del maletero del coche de Sally, donde aparecieron toda clase de provisiones, desde cerveza y tequila hasta varios tipos de patatas fritas aderezadas con salsa barbacoa o queso.

—¿Se lo has consultado al concejal bombón? —refunfuñó Patrick—. Lo digo porque vamos a montar una fiestecita en su casa. Es algo que suelen querer saber los dueños —me pinchó.

—Ahora yo también vivo aquí —repliqué, furiosa, mientras cargaba uno de los paquetes de latas de cerveza—. Y, si no le parece bien, que se vaya al bar de su amiga un rato.

Sí, estaba enfadada y me estaba vengando en cierta forma. No quise quedarme en mi casa porque necesitaba alejarme de todo lo relacionado con mi familia. Ir con mis amigos a casa de Jonathan significaba restregarle en la cara que yo también podía hacer lo que me diese la gana. Quería que me viera feliz y no llorando por los rincones por haberlo descubierto con su amante.

Accedimos todos a la cocina, donde nos encontramos a Imogene preparando la cena para ella y Autumm.

—Perdona, Imogene —le dije—, pero he invitado a mis amigos a tomar algo por mi cumpleaños. Habíamos pensado en hacerlo en nuestra tienda, pero luego he creído que aquí podríamos estar de manera más privada. Bajaremos al sótano y te prometo que no molestaremos nada.

—Sí —intervino Patrick—, porque, si lo celebramos en algún lugar público, corremos el riesgo de que nuestra Brook vuelva a liarla y... ¡ay! —gritó cuando Harper le dio un codazo en las costillas—. Vale, mejor me callo.

Imogene nos miró y creo que se quedó con las ganas de preguntarme «¿Y por qué no os vais a tu casa?», pero la mujer omitió la pregunta prudentemente.

—¿Es tu cumpleaños? —inquirió, sin embargo—. ¿Y por qué no nos habías dicho nada? ¡No te hemos preparado ningún regalo!

—No tiene importancia —contesté, encogiendo los hombros—. Ni siquiera mis padres me han regalado nada.

—¡Brook, Brook! —Autumm apareció como un torbellino en la cocina—. ¡Oh, han venido tus amigos!

—Es el cumpleaños de Brooklyn, cariño —le informó su tía.

—¡No! —gritó mientras se abalanzaba sobre mí—. ¡No lo sabía! ¡No te he hecho ningún regalo! ¡¿Por qué no nos has dicho nada?!

—No tienes que regalarme nada —le contesté al tiempo que me agachaba para ponerme a su altura—. Conocerle ha sido un regalo. —Sonreí.

—Eso no es ningún regalo, no me convences —refunfuñó, cruzando los brazos en una divertida pose de enfado—. Ven conmigo un momento. —Atrapó mi mano y tiró de mí.

—Está bien. ¡Enseguida vuelvo! —grité a los demás.

La niña me guio hasta su habitación y, una vez en ella, me hizo situar en el centro de la estancia.

—Ya está —me anunció, satisfecha—. Escoge.

—Que escoja, ¿qué?

—Lo que quieras.

—No entiendo —repliqué, confundida.

—En alguna ocasión —me explicó—, mi amiga Sarah o yo no hemos podido ir a comprar nada para regalarnos, así que una invita a su habitación a la otra y le dice que puede coger lo que quiera.

—Oh, no... —me quejé—. No puedo llevarme ninguna de tus cosas...

—¿No te gusta nada? —me preguntó con pesar.

—No es eso...

—Pues escoge lo que quieras —insistió—. Cualquier cosa menos Matilda.

—No se me ocurriría. —Sonreí.

Miré a mi alrededor, hacia las ordenadas estanterías blancas cargadas de libros, juguetes, dibujos y fotografías. Y me encontré en una disyuntiva, porque no podía coger nada demasiado valioso, ni algo que fuera demasiado simple para que no se sintiese ofendida. Autumm podía tener siete años, pero desprendía más empatía que muchos de los adultos a los que conocía.

Tras deslizar la vista por cada rincón y objeto, detuve mis ojos sobre las láminas con dibujos que estaban enganchadas en un panel de corcho sobre el escritorio y observé dos de ellos prácticamente iguales. En ambos podía reconocer la casa de los Reed, aunque en uno de ellos podía distinguirse a Jonathan, Autumm e Imogene, mientras que, en el otro, era yo quien estaba junto al padre y la hija. Una cabellera pintada de color naranja me delataba.

—No me habías enseñado este dibujo —murmuré mientras deslizaba mis dedos sobre la imagen.

—Porque todavía no lo he terminado —me explicó—. Falta el perro.

—¿El perro? —planteé— ¿Qué perro?

—El que pediré para mi próximo cumpleaños, para que podamos ser una familia de verdad. Le diré a papá que adopte uno que no tenga hogar, aunque preferiría que no fuese muy grande. ¿Te gustan los perros, Brook? Espero que sí, porque podría ser un problema si no te gustan.

—Claro que me gustan —respondí en un hercúleo intento por no emocionarme—. Entonces, ¿puedo llevarme el dibujo? Si un día tuviera que marcharme, sería un bonito recuerdo de vosotros.

—Humm... —dudó un instante—, sí, puedo dártelo. Ya añadiré el perro cuando lo tengamos. —Lo desenganchó del panel y me lo entregó.

—¡Genial!

—Pero no vas a marcharte, ¿verdad? —me preguntó, con sus anhelantes ojos verdes fijos en mí.

No fui capaz de decirle que sí, que un día u otro tendría que hacerlo.

—De momento, no. —Opté por darle una respuesta ambigua mientras acariciaba su pelo y le daba un beso en la cabeza—. ¿Me acompañas abajo?

—¡Sí! —exclamó, entusiasmada, y nos encaminamos hacia la escalera—. ¿Puedo ayudar en algo? ¿Vais a decorar el garaje? ¿Pondréis música?

—No a las tres cosas —intervino Imogene, que se cruzó con nosotras en la planta baja—. No es una fiesta para niños, Autumm. Solo van a estar un grupo de amigos charlando de cosas de mayores. Vamos, a cenar y a la cama.

—Haremos una cosa. —Me incliné hacia la niña—. Tú haces caso a tu tía y yo te prometo que mañana nos iremos tú y yo a donde quieras. Puedo enseñarte mi taller de dulces, tomar un batido en algún sitio bonito, ir de compras... Lo que tú quieras.

—Oh, a ver —respondió, visiblemente nerviosa, casi agitada, dando saltitos sin parar—. No sé qué elegir, no sé qué elegir...

—No tienes que responderme ahora. —Sonreí—. Mañana me das una respuesta, digamos, al mediodía. ¿De acuerdo?

—¿Me lo prometes? —me pidió solemnemente, agarrando mis manos—. ¿Me prometes que haremos algo tú y yo juntas?

—Te lo prometo. —Le di un beso en la frente y un abrazo que ella correspondió con énfasis. Después me dirigí a Imogene.

—Gracias —le murmuré.

—¿Por qué? —me preguntó con amabilidad.

—Por no hacer preguntas y dejar que nos quedemos aquí.

—Oh, no tiene importancia. —Me hizo un gesto con la mano—. Si vives aquí, tienes todo el derecho a traer a tus amigos. Y, a quien no le parezca bien, que se fastidie.

Ambas vimos clara alusión a su sobrino, pero no dijimos nada.

—Gracias, tía.

Le di un beso en la mejilla y bajé al sótano, donde ya me esperaban mis amigos.

* * *

En aquellos pocos minutos que había pasado con Autumm, mis amigos ya habían organizado la pequeña fiesta. El sótano, además del espacio destinado a gimnasio para Jonathan, disponía de una gran sala muy acogedora, con varios sofás, una mesa de billar, un pequeño bar y una considerable pantalla de televisión.

—Oye, este sitio es la bomba —comentó Patrick, que ya colocaba las bebidas sobre una pequeña mesa de centro. Kimberly fue la primera en abrir una lata de cerveza y comenzar a beber—. Oye, guapa, córtate un poquito y espera a los demás.

—Tengo mucho que celebrar. ¡A la mierda! —Emitió un sonoro eructo.

—Supongo que vuelvo a ser yo a la que le toque conducir esta noche —suspiró Harper.

—De eso nada —le dije al tiempo que abría una botella de vodka, le daba un buen trago y después se la pasaba a ella—. Podréis quedaros a dormir aquí mismo. Hay sitio de sobra en estos sofás para todos.

—¡Fantástico! —gritó Sally antes de tirarse literalmente sobre un sofá y darle otro trago a la botella—. ¡A la mierda también!

—¡A la mierda! —repitió Patrick después de zamparse una lata de cerveza de un trago. Después, lanzó la lata vacía a una papelera que había al otro lado de la mesa, pero falló el tiro y cayó al suelo—. Joder... luego la recojo.

—No os paséis —les pedí al tiempo que me agachaba a recoger la lata y la tiraba a la papelera—. Tampoco hace falta ser un guarro.

—Aguafiestas —bufó mi amigo a la vez que me lanzaba un puñado de Pringles barbacoa.

Todos se quedaron en silencio al verme tan seria, con aquellas patatas en el suelo alrededor de

mis pies. Sin que lo esperasen, agarré la bolsa de Cheetos picantes, cogí un puñado y lo tiré sobre Patrick... y después otro sobre Sally, y otro, y otro...

—¡Te vas a enterar! —gritó Kimberly, que se dedicó a esparcir crackers y cacahuetes con miel por encima de nuestras cabezas. Pronto, el crujido bajo nuestros pies fue el sonido más oído... al menos, hasta que empezamos a caer sobre los sofás, incapaces de seguir de pie entre ataques de risa.

Estaba claro que el alcohol ya había hecho su efecto. Las latas, las botellas y las bolsas de plástico se amontonaban por todas partes. Kimberly era la que más ganas tenía de fiesta, pues se convirtió en una auténtica esponja, bebiendo y bebiendo sin parar. Sally no se quedó atrás y Patrick se acabó quedando en camiseta de tirantes cuando los *snacks* con sabor a jalapeño empezaron a hacer efecto.

Y yo... pues no lo recuerdo nada claro. Solo sé que dejé de sentir mis extremidades y mis negros pensamientos dejaron de existir. Perdí la cuenta de la cantidad de bebida ingerida, cuyo efecto se multiplicó en cuanto la mayor parte de la comida acabó en el suelo. Entiendo que, por todo ello, me animé a proponer el juego que llevábamos algún tiempo sin disfrutar: el «Yo nunca...». Nos sentamos todos en el suelo, después de ignorar restos crujientes y pegajosos, y colocamos en el centro una botella de tequila.

—¡Yo empiezo! —gritó Sally—. Yo nunca... me he enrollado con una chica.

Seguidamente, Patrick y Kimberly le dieron un trago a la botella.

—¡¿Qué miráis?! —exclamó Kim, entre risas—. En la universidad se tienen algunas dudas...

—Lo mío ya lo sabíais —señaló Patrick—. ¡Me toca! —Me miró directamente a mí—. Yo nunca... se la he chupado al concejal bombón.

—Voy a matarte —refunfuñé mientras agarraba la botella y me la llevaba a la boca para dar un generoso trago.

—¡Joder! —exclamó Sally—. ¡La que decía que era frígida!

—¡Cuando lo único que le hacía falta era una buena tranca! —soltó Patrick, riendo.

—Sois unos gilipollas. —Reí también.

Así estábamos, tirados por el suelo entre toda clase de restos, bebiendo y riendo sin parar, cuando apareció Jonathan.

Capítulo 27

—¿Qué cojones está pasando aquí?

La voz atronadora del dueño de la casa nos obligó a interrumpir cualquier risa o conversación. Giré la cabeza y encontré a Jonathan parado en el umbral de la puerta, tan elegante, con un clásico traje gris y corbata a rayas, que aún me pareció más imponente. El toque de color lo ponía el ramo de rosas rojas que sujetaba en una mano.

—Pues ya ves —contesté mientras trataba de ponerme en pie después de tropezar conmigo misma. El sentido del equilibrio me había mermado bastante—. Aquí, conversando un rato con mis amigos. —Sin poder evitarlo, emití un extraño ruido, mezcla de hipido y eructo. Yo misma fui consciente del trabajo que me costaba hablar, como si mi lengua se hubiese vuelto enorme de repente.

El rostro de Jonathan se volvió púrpura y, como le sucedía cada vez que se enfadaba, la blanquecina cicatriz del rostro destacó mucho más.

—Estás borracha —me acusó—. Todos estáis borrachos. ¿A nadie se le ha ocurrido pensar que solo un poco más arriba tengo a una hija pequeña?

—No estamos haciendo nada malo —me defendí, tratando de no girar la cabeza demasiado deprisa para no revolver mi estómago.

—Vosotros —se dirigió Jonathan al resto—, coged vuestras cosas y marchaos a casa. Y tú, Brooklyn...

—No pueden conducir —lo interrumpí—. Han bebido.

—¡Pues que cojan un maldito taxi! —vociferó.

—Tranquila, Brook —murmuró Harper—. Ya nos vamos, no te preocupes.

Una ira quemante me brotó desde muy adentro.

—¿Qué sucede, capitán Reed? —le espeté, furiosa—. ¿Es mejor ejemplo para tu querida hija tener una amante a la que te tiras en el altillo cochambroso de un bar?

Percibí perfectamente su sorpresa.

—Y, dime, Jonathan —insistí—, ¿cómo lo haces? Me refiero a... ¿cómo te organizas el tiempo para follarte a la camarera, a Paige y a mí?

—A quien yo me tire es problema mío.

—¿Y lo que yo haga también es problema tuyo?

—Sí, si lo haces en mi casa.

—¡Pues no recuerdo que emitieras ninguna queja cada vez que te he visitado en tu habitación!

—grité, aún más indignada.

—Eras tú la que venías, Brooklyn. —Hablabas de una forma tan calmada y a la vez tan cruel que me sacó de mis casillas—. Yo no te he pedido ni una sola vez follar contigo... pero, si me lo ponías en bandeja, no iba a negarme.

Casi percibí el humo brotar de mi piel mientras mis amigos se mantenían quietos, sin saber qué hacer.

—Eres un cabrón, Jonathan —lo increpé—. Lo que yo pienso es que Paige solo te desea porque representas un reto para ella. Y también creo que esa camarera y yo hemos sido las únicas con suficiente estómago como para tirarnos a un tipo tan borde, asocial y cojo.

—¡Brooklyn! —chillaron varios de mis amigos.

Jonathan palideció un instante, pero inspiró con fuerza, supongo que para controlar su furia.

—Tal vez yo sea un cabrón borde y cojo —me replicó—, pero tú no eres más que una cría, Brooklyn. ¡Una maldita cría inmadura! —Cambió la calma por un nuevo estallido de cólera—. ¡Y lo acabas de demostrar organizando un puto botellón en el sótano!

—Cría, inmadura, borracha y calientabraguetas —enumeré—. Vaya, menuda lista de adjetivos me acabas de endosar. Supongo que, si me comparas con la perfecta Allison, seguro que salgo perdiendo.

—¡Brook, ¿qué estás haciendo?! —bramó Harper—. ¡Cállate, por Dios!

—No vuelvas a mencionar a mi mujer. —La palidez de su rostro dio paso a una blancura total de su tez.

—¡Tu mujer está muerta, Jonathan!

Había oído decir alguna vez que es más fácil luchar contra los vivos que contra los muertos. Yo misma lo había vivido en mi propia piel... aunque fuera en el momento más inoportuno, bebida y sin saber muy bien qué decía.

—Pero sigue siendo mi mujer —aseveré—, alguien a quien tú no llegarás a parecerte jamás.

—¡No, claro! —seguí en mis trece mientras el cuerpo se me revolvía cada vez más—. ¡No se puede hablar de santa Allison! ¡Todo el mundo habla bien de los muertos, como si hubiesen sido virtuosos todos ellos! ¡Seguro que tu querida esposa tampoco era perfecta!

Jonathan se acercó a mí en dos zancadas y mantuvo los puños apretados. Todavía aferraba el ramo de rosas entre sus nudillos cada vez más blancos.

—No, no era perfecta —me escupió—. Por eso la amaba, la amo y la amaré siempre por encima de cualquier mujer. Por si no sabes de qué te estoy hablando, te diré que es una clase de amor del que tú ni siquiera has oído hablar; un amor que va más allá de la vida y la muerte. Pero tú no tienes ni puta idea de lo que te estoy hablando, ¿verdad?, porque no eres capaz de ver más allá de tu ombligo.

—Puede que no lo creas —lo rebatí, cada vez más dolida por sus palabras—, pero sí tengo alguna idea de lo que es amar a un fantasma; un fantasma que acabo de enterrar yo misma. Y he decidido que voy a decantarme por el mundo de los vivos, algo que te recomiendo, capitán.

Los turbulentos ojos de Jonathan me miraron un instante, cargados de rencor.

—Vosotros —les dijo a mis amigos de nuevo—, marchaos ahora mismo. Y tú —me miró de nuevo con un atisbo de odio—, recoge esta pocilga antes de que lo vea Imogene. —Se giró hacia la puerta justo en el momento en el que fue consciente del ramo de flores que todavía llevaba en la mano—. Oh, mi tía me llamó para darme la noticia. Feliz cumpleaños, Brooklyn.

A continuación, lanzó el ramo al suelo y veintisiete rosas rojas formaron a mis pies una alfombra carmesí.

* * *

—Creo que se te ha ido la olla, pelirroja. —Patrick fue el primero en hablar.

—Se os ha ido a los dos —intervino Sally.

—Voy a pedir un taxi. —Saqué mi móvil y traté de deslizar la pantalla, pero mis dedos temblaban tan fuerte que era incapaz de controlarlos.

—Déjalo, Brook —me indicó Harper al tiempo que detenía mis manos—. Yo no he bebido tanto. Conduciré y los dejaré a todos en casa.

—De acuerdo —musité—. Yo... gracias por venir, chicos.

—Descansa un rato y mañana hablamos. —Kim me dio un beso y salieron todos del garaje.

Cuando me vi sola, el estómago acabó de dar una horrible vuelta sobre sí mismo y, tras aguantar una primera arcada, corrí hacia la papelera y la sujeté entre mis manos mientras vaciaba el contenido de mi cuerpo. Cuando sentí que había expulsado el último resto, subí a mi habitación, donde me di una larga y vigorizante ducha. A continuación, bajé a la cocina y me tomé un gran vaso de café, que me ayudó a terminar de despejarme para coger todo lo necesario para limpiar el sótano. Me dio pena tirar las rosas, así que las reuní de nuevo y las introduje en un jarrón con agua para dejarlas sobre la mesa. No pude resistirme a acariciar los aterciopelados pétalos con las yemas de mis dedos. Una extraña congoja me inundó por dentro al pensar en Jonathan comprándome algo tan bonito y especial.

Mientras trataba de esquivar el eco de las duras palabras de nuestra discusión, recogí la basura, limpié y fregué el suelo y volví de nuevo a mi cuarto. Saqué una de mis maletas del altillo del armario y comencé a llenarla con mis cosas. No podría llevármelo todo de golpe, pero ya enviaría a alguien a buscarlo. De momento, me llevaría lo más necesario... porque no podía seguir allí, viviendo en aquella casa, con aquellas personas a las que tanto amaba ya. Jonathan y yo nos habíamos dicho cosas demasiado duras y nuestra farsa había llegado a su fin.

Pensé en Autumm, en que no tendría valor para despedirme de ella. A Imogene podría llamarla al día siguiente y explicárselo todo, a sabiendas de que lo entendería, pero a una niña...

Me senté frente al pequeño escritorio que había en la habitación, bajo la ventana. En un cajón encontré unas cuartillas en blanco, así que cogí un bolígrafo de mi bolso y le escribí una carta.

Sabía que en algún momento tendría que hablar con ella, pero, aquella noche, sería mejor irme sin más.

Una vez escrita la nota, la doblé y la introduje en un sobre que yo misma formé con otra cuartilla. Escribí el nombre de Autumm en el anverso y lo dejé sobre la mesa. Intentando que la congoja no me sobrepasara, salí de la habitación, recorrí el pasillo y bajé la escalera. Antes de llegar a la puerta, el estupor me hizo detenerme. Jonathan salía en aquel instante de la cocina, con una taza de café en la mano. Llevaba la ropa de dormir, aunque su cabello revuelto y la sombra oscura de su barba delataran que había hecho cualquier cosa menos eso.

—¿Te vas? —me preguntó, sin sorpresa alguna.

—Sí —suspiré—. Será lo mejor.

—¿No pensabas despedirte de nadie?

—Le he dejado una nota a Autumm —le confesé—. A Imogene la llamaré mañana.

—¿Y de mí? —inquirió, tras dejar la taza sobre una mesita del vestíbulo—. ¿Tampoco pensabas decirme nada a mí?

—Creo que ya nos lo hemos dicho todo, Jonathan.

—¿Y qué pasa con nuestro... acuerdo?

—No te estoy diciendo que lo vayamos a romper —le expliqué—, pero creo que seguir viviendo en tu casa nos acabará perjudicando. Iremos espaciando nuestras apariciones públicas hasta que anunciemos la ruptura, tal y como habíamos planeado.

—Yo... Lo que has dicho antes sobre Paige y la chica del bar... No sé cómo has averiguado...

—No importa, Jonathan —lo corté—. Me he metido en tu vida y en tu familia sin tener ningún derecho. Siento lo que ha pasado esta noche con mis amigos. Estaba enfadada con mis padres y contigo y he hecho una tontería. Lo lamento.

—¿Por qué estabas enfadada conmigo, Brooklyn?

—Ya te he dicho que no tengo ningún derecho, pero no he podido remediarlo. Estaba dolida y estaba celosa. Reitero que lo siento.

—¿Celosa? —preguntó, desconcertado.

—Averigüé que habías tenido un lío con Paige. Y odio a Paige.

—Fue una tontería que pasó hace siglos —me confesó—. Ni siquiera me acosté con ella.

—Pero con la camarera estuviste hace un par de días.

—Se llama Sofía y es una amiga. —Frunció el ceño—. ¿Y cómo diantres sabes...?

—Mira, Jonathan —lo interrumpí—, déjalo. Insisto: no soy nadie para pedirte explicaciones.

—Yo quiero dártelas, pero tú no me aclaras nada...

Parecía que quería decirme algo más, pero se limitó a permanecer callado y a emitir un largo suspiro. Me conmovió ver cómo deslizaba una mano entre su pelo mientras iba cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a otra para aguantar el dolor.

—Perdona, Jonathan, estarás cansado. Será mejor que descanses. Todavía es temprano.

—Yo... también lamento las cosas que te he dicho, Brook.

Estuve a punto de decirle que ese diminutivo solo era para la familia y los amigos, pero elegí callarme. No me apetecían más reproches.

—En fin..., ya nos llamaremos, Jonathan.

Me quedé quieta un instante, al verlo a él mirándome a mí. Sus ojos tempestuosos me indicaban inquietud y una especie de anhelo, por lo que sentí un atisbo de ternura, como si, de alguna manera, quisiese decirme que sin mí se sentía desamparado... como si mis sueños infantiles pudiesen hacerse realidad.

—Brooklyn, yo...

—Te llamo, Jonathan —lo corté, antes de abrir la puerta y salir.

Ya había cruzado el porche y avanzaba por el camino enlosado cuando un grito me hizo girarme de nuevo hacia la puerta de la casa.

—¡Brook! ¡Brook!

—¿Autumm? —murmuré, asombrada al verla correr hacia mí. Todavía llevaba un primoroso camisón rosa y su rubio cabello revuelto enmarcaba su pequeño rostro, una imagen que me hizo evocarme a mí misma.

—¡Brook, no te vayas! —gritó al tiempo que se aferraba a mis piernas.

—Autumm... —muscité, emocionada al ver su cuerpecillo pegado a mí—, pensaba que estarías dormida...

—¡¿Por qué te vas?! —exclamó con el rostro anegado en lágrimas—. ¡No puedes irte, Brook! ¡No puedes irte!

—Autumm, cielo...

Parpadeé varias veces para esquivar las lágrimas que empezaron a brotarme.

—¿Qué ha pasado? —insistió—. ¿Te has enfadado con papá? ¿Ya no quieres estar con nosotros?

—Escúchame, preciosa. —Me agaché para estar a su altura y pasé la yema de mi pulgar bajo sus ojos llorosos—. ¿Recuerdas que te dije hace poco que echaba de menos mi casa? Pues necesito volver, pero no es por vosotros, te lo prometo.

—¡No, no, no! —sollozaba. Se me partió el alma al ver las lágrimas que rodaban por sus mejillas—. ¡Anoche me dijiste que hoy saldríamos las dos juntas! ¡Me lo prometiste, Brook! ¡Y las promesas no pueden romperse!

—Puedo venir desde mi casa a buscarte y salir igualmente...

—¡No es lo mismo! ¡Me has mentido! ¡Nos has mentido a todos!

—Vamos, Autumm —intercedió su padre, que se acercó para apartarla de mí—. Nadie ha mentido aquí...

—¡Sí! —gritó, afligida pero furiosa—. ¡Habéis mentido los dos! ¡Brook dijo que me quería y no es cierto! ¡Tampoco te quiere a ti y tú no la quieres a ella!

—Sí que os quiero —sollocé. Ya no era capaz de reprimir el llanto al ver a la niña tan

decepcionada.

—Claro que nos queremos —le dijo Jonathan al tiempo que la cogía en brazos y la acurrucaba contra su pecho—. Los dos te queremos muchísimo, preciosa.

—¡No es cierto! ¡Primero me dejó mamá y ahora me deja Brook! ¡¿Por qué nadie se queda con nosotros, papá?!

—Mi pequeña —musitó Jonathan con angustia—. Mamá no pudo quedarse. Y no digas que Brooklyn no te quiere, porque todos sabemos que te adora.

—Pues, entonces —dijo, mirando solemnemente a su padre, todavía enlazada a su cuello y con sus suaves mejillas cubiertas por los surcos de las lágrimas—, dile que se quede, papá. Dile que se quede, dile que se quede...

—No puedo... si ella desea irse.

—Ya no os queréis, ¿verdad? —Un desgarrador sollozo volvió a brotar de su garganta.

Jonathan, abrumado, me tendió una mano y yo se la tomé para acercarme a ellos.

—Sí que nos queremos, ¿no es cierto, Brooklyn?

Me miró desolado sin saber cómo consolar a su hija. Cuando estuve junto a ellos, aparté un mechón de cabello de Autumm y se lo coloqué detrás de la oreja para que pudiera mirarme mientras pronunciaba las siguientes palabras y pudiese constatar que eran sinceras.

—Escúchame, preciosa: quiero mucho a tu padre, lo amo con toda mi alma... pero necesitamos poner un poco de distancia. Y te prometo que, pase lo que pase, te querré siempre, Autumm.

Observé de reojo la desconcertada expresión de Jonathan.

—¡La gente que se quiere no se separa! —insistió la pequeña—. Quédate, Brook, por favor... Quédate con nosotros... Por favor, por favor...

Le di un beso en la frente y aferré de nuevo el asa de mi maleta. Pude advertir la figura de Imogene, que contemplaba la escena desde la puerta de entrada. Le hice un gesto con la mano y me di la vuelta para seguir caminando hasta mi coche mientras seguía oyendo el llanto desgarrador de Autumm y las palabras consoladoras de su padre. Entré en el vehículo, lo arranqué y me alejé de la casa solo unos metros para poder parar de nuevo y llorar hasta quedarme sin lágrimas.

* * *

Entré a tientas en la habitación de Jocelyn. Debía de hacer más de una década que no me colaba en su cuarto en mitad de la noche para meterme en su cama... pero aquella noche lo hice. Despacio, me deslicé bajo las sábanas y me acurruqué junto a mi querida niñera. Ella, sin decir una palabra, me acarició el pelo y me dejó dormir allí.

* * *

Me incorporé de golpe en la cama cuando sentí el calor del sol sobre el rostro, asustada al creer que me había quedado dormida y volvería a llegar tarde al trabajo. Por suerte, recordé que era día de descanso en el Sweet Manhattan y me dejé caer de nuevo sobre la almohada. Sonreí al advertir que seguía estando en la cama de Jocelyn. Hasta mí llegaron aromas que me recordaron mi infancia, olores que acompañaban a mi niñera, como su colonia, sus cremas o las bolsitas con flores de lavanda que desperdigaba por cada rincón de su armario y cuya esencia quedaba impregnada en todas sus prendas de ropa. Ella ya se había levantado, así que me desperecé y emití un gruñido cuando me crujieron las articulaciones. Llevaba demasiado tiempo sin correr ni hacer ningún tipo de ejercicio y la falta de entrenamiento me estaba pasando factura.

Me di cuenta de que llevaba todavía el chándal del día anterior, así que me limité a lavarme la cara y a peinarme y salí de la habitación. Mientras bajaba la escalera, hasta mí llegó el olor a tostadas y café caliente y el estómago me rugió de hambre. El día anterior apenas había comido otra cosa que no fuesen nachos o fritos y me apetecía una comida decente más que nada en el mundo.

Cuando entré en la cocina y contemplé la escena, todo el peso de lo acontecido cayó de pronto sobre mí como una pesada losa. Mis padres se hallaban sentados a la mesa junto a Jocelyn, formando una imagen tan cotidiana que no pude hacer otra cosa que ponerme a llorar. Los había echado muchísimo de menos.

—Cariño... —Mi madre se puso en pie y me abrazó—. Perdónanos, cielo, pero cogimos un vuelo en cuanto pudimos para estar aquí lo más pronto posible.

—No pasa nada —sollocé, abrazándola—. Estáis aquí.

Me separé de ella, que todavía me miraba con ternura, y desvié la vista hacia mi padre, que se había acercado a nosotras.

—Dime si tengo que matar a Jonathan Reed, aunque sea mi amigo.

—No —sonreí al tiempo que me abrazaba a él—, claro que no. No es culpa suya que me haya enamorado de un imposible.

—Si lo hubiese sabido, maldita sea. —Chasqueó la lengua y me abrazó más fuerte.

Hacía tanto tiempo que mi padre no me abrazaba que me sentí en la gloria. Inhalé el aroma de su loción y del apresto de su camisa, y volví, de nuevo, a evocar mi infancia.

—Escúchame, Brooklyn —me dijo tras finalizar el abrazo—. Yo... —titubeó, deslizando los dedos por entre su cabello entrecano—... quiero que sepas que nada es más importante para mí que mi hija; que tú y tu madre sois un regalo del cielo y que no hay carrera política que pueda ponerse por encima de eso.

—Papá... —Parpadeé ante el desconcierto.

—Verás... —volvió a vacilar—. Llevo días pensando si no fue una locura hacerte aceptar ese condenado trato. Estaba nervioso por la pérdida de puntos en las encuestas y te hice pagar a ti mis frustraciones. Lo siento...

—No hay nada que perdonar, papá —le dije, totalmente emocionada—. No has tenido que obligarme ni lo he considerado un castigo, aunque quizá lo mereciera en ocasiones. Estaba deseando centrarme en mi vida profesional y tu sugerencia me valió como excusa perfecta. — Sonreí.

—Más que una sugerencia... fue un ultimátum —suspiró—. Lo lamento de veras, Brooklyn. Por ello quiero decirte que, si lo deseas, puedes dar por zanjado este absurdo acuerdo desde ahora mismo. Hablaré con Jonathan y...

—No, todavía no. —Suspiré—. Después de tanto lío, lo haremos bien. Iremos juntos a un par de actos que había programados. Poco a poco distanciamos las apariciones públicas... y romperemos.

—No me importa lo que pueda estar bien —insistió mi padre—. Si no quieres volver a verlo, no me importa. No pienso sacrificar a mi hija ni una vez más.

—¿Acaso temes que por despecho hacia Jonathan quiera vengarme y vuelva a dejarte en ridículo? —bromeé.

—Por supuesto que no. —De pronto, los ojos de mi padre brillaron, como nunca los había visto brillar—. Nunca, jamás, me has hecho sentir ridículo, hija. Es más, cada día que pasa me siento más orgulloso de ti. Te quiero, Brooklyn.

—¿A... a qué viene eso, papá? —balbucí.

—A que es la verdad —insistió—. Y porque no deseo que pasen más años en los que mi hija no sepa lo que siento y lo que pienso de ella.

—Gracias, papá —musité al tiempo que me lanzaba de nuevo a sus brazos.

Mi madre y Jocelyn seguían como espectadoras silenciosas, aunque pude ver de reojo cómo ambas se limpiaban la nariz con un pañuelo.

Siempre había estado casi segura de que mi padre estaba orgulloso de mí, pero faltaba ese «casi», o, lo que es lo mismo, que me lo dijera. Yo tampoco solía demostrar mis sentimientos, pero, en aquel momento, rodeada de los brazos y del calor de mi progenitor, me sentí reconfortada, segura, amada.

—Te quiero, papá —susurré con la voz quebrada antes de separarme de él—, y quiero que sepas que, esta vez, preferiría hacer las cosas bien.

—Tú siempre has hecho las cosas bien, cielo.

—¿Estás seguro de eso? —repliqué con una mueca.

—Bueno... —torció ligeramente la boca—... si pudieras aguantar un par de meses más sin numeritos que acabasen en YouTube... te lo agradecería.

—Lo intentaré —bromeé—. En serio, papá. Vas a ser el próximo gobernador, porque eres un buen hombre y porque te lo mereces.

—Gracias, hija —respondió, emocionado—. Y, ahora, ¿qué os parece si atacamos ese apetitoso desayuno que pide a gritos que lo devoremos?

—Sí, será lo mejor —intervino mi madre, cuyos húmedos ojos delataban su emoción.

Jocelyn, satisfecha, me sirvió su zumo de naranja recién exprimido, se sentó a mi lado y me guiñó un ojo. Supuse que, con ese gesto de complicidad, quiso decirme que los problemas, a veces, tienen más fácil solución de lo que parece; que las personas debemos hablar entre nosotras para aclarar las cosas, y que una palabra no dicha puede ser más dañina que lo peor que hayamos podido oír.

Capítulo 28

Jonathan

Las máquinas excavadoras ya habían comenzado a allanar el terreno y, delante de ellas, posamos para la que sería una foto para la posteridad. Vestidos con trajes y ataviados con cascos de obra, permanecemos sonrientes ante la cámara varios miembros del Consejo Municipal junto al alcalde, el gobernador y varios de los empresarios que habían hecho posible aquel proyecto que ya era un hecho. Tras los *flashes* de las cámaras de los periodistas y unos cuantos apretones de manos más, me despedí de ellos y cogí mi coche para poder ir a casa, puesto que le había prometido a mi hija que iría a comer ese día, aunque ella no hubiese mostrado un ápice de interés en aquella promesa.

Cuando llegué a casa, me quité la chaqueta y la colgué en un perchero del vestíbulo, me remangué los puños de la camisa para lavarme las manos y aparecí en la cocina, donde Autumm se dedicaba a esparcir los espaguetis de su plato mientras Imogene servía el suyo y el mío.

—Hola, tía. —Le di un beso en la mejilla—. Hola, cariño.

Me incliné hacia mi hija y le di un beso en el pelo, aunque ella no hizo el menor gesto de devolvérmelo. Seguía enfadada, y me preocupó el hecho de que ni siquiera abrazara a Matilda, su muñeca, a la que hacía días que no veía por ninguna parte.

—Vamos, cielo —le dije mientras tomaba asiento frente a ella—, tienes que comer.

—No tengo hambre —contestó, sin levantar la vista.

—Pues, si no comes —respondí—, te pondrás enferma, no podrás ir al colegio y no podrás ver a tu amiga Sarah.

Se encogió de hombros.

—Y no podréis quedar para dormir juntas en casa —insistí.

—Queríamos que Brook estuviese con nosotras. Ahora ya no nos hace la misma ilusión. — Seguía sin mirarme y seguía dándole vueltas a la pasta del plato.

—Autumm, por favor...

—Tampoco es que tú des el mejor ejemplo —gruñó Imogene—. Todavía no te has dignado a meter el tenedor en el plato y llevas días que comes igual o menos que la cabezota de tu hija. Os vais a quedar en los huesos, pero me eximo de cualquier responsabilidad.

—Vamos a ver, cariño... —me froté el rostro con la mano y emití un suspiro de exasperación—. Si te comes al menos la mitad de lo que hay en tu plato, prometo llevarte esta tarde a donde tú quieras.

—Eso me prometió Brook y era mentira.

—Pero yo te estoy diciendo la verdad. ¿A dónde quieres ir?

—¿Puedo elegir el sitio que quiera?

—Claro. —Por fin parecía animarse un poco.

—Pues quiero ir a la tienda de dulces de Brook.

Miré a Imogene y lancé un exabrupto mental.

—No sé si es buena idea, cielo. Ella estará trabajando.

—Pues llámala y pregúntale. O, mejor, ¡dile que vuelva! —gritó con rabia.

—¡Basta, Autumm! —Di una palmada sobre la mesa que sobresaltó a las dos antes de recapacitar y calmarme—. Lo siento, cariño, pero creo que ya te lo he explicado más de una vez. Brooklyn y yo solo seremos amigos, no podemos ser nada más.

—¿Por qué?

—¡Porque no! —respondí, cabreado.

No podía recordar la última vez que le había gritado a mi hija o me había enfadado seriamente con ella. Pero, desde la partida de Brooklyn, la tensión se podía palpar en el ambiente y me cabreaba pensar que su ausencia nos estaba trastornando. Brook había dejado un hueco en la casa y en nuestros corazones, pero me jodía admitirlo.

—¡Pues yo sí que lo sé! —Autumm tiró el tenedor sobre el plato y se puso en pie—. ¡Porque crees que está mal querer a Brook! ¡No quieres estar con ella porque te da pena mamá!

La estupefacción me dejó sin respiración, y mi hija, que fue capaz de percibirlo, se acercó a mí y posó su manita en mi mandíbula con un gesto contrito.

—A mí también me da pena mamá, papi, pero ella no está, no va a volver nunca, y Brook sí que está. Ella sí existe y puede estar con nosotros. —Dicho esto, salió de la cocina y se dirigió a la planta superior de la casa.

—Lamento decirlo, sobrino —suspiró Imogene—, pero la cría tiene razón.

Me sentía desconcertado, abatido; una mezcla de cabreo, estupor y tristeza.

—No, tía —le dije—. Lo que sucede es que ella cree que Brooklyn y yo éramos novios. Basa sus suposiciones en un cuento de hadas que nunca ha sido real.

—Qué ciego estás a veces, mi querido Jonathan. —La mujer me miró con ternura y un deje de pesar—. Autumm hace tiempo que sabe la verdad. Se lo conté todo.

—¿Có... cómo dices?

—A tu hija no se le escapa una —sonrió con orgullo—, y pronto supo que algo raro sucedía. Se lo expliqué y decidió que debíamos hacer algo para que estuviésemos juntos de verdad. Yo misma la ayudé.

—¿Me estás intentando decir que...?

—Digamos que... utilizamos algunas estrategias de aproximación entre vosotros.

—¡Joder, tía! —Me puse en pie de un salto—. ¡Ella es una niña, pero tú... no tenías derecho!

—¿A qué, Jonathan? ¿A intentar que fueses feliz? ¿A ayudarte a admitir que te enamoraste de

esa muchacha?

—¡No me he enamorado de nadie! ¡Sigo enamorado de Allison!

—Me parece muy bien, cariño —replicó con indulgencia—, pero, como ha dicho tu hija, ella ya no está, y Brook, sí.

—¡Brook, Brook, Brook! —grité, furioso—. ¡¿Es que no sabéis decir otra maldita cosa?!

Cabreado como no recordaba haber estado hacía tiempo, subí hasta mi habitación y me tumbé en la cama. Enredé los dedos entre mi pelo y tiré con fuerza. ¿Qué diablos le estaba pasando al mundo? ¿Por qué no podía mantenerme fiel a mi promesa? Años atrás había prometido frente a la tumba de mi mujer que jamás habría otra en su lugar, que jamás podría amar a otra, que nunca volvería a enamorarme. ¿Por qué todos insistían en lo contrario?

Me giré hacia mi mesilla y tomé entre mis manos el marco con la fotografía de mi boda. Deslicé la yema del dedo sobre el rostro de Allison, ese que cada día me pedía más esfuerzo para recordar nítidamente. Cuando contemplé su sonrisa y la suavidad de sus rasgos, fui consciente por primera vez desde su muerte de que ya no estaba conmigo, de que no iba a volver, de que se había convertido en un bonito recuerdo que, aunque no desaparecería jamás, nunca podría ser nada más que eso, un recuerdo.

También comprendí que no había sido la gente, ni el mundo, quienes se habían empeñado en que rompiera mi promesa. Nadie se había propuesto que yo me enamorara. En realidad, había sido Brooklyn quien, sin saberlo, había irrumpido en mi vida y en la de mi familia, ganándose el corazón de todos nosotros.

Pero yo no podía, no debía, no me lo merecía...

¿Cómo podía huir de mis propios sentimientos?

* * *

Todavía llevaba el teléfono en el bolsillo del pantalón y su vibración me despertó, después de haberme quedado dormido entre una espiral de pensamientos difusos. Me incorporé de golpe sobre los cojines del cabecero al observar el nombre en la pantalla. Un inesperado cosquilleo brotó desde lo más profundo de mis entrañas.

—¿Brooklyn? —contesté tras descolgar.

—Hola, Jonathan —me saludó desde el otro lado de la línea—. Perdona, no sé si estarás trabajando o...

—No, no, estoy en casa. Dime.

—Verás... —titubeó—, ¿podemos quedar para hablar?

—Sí, claro. ¿Sucede algo?

—No, nada, tranquilo. Es por mi padre. Mañana dará un discurso en los jardines del City Hall, y se supone que su familia, incluida su hija y su prometido, estarán allí para apoyarlo. Pero si

crees que es mejor que vaya sola, no pasa nada. Ya me inventaré algo para que la prensa no especule... o tal vez sea mejor que empiece a especular, no sé... —Suspiró.

—Espera —la interrumpí—. Lo mejor es que quedemos y lo hablemos. ¿Te parece bien esta tarde?

—Es que ha de ser esta tarde si mañana es el mitin. —Supe que había sonreído y algo parecido a un roce caliente se instaló en mitad de mi pecho.

—Pues en media hora te recojo. ¿Dónde vas a estar?

—En la pastelería, pero...

—Allí nos vemos. —Y colgué.

Me levanté como una exhalación y me lancé literalmente bajo la ducha. Saqué después unas pocas prendas del armario y me puse lo primero que encontré: vaqueros, un fino suéter negro y una chaqueta marrón. Antes de bajar, paré un momento en la puerta de la habitación de Autumn y di un par de toques, pero no me contestó. Quise decirle que iba a ver a Brooklyn, pero, al final, decidí no crearle unas ilusiones que yo mismo acababa de empezar a experimentar. Mis propios sentimientos eran un caos y era demasiado pronto para mí. Por ello, bajé, me monté en el coche y puse rumbo a Manhattan.

* * *

El sonido de la campanilla de la puerta alertó de mi presencia en el Sweet Manhattan, y varios pares de ojos se giraron hacia mí, aunque no parecieron reconocerme. Un par de parejas en sendas mesas degustaban varias muestras de tarta nupcial en un ambiente tranquilo y relajante. El aroma dulce y las suaves notas de *Save your tears*, de The Weeknd, flotaban juntos en el aire.

Me acerqué al mostrador, donde Patrick parecía embelesado en la pantalla del ordenador.

—Buenas tardes, Patrick —lo saludé.

—Concejal Reed —musitó mientras abría al máximo sus ojos castaños—. Brooklyn está dentro, con Harper...

En ese instante, Brook salió con un par de porciones de tarta y, sin reparar en mi presencia, se acercó a una de las mesas. Observé, cautivado, su flamígera melena recogida en una coleta y su bello rostro de piel clara. Oí su risa cristalina cuando atendió a los clientes, que la miraban con adoración. En cierto momento, elevó sus pestañas y me vio. A continuación, curvó sus labios en una hermosa sonrisa que casi me cortó la respiración.

Y no, no había cambiado su color de pelo, el sonido de su risa o su sonrisa. Seguía siendo ella, Brooklyn Edwards en toda su esencia, la misma que descubrí en el salón de su casa el día que pensábamos concertar cómo íbamos a hacernos pasar por pareja; el día que me cautivó.

El que había cambiado había sido yo.

Me acerqué a ella y entonces, sí, uno de los comensales, la futura novia de la pareja, me reconoció al verme a su lado.

—Oh, es el concejal, tu prometido —le dijo a Brooklyn.

Antes de que ella contestara, me adelanté.

—El mismo. Un placer.

—¿Podríamos hacernos una foto con vosotros? Oh, madre mía. No solo me va a hacer la tarta de bodas Brooklyn Edwards, sino que voy a conocer a la pareja del momento. ¡Mis amigas no se lo van a creer!

—Si nos hacemos la foto sí la creerán. —Brooklyn sonrió.

Patrick se ofreció a hacer la fotografía con el teléfono del novio. Nos colocaron en el centro a Brook y a mí y ellos se dispusieron en los extremos, muy sonrientes.

—Oh, muchísimas gracias —repitió la joven novia una y otra vez.

Acompañé a Brooklyn hasta el interior del taller de repostería mientras le hacía una seña a Patrick para que nos acompañara. Una vez frente a los tres, lo primero que hice fue disculparme.

—Quiero pedir os disculpas, chicos —comencé a hablar—. Aquella noche me porté como un energúmeno.

—Nada que perdonar —respondió Harper—. Lo que hicimos no estuvo bien.

—Es cierto —apostilló Patrick—. Nunca debimos haberle hecho caso a Brook. Alguien debería haberme advertido del peligro que representa una pelirroja cabreada y vengativa.

—Si alguien aquí debe pedir perdón, esa soy yo y...

—Ya tendrás tiempo de eso —la cortó su socia—. Ahora, quítate esa bata y vete con Jonathan. Hablad lo que tengáis que hablar.

—Te espero junto al coche —le dije.

Salí del establecimiento entre saludos de los clientes y me senté en el interior de mi todoterreno, aparcado justo delante de la puerta.

Brooklyn salió a los dos minutos, con el pelo suelto, ligeramente maquillada y vestida con un pantalón negro y una blusa verde esmeralda. Sabía que ese color le sentaba bien y sabía explotarlo. Nunca imaginé que el color bronce y el verde creasen tan hermosa combinación.

—¿Te parece que vayamos a algún sitio tranquilo para conversar? —me preguntó.

—Por supuesto.

Arranqué el vehículo y empecé a sortear el congestionado tráfico del corazón de Manhattan. Observé de reojo la mano de Brooklyn, que descansaba sobre su pierna izquierda. Por un instante, me asaltó la idea de posar mi mano sobre la suya, pero la distancia que nos separaba en aquel momento me pareció un abismo. Quería sentirla aún más cerca, volver a rozar su suave piel e inhalar el aroma dulce que desprendía.

—¿Cómo estás? —le pregunté. Me pareció irracional, pero, de pronto, la presencia de Brooklyn me ponía nervioso y no sabía cómo actuar.

—Bien —contestó antes de dudar un instante—. ¿Y Autumm?

—Enfadada —contesté.

—Tengo que ir a verla, se lo prometí... Jonathan, yo...

—Chist —la corté—. No hace falta que digas nada. Yo también tendría unas cuantas cosas que decir.

—Podría argumentar que fue la bebida, pero ni siquiera es una buena excusa.

—Corramos un tupido velo —le pedí—. Sé de un buen sitio para tomar una copa y que podamos charlar tranquilos.

Aparqué cerca de la Tercera Avenida y entramos en un local donde alguna vez me había reunido con algún compañero del partido. La iluminación era tenue y sonaba *Wonder*, de Shawn Mendes. Ambos pedimos una cerveza. Brooklyn comenzó a exponer lo que quería decirme.

—Como ya te he comentado, mañana mi padre dará un discurso y habrá periodistas, cámaras de televisión...

—Allí estaré —le aseguré.

—De acuerdo. Y, en unos días, harán un reportaje para una revista y nos han pedido que nos hagamos unas fotografías.

—También estaré —reafirmé.

—Y he pensado que, en el siguiente evento que tenga lugar, uno de nosotros no aparezca. Lo más normal es que sea yo la que no esté presente. Yo me juego menos que tú. Si te preguntan, sencillamente dices que no me encuentro bien. Esa es una excusa tan mala que, con seguridad, pensarán que no es cierta.

—Ya, claro...

—Y en la siguiente aparición de mi padre, serás tú el que no esté. Me tocará a mí dar alguna razón poco creíble, con lo que los rumores de distanciamiento empezarán a circular y la posibilidad de nuestra ruptura se comenzará a barajar. Si te parece, la hacemos oficial en cuanto pasen las elecciones.

—Veo que lo tienes todo pensado —gruñí.

No entendía mucho que me jodiera tanta planificación.

—Es lo que habíamos ideado desde el principio —me recordó.

—Tienes razón —suspiré—. Pues ya está todo aclarado. ¿Quieres que te lleve a casa?

—Sí, por favor.

Me puse en pie en el mismo instante en el que un fuerte calambre me atravesó la pierna. Solté un jadeo ahogado y me apoyé en la mesa para recuperar la compostura. En aquel instante odié sentirme así, odié verme en aquel estado y odié ser un hombre defectuoso que jamás se libraría del recuerdo de aquella bomba. Volví a castigarme pensando que debería ser yo quien estuviese enterrado.

Brooklyn, al verme de ese modo, se acercó corriendo y enlazó mi cintura con su brazo para sostenerme.

—¡Jonathan! —Me abrazó con preocupación—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —respondí, algo irritado—. Puedo apañármelas solo.

—¿En serio? —me preguntó, mordaz—. Entonces, ¿por qué te acabas de apoyar en mí?

¿Prefieres que te suelte a ver si te caes y pasas tú también al mundo de los vídeos divertidos de YouTube?

No me había dado cuenta de que prácticamente descargaba mi peso en ella. Giré la cabeza y vi su rostro casi pegado al mío, mirándome con sus expresivos ojos color turquesa, sonriéndome con sus preciosos labios pintados en un tono cereza que invitaba a saborearlos a conciencia.

—Sabes que pedir ayuda no es algo tan horriblemente horrible, ¿verdad? —me susurró.

—No me parece que pedir ayuda sea algo tan malo —contesté con un suspiro—, pero sí si la pides para algo tan esencial como levantarte de una silla.

—Tengo que darte una gran noticia —refunfuñó mientras trataba de que saliéramos del local—: un hombre no tiene por qué ser siempre el fuerte. No es preciso que aparentes ser una roca. Me parece bien que me abras la puerta del coche, pero, cuando necesites apoyo, también tienes que decírmelo. Lo contrario no hará que parezcas más hombre, capitán Reed.

Sonreí al advertir que, con su diatriba, había conseguido que se me pasara el dolor agudo del calambre mientras caminábamos hasta el coche, que estaba en una calle algo oscura y de poco tránsito. Al llegar junto al vehículo, Brooklyn todavía se mantenía pegada a mí. Poco a poco, fue retirando sus brazos y fue como si me despojasen de parte de mi calor corporal. Para evitarlo, la apoyé sobre la puerta de mi todoterreno y la cubrí con mi cuerpo.

Me resistía a dejarla ir, a aceptar que íbamos a llevar a cabo todo ese plan tan encorsetado, donde nos veríamos cada vez menos.

—Brook... —musité al tiempo que apartaba un cobrizo mechón de su frente.

Ella todavía estrechaba mi cuerpo entre sus brazos y me miraba embelesada. Y yo... yo no podía apartar mis ojos de su boca, de sus labios llenos. Estábamos tan cerca que nuestros alientos se confundieron y sentí su sabor en mi garganta.

—Jonathan... —susurró.

Detrás de nosotros, desde algún comercio, se oyeron las notas de *Young and beautiful*, de Lana del Rey, y nos envolvió una especie de capullo invisible que nos aisló del resto del mundo. Cerré los ojos, conmovido. Llevaba tantos días soñando con oír mi nombre de sus labios...

Pero después los abrí y decidí que ya me había prohibido bastante hacer lo que más deseaba hacer. Enredé mis dedos en su cabello y uní mi boca a su boca. Un inesperado gemido brotó de mi garganta cuando sentí de nuevo su lengua, sus labios, su sabor. La besé despacio, amoldando mis labios a los suyos, enredando mi lengua en la suya, aunque, con cada gemido que emitíamos, profundizábamos más el beso y más me sentía flotar, alejado de la realidad, lejos de cualquier argumento que me dijera que yo no podía sentir. El beso que compartí con Brooklyn aquella noche no fue un beso más. Fue como abrazar su alma, como hacerle el amor a su boca.

Porque nosotros aún no habíamos hecho el amor; únicamente habíamos follado. Y, por primera vez en años, anhelé hacerle el amor a una mujer.

—Jonathan —susurró tras interrumpir el beso—, ¿por qué haces esto? ¿Qué quieres de mí?

Si hubiese podido, le habría dicho que lo quería todo de ella; que echaba de menos su sonrisa,

sus canturreos por la casa cuando pensaba que nadie la oía, sus risas con Autumn y el olor a bizcocho que siempre la envolvía.

¿Que qué quería de ella? Absolutamente todo... pero no podía tenerlo, y mucho menos pedirlo.

—Lo siento —me disculpé—. Ha sido... No he podido...

—Ya, bueno —murmuró, claramente molesta—, me lo sé de memoria. Con todo este lío hace tiempo que no tienes sexo y a mí me tienes a tiro.

—No es eso, Brook —la interrumpí, irritado.

—¿No estás falto de sexo? —me preguntó de forma irritante—. Oh, claro, sigues visitando a tu amiga del bar.

—Sube al coche. —La cosa se estaba empezando a estropear y era mejor acabar con aquellas dudas—. Te llevaré a casa.

Me obedeció a regañadientes y, tras ponernos el cinturón y mezclarnos entre el tráfico, decidí aclarar las cosas.

—Desde que murió Allison —comencé a contarle—, no he salido con ninguna mujer. Únicamente, y como necesidad física, he mantenido sexo esporádico. En una de esas ocasiones, conocí a Sofía, una mujer que buscaba lo mismo que yo y en la que confié, puesto que ella tampoco tenía ninguna intención de establecer una relación seria. Ahora solo somos amigos.

—No es necesario que me cuentes tu vida y tu trayectoria sexual, Jonathan.

Ignoré su comentario.

—Al poco tiempo de comenzar nuestro acuerdo —proseguí—, decidí dejar de verla. No sé cómo supiste de ella, pero sí te puedo asegurar que la última vez que estuve en su bar fue para despedirme. No me acosté con ella, Brook. No es mi estilo acostarme con dos mujeres al mismo tiempo.

—Me lo dijo Paige —me confesó—. Ella me dio la dirección del bar. Sabía lo que ibas a hacer allí.

—Joder... —rezongué—. Lo que ocurre con Paige es que no soporta que la rechacen. Yo lo hice y ha querido vengarse, supongo.

—Vengarse de ti y de mí —me aclaró Brooklyn—. Porque puede que tú la rechazaras, pero yo le quemé el pelo.

—Que tú hiciste, ¿qué? —le pregunté, atónito.

—Siempre me pareció una ególatra que me miraba por encima del hombro —me explicó—, pero el día que la oí reírse de mis amigas... estallé.

—Brooklyn Edwards a la defensa de sus seres queridos —bromeé.

—No te creas —volvió a sonreír—, tampoco me gusta que se metan conmigo. Puedo ser una pelirroja muy vengativa, como dijo Patrick.

—Pero llevas peor que hacen daño a los que te rodean, ¿no es cierto? —le señalé—. Vi el vídeo en el que le lanzabas una tarta a un tipo que había insultado a Patrick y a Harper.

—Oh, no... —soltó, contrita, aunque luego se pusiera a reír—. ¿Y lo que pasó después también lo viste?

—¿Te refieres al baño de vómito a un policía? —inquirí con una mueca—. ¿O a la detención con esposas?

—Vale, vale... —Rio con ganas—. No hace falta que me recuerdes los detalles.

Mucho más relajados, llegamos a la entrada de su casa, donde, nada más parar el motor, Brooklyn se bajó del coche a toda prisa y lo rodeó para abrirme la puerta.

—Eso no se vale —le dije mientras me apeaba del vehículo—. Tienes que ser tú quien espere a que te abra.

—Y, eso, ¿quién lo dice? —Rio de nuevo mientras nos acercábamos a la puerta—. En fin, tienes que irte ya...

—Si no te importa —la contradije—, quiero entrar y saludar a tus padres. Y, sobre todo, quiero hablar con Cameron. No sé el motivo que le habrás dado a tu padre para explicar tu vuelta a casa, pero prefiero dar la cara.

—No es preciso, pero vale —suspiró mientras abría la puerta.

Después de atravesar el vestíbulo, accedimos al salón, donde Alice Edwards y Jocelyn veían un programa de televisión.

—Jonathan, qué sorpresa —me saludó Alice tras ponerse en pie—. ¿A qué se debe el placer?

—Buenas noches, señora Edwards; buenas noches, Jocelyn. ¿Está Cameron en casa?

—Pues no —bufó la mujer—. Con la campaña en pleno auge, apenas pasa unas horas en casa. Pero puedes ir a su despacho en la sede si quieres comentar algo con él. O si puedo ayudarte yo...

—Bueno... —titubeé—, se trataba de aclarar con ustedes el tema de la vuelta a casa de Brooklyn.

—Mis padres ya saben los detalles —intervino Brooklyn—. No es preciso, ya te lo he dicho...

—Mi hija tiene razón —comentó Alice—. Por supuesto, no sabemos los detalles más íntimos de vuestras... discrepancias, pero reconocemos el esfuerzo que habéis tenido que realizar los dos para que esto funcionase. A la vista están los resultados.

—Aun así —insistí—, por la amistad que nos une de tantos años, quería presentar mis disculpas.

—Si se las has ofrecido a Brooklyn, para nosotros es suficiente —añadió su madre—. Aunque entiendo que mi marido, desde su posición de padre y como «inventor» de esta historia, espera hablar contigo del asunto.

—Eso haré —respondí.

—Cuando queráis —intervino Brooklyn—, recordad que estoy aquí, en lugar de hablar como si no estuviese presente —rezongó—. Irme de tu casa fue decisión propia, Jonathan. Me involucré demasiado en tu vida y en tu familia y, aunque nos ha ido bien de cara a la galería, a nosotros nos estaba perjudicando. Además, ha llegado el momento de empezar a crear rumores

de distanciamiento. Nada más. Y, ahora —me agarró del brazo y me arrastró a la salida—, puedes marcharte a casa. No necesito que vengas a restaurar mi honor ni nada parecido.

Me despedí de Alice y Jocelyn de forma atropellada y, una vez en la puerta, Brooklyn suspiró ruidosamente.

—De verdad, Jonathan, agradezco tus modales caballerosos y tus buenas intenciones al querer hablar con mis padres, pero creo que ya es suficiente. No les he dicho claramente lo que ha pasado, pero se lo imaginan, no son tontos. Saben que soy mayorcita para tomar mis propias decisiones... a pesar de que me haya dejado involucrar en esta locura.

—Francamente lo siento, Brooklyn —mencioné, al verla tan abatida—. Ojalá...

—Sí —me interrumpió—, ojalá nunca hubiésemos llevado a cabo semejante disparate.

No era aquello lo que pretendía decirle. Mi intención hubiese sido decir «Ojalá te hubiese conocido en otras circunstancias. Tal vez así, incluso podría haber surgido algo real entre nosotros...».

Algo imposible de suceder después de Allison...

—Tienes razón —solté, sin embargo—. Ojalá nunca hubiésemos aceptado algo así, aunque me alegro de haberte conocido, Brooklyn.

—Yo también. —Me miró de una manera tan intensa que sentí impactar sus ojos claros contra los míos—. Nos vemos mañana, Jonathan.

—Hasta mañana, Brook.

Me alejé en mi coche de casa de los Edwards para dirigirme al despacho de Cameron. Allí la actividad resultaba todavía frenética, a pesar de ser altas horas de la noche. Encontré al padre de Brooklyn sentado en el filo de la mesa de su despacho, revisando un documento. Después de saludar a varios miembros de su equipo, me acerqué hasta la puerta y di un breve toque en el marco.

—Buenas noches, Cameron —lo saludé.

Él apenas se movió y me miró por encima de sus gafas antes de quitárselas, rodear la mesa y sentarse.

—Esperaba tu visita, Jonathan —comentó con seriedad—. Siéntate. —Me señaló una silla frente a su mesa—. Creo que hay un par de asuntos de los que tenemos que hablar.

—Por supuesto —contesté tras acomodarme.

—Bien, pues iremos al grano. —Me miró fijamente—. No sé lo que ha pasado entre vosotros y no quiero saberlo, pero la relación ficticia que habíamos creado para ti y mi hija ha finalizado.

No sabía qué podía esperar de Cameron, pero no estaba preparado para lo que me soltó a bocajarro.

—Justamente hemos estado hablando esta tarde y hemos decidido que lo mejor es hacerlo poco a poco —repliqué con cautela.

—No —negó, tajante—. El día que te lo propuse no sé muy bien en qué estaba pensando, pero, ahora mismo, sí sé que no pienso seguir hipotecando a mi hija y su futuro.

Estuve a punto de recordarle su prioritaria carrera política, aquella que ya antepuso a su hija, pero preferí callar.

—De acuerdo —acepté, sin embargo—. Mañana asistiré a tu discurso y será la última vez.

—Preferiría que no asistieras —insistió.

—Mañana será la última vez —reiteré.

Cameron se reclinó en su sillón y me miró de un modo extraño. Intuí que quería decirme algo y no encontraba la forma de hacerlo. Pero, como ya sabía que haría, acabó por soltarlo.

—Brooklyn está enamorada de ti —me confesó—. Y, como comprenderás, no voy a permitir que sufra por mi culpa.

Aquella confesión fue como recibir una patada en el estómago. Me pilló tan desprevenido que no supe qué decir. ¿Cuándo habría sucedido? Apenas me salían las palabras, que se me agolpaban todas en la cabeza y no sabía cómo ordenar.

¿Brooklyn enamorada de mí? Eso no tenía sentido. No me conocía lo suficiente. Yo era mayor, más desagradable, más insoportable y más cojo. Ella era más joven, más alegre, más cariñosa y estaba llena de vida. Lo suyo debía de ser admiración, cariño, la típica atracción por alguien más maduro y experimentado, como la chica que se siente atraída por un profesor o un jefe.

Pero ¿por mí? Imposible. Le habría cogido cariño a Autumm y habría extendido ese aprecio al padre. Nada más. Aquello era un disparate...

—No sé de dónde has sacado esa idea, Cameron, pero te juro que yo no...

—Lo sé —suspiró—. Tú no puedes corresponderle, así que entenderás que lo mejor es acabar con esto.

—Sí, claro... —titubeé, confuso y desconcertado—. De todos modos, la acompañaré al City Hall y, después, desapareceré.

—Bien. —Se volvió a colocar sus gafas—. Ya nos veremos, Jonathan.

* * *

Al llegar a casa, entré en la habitación de Autumm para darle un beso. Cuando abandoné la estancia, me encontré con Imogene, que había salido al pasillo al oír el sonido de mis descoordinadas pisadas.

—No te he preparado un baño porque no me has dicho a qué hora regresarías —me comentó al tiempo que me seguía hasta mi dormitorio.

—No importa, tía, estoy bien.

—Y un cuerno —refunfuñó—. Tu cojera vuelve a ser muy pronunciada y traes una cara horrible. ¿Puedes explicarme qué te ocurre?, porque sé que te sucede algo. ¡Te conozco como si te hubiese parido! Pero, si te parece que no tienes ninguna obligación de contarle nada a tu vieja y entrometida tía, entonces... me retiraré.

—No me manipules —le recriminé mientras encendía una lamparita—. Porque si no te cuento ciertas cosas es porque es mejor para ti. Ya es suficiente con que las sufra yo solito.

—¿Has estado con Brooklyn? —me preguntó mientras me quitaba la chaqueta y la colgaba en una silla.

—Sí, he estado con Brooklyn —rezongué—. Y también he estado con su padre. Todo ha terminado.

—¿Cómo que todo ha terminado? ¿Y vosotros dos?

—No hay un «nosotros», tía, nunca lo ha habido. Era un montaje, una farsa que ojalá nunca hubiese aceptado llevar a cabo. Pensé que todo sería más... sencillo.

—Claro. —Puso los brazos en jarras—. No imaginabas que os acabaríais enamorando de verdad.

—Ella cree estarlo. Yo no lo estoy —le aclaré.

—Ella está loca por tus huesos, mi querido, cabezota y ciego sobrino. Y tú te has enamorado, a pesar de que lo niegues las veces que quieras negarlo.

—¿Has terminado, tía? —solté mientras comenzaba a desabrocharme la camisa—. ¿O estás dispuesta a ver cómo me desnudo?

—A veces te daría una azotaina —bufó—. Me paso los días intentando educar a una niña de siete años y resulta que debería haber empezado por un hombre de casi cuarenta.

—Lo próximo serán los pantalones —la avisé.

—No vayas a creer que me marcho porque me asuste verte el culo —gruñó—. Me voy porque me he cansado de intentar que dejes atrás el pasado y te centres en el futuro. Estoy demasiado vieja como para seguir golpeando esa piedra que tú mismo te has colocado. Maldito terco... —farfulló al tiempo que se marchaba.

Suspiré y terminé de desvestirme. Imogene era una experta en ofrecer una imagen de anciana desvalida que yo sabía bien que no existía, por eso no me preocupaba.

Me metí en la cama y saqué de la caja la última carta que recibí en su día. Llegó a mis manos justo el día antes de que me dieran el alta y recuerdo la congoja que me inundó cuando leí aquella despedida. Pregunté de nuevo en la recepción, a mi médico, al personal de limpieza... pero nadie sabía nada. Las cartas habían estado apareciendo entre la correspondencia durante meses y nadie sabía de dónde.

La primera vez que terminé la lectura de las últimas letras, me sentí vacío, hueco. Estaba feliz porque volvía a casa y, sin embargo, apesadumbrado porque experimentaba una nueva pérdida.

«¿Dónde estás? ¿Quién eres, maldita sea?», me pregunté cientos de veces. Si hubiese podido conocerla, verla un solo instante para poder agradecerle que me hubiese ayudado a sobrevivir...

* * *

Estimado capitán Reed:

Esto es una despedida... y, sí, estoy triste, como sucede con todas las despedidas, pero al mismo tiempo soy la mujer más feliz del mundo. ¡Mañana le dan el alta! ¿No es maravilloso?

Estos meses serán siempre inolvidables para mí. Espero que usted tenga también un huequecito en su corazón para estas cartas en las que he puesto parte de mi alma... pero no le pido nada más. No deseo que se aferre a ellas, que las relea o las tenga presentes en su vida durante años. Si lo cree conveniente, quémelas o ignórelas. Para mí, ha sido suficiente con saber que las ha leído, que mis palabras lo han acompañado durante este largo y duro proceso de operaciones, postoperatorios y dolorosos ejercicios.

¿A partir de ahora? Pues viva y sea feliz, ese es mi mayor deseo. Quizá al principio le cueste comenzar de cero, en una vida nueva, dejando atrás su profesión de soldado, recuperándose de su pérdida. Sin embargo, estoy convencida de que hay muchas personas que lo quieren y lo esperan con los brazos abiertos.

Bueno, poco más debo decirle ya. Ahora sí que me despido de usted, deseándole de todo corazón que sea feliz.

Ha sido un placer, capitán Reed.

Capítulo 29

El City Park Hall estaba lleno hasta la bandera, y nunca mejor dicho, puesto que docenas de ellas eran ondeadas por la enorme cantidad de personas que habían asistido al mitin de mi padre. Bajo el cielo iluminado por el sol, destellos rojos, blancos y azules salpicaban al público dispuesto frente a la fachada del edificio del ayuntamiento. Todos aplaudían, entusiasmados, tras las promesas de mi padre para mejorar algunas leyes obsoletas.

Mi progenitor se hallaba frente al micrófono de la tarima, y nosotros, su familia, justo detrás de él, aunque solo estábamos mi madre y yo. Mi hermano seguía con su vida en Reino Unido, con su trabajo en una gran multinacional y los preparativos de su boda, con la que se convertiría en conde en el futuro. Jonathan también estaba presente, pero se mantuvo en un segundo plano.

Alegando mucho trabajo, no pudo ir a buscarme a casa, por lo que nos vimos en el lugar dispuesto para el mitin. Me saludó con un beso en la mejilla que, con toda probabilidad, captaron los periodistas con sus cámaras. Pero, a partir de ahí, nos dejó el protagonismo a mi madre y a mí.

Al finalizar el entusiasta discurso de mi padre, mi madre se reunió con él y se marcharon a una comida con el equipo de campaña. Las cosas pintaban bien para las elecciones y me sentía dichosa por ellos.

Creí ver murmurar a algunas personas cuando me quedé sola, y me entraron ganas de gritar a los cuatro vientos que si pensaban que mi padre sería mejor o peor político porque su hija tuviera novio o se divertiera con sus amigas, pero respiré profundamente, me puse las gafas de sol y me dispuse a largarme del lugar. Antes de dar el primer paso, sentí la suave presión de una mano en la espalda y el aire me trajo el aroma inconfundible de la colonia de Jonathan, que se acercó a mí para poder hablarme al oído.

—Será mejor que nos vayamos de aquí juntos —me propuso entre dientes al tiempo que sonreía y saludaba a algunos futuros votantes y simpatizantes del partido y de mi padre.

—No creo que vaya a atacarme nadie —le respondí con disimulo mientras caminábamos para alejarnos de los jardines.

—Tienes cara de querer ser tú la que haga precisamente eso. —Me pareció distinguir un leve tono mordaz en sus palabras.

—¿Y me quita de en medio por si hago algo impropio, señor concejal?

—Lo único que quiero es llevarte a casa —murmuró—. Viniste en el coche de tu padre y ahora no tienes cómo volver.

—No necesito que me lleves a casita. —Me zafé bruscamente de su mano en mi cintura.

—Por favor, Brook..., nos están mirando.

—Y eso es lo único que te preocupa, claro —le reproché—. Pues que sepas que estoy hasta las narices de fingir. De fingir que soy tu novia y de que te quiero. Porque resulta que es cierto lo que te dijo mi padre, Jonathan. Te quiero, a pesar de que esa idea te moleste tanto.

Percibí perfectamente la tensión en el leve roce de su mano. Quizá no era el momento ni el lugar para confesarle mis sentimientos, pero era yo la que se sentía molesta después de que él y mi padre decidieran dar por finalizado el trato, como si yo no pintara nada.

Después de la marcha brusca de Jonathan la noche anterior, esperé a mi padre para averiguar qué habían hablado. Me confesó que le había contado la verdad a Jonathan, o sea, que yo estaba enamorada de él.

Y no, no me enfadé porque se lo hubiese dicho, sino porque entre los dos concibieran un plan que me atañía a mí y entre los dos decidieran darlo por finiquitado. Sé que mi padre lo hizo para que no sufriera, y se lo agradecí, pero también le recordé que ya tenía edad para tomar mis propias decisiones.

—Por el amor de Dios, Brooklyn. —Jonathan bufó y levantó la mirada antes de darme la mano y tirar de mí—. Ven conmigo. Accederemos al City Hall y hablaremos en mi despacho, sin espectadores con móviles preparados para grabarlo todo.

—Oh, podría avergonzarlo, concejal —le dije de manera teatral.

—No lo hago por mí, maldita sea —me recriminó—. Todas estas personas son posibles votantes de tu padre, así que será mejor que esperes un minuto para lanzarte a mi yugular.

—¿Acaso no era importante para ti todo el tema de la comisión de los sintecho? ¿Y no fue por tu posición en el ayuntamiento por lo que también decidiste aceptar el puñetero trato?

—Sí, claro que es importante para mí —me respondió mientras subíamos la escalera del edificio—. Pero lo más acuciante en este momento es que no fastidiemos a tu padre montando una escena con discusión incluida.

Entre su cojera, mis tacones, mi falda estrecha y el agarre de su mano, llegamos a trompicones a la entrada, donde pasó su credencial por el lector para que la seguridad del histórico edificio nos dejase pasar. Subimos hasta su despacho y cerró la puerta.

—Y, ahora, suelta todo lo que tengas que decirme.

Se dejó caer en su mesa y cruzó los brazos sobre el pecho. Yo coloqué mis gafas de sol sobre mi cabeza y eché un rápido vistazo a la estancia, elegante pero sencilla.

—No parece que estés muy dispuesto a escucharlo.

—Admito que me sorprendió lo que me confesó Cameron —me dijo—, pero, por eso, quiero que aclaremos las cosas.

—Pues no parecías querer aclarar nada ayer, cuando me besaste —le recriminé.

—Ese beso fue un error —me soltó—. Un error tan grande como habernos acostado. Hemos compartido espacio, nos hemos sentido solos... pero ya se acabó. Enamórate de verdad,

Brooklyn; sal y diviértete, que es lo que hacen las chicas de tu edad. Y deja que yo siga con mis fantasmas. Además, no puede ser que te hayas enamorado de mí en tan poco tiempo y...

Una carcajada sardónica salió de pronto de mi garganta.

—¿Poco tiempo? —bufé—. ¿Y si te dijera que llevo años enamorada de ti, Jonathan? ¿Te lo tomarías más en serio?

—No comprendo... —titubeé, perdiendo la compostura que quería aparentar.

—Me fijé en ti siendo una niña —le expliqué—. Desde el piso superior de mi casa, te veía entrar con tu padre, y, después, con cada novia que traías. Me pasé años anhelando que subieses y soñaba que me cogías en brazos y me llevabas contigo. No imaginas lo mal que lo pasé en tu boda, lo que sufrí cuando supe lo del atentado. El día que mi padre me propuso hacerme pasar por tu prometida... pensé en lo irónico de la situación. Yo te quería y tú ni siquiera te acordabas de mí.

—Ya no soy aquel muchacho, Brooklyn —me dijo con los labios apretados, lo que evidenciaba su tensión y su incomodidad.

—¡Ya lo sé! —Sin poder evitarlo, la voz se me quebró y la humedad se acumuló en mis ojos—. Ahora eres un hombre al que he podido conocer. No eres tan perfecto como me pareciste entonces. Tienes un montón de tristeza y rabia acumuladas, por no mencionar el sentimiento de culpabilidad que no te deja avanzar. Pero todas esas imperfecciones te hacen más humano, Jonathan, sobre todo con tu hija, a la que adoras por encima de todo. Por todo ello, por cómo eres, por cómo te comportas, por la clase de hombre en el que te has convertido, ahora te quiero mucho más.

Seguía tenso, conmocionado. Me miró largos segundos y creí ver un atisbo de vulnerabilidad en sus preciosos ojos verdes. Pero, pasado ese tiempo, su rostro volvió a crisparse.

—Lo siento, Brooklyn. —El timbre grave de su voz me pareció más profundo que nunca—. Creo que lo mejor será que dejemos de vernos y rompamos cualquier vínculo. No digo que no me gustes. Eres joven, bonita y muy entusiasta, pero nunca podría tener nada serio contigo. Después de Allison... será muy difícil encontrar a alguien que esté a la altura.

—Qué suerte para Allison. —Mis labios temblaron mientras trataba de frenar mis lágrimas con la yema de los dedos—. Qué suerte que pueda vivir eternamente en ti. Adiós, Jonathan. Te deseo de todo corazón que seas feliz. Un placer, capitán Reed.

Salí del despacho y del edificio lo más aprisa que pude.

* * *

—Nos está quedando espectacular, Brook.

Sonreí ante el comentario de Harper, aunque seguí concentrada en la precisión de la manga pastelera, con la que creaba intrincadas rosas de blanquísima nata alrededor de aquella tarta nupcial.

—La verdad es que sí —comenté, satisfecha, tras hacer el último ribete que acabaríamos rematando con anises plateados.

—Perdona, Brook —suspiró Harper—. Tal vez no sea el momento de preguntar, pero ¿cómo estás?

—Estoy bien —le respondí sin dejar de concentrarme en el bote de los anises con forma de perla.

—Hace ya dos semanas del discurso de tu padre y no has vuelto a ver a Jonathan...

—Ese era el plan.

—¿Le has devuelto el anillo?

—Todavía no —respondí, encogiendo los hombros—. Aún lo llevo puesto cuando salgo, por si me hacen alguna fotografía.

—¿Cuándo sales? —bufó—. ¿Y cuándo es eso? ¿Cuándo vienes a trabajar? Una cosa es que salieras en mitad de la semana y aparecieras tarde en el trabajo casi todos los días, pero necesitas divertirte, Brook...

—Dentro de una semana serán las elecciones —respondí, algo exacerbada—. Es el tiempo que falta para que le devuelva el anillo y anunciemos la ruptura a bombo y platillo. La prensa ya debe de estar elucubrando sobre nuestras últimas apariciones públicas sin estar juntos.

—Eso es lo que suponíamos. —Harper frunció el ceño mientras deslizaba la pantalla de su móvil—. Pero, curioseando ayer con Patrick por la prensa y las redes, no descubrimos ni la más mínima alusión a vuestro supuesto distanciamiento... únicamente menciones de vuestra futura boda. Se barajan fechas, lugares y hasta cómo será tu vestido o la tarta que tú misma diseñarás, por supuesto.

—Ya lo harán, no te preocupes —comenté con desinterés—. No existe reserva en ninguna iglesia o juzgado y mucho menos restaurante o vestido. Pronto sumarán dos y dos.

—Me sigue pareciendo raro...

En mitad de las extrañas sospechas de Harper, Patrick asomó la cabeza por la puerta del taller de repostería. Mostraba una más que sospechosa sonrisa.

—Brook, guapa. Tienes visita.

—¿Quién...?

—¡Brook, Brook! —gritó Autumm mientras entraba en tromba—. ¡Estamos aquí, estamos aquí!

—¡Qué sorpresa! —exclamé mientras la pequeña se lanzaba a mis brazos. Cerré los ojos ante el consuelo que me proporcionó el tacto y el olor de la niña. Me llenaron de tantos recuerdos y tanta ternura. La quería tanto... —. ¡No os esperaba hasta mañana!

—No he podido convencerla —gruñó Imogene—. Para ella, esperar un día es como esperar un año. Siento si te hemos pillado en mal momento, pero desde que la llamaste y le propusiste venir...

—No importa. —Sonreí—. Solo tengo que terminar esta tarta y preparar un par de pedidos.

No tardaré nada y después podremos salir. Tengo una socia muy comprensiva. —Miré a Harper con una mueca.

—Por supuesto —contestó la aludida, sonriendo.

—¡Podemos ayudarte! —gritó la cría, entusiasmada—. ¿Qué hay que hacer? ¿Qué hay que hacer?

—Pues, ahora mismo... —Abrí la caja donde guardábamos la figura que representaba una pareja de novios y que debía colocarse en la cima de la tarta—, puedes hacer los honores.

Le ofrecí la figura a Autumm, la cogí en brazos y ella misma depositó a los novios en lo más alto de la tarta.

—¡Ya está! —gritó, satisfecha—. ¿A que han quedado bonitos?

—Han quedado perfectos. —Sonreí al tiempo que volvía a dejarla en el suelo—. Y, ahora, solo hemos de poner unos cuantos *cupcakes* en sus cajas correspondientes. Mientras yo hago las cajas —señalé los coloridos cartones apilados—, tú los puedes ir metiendo en el interior con ayuda de Harper. Ponte unos guantes.

—¡Voy! —A cada cosa que le proponía, más entusiasmo desprendía.

—Me parece que os voy a dejar solas —bufó Imogene—. Vosotras tenéis muchas ganas de trabajar y yo ya estoy muy mayor. ¿Te importa, Brooklyn, si aprovecho para visitar a una antigua amiga?

—Por supuesto que no —le dije—. Márchate tranquila.

—¿Podrás acercarla a casa después?

—Sí, claro. —Dudé un instante—. ¿Jonathan sabe que... estáis aquí?

—Por supuesto que lo sabe. —Puso los ojos en blanco—. Y muerto de la envidia que se ha quedado. En fin, me voy. —Le dio un beso a Autumm y otro a mí—. Pórtate bien, cielo. ¡Y gracias por todo, Brooklyn!

Pasamos un buen rato preparando pedidos con la ayuda y el entusiasmo de la niña, que se convirtió en el juguete de Harper y Patrick. Era tan fácil quererla...

Pero, mientras nos disponíamos a terminar de cerrar la última caja, una llamada en mi móvil me hizo recordar la cita que había concertado para ese día.

—Oh, vaya —refunfuñé mientras miraba la pantalla, sin contestar—, es Naomi, mi agente inmobiliaria. Había quedado con ella para hoy en ir a visitar apartamentos de alquiler. Como tú y yo teníamos que vernos mañana... —le dije a Autumm.

—Es cierto, por fin te independizas —mencionó Harper.

—Tendré que posponer la cita —suspiré.

—No —intervino Autumm—, no pasa nada. Si tienes que ir a ver sitios para vivir, puedo acompañarte, y puedo ayudarte a elegir.

—Eso es una buena idea —señaló Patrick—. Ninguno de nosotros podía ir contigo y pensabas ir tú sola a tomar una decisión tan importante como elegir vivienda. Autumm será de gran ayuda.

—¡Sííí! —exclamó la pequeña—. ¡Quiero acompañarte, Brook! ¡Porfa, porfa, porfa...!

—Vale, vale. —Contesté por fin a la llamada—. Sí, Naomi..., en diez minutos estás en la puerta... De acuerdo, hasta ahora. —Me dirigí a Autumm al tiempo que comenzaba a desabrocharme la bata—. Pues nada... ¡A ver apartamentos!

Nos desplazamos por la ciudad en el coche de Naomi y llegamos al primer piso, el primero en la lista de la agente. Estaba situado en la calle 72, en el Upper West Side, muy cerca de un parque desde donde se podía divisar el río Hudson, así que ya tenía a su favor la ubicación y el precio. Incluso, cuando lo vi por dentro, me pareció muy nuevo y agradable. Miré a Autumm con una sonrisa que ella se encargó de borrar cuando movió la cabeza de un lado a otro en señal de negación.

—No me gusta para ti, Brook.

—Pero ¿por qué? —le pregunté, desconcertada—. ¡Está genial, cielo!

—¡Es diminuto! —exclamó—. Todo está junto: la cama, el sofá, la tele y la cocina.

—Es un estudio —suspiré—. No puedo permitirme nada más grande. Pero ¿y qué me dices de la cercanía del parque y del río?

—Pero no se ven desde la ventana —volvió a gruñir—. Solo se ven edificios. Qué triste...

—Puedo enseñarte más —sugirió Naomi.

—Sí, será lo mejor —acepté, desalentada.

El siguiente de la lista estaba muy cerca de mi trabajo, en el East Village, a solo unos pasos de Union Square, y era muy soleado. Pero, en cuanto entramos y nos topamos con la nevera y el fregadero justo al lado de la puerta, no tuve más que mirar a Autumm para saber que no le iba a gustar.

—Qué feo —me dijo sólo moviendo los labios, sin emitir sonido alguno.

Vimos un tercero, y un cuarto, pero todos le parecieron horribles. Naomi, a pesar de su paciencia, sugirió que nos viésemos otro día y nos dejó justo en la entrada de Central Park.

—Autumm —suspiré una vez que estuvimos solas—, no puedo ser tan exigente. Cualquiera de los apartamentos que hemos visto estaría bien para empezar.

—Todos eran feos y pequeños —refunfuñó.

—Necesito encontrar pronto un lugar donde vivir.

—Pero tú vives con tus padres, ¿no?

—Por eso. —Sonreí mientras accedíamos al parque—. Ya va siendo hora de tener mi propia casa. Tengo veintisiete años.

—Pero estabas viviendo en la mía... ¿No te gusta vivir en mi casa?

—Ay, Autumm, cielo...

Había estado tan ciega... Ni siquiera me había dado cuenta de la jugada de la niña: a todos los apartamentos les había encontrado inconvenientes porque deseaba que volviera a vivir con su familia. En realidad, quería que formase parte de ella.

—Pues claro que me gusta vivir en tu casa... Pero, si te parece, hoy no deberíamos tener conversaciones tan serias sobre lugares donde vivir o familias. ¡Te invito a un helado!

—¡De chocolate! —gritó.

Nos hicimos con dos helados en uno de los puestos de Central Park y nos los comimos montadas en sendos caballos del viejo carrusel. Después cogimos un par de bicicletas y recorrimos el parque hasta que estuvimos tan cansadas que acabamos tiradas en el suelo viendo uno de los espectáculos del teatro de marionetas. Autumm terminó adormilada en mi regazo mientras contemplábamos la representación de *La bella durmiente*.

—Es hora de irnos, bella durmiente —la desperté al finalizar.

Siguió acurrucada junto a mí en el trayecto en taxi hasta su casa. Tuve que cogerla en brazos para acercarla hasta la puerta y tocar el timbre. Jonathan fue quien salió.

—Buenas noches. Le traigo un paquete a domicilio —bromeé al tiempo que la pasaba a los brazos de su padre. Autumm abrió los ojos cuando Jonathan la sostuvo.

—Vaya —continuó él con la broma—, qué paquete tan interesante. No sé si quedármelo. —Rio—. ¿Os lo habéis pasado bien?

—Sí, papi —dijo en mitad de un gran bostezo—. He ayudado a Brook en su tienda, hemos comido helado, paseado en bici, hemos ido al teatro... Ah, y la he ayudado a elegir apartamento.

—Qué tarde tan movida. —Su padre sonrió. Después me miró a mí—. ¿A elegir apartamento?

—Sí —respondí—. Ya es hora de independizarme. Aunque lo haré..., ya sabes, cuando pasen las elecciones.

Con ello le recordaba que nuestra farsa seguía vigente, y que no daría el paso hasta que se hubiese oficializado nuestra separación.

Dolía mucho hablar con él después de nuestra última discusión; después de tantos días sin verlo. Al contemplarlo allí, en la puerta de la que había llegado a considerar mi casa, vestido con ropa informal y con su hija en brazos, me envolvió una triste nostalgia.

—Pues... espero que tengas suerte en tu búsqueda —me dijo en un suave murmullo.

—Gracias —musité.

Autumm se había vuelto a acurrucar en el hombro de su padre mientras nosotros seguíamos en aquella especie de conversación trivial. Él parecía incómodo, yo estaba nerviosa, y cada uno le lanzaba alguna mirada de soslayo al otro. Las veces que cruzamos nuestros ojos, una honda presión se instaló en mi pecho. Sentía deseos de abrazarlo y entrar con él en casa, cenar con él, con su hija y su tía, acostar después a Autumm y dejar que me peinara, como si nuestro tiempo juntos hubiese sido real. Luego recordé nuestra última conversación, en la que yo le abría mi corazón y a él parecía no importarle que lo amara porque seguía amando a su mujer. Y vuelta a la realidad.

—Bueno... —titubeé—, tengo que marcharme. El taxi está esperando.

—Sí, claro... Gracias de nuevo por pasar tiempo con Autumm.

—Ha sido un placer.

Me di la vuelta y, tras andar un par de pasos, paré de golpe al oír su voz, ronca y profunda, pronunciando mi nombre.

—Brooklyn...

—¿Qué? —pregunté, girándome de nuevo hacia él, con la esperanza de que hiciera realidad mis deseos y me pidiera quedarme con ellos.

Durante un imperceptible instante, creí ver un atisbo de anhelo en sus inolvidables ojos verdes, pero fue un momento tan efímero que quizá solo lo imaginé.

—Nada... Gracias otra vez.

—Nada que agradecer. —Sonreí—. Quiero mucho a Autumm, ya lo sabes.

Avancé de nuevo hacia el taxi y me introduje en el interior.

—Y también te quiero a ti —susurré al tiempo que me alejaba de ellos.

Capítulo 30

Jonathan

La puerta de la habitación de Autumm permanecía abierta, así que aproveché para dejarme caer en el marco y observarla en silencio. Sentada sobre la cama, le leía algo a su muñeca, Matilda, de la misma forma y con el mismo entusiasmo que lo haría con una persona de carne y hueso. Siempre pensé que, al ser el último juguete que le había regalado su madre, para mi hija, hablar con su muñeca era como hablar con Allison.

Pero un juguete ya no era suficiente para ella... y por eso se había hecho tantas ilusiones con Brooklyn. Y seguía desgarrándome el corazón cada vez que recordaba su llanto la noche que se marchó. Tuve que dormir con ella y abrazarla hasta que se quedó agotada de tanto llorar.

Imogene me vio y se acercó. Me cogió del brazo y me dio una palmadita.

—Es agradable contemplarla, ¿verdad? —susurró.

—Sí —respondí—. Parece que, después de pasar un montón de días enfadada conmigo, está más tranquila.

—Ver a Brooklyn le ha sentado bien —señaló.

—Ya lo veo... —musité.

Mientras hablaba con Imogene, observé las variadas muecas que componía mi hija, desde la más graciosa a la más dramática, pasando por la más seria.

—¿Qué le lee a Matilda? —le pregunté a mi tía—. Lo hace con mucho entusiasmo.

—Oh, la carta que le escribió Brooklyn antes de marcharse. Pero ni intentes preguntarle qué pone, porque no te lo va a decir. Dice que es un secreto entre ellas y que así debe seguir.

Sonreí por aquella conexión creada entre ambas, algo fácil de entender si tenía en cuenta lo mucho que la echábamos de menos en casa... todos nosotros.

—Tú también la extrañas, ¿verdad? —me planteó Imogene.

—¿A qué viene eso? —Traté de ocultar mis pensamientos.

—Podrías hacer lo mismo que tu hija. —Ignoró mi pregunta—. Podrías quedar con ella de vez en cuando, como amigos...

—No empieces, tía...

—Vale, lo retiro. Vosotros no podéis ser amigos.

Suspiré al tiempo que accedí al dormitorio de Autumm. Esta, al verme entrar, dobló con rapidez la carta y la guardó bajo uno de los cojines del cabecero.

—Hola, papi; hola, tía Imogene. ¿Queréis jugar conmigo? Estaba pensando en hacer una

merienda. —Saltó de la cama y se arrodilló en el suelo para empezar a disponer los cubiertos de color rosa sobre la pequeña mesa donde organizaba sus «meriendas».

—A mí me apetece mucho —señaló Imogene.

—A mí también. —Sonreí, aunque elegí sentarme en el filo de la cama mientras mi tía se acomodaba en una silla de diminuto tamaño. A mí me habría sido imposible levantarme luego de allí.

—Bien —dijo Autumm con satisfacción—. Pues empezaré por hacer un poco de chocolate...

Mientras observaba a mi hija, desconecté de su cháchara infantil. Mirarla me seguía produciendo tanta dicha que no me cansaba nunca de hacerlo. Durante un instante, sin embargo, desvié la vista hacia sus dibujos y la colorida decoración de la habitación, casi todo en color rosa, como la colcha sobre la que me hallaba sentado. Entre los cojines que se disponían sobre el cabecero, atisé la carta que había escondido. Era solo un fragmento de papel, pero se podían distinguir algunas palabras escritas. Fruncí el ceño. Aquellas letras tan elegantes...

Con disimulo, cogí la carta y... Autumm me la arrancó de las manos.

—¡No puedes leerla! —exclamó—. ¡Es secreta!

—Por favor, Autumm —le pedí—. Déjame verla solo un momento. Necesito... necesito comprobar algo.

No estaba seguro de lo que había visto, y necesitaba corroborarlo. No podía ser, por supuesto. Había leído tantas veces aquellas lejanas cartas que me parecía ver las mismas letras en cualquier parte, eso debía de ser.

—No. —Ocultó las manos detrás de la espalda y movió la cabeza de un lado a otro. Yo ya me había separado de su cama y me incliné ante ella.

—Te prometo que no la leeré —insistí—. Solo quiero ver cómo es la letra, por favor, cariño...

—Vaaale —respondió tras meditarlo un instante que se me hizo eterno—, pero no la leas, *porfa*.

Me tendió la cuartilla y la cogí entre mis temblorosos dedos. En cuanto aquellas palabras aparecieron ante mí, no tuve ni la menor duda: era la misma letra.

La letra de mis cartas.

—¿Qué ocurre, Jonathan? —Mi tía se acercó a mí, preocupada.

De mis dedos, el temblor pasó a propagarse por todo mi cuerpo. ¿Cómo era posible? Brooklyn, ¿la autora de aquellas cartas? ¿La artífice de las palabras que me ayudaron a sobrevivir? ¿La mujer que se ganó mi corazón sin necesidad de verla porque leer sus textos había sido como tenerla a mi lado?

La mujer de la que me enamoré...

Algunas cosas, de pronto, cobraron sentido... como las veces que me asaltó la sensación de *déjà vu* al estar con ella, o las ocasiones en las que reconocí algunas palabras de su boca y las creí una mera casualidad...

Levanté la vista del papel y advertí cómo me miraban mi tía y mi hija.

—¿Papi? ¿Qué te pasa? ¿Vas a llorar?

—No —musité, a pesar de la agitación de todo mi cuerpo—, no voy a llorar. Bueno... puede que un poco, pero no de tristeza.

—Jonathan, hijo... —murmuró Imogene, desconcertada todavía ante mi respiración agitada y el temblor de mis labios.

Entonces, la miré a ella, miré a mi hija, y de mi boca surgieron las palabras que jamás pensé volver a decir.

—La amo —declaré—. Amo a Brooklyn. —Continuaron mirándome, estupefactas—. ¿Me habéis oído? ¡Quiero a Brooklyn!

—¡Papi...! —Mi hija abrió al máximo su boca y sus ojos, pero no se movió, como si quisiera ir con cuidado para no romper el momento.

—Dinos algo que no sepamos —bufó mi tía.

—¡Y ella me quiere! —proseguí, sumido en aquella especie de locura repentina—. ¡Es cierto que me quiere desde hace tiempo!

Sin soltar la cuartilla, abracé con fuerza a Imogene y la estrujé entre mis brazos.

—¡Pues claro que te quiere, pedazo de mula terca!

—Y no le han importado mis cicatrices, tía, ni las físicas ni las del alma. Me ama a pesar de mi carácter, mi cojera y mis fantasmas.

—¡Alabado sea el Señor, que le ha devuelto la sensatez a este muchacho!

A continuación, me abalancé sobre Autumm, la cogí en brazos y giré sobre mí mismo para dar vueltas con ella por toda la habitación.

—La quiero, la quiero, la quiero... —repetí una y otra vez mientras mi hija reía a carcajadas.

—No sé qué es lo que te ha hecho ponerte así —me dijo mi tía—, pero no importa, Jonathan. Ve a por ella y díselo.

Dejé a Autumm en el suelo, cogí una de sus manos y otra de la mujer a la que tanto le debía.

—Nunca dejaré de amar a Allison —declaré solemnemente—. Ella fue mi amor y siempre estará en mi corazón.

—Por supuesto, hijo —comentó Imogene con ternura—, pero tu corazón es tan grande que hay espacio para más amor. Rehacer tu vida y volver a amar después de sufrir tanto no significa olvidar; significa seguir viviendo.

—No es algo malo, ¿verdad? —insistí en preguntar.

Todavía quedaba en mí un resquicio de culpabilidad y de deslealtad.

—Amar nunca puede ser algo malo, tesoro —volvió a tranquilizarme Imogene.

—¿Va a volver Brooklyn con nosotros, papi?

—Lo voy a intentar, cariño. —Acaricié su suave cabello rubio. Allison siempre viviría en ella—. Aunque puede que todavía esté enfadada conmigo.

—¡Pues ya sabes! —exclamó, tan contenta que no se estaba quieta—. ¡Tenéis que daros un abrazo! ¡Y un beso! —Lanzó una risilla traviesa—. En la boca, claro. Si sois novios de verdad...

—Descuida —le dije tras darle un beso en la frente—. Le voy a dar un montón de besos. Y la voy a abrazar tan fuerte que no permitiré que nos deje nunca más.

—Y, para que puedas darle todos esos abrazos que mencionas —comentó Imogene—, he pensado que esta noche la vamos a pasar en casa del abuelito. ¿Qué te parece, Autumm? Ya es hora de que ese cascarrabias de mi cuñado te disfrute un poco.

—¿Para que papá y Brook puedan estar solos? —preguntó, entusiasmada—. ¡Sííí!

—Gracias, tía. —Le di un sonoro beso—. Os quiero. Os quiero mucho a las dos.

—¡Dile a Brook que nosotras también la queremos! —me gritó mi hija al tiempo que yo salía a toda prisa de la habitación.

—¡Seguro que ya lo sabe! —respondí mientras bajaba los escalones todo lo rápido que me permitía mi limitada articulación.

Cogí una chaqueta del perchero y las llaves del coche y salí tan aprisa de casa que apenas fui consciente de la lluvia hasta que, después de arrancar, advertí los regueros de agua sobre el parabrisas. Nunca un trayecto tan corto se me había hecho tan largo.

Aparqué frente a la casa de los Edwards. La lluvia había arreciado, pero seguía sin notar nada, tal era la agitación que sentía. Después de tocar al timbre, Jocelyn salió a abrir.

—Hola, Jonathan —me saludó, contenta, al tiempo que me dejaba pasar al vestíbulo—. El señor Edwards no está, ni su esposa tampoco...

—Vengo a ver a Brooklyn —le aclaré—. ¿Está en casa?

—Sí —sonrió con afecto—, en el salón. Ve con ella, Jonathan. Yo estaré en mi habitación si me necesitáis, aunque intuyo que no.

Con el corazón tan acelerado que temí que fuera a salirse de mi pecho, me acerqué al salón y me asomé a la puerta. Enseguida vi a Brooklyn, que permanecía de pie detrás de un ventanal, observando la lluvia que caía sobre el jardín. Una intensa emoción revolvió mis entrañas al contemplar su silueta y su melena dorada y cobriza. Con sumo cuidado, me acerqué a ella y paré a su espalda antes de llegar a rozarla.

—Me gusta la lluvia —comencé a recitarle las palabras que me sabía de memoria—, pero no solo para contemplarla desde una habitación caliente y confortable, sino para disfrutarla y sentirla.

Brooklyn no se dio la vuelta, pero percibí con claridad la conmoción que habían ocasionado mis palabras en su cuerpo. Sin dejar de mirar a través del cristal, recitó lo que venía a continuación.

—He imaginado que salía fuera —balbució sin evitar la emoción— y dejaba que el agua mojase mi cara y mi pelo, y que sentía la hierba húmeda bajo mis pies descalzos mientras me envolvía el olor a tierra mojada. Sin embargo, no lo he hecho, no he salido. ¿Y sabe por qué?

Abrí la cristalera que daba al jardín trasero de la casa, tomé la mano de Brooklyn y tiré de ella hacia el exterior. Me agaché para quitarle los zapatos y después hice lo mismo con los míos.

—Porque creo que es algo para disfrutar en compañía. Un día lluvioso me parece algo triste,

pero no si se tiene a alguien al lado.

Pronto, nuestro cabello quedó empapado, lo mismo que nuestras ropas y nuestros pies, que se hundían en la alfombra de hierba mojada. Los regueros de agua caían por el rostro de Brooklyn, que me miraba embelesada, clavando en mí sus preciosos ojos turquesa.

—Eras tú, Brooklyn. Eras tú...

—Sí —musitó con sus temblorosos labios—, era yo. Ya te dije que te amo desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo constaste? —le pregunté mientras apartaba un húmedo mechón de su rostro.

—No quería condicionarte. Si aquellas cartas fueron importantes para ti, decirte que yo era la autora era como obligarte a que sintieras algo por mí.

—¿Si fueron importantes para mí? —Abracé su cuerpo, que todavía permanecía caliente a pesar del agua que lo calaba. Nuestros rostros estaban tan cerca que el vaho que surgía de nuestras bocas se convirtió en un solo aliento—. Me enamoré de ti, Brooklyn, de la creadora de aquellas palabras, de la persona que fue capaz de llegar a mi alma con solo unas letras escritas.

—Pero tú quieres a esa mujer que imaginaste en tu mente —me rebatió—. La creaste a tu modo... Es una fantasía...

—Tienes razón —la interrumpí—. Me enamoré del alma de aquella mujer que creé en mi mente, y me volví a enamorar de la mujer real que eres tú, Brooklyn. Las dos juntas sois un sueño para mí.

—Jonathan... —musitó antes de cerrar los ojos. Las gotas de agua caían en sus párpados y rodaban por sus mejillas y sus labios.

—Te quiero, Brooklyn. No sé si menos, más o igual que quise a Allison. No lo sé y no me importa. Lo que sí sé es que, si me faltas, me siento tan solo y perdido como me sentí el día que desperté en la cama de un hospital alemán.

—Esto de que nos llueva en la cara tiene sus ventajas —sonrió a pesar de sus labios temblorosos—: estoy llorando y no te has dado ni cuenta.

Reí con su comentario, lo que me hizo recordar lo maravillosa que era.

—Creo que soy demasiado espontánea para ti —prosiguió, componiendo una mueca—. Puede que sea un problema para tu cargo público, como lo he sido para mi padre.

—Tu padre está orgulloso de ti —le recordé—. Y a mí me pareces perfecta. Eres única y especial, Brooklyn Edwards. Tan única, que resultas perfecta para un hombre como yo. Siempre has sido para mí, Brook.

Sin demorarlo más, me apoderé de su boca y la besé como nunca la había besado. Mi lengua captó el sabor de su lengua y lo mezcló con el de sus labios, impregnados de la sal de sus lágrimas y del agua de la lluvia que no había cesado. Besar a Brooklyn fue como morder un pedazo de cielo, como saborear un bocado de vida.

—Creo que deberíamos entrar ya —susurré mientras mis labios se deslizaban sobre la piel

aterciopelada de su mandíbula—. Estamos chorreando.

—Sí, entremos —murmuró ella.

Al otro lado de la cristalera nos esperaba Jocelyn, con unas toallas y la chimenea encendida.

—Vais a pillar una pulmonía, por Dios bendito. Acercaos al fuego para calentaros, pero deberíais desprenderos de esas ropas mojadas.

—Aquí se está bien —le dije a la mujer—. No te preocupes, Jocelyn, nos secaremos enseguida.

Extendí las manos hacia la chimenea para atrapar el calor mientras observaba cómo Brooklyn deslizaba los húmedos mechones cobrizos de su pelo por la toalla. Las llamas dotaron a su rostro de un color bronceo y me recordó a una hermosa sirena.

Fruncí el ceño al advertir la seriedad de su expresión.

—¿Qué ocurre, Brooklyn? —le pregunté.

—¿Recuerdas la penúltima carta que te escribí?

—Hasta la última coma. Es aquella en la que parecías pedirme perdón. Nunca entendí a qué te referías.

—Ven un momento conmigo.

Me cogió de la mano y me llevó hasta los pies de la escalera que comunicaba el vestíbulo con el piso superior.

—Quédate aquí —me pidió antes de que ella subiera los escalones y acabara sentándose en el último. Aferró los barrotes de madera y apoyó el rostro en uno de los huecos.

—Me mirabas desde ahí arriba. —Sonreí, entendiendo la escena que acababa de crear.

—Sí —musitó—. Tenía cinco años la primera vez que te vi. Me guiñaste un ojo y me sonreíste.

—¡Lo recuerdo! —exclamé, entusiasmado porque apareciese de repente aquella imagen casi olvidada—. Llevabas un camisón blanco, ¿verdad?

—Lo recuerdas... —susurró, emocionada—. Pues fue la primera de muchas veces. Durante años, te observé desde aquí. Conforme fui creciendo, te convertiste en el protagonista de mis sueños, cada vez menos infantiles.

—Eras demasiado joven para mí —le señalé con una apesadumbrada sonrisa—. Quizá... tenía que pasar todo lo que ha pasado para que nos reencontráramos.

—Sí, quizá...

Observé con desconsuelo cómo apoyaba el rostro en la baranda y cerraba los ojos. Parecía tan triste...

—Lamento que tuviera que pasar tanto tiempo, Brook. ¿Es por eso por lo que estás tan afligida? ¿He llegado tarde para... nosotros?

—No, claro que no —respondió—. Te quiero, Jonathan, y que tú me quieras a mí es un regalo infinitamente deseado. Tal vez demasiado deseado y a un precio demasiado elevado.

—No entiendo...

—El día que te vi aparecer con Allison, supe que ella sería la elegida —me explicó—. Lo supe tan a ciencia cierta, que la odié; la odié con toda mi alma. —Me miró fijamente desde su refugio en lo alto de la escalera—. Deseé que muriera, Jonathan.

—Qué estás diciendo, Brook...

—Que le deseé la muerte a tu mujer —reiteró—. Y, cuando me enteré del atentado, durante días lloré de la culpa que sentía. Esa es la razón de que se me ocurriera lo de las cartas. Fue una forma de redimirme, de hacer algo por ti, para ayudarte en tu convalecencia. Y por eso te pedí perdón en ellas, aunque sabía que nunca lo conseguiría.

Desconcertado, continué al pie de la escalinata.

—¿Por qué me lo has contado, Brooklyn? —le pregunté—. Eras una niña. Hace años de eso y yo jamás lo habría sabido.

—Porque necesito que me perdones —respondió—. Porque no me he perdonado a mí misma por pensar algo tan horrible.

—¿Y si Allison siguiese viva? —le cuestioné—. ¿Seguirías necesitando ese perdón?

Se mantuvo en silencio unos segundos.

—No lo sé. Supongo que no.

—¿Crees que tú eres la culpable de su muerte?

—No —musitó.

Tras un suspiro, subí los escalones, me senté a su lado y elevé su barbilla con la punta de mis dedos para que me mirase.

—¿Sabes? —le dije—. Estás cometiendo el mismo error que yo, que llevo años sintiéndome culpable de la muerte de mi mujer. No hago más que repetirme que tendría que haberla convencido de que no fuera, que tendría que haber declinado la invitación del embajador, que tendríamos que haber aumentado la seguridad, que jamás tendría que haberme hecho marine... Si sigo así, acabaré culpándome de haber existido. —Abarqué su mejilla con mi mano—. Los únicos culpables fueron los que pusieron la bomba, Brook. Ni yo por permitir que Allison fuera a un país convulso, ni mucho menos una niña que deseó algo que, en realidad, no sentía. Te conozco, Brooklyn, y serías incapaz de desearle nada malo a nadie. Eres la persona más generosa y altruista que conozco, por eso me he enamorado de ti.

—Lo siento... —sollozó al tiempo que apoyaba la cabeza en mi hombro—. Siento que ella muriera, Jonathan, te lo prometo...

—Claro que lo sientes —le dije mientras acariciaba su pelo.

La abracé durante un largo instante, hasta que pareció calmarse un poco, algo que noté por su respiración más pausada.

—La verdad —comenté tras ese rato en silencio— es que desde aquí se tienen unas buenas vistas.

—Las mejores. —Sonrió por fin.

—Yo no tengo una casa tan majestuosa como la del futuro gobernador —bromeé—, pero, aun

así, ¿te apetece venir conmigo?

—Sí —contestó con una sonrisa que me revolvió las entrañas. ¿Cómo había sido capaz de negarme durante tanto tiempo lo que sentía por ella?—. Me apetece mucho ver a Autumn e Imogene otra vez.

No la saqué de su error. No le dije que no habría nadie en casa y que lo único que deseaba era hacerle el amor durante toda una noche.

—Vamos —me limité a responder mientras la cogía de la mano.

Capítulo 31

—No hay nadie —le dije a Jonathan mientras nos dirigíamos a la planta superior.

—No, no hay nadie —repitió.

—Estamos solos.

—Sí, estamos solos —reiteró.

Mi corazón galopó a toda máquina. Todo el vello de mi cuerpo se erizó, mi piel subió de temperatura y mis pechos se irguieron. Una casi dolorosa excitación se instaló en mi sexo, ávido e impaciente por lo que se avecinaba.

Aferrando su mano, me dejé guiar hasta su habitación. Cerró la puerta y se aproximó a mí. La tenue claridad de la luna que entraba por la ventana resultaba suficiente para contemplar sus hermosos rasgos, que contenían un anhelo y un deseo que hasta ese instante no había visto en él.

—Quítame la ropa, Brooklyn —susurró.

Aquella petición hubiese parecido normal en un momento íntimo de cualquier pareja, pero, para nosotros, tomaba un significado especial, porque era algo a lo que Jonathan se había negado desde la muerte de su mujer.

Expectante y feliz de que aquello hubiese cambiado, le quité la chaqueta, el jersey, los pantalones... hasta dejarlo completamente desnudo. Deseé deslizar la punta de mis dedos por las marcas rosadas de su piel, pero decidí no hacerlo. Aquellas cicatrices ya no llamaban tanto mi atención, porque formaban parte de él. Jonathan Reed era todo aquello que contemplaba; un hermoso cuerpo que había logrado sobrevivir.

—Ahora te toca a ti —le dije.

Sin dejar de mirarme, Jonathan procedió a despojarme de cada una de mis prendas, hasta dejarme tan desnuda como él. El frío y la excitación me hicieron temblar y anhelé que me abrazara más que nada en el mundo, pero lo que hizo fue cogermme en brazos y depositarme sobre las blancas sábanas. Íbamos a hacer el amor en su cama...

Pero volví a quedarme con las ganas de su abrazo, porque me dio la vuelta y me colocó boca abajo. Percibí su presencia a mi espalda, así que cerré los ojos cuando apartó mi melena a un lado y sentí su aliento en mi piel. Tuve que aferrar con fuerza las sábanas cuando sus labios comenzaron a recorrer mi nuca, mis hombros y toda mi columna vertebral, siguieron después por mis caderas, mis glúteos y mis piernas. Los escalofríos se adueñaron de mi cuerpo cuando le llegó el turno a mis corvas o mis pantorrillas...

—Jonathan... —gemí, como cada vez que conseguía llevarme a lo más alto del deseo.

—Ahora, cariño —susurró al tiempo que me giraba y me colocaba boca arriba—. Deseaba tanto poder besar tu cuerpo despacio...

A continuación, depositó su boca en mi garganta y descendió hasta mis pechos, donde se demoró minutos, chupando y lamiendo mis pezones a conciencia. Lancé un hondo suspiro y arqueé el cuerpo, que clamaba por sentir el peso del suyo. Pero él siguió besando cada centímetro de mi piel. Le llegó el turno a mi estómago, a la hondonada de mi ombligo y a mis muslos, que abrió con ternura para colocar su cabeza entre mis piernas, abrir mi sexo con sus dedos y devorarlo con ansia.

Mis suspiros dieron paso a un desgarrador gemido, y mi espalda se arqueó hasta que solo mi cabeza y mis pies tocaron la cama. El placer resultaba tan avasallador que embestí con fuerza contra su boca hasta que un ardiente orgasmo se adueñó de mi cuerpo, que se convulsionó una y otra vez, hasta que, casi sin fuerzas, caí desmadejada de nuevo sobre las sábanas. Jonathan lamió los restos de mi clímax y, después, subió por mi cuerpo antes de dejarse caer en él.

—Oh, Dios... —gimió cuando estuvimos unidos.

—Sí... —gemí. Ambos sentimos las estremecedoras sensaciones que se agolparon de repente al abrazarnos sin ningún tipo de barrera; ni de ropa, ni de la mente.

—Brooklyn... —susurró.

—Ya era hora —le dije, acariciando su mejilla—. Nunca habías pronunciado mi nombre durante nuestros... encuentros. En realidad, nunca decías nada, y lo eché tanto de menos...

—Quise hacerlo. —Mientras hablaba, deslizaba sutilmente su nariz y su boca por mi pelo, mi rostro, mi cuello. Aunque lo que de verdad me estremecía era sentir su pecho en mi pecho, su sexo en mi sexo, sus piernas enredadas entre las mías—. Porque te deseo, Brooklyn, desde la primera vez que te vi.

—Espero que no te refieras a cuando tenía cinco años —bromeé.

Levantó un instante la cabeza para mirarme con diversión.

—Qué mala eres. —Rio—. Claro que no. Me refiero a cuando te vi en el salón de tu casa, el día que debíamos hablar de nuestro trato por primera vez.

—Ya lo sé, tonto. —Reí—. Y sigue hablando, que me gusta. Me gusta mucho.

—Como te iba diciendo —cogió mis manos y las levantó para que me aferrase al cabecero de la cama—, ya entonces me pareciste lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. —Se apoyó en los codos para poder admirarme—. Tan hermosa que quise irme corriendo.

—¿Por... qué? —gemí. Al mismo tiempo que hablaba, sus caderas no cesaban de moverse, provocando una erótica fricción entre nuestros sexos que me volvía loca.

—Porque, a pesar del deseo que sentí, desde aquel instante supe que no me conformaría con un polvo contigo. Algo me dijo que quería más, mucho más.

—¿Te... gusté?

—Sí, demasiado. Y no solo tu físico, sino aquella forma de encararme y de exigirme explicaciones. Le echaste la culpa a mi pierna de mi malhumor, pero tú eras la verdadera

culpable.

—¿Yo? —Entre frase y frase, Jonathan no dejaba de deslizar su lengua por mi cuello, mi oreja, mis pechos... al tiempo que sus manos masajeaban mis caderas y mis glúteos.

—Sí, tú. Esperaba a una chica y me encontré a una mujer a la que, nada más ver, me imaginé haciendo con ella exactamente lo que estamos haciendo ahora.

—¿Y qué problema había? —volví a gemir.

—Que eras demasiado joven; que irradiabas luz; que desprendías vida. Corría el riesgo de que trastocaras mi mundo de dolor y pesadillas.

Ya no podía sopórtalo más. Si seguíamos moviéndonos uno contra el otro, acabaría demasiado pronto.

—Jonathan, cariño —le dije tras un gemido—. Me encanta que hables, lo estaba deseando, pero creo que también podrías...

No dejó que acabase mi petición. Jonathan se introdujo en mi cuerpo hasta que nuestras caderas chocaron y ambos gemimos de insoportable placer. Empezó después a moverse cada vez más aprisa, por lo que tuve que soltarme del cabecero y agarrarme a su espalda. Y ni siquiera en lo más alto del placer dejó de mirarme. Sus preciosos ojos verdes se clavaron en los míos, como habían hecho tantas veces en mis sueños, en los que soñé que me hacía el amor de la misma manera en que me lo estaba haciendo, con deseo, con pasión, con amor... y pronunciando mi nombre una y otra vez.

—Brooklyn... —jadeó—. Brooklyn, Brooklyn...

El placer de sus embestidas se multiplicó por mil al oír mi nombre de sus labios. Y así, abrazados, desnudos y en su cama, alcanzamos ambos el clímax entre profundas inspiraciones y los susurros de nuestros nombres. Al acabar, nos dejamos caer sobre las almohadas y nos colocamos uno frente al otro. Me quedé embobada admirando su hermoso rostro en la penumbra mientras Jonathan enredaba sus dedos en los mechones despeinados de mi cabello.

—¿Por qué te llaman pelirroja —me preguntó— si tu color de pelo es mucho más que eso?

—No sé. —Me encogí de hombros, estremecida por la ternura que implicaban sus sutiles caricias—. Supongo que, aunque tengo una mezcla de varios tonos, predomina el cobrizo.

—Me encanta —musitó.

—Gracias.

Nos mantuvimos unos minutos en silencio, simplemente mirándonos, tocándonos, aunque había un tema que yo sabía que Jonathan no tardaría en sacar.

—¿Cómo te las ingeniaste para dejar las cartas en el centro de rehabilitación sin que nadie te viera? —me preguntó, como ya esperaba.

—Cuando te recuperaste de las operaciones —comencé tras un suspiro—, supe de tu ingreso en aquel centro. Lo primero que hice fue presentarme allí con la intención de verte, pero luego me lo pensé mejor. Yo no pintaba nada allí... así que te escribí la primera carta y volví a conducir hasta Green Bay, sin saber muy bien qué iba a hacer con ella.

—Brook... —musitó, sobrecogido—. Son más de quince horas de viaje...

—Lo sé. —Sonreí—. Lo recuerdo bien, después de pasarme seis meses yendo cada semana.

—¿Y qué hiciste con la carta?

—Una joven enfermera que trabajaba en el centro se me acercó y me preguntó si venía a visitar a alguien, puesto que me había visto varias veces y nunca salía del coche. Dudé, pero acabé por contarle mi historia y casi la hice llorar. —Sonreí con tristeza—. Se ofreció a ser ella quien dejara la carta en la recepción. Cada día que iba tenía que pasar por allí, así nadie advertiría que la introducía entre el resto de la correspondencia. Además, aunque no estabas entre sus pacientes, le era fácil averiguar tu estado y tus avances para luego informarme a mí.

—¿Y viajaste allí todas aquellas veces para darle la carta a la enfermera? —inquirió, sobrecogido—. Dios mío, Brook...

—Tonterías que hace una con veintipocos años —bromeé.

Jonathan me abrazó con ternura y besó mi pelo.

—Gracias, Brooklyn —susurró—. Gracias por quererme.

—¿Y cómo sabes que te quiero? —le pregunté, juguetona.

—Pues... a ver... Deja que piense... —A continuación, me atrapó debajo de su cuerpo y comenzó a hacerme cosquillas—. Dímelo otra vez por si acaso. —Rio—. ¡Vamos, mi rubia-pelirroja, dímelo!

—¡Noo! —grité entre carcajadas, aunque no pude aguantar mucho aquella divertida tortura—. ¡Vale, vale! ¡Te quiero! ¡Te quiero!

—Ya lo sabía —me dijo con falsa petulancia cuando cesó y volvió a abrazarme.

—Me lo has sacado bajo coacción —bromeé entre risas.

—Te quiero, Brooklyn. —Le devolvió la seriedad a la conversación.

—Ya lo sabía. —Le guiñé un ojo, me coloqué encima de él, y procedí a hacerle el amor. En aquella ocasión, fui yo la que me di el festín por detrás... y por delante.

* * *

Nos habíamos dormido abrazados, así que enseguida me di cuenta de que Jonathan no estaba en la cama cuando extendí un brazo. Al abrir los ojos, observé las ondulantes cortinas, que se movían por la brisa que entraba por la puerta acristalada, abierta. Me levanté y un estremecimiento recorrió mi cuerpo desnudo a causa del frío que había bajado la temperatura de la habitación. Busqué entre las prendas de ropa de Jonathan y encontré una camisa de cuadros que colgaba de una silla y con la que me cubrí antes de acceder al exterior.

Bajo el cielo nocturno salpicado de estrellas, encontré a Jonathan en la pequeña terraza, sentado en una silla, masajeándose la pierna herida. Se había puesto una camiseta y unos pantalones cortos que, posiblemente, no había usado desde hacía años. Me sentí feliz de que lo hiciera, por fin.

—Jonathan... —Me acerqué a él—. ¿Te duele mucho? No debiste cogerme en brazos y...

—Estoy bien —respondió en mitad de un suspiro—. No te preocupes...

No me estaba mirando, y su expresión taciturna me alarmó. Hasta su voz sonaba más grave y ronca que de costumbre.

—No es solo la pierna, ¿verdad? —Preferí no moverme y mantenerme a una prudente distancia de él.

—No —musitó antes de pasarse las manos por el rostro y el pelo.

—Supongo que te has sentido extraño, conmigo...

—Cuando he abierto los ojos —comenzó a explicarme— y me he visto abrazado a ti, he pensado que eras... que eras...

—Allison —completé la frase.

—Sí —susurró—. No dormía con nadie desde ella y ha resultado algo chocante para mí.

—Entiendo...

Que lo entendiera no significaba que no me doliera.

—No pasa nada —le dije, algo tensa—. Me iré a mi antigua habitación. Tómate tu tiempo.

Cuando me dispuse a apartar las cortinas para acceder de nuevo al dormitorio, Jonathan atrapó mi mano e hizo que me detuviera.

—No, espera, Brook. Por favor, no te vayas.

Con suavidad, tiró de mí hasta hacerme sentar en su regazo. A continuación, rodeó mi cintura con su brazo y apoyó mi cabeza en su pecho.

—No es eso lo que quiero —musitó—. He sentido la necesidad de sincerarme contigo, pero no deseo que te vuelvas a alejar de mí.

Aunque todavía me sentía inquieta y algo apesadumbrada, también rodeé su cuerpo con mis brazos. A pesar del frescor nocturno, su pecho estaba caliente.

—No quiero irme, Jonathan —le dije—, pero tal vez necesites tiempo.

—Ya llevo demasiado tiempo solo. Quédate conmigo, Brooklyn —me pidió mientras intensificaba su abrazo—. Quiero acostumbrarme a ti, cariño. Quédate conmigo...

—No voy a irme a ninguna parte —lo tranquilicé a la vez que alzaba ligeramente la cabeza para mirarlo y acariciar su áspero mentón—. Llevo muchos años amándote, soñando contigo y anhelando que, simplemente, me recordaras como para dejarte ir ahora que sé que tú también me quieres.

—¿No te resulta extraño? —Por fin dibujó una tenue sonrisa en su boca—. ¿Qué clase de destino rocambolesco nos ha unido?

—No he tenido tiempo de pensarlo. —Me encogí de hombros—. Y no me importa.

—Pero, piénsalo un momento, Brooklyn. —De repente, sus inolvidables ojos verdes volvían a brillar y su boca recuperaba parte de su sonrisa de antaño—. ¿Qué probabilidades había de que yo encontrara a la autora de aquellas cartas que no dejó ni una pista? ¿Y de que coincidiera

contigo en algo tan descabellado como hacernos pasar por pareja? ¿O de que me enamorara de la mujer a la que guiñé un ojo siendo una niña y en la que no volví a reparar?

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Pues que son demasiadas señales, Brooklyn; que tenía que encontrarte. —Me miró con ternura—. Y que no pienso desperdiciar lo que la vida me ha regalado.

—Humm... —murmuré con un toque de picardía—, ¿soy un regalo para ti?

—Por supuesto —rio al tiempo que acariciaba mi pelo—, ¡y qué hermoso regalo! Eres tan preciosa...

—No estoy mal —bromeé.

—Y me encanta cómo te queda mi camisa.

—¿A que sí? —le dije, usando de nuevo un tono pícaro.

Jonathan volvió a quedarse serio en el momento en el que sus dedos acariciaron mi boca, mi mentón, mi cuello... hasta que llegaron a mis pechos, que asomaban, erguidos, por entre la abertura de la camisa. Cuando pellizó uno de mis pezones, sentí un punzante tirón en mi sexo. Y cuando comenzó a chuparme el otro, eché hacia atrás la cabeza en mitad de un gemido mientras enredaba mis manos en su cabello.

—Jonathan...

—No me canso de ti —murmuró antes de seguir lamiéndome.

—Eso espero —respondí mientras me sentaba a horcajadas sobre él—, porque pienso quedarme contigo mucho mucho tiempo, mi estimado capitán Reed.

—Soy un poco viejo para ti —bromeó—. Un viejo cascarrabias y cojo.

—Uf, pues me lo voy a tener que pensar. —Abrí la cinturilla de su pantalón y afiancé su miembro, excitado, para guiarlo al interior de mi cuerpo, que lo esperaba, ansioso. Bajé sobre él y comencé a moverme arriba y abajo. Ambos emitimos un desgarrador gemido de placer mientras nuestras bocas permanecían a solo unos milímetros de distancia—. Aunque tengo la impresión de que siempre me han gustado mayores que yo; sobre todo desde que me fijé en un soldado de ojos verdes.

—Por si no te has dado cuenta —gimió—, estamos haciendo el amor en una silla y no nos hemos desnudado del todo.

—Me da igual donde lo hagamos —jadeé—. Siempre y cuando me quieras, Jonathan...

—Siempre, Brooklyn...

* * *

Por el resplandor que se colaba por la ventana, supe que ya era de día. Y también supe que Jonathan seguía a mi lado, abrazado a mí. Su respiración cadenciosa me indicaba que seguía durmiendo, así que me acurruqué un poco más contra él. Me sentí tan feliz de que siguiera a mi

lado... Más tarde enviaría un mensaje a Harper pidiéndole disculpas, pero debía aprovechar aquel momento.

Minutos después, percibí un movimiento en la habitación. Si no fuera porque se suponía que estábamos solos, hubiese jurado que alguien acababa de abrir la puerta.

Y no me equivoqué.

—¡Papi, papi, ya estamos aquí! ¡Levanta, levanta! —Un instante de silencio—. ¿Brook? ¡Ese es el pelo de Brook! ¡Eres tú, Brook, y estás en la cama con mi padre!

Quise que se me tragara la tierra, pero lo único que hice fue esconderme bajo las sábanas.

—¡Tía Imogene, tía Imogene! —siguió gritando Autumm—. ¡Papá y Brooklyn están durmiendo juntos!

—¿Qué haces ahí abajo? —Desde debajo de las sábanas, observé el rostro de Jonathan, que me miraba, divertido. Quise darle un puñetazo por estar pasándoselo en grande.

—¡Tu hija está ahí! —le dije sin alzar la voz—. ¡Estamos desnudos!

Jonathan me ignoró. Sacó la cabeza de nuevo y le sonrió a su hija.

—Buenos días, Autumm. ¿No se suponía que estabais en casa del abuelo?

—Pero han tenido que marcharse de viaje —contestó mientras se encaramaba a la cama—. ¿No llevas ropa, papi? ¿Y Brook tampoco?

—No sé —se guaseó Jonathan—. Que te lo diga ella. ¿Brooklyn? ¿No piensas saludar a Autumm?

Cerré los ojos, apreté los dientes y estrangulé mentalmente a Jonathan antes de asomarme y taparme hasta la barbilla.

—Buenos días, Autumm —la saludé.

—Entonces... si estáis durmiendo juntos... —balbució, entusiasmada—... ¡es que estáis juntos!

—Eso parece. —Jonathan sonrió.

—En cuanto se vaya tu hija —farfullé entre dientes—, te borraré de un puñetazo esa aborrecible sonrisa.

—Pues mi hija no sé si se irá —comentó con diversión—, pero mi tía acaba de llegar.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó Imogene—. ¿Qué son esos gritos...? —Se calló de repente al verme agazapada tras las sábanas—. ¡Autumm, por el amor de Dios! ¡¿Quieres dejarlos tranquilos?! —

—¡Mira tía, mira tía! —canturreaba la niña mientras se dirigía a la puerta—. ¡Duermen juntos, están juntos...!

—Que sí, que sí —rezongó la mujer mientras la arrastraba al pasillo. Después nos miró a nosotros con una sonrisilla—. Si queréis desayunar, os esperamos en la cocina. —Y cerró la puerta.

—Me muero —suspiré, mortificada, volviendo a esconderme bajo la colcha. Jonathan descendió y se colocó encima de mí. La sensación de nuestros cuerpos desnudos unidos me

seguía pareciendo tan maravillosa...

—Tenían que saberlo en algún momento.

—Pero no siendo descubiertos por tu hija de siete años —rezongué.

—Mi hija está feliz, ya la has visto. —Me dio un profundo beso y, con una energía inesperada, Jonathan se levantó de la cama—. Nos están esperando para desayunar. Voy a ducharme. Si te apetece venir...

—Será mejor que no —bufé—. Seguro que, si tardamos, vuelven a subir a buscarnos.

Unos minutos más tarde, nos encontramos con Autumm e Imogene en la cocina, que nos esperaban sentadas frente a una mesa repleta de exquisiteces, desde zumos y frutas a toda clase de bollos dulces y una montaña de tortitas. Ambas nos miraban con una exagerada sonrisa de satisfacción.

—He pensado que tendríais hambre —comentó Imogene, tratando de disimular la euforia que parecían sentir.

—Siéntate a mi lado, Brook —me indicó Autumm, señalando una silla.

Jonathan y yo nos mirábamos mientras dábamos buena cuenta de tan succulento desayuno. Nos sentíamos tan observados que éramos incapaces de masticar.

—A ver, chicas... —Él se puso en pie, me hizo levantar a mí y me abrazó por la cintura—, dejémonos de miraditas. Brooklyn y yo estamos juntos, pero juntos de verdad.

Casi me tira al suelo el impacto de Autumm contra nosotros.

—¡Sííí! —chilló la niña tras el abrazo—. ¡Lo sabía, lo sabía! ¡Sabía que se querían de verdad!

—Me alegro por vosotros, chicos —expresó Imogene con ternura.

—¿Y te vas a quedar a vivir con nosotros, Brook? —preguntó Autumm—. ¿Ya no vas a irte a ninguno de esos apartamentos tan feos y pequeños? —Arrugó la nariz.

—Pues... —titubeé.

—Espero convencerla —señaló Jonathan antes de dirigirse a mí—. Quédate conmigo, Brooklyn. Bueno, conmigo y con todos nosotros si no te parecemos demasiada gente.

—¡Sí, sí, sí, Brook! —volvió a exclamar la cría—. ¡Porfa, porfa, porfa!

—Deja que decidan ellos, Autumm —la reprendió Imogene.

—Vaaale.

—¿Qué me dices, Brooklyn? —me preguntó Jonathan tras cogerme de las manos—. Ya has vivido aquí, con nosotros, conmigo. Ya has visto lo bueno y lo malo de cada uno, aunque creo que mi parte buena eres tú.

—Yo...

Miré a Jonathan y después las miré a ellas; a tía Imogene, que amaba con todo su corazón a su sobrino y a la niña y que había demostrado lo mucho que le importaba la felicidad de los dos; después miré a Autumm, que me contemplaba con una anhelante expresión en sus bonitos ojos verdes, tan tierna, tan bonita, tan especial. Por último, volví a mirar a Jonathan, cuyos ojos, iguales a los de su hija, también esperaban mi respuesta con anhelo.

Los quería tanto...

—Sí —respondí—. Me quedaré con vosotros.

Capítulo 32

Mi padre ganó las elecciones a gobernador de Nueva York. Por supuesto, la sede electoral se convirtió en una fiesta, donde estuvimos presentes su familia, amigos, equipo de campaña, asesores, prensa... Dejamos que mi padre, siempre con mi madre a su lado, acaparara el protagonismo, aunque algún periodista se sintió interesado en Jonathan y en mí. Nuestra relación seguía suscitando interés, sobre todo el tema de la que seguían llamando la boda del año, algo que en algún momento tendríamos que aclarar que no existía.

Por supuesto, unos pocos días antes había tenido que hablar con mis padres para explicarles mi nueva situación con Jonathan. Lo hicimos los dos juntos, aunque le pedí que me dejara comenzar a mí...

* * *

—Papá, mamá... Jonathan y yo estamos juntos. Y me refiero a juntos de verdad. Me mudo de nuevo a su casa, donde viviremos, en esta ocasión, como pareja.

La reacción inicial fue de mi madre, que pareció sorprenderse en un primer momento, pero luego nos abrazó a los dos.

—Dios mío... —susurró entre cada abrazo—, os habéis enamorado realmente...

—Yo ya lo estaba —le aclaré—, pero parece que el concejal Reed no ha podido resistirse a mí —bromeé.

—Yo... —titubeó mi madre—, no puedo decir que no me sorprenda, pero me alegro mucho por los dos.

—Gracias, señora Edwards. —Jonathan le dio un beso en la mejilla y, a continuación, dirigió la mirada a mi padre, que seguía sin articular palabra.

—Papá... —murmuré—, ¿no dices nada?

—Cameron —insistió Jonathan—, sé que esto te parecerá una locura, pero te prometo que...

De pronto, mi padre echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír a carcajadas. Todos nos quedamos atónitos.

—Cameron, por el amor de Dios —lo reprendió mi madre—. ¿A qué vienen esas risas?

Tras unos instantes más de risotadas, mi padre se dejó caer en la mesa de su despacho y emitió un profundo suspiro que empezó a preocuparme.

—Perdonad —dijo tras el ataque, aún en los vestigios de las risas—, pero es que lo primero

que me ha venido a la mente ha sido que el acuerdo me pareció perfecto en su momento porque estaba seguro de que nunca podría surgir nada entre vosotros. Pensé que a Jonathan no le atraería nunca una chica tan joven como mi hija, y mucho menos querría nada serio después de todo lo que había tenido que pasar. Y tampoco pensé que alguien como Brooklyn, tan vital, tan espontánea, se sentiría atraída por un hombre tan serio que arrastraba tanta pena. Lo siento, Jonathan, pero es lo que pensé.

—Estoy de acuerdo contigo, Cameron —le dijo Jonathan—, porque yo pensé lo mismo.

Hubo un instante de silencio, en el que los tres mirábamos a mi padre, esperando que añadiera algo más.

—Pero debería haber considerado —prosiguió— que mi hija es una persona muy especial, valiente, cabezota, que persigue lo que quiere hasta sus últimas consecuencias. Y que Jonathan, mi amigo, es un buen hombre, un buen padre y alguien a quien estimo de corazón. Por mi parte —anunció—, tenéis mi bendición.

—Gracias, papá.

Emocionada, le di un abrazo y, a continuación, Jonathan le estrechó la mano.

—En fin —suspiró mi padre—, al final, toda esta locura ha servido para nuestros propósitos... y para algo más.

A mis amigos también los informé de los nuevos acontecimientos. Los reuní en el Sweet Manhattan y los puse al día.

—¡Madre mía, madre mía, madre mía! —repitió Kimberly una y otra vez.

Mi amiga iba a seguir varios meses más en San Francisco, pero atravesaba el país de vez en cuando para hacernos una visita. Desde su ruptura con Richard, había vuelto la Kim de siempre, la risueña y vivaz Kim.

—Eso es fantástico —me dedicó Harper con un abrazo—. Reconozco que, en alguna ocasión, me dieron ganas de patearle el culo a tu concejal, pero me alegro muchísimo de que estéis juntos, cariño. Sé que os queréis de verdad.

—¿Qué se siente al saber que, de ahora en adelante, vas a follar siempre con el mismo tío? —bromeó Sally, antes de reír y abrazarme también.

—Me parece que la vida sexual de nuestra querida Brook ha mejorado considerablemente —intervino Patrick, entre risas.

—Dios mío, chicas —insistió Kimberly—. ¿Recordáis aquellas conversaciones en la escalera de la casa de Brook cuando éramos apenas unas adolescentes? ¡Quién iba a imaginar que acabaría enamorando a su soldado de ojos verdes!

—Por cierto —intervino Sally—, ¿no os parece que ya va siendo hora de celebrarlo como Dios manda? ¡Necesitamos una buena juerga!

—¡Sí! —Reí—. ¡Somos novios de verdad!, así que, en cuanto pasen las elecciones, o sea, dentro de dos días, os prometo que pasaremos una inolvidable noche de chicas. Y ahí te incluyo

a ti, Patrick —añadí antes de que protestara—. Pero, por favor —les pedí—, ¡no dejéis que haga ninguna tontería!

* * *

Me vino muy bien aquella noche de chicas. No me fiaba mucho de lo fácil que a veces se me iba la mano con la bebida, así que elegimos una fiesta que tenía lugar en un exclusivo club neoyorquino que no se prestaba a demasiados excesos. A pesar de lo feliz que era en mi relación con Jonathan, lo mucho que quería a su familia y lo bien que iba el negocio de las tartas y dulces, una noche de fiesta con mis amigos se me hacía indispensable. Podía bailar un poco, reír... y beber. Intenté no pasarme, pero parece ser que había perdido un poco la costumbre y, demasiado pronto, el alcohol me inundó la sangre. Controlé bien lo de no subirme a las mesas ni enseñar mi trasero, pero no fui capaz de tener demasiado control respecto a mi lengua... sobre todo cuando apareció Paige Morgan para fastidiarme la velada.

—Acabas de echar a perder mi noche —gruñí al tenerla delante.

—¿Qué tal, mi querida Brooklyn? —me preguntó cuando me separé de mis amigos para ir a pedir unas copas.

Yo ya había ingerido una buena cantidad de margaritas y champán y dudé de si sería capaz de morderme la lengua y no enviar a aquella zorra a la mierda.

—Hasta ahora, bien —rezongué.

—Vamos, Brook, no seas asocial. —Compuso un odioso mohín—. Mira, he venido acompañada de un amigo que parece ser que te conoce. Mientras conversáis, yo también voy a pedirme algo de beber.

El sorbo que le acababa de dar a mi copa se me atascó en la garganta y comencé a toser. Aquel tipo que me presentaba la pérfida Paige no era otro que el mismo que me encontré desnudo en mi cama.

—Hola, pelirroja —me dijo el desconocido, tras guiñarme un ojo—. Por si no lo recuerdas, me llamo Alan. —Se acercó a mí y se presentó dándome un pegajoso abrazo y un beso que duró demasiado.

—Un placer —le dije para sacármelo de encima.

—Un momento, preciosa. —Me aferró la muñeca—. Después de tirarme por una ventana, por lo que me disloqué un tobillo, creo que merezco un poco más de atención, ¿no crees? —Volvió a acercarse a mí y pegó su boca a mi oído para poder susurrarme—. Ya recuerdo todo lo que pasó aquella noche.

—¿De qué coño hablas? —Lo aparté, furiosa—. Es más, ¿y a mí qué me importa?

—¿De verdad no quieres saber los detalles? —insistió, con una arrogante sonrisa que quise borrar de un puñetazo.

—Oye, capullo —repliqué, muy cabreada, mientras trataba de alejarme de él—, apártate de

mi camino. Tengo pareja y ya no me interesas en absoluto. En realidad, no me has interesado nunca.

—Oh, sí, el concejal —señaló con una odiosa mueca—. ¿Y sabe él que metes a desconocidos en tu cama?

Mi mente, ligeramente embotada en alcohol, fue la culpable de que no pensara en enviar a freír espárragos a aquel gilipollas. Porque, si de verdad había ocurrido, fue antes de estar con Jonathan y no debía preocuparme. Aun así, sentí un indicio de desasosiego. Un poco más apartados de la gente, el tipo siguió empeñado en sacar a la luz aquella olvidable noche.

—Aún recuerdo tus gemidos —siguió susurrándome—, y las veces que te corriste...

A punto de dar una arcada, empujé al casi desconocido con fuerza y lo estampé contra una columna en un recodo de la sala, desde donde apenas nos vería nadie.

—Mira, imbécil: no sé qué quieres de mí, pero, si se te ha pasado por la cabeza chantajearme, más vale que desaparezcas, o lo pasarás francamente mal.

No pude evitar pensar en aquellos momentos en mi padre y en Jonathan, que se lo harían pagar caro si se le había ocurrido aquella aborrecible idea. Incluso mis amigos aparecieron en aquel momento, y el tal Alan pareció acobardarse... sobre todo cuando, entre Sally y Kimberly, le quitaron todas las ganas de seguir diciendo estupideces.

—¿Qué quieres, gilipollas? —le espetó Sally al tiempo que presionaba su entrepierna—. Porque, si lo que pretendes es seguir conservando tus pelotas, yo de ti me olvidaría de mi amiga y me largaría corriendo de aquí.

—Dejadlo en paz. —De pronto, la insidiosa voz de Paige volvió a inundar mi espacio—. Él no quiere chantajearla. Mi amigo Alan no quiere dinero, porque ya le he pagado yo... —nos mostró su móvil—... a cambio de esto.

—¿De qué está hablando esta zorra? —preguntó Kimberly.

—De que, ahora mismo —prosiguió mi eterna enemiga—, están circulando por todas las redes varias fotografías de mi amigo y Brooklyn en actitud muy cariñosa.

Pasmada, contemplé las imágenes que mostraba, donde, efectivamente, daba la impresión de que estábamos abrazados o besándonos, y que alguien había tomado mientras se me había acercado para presentarse y recordarme la fatídica noche.

—Además —añadió Paige—, nos hemos tomado la molestia de aclarar que se trata del mismo que te besó en aquella fiesta. —Compuso una perversa sonrisa—. Entonces no le importó a nadie, pero... ahora, ¿qué pensará Jonathan? ¿Qué le parecerá que vuelvas a las andadas?

Lo siguiente no lo pensé; simplemente, actué.

Me lancé sobre Paige con la intención de clavarle las uñas y arrancarle el pelo, pero mis amigos me sujetaron a tiempo.

—¡Basta, Brooklyn! —gritaron—. ¡¿No ves que es eso lo que busca?! ¡Lo único que quiere es que vuelvas a quedar mal!

—¡¿Por qué haces esto?! —le pregunté a Paige mientras me debatía entre el agarre de mis

amigos—. ¡¿Todo por quemarte el pelo hace siglos?!

—No fue solo por quemarme el pelo —respondió con crueldad—, aunque es cierto que te la tenía jurada. Sin embargo, lo peor de todo fue que me arrebataras a Jonathan.

—¿A Jonathan? —inquirí, perpleja—. ¡Él me dijo que no pasó nada!

—¡Por supuesto que no pasó nada! —me gritó, colérica—. Pasamos juntos varias veladas, en las que tuve infinita paciencia por todo lo que le había pasado y en las que no pasamos de unos cuantos besos. ¿Sabes por qué? Porque me dijo que jamás tendría una relación, que seguía amando a su mujer.

Me sonaba bastante...

—¿Y qué? —le pregunté.

—Que contigo cambió de parecer. ¡Nada menos que con la insípida Brooklyn Edwards! —Sus labios comenzaron a temblar—. ¡¿Por qué contigo, maldita sea?! ¡Yo lo quiero! ¡Y soy mejor que tú!

Casi me dio pena, aunque solo «casi».

—¡¿Y por eso te vengas de nosotros de esa manera tan rastrera?! —la increpé—. ¿Porque me quiere a mí?

—Así veremos si te quiere de verdad —escupió—, si es capaz de perdonarte. —Eché un vistazo a su móvil—. Uy, cuántos comentarios. Cómo me gustaría ver la cara de Jonathan ahora mismo, o la del gobernador. —Compuso un nuevo y aborrecible mohín antes de marcharse—. Adiós, Brooklyn. A partir de ahora, estamos en paz.

—¿Qué dice la gente? —les pregunté a mis amigos una vez que nos quedamos solos.

—Mejor no lo veas —señaló Patrick—. El mundo está lleno de envidiosos.

—Joder... —me lamenté—. Tengo que irme a casa...

—De eso nada —intervino Sally—. Todavía estás borracha y la bebida te hace hacer y decir cosas que no deseas. Será mejor que te quedes a dormir en mi casa como ya habíamos previsto. Mañana te enfrentarás a quien haga falta.

* * *

Llegué a casa a la hora del desayuno. Jonathan tomaba café junto a Imogene y Autumm. Resoplé. Tendría que dar la cara frente a todos.

—Buenos días —saludé.

—¡Brook! —Autumm, ajena al conflicto, vino corriendo a darme un abrazo—. ¿Lo pasaste bien con tus amigos? ¿Había mucha gente?

—Sí, cariño, estuvo genial. ¿Te importaría dejarme un momento a solas con tu padre y tía Imogene? —le pregunté.

—Vale —respondió—. Iré a jugar un rato al jardín.

Con su marcha, la cocina se sumió en un incómodo silencio.

—Todo lo que dicen es mentira —me defendí—. No hice nada malo. Yo... Fue esa pérdida de Paige Morgan que...

—Ya lo sé —me interrumpió Jonathan—. En ningún momento he creído que salieras con tus amigos para liarte con otro.

—Entonces —le planteé—, ¿por qué tenéis esa cara?

—Por lo que se está diciendo de ti y de vosotros —intervino Imogene—. Cuando lo nuestro era fingido, solo se hablaba de vuestra historia de amor. Ahora que estáis juntos, solo se habla de ruptura.

Jonathan se puso en pie, se acercó y acarició mi mejilla.

—¿De verdad pensabas que dudaría de ti? —inquirió.

—Oh, Jonathan —musité, abrazándome a él—. Paige me contó que está enamorada de ti, que la rechazaste a ella y a mí no, a pesar de ser ella mucho más guapa...

—No hay comparación entre Paige y tú —murmuró Jonathan antes de darme un tierno beso en los labios que me dejó con ansia de mucho más.

—¿Y qué te parece que hagamos ahora? —le planteé tras un suspiro—. No quiero que esos rumores falsos afecten a tu carrera o a la de mi padre...

—Nos seguirán viendo juntos —me dijo con ternura—, y eso es lo que importa.

Durante nuestra conversación, nos habíamos olvidado de la presencia de Imogene, hasta que intervino.

—O, también —intervino la mujer—, podríais darle en los morros a esa víbora de Paige Morgan.

—No vamos a entrar en su juego, tía —bufó Jonathan.

—No digo que entréis en su juego —replicó Imogene—. Me refiero a... hacer algo que le cierre la boca, a ella y al que piense mal de vosotros.

—No entiendo cómo podríamos conseguir eso... —murmuré.

—Pues... siguiendo adelante con la boda.

—¿Qué boda? —pregunté.

—¡La vuestra! ¿Cuál, si no?

Jamás en mi vida me había quedado más atónita.

—Será mejor que primero os ponga en antecedentes. —La mujer se sentó y respiró profundamente—. ¿Recordáis cuánto os extrañaba que no se hablara de distanciamiento ni ruptura entre vosotros? Pues se debía a que...

—¡Tía Imogene y yo contratamos a una *organizadora* de bodas! —Autumm, que al parecer nos estaba escuchando, apareció de pronto para decir algo que nos dejó perplejos.

—Se dice «organizadora», cariño —la corrigió Imogene, ante nuestra consternación—. Pues, como os iba diciendo, nadie dudó de vuestro compromiso porque sí había fecha de boda.

—¿Cómo?! —soltamos al unísono Jonathan y yo.

—Y quien dice fecha —continuó la mujer—, dice contrato con esa organizadora de bodas,

que nos ha incluido reserva en el City Hall para que os case el alcalde, *catering*, limusina, flores... a la espera de saber si os casabais en la casa de los Edwards...

—Ay, Dios —murmuré.

—¿De qué demonios estás hablando, tía? —preguntó Jonathan, tan desconcertado como yo.

—¡Pues de que no queríamos que rompierais! —exclamó—. Teníamos la esperanza de que fuerais tan listos como para daros cuenta de que os queríais y siguierais adelante con todo el montaje...

—¡Y que os casarais de verdad! —exclamó Autumm.

—Pero —balbucí— en su momento le dije a la prensa que la boda sería en junio... ¡que es dentro de un mes!

—Sí... más o menos —señaló Imogene—. El primer sábado, para ser más exactos.

—Madre mía —farfullé al tiempo que me sentaba en una silla y me frotaba el rostro con las manos—. Voy a tener que pedirle a mi padre que hable con el alcalde... y vamos a tener que pagar la indemnización a la organizadora...

—Entonces —musitó Autumm, desalentada—, ¿no os casáis?

—Vamos a vivir juntos, hija —le explicó su padre—, pero nadie ha hablado de casarse.

—¿Por qué? Si os queréis...

—Pues porque... porque...

De pronto, Jonathan clavó en mí sus hermosos ojos, cruzó los brazos y emitió un suspiro.

—¿Y por qué no? —me preguntó.

—¿Cómo dices? —repliqué, alucinada.

—Algún día lo habríamos hecho, ¿no? —soltó—. Lo de casarnos, me refiero.

—¡No sé! —exclamé—. Y si se hubiera dado el caso, habría sido dentro de... de...

—Pero admites que contabas con esa posibilidad —señaló, ufano.

—Y ya lo tenéis todo preparado —añadió Imogene—. ¿Para qué esperar?

—A ver, a ver... —Intenté calmarme—. En mis planes no entraba casarme con veintisiete años...

—Y mucho menos con uno de cuarenta, ¿no? —señaló Jonathan.

—¡Eso no tiene nada que ver! —repliqué—. ¡Sabes que llevo años queriéndote y esa diferencia de edad siempre ha estado ahí!

—Entonces, me quieres —repitió con una expresión ligeramente traviesa que me escamó.

—Claro que te quiero.

—Y quieres a mi familia.

—Por supuesto que sí. —Miré a Autumm e Imogene.

—Entonces... ¡hagámoslo! —pronunció Jonathan—. Casémonos, Brook.

—¡Jonathan! —lo reprendí.

—Vamos a hacerlo bien. —Imogene se acercó a mí y me sacó el anillo del dedo—. Toma, sobrino. Haz una petición en condiciones.

—Ay, mi madre —resoplé.

—Tienes razón, tía. —Jonathan se dispuso a arrodillarse en el suelo frente a mí, pero emitió un quejido de dolor ante la imposibilidad de doblar las rodillas—. Me temo que tendrá que ser de pie... —gruñó.

—¡Ya te ayudo yo, papi!

Autumm cogió el anillo, se arrodilló en el suelo ante mí y se aclaró la garganta antes de hacerme una singular petición.

—Brooklyn Edwards —recitó—, ¿te quieres casar con nosotros?

—Se supone que se ha de casar conmigo —le susurró Jonathan con disimulo.

—No importa —intervino Imogene—. Se casa contigo, pero entramos todos en el lote.

—¿Cuál es tu respuesta, Brook? —insistió la niña.

A aquellas alturas, yo ya no sabía si reía o lloraba. Autumm, de rodillas en el suelo, sosteniendo el anillo; Imogene, con cara de total satisfacción, recogiendo la cocina como si todo fuese normal... y Jonathan, mi soldado de ojos verdes, el hombre que llevaba amando toda la vida, con el que había sido posible el milagro de que se enamorara de mí...

—Me estoy cansando, Brook —se quejó Autumm.

—Sí —respondí, ya con lágrimas—, me casaré con vosotros.

Los tres se lanzaron sobre mí y me abrazaron con fuerza. En aquel instante comprendí que, si yo los amaba con toda mi alma, ellos me amaban igual a mí.

—Pobrecita —rezongó Imogene, sin embargo—, tan joven y cargando con este trío: una vieja, una niña y un hombre cabezota que ha estado a punto de fastidiarla.

Risas y lágrimas estuvieron aseguradas.

Epílogo

Diez años después

Hoy es el esperado día de mi graduación. Frente al espejo, le doy los últimos toques a la toga y al birrete y, por fin, me doy la vuelta para poder colocarme junto a mi padre y salir en una de las tradicionales fotografías que formarán parte del álbum. Tía Imogene nos contempla desde la silla donde permanece sentada. A pesar de que su energía sigue intacta, la edad no perdona y su cadera se empieza a resentir.

—Ahora contigo, mamá.

Mi madre todavía se emociona cuando la llamo así. Es cierto que no es mi madre biológica, pero se casó con mi padre cuando yo tenía siete años y la siento como tal. Nunca he pensado que no compartir genes tenga nada que ver para amar a una persona. A todos los efectos, Brooklyn es mi madre; la mejor madre que he podido tener.

Recuerdo la primera vez que la llamé así. Llevarían casados un año y yo bajaba la escalera de casa con la mochila del colegio a la espalda. Al salir por la puerta, como despedida, grité: «¡Adiós, papá; hasta luego mamá!», y me marché a la parada del autobús. Así, como lo más natural del mundo. Es cierto que, según me contó después, se abrazó a mi padre y se pasó un buen rato llorando de la emoción, pero yo ni me enteré.

En la siguiente fotografía, me sitúo entre mis padres para salir con ellos y corro después a ver cómo hemos quedado. Sonrío ante tan bonita imagen. A un lado, mi padre, con sus llamativos ojos verdes, con unas pocas hebras grises que salpican su cabello oscuro, tan alto, tan guapo, tan sonriente, tan feliz. Sé que sufrió mucho por la muerte de mi madre y por sus dolencias físicas, pero he creído más que nunca en la terapia de la felicidad. Desde que Brooklyn entró en su vida, mi padre volvió a vivir y a sonreír de nuevo.

Todavía, a veces, hablamos de mamá Allison, por supuesto. Vemos fotografías, conversamos y la recordamos. Incluso sigo conservando a Matilda, el último juguete que me regaló. Hay ocasiones en las que papá se me queda mirando embelesado, y sé perfectamente que es por lo que me parezco a ella. Pero su recuerdo, más que tristeza, nos produce mucha paz.

Al otro lado, en la fotografía, Brook, mi madre, cuya cabellera cobriza sigue acaparando toda la atención. Puede que no sea una belleza espectacular, pero su rostro desprende una luz tan increíble que es imposible no fijarse en ella.

Brooklyn sigue regentando su negocio de tartas, Sweet Manhattan, a medias con Harper — que lleva cinco años casada con Ryan y tienen un hijo, Sean—, aunque, como no podía ser de

otra manera, mamá se presentó como candidata a concejal por el distrito que lleva su nombre y ganó. Y digo que no podía ser de otra manera porque a ella siempre le han indignado las injusticias y, aunque después de casarse con mi padre se prometió no protagonizar ningún escándalo, hay sentimientos que no se pueden ocultar. Si alguien denunciaba alguna discriminación motivada por ser de cierta raza, sexo u orientación sexual, allí estaba mi madre, para organizar una protesta. Mi abuelo Cameron bromea con ella diciéndole que, al final, ha sucumbido a la política... aunque todos sabemos lo orgulloso que está de ella, por sus ansias de cambiar el mundo, ya sea peleando por una nueva ley o decorando una bonita tarta nupcial.

Mi padre sigue muy implicado en el tema de la vivienda en la ciudad, pero, aunque lo han señalado muchas veces como un buen candidato a la alcaldía, ha preferido seguir recaudando fondos para viviendas sociales y dejarle la ambición política a mi madre. Todos creemos que acabará siendo la primera alcaldesa de la historia de Nueva York.

Finalmente, me fijo en mí. Contemplo la herencia genética de mi madre en mi largo y liso cabello rubio y en los rasgos de mi rostro. Los ojos verdes y la altura son de mi padre. Suelo bromear diciendo que el carácter es de mi madre, de Brooklyn, porque nos parecemos mucho en nuestros ataques de espontaneidad, en nuestra naturalidad y en ser abanderadas de causas perdidas. Será verdad aquello que se dice de que todo lo bueno se pega.

—Ahora contigo, tía Imogene.

Me agacho a su lado para que no tenga que levantarse y nos hacemos un *selfie* en el momento en el que *Angus*, nuestro perro, se levanta de su manta y se acerca a nosotras moviendo su rabo sin parar.

—Vaaale, *Angus* —le digo mientras acaricio su cabeza—. También me haré una foto contigo.

En cuanto cumplí ocho años, el regalo de mis padres fue *Angus*, un cachorro mestizo que habían abandonado. Por fin pude acabar aquel dibujo que le regalé a Brooklyn por su cumpleaños... aunque debo decir que no fue la única vez que tuve que añadir a un nuevo miembro al dibujo.

—¡Habrás que despertar a Connor! —exclamo al ver la hora en mi móvil.

—Ya voy yo —señala mi padre, que aparece un instante después con mi hermano en brazos.

—Ven aquí, pequeñajo. —Lo paso a mis brazos y disparo una y otra vez la cámara de mi móvil mientras no cesamos de poner muecas y yo no dejo de besar sus rosados mofletes.

—Quiero ir a fiesta de Autumm —balbucea, sonriendo, el pequeño, que pronto cumplirá dos años.

—Sí, ahora mismo nos vamos. —Miro la hora en el momento en el que se oye el timbre de la puerta—. Toma, mamá. —Le paso a mi hermano—. ¡Esa debe de ser Sarah!

Bajo la escalera con rapidez, seguida por *Angus* y sus ladridos, y le abro la puerta a mi amiga Sarah. Al vernos vestidas de graduadas, nos damos un abrazo entre saltos y gritos de emoción. A ambas nos han admitido en la Universidad de Nueva York y, desde que recibimos las notificaciones, no paramos de reír y de abrazarnos por saber que seguiremos juntas.

—¡Sonríe! —le digo cuando alzo el móvil para hacernos otro buen montón de *selfies*. Me encanta el contraste de mi cabello lacio y rubio con el suyo, oscuro y rizado.

—¿Qué os falta a vosotros? —me pregunta—. Mi madre y Tom me están esperando en el coche. Mi padre y su novia también estarán allí, con mis abuelos. ¡No podemos llegar tarde!

—¡Claro que no! —exclamo—. ¡Id tirando! ¡Nosotros ya salimos!

—¡Allí nos vemos! —grita Sarah mientras corre hacia el vehículo.

Me encuentro en el salón con tía Imogene, que lleva a Connor de la mano. La pobre mujer no deja de refunfuñar porque el niño tiene más fuerza que ella, pero verlos juntos siempre nos saca una sonrisa... sobre todo cuando mi hermano corretea por la casa y mi tía lo persigue.

—¿Dónde están mis padres? —le pregunto.

—Creo que todavía están arriba. ¡Sube y mételes prisa, que este niño acabará arrancándome el brazo a tirones!

—Vamos a fiesta de Autumm —balbucea de nuevo Connor—. Vamos al coche, vaaa... —Y continúa tirando de ella.

Subo los escalones de dos en dos y, cuando llego al piso de arriba, me detengo frente a la habitación de mis padres. Los encuentro abrazados, dándose un tierno pero profundo y largo beso. Cuando acaban, mi padre le susurra un «te quiero» a mi madre y ella se lo devuelve mientras no dejan de mirarse y de acariciarse el rostro o el pelo. Se aman tanto...

Cualquier otra chica de mi edad pondría el grito en el cielo y se moriría del asco en este momento, pero yo no. A mí me sigue emocionando que mis padres se besen a cada instante, después de diez años juntos. Tal vez sea por las veces que yo misma insistía en que se besaran y se abrazaran cada vez que se enojaban. No es por ponerme méritos, pero era una buena forma de que sus pequeños enfados terminasen mucho antes. Me ponía un poco pesada, lo sé, pero daba resultado.

Y es que puedo decir, orgullosa, que mis padres protagonizaron la historia de amor más bonita de la historia. Mi madre se enamoró de mi padre cuando era una niña. Él era mayor y salía con chicas mayores, se llegó a casar y a tener una hija... Pero mamá cuenta que, a pesar de perder la esperanza, nunca pudo salir en serio con ningún otro chico, porque, en el fondo de su corazón, estaba esperando a mi padre.

Mi progenitor, por su parte, cuenta que se enamoró de Brooklyn sin saber que era ella, a través de unas cartas anónimas que le fueron llegando al centro de rehabilitación, donde se recuperaba de las secuelas del atentado en el que murió mamá Allison. Más tarde, el destino los reunió en una especie de farsa que ideó mi abuelo para que se hiciesen pasar por pareja porque parece ser que mamá llevaba una temporada un poco... dispersa. Papá me ha contado docenas de veces que se enamoró de ella también el día que la vio en el salón de casa de los Edwards... así que tienes que amar mucho a una persona de la que te has enamorado dos veces.

Ah, y, por lo visto, Brook también se enamoró de mí, sentimiento que fue recíproco de inmediato. Por ello puedo decir que contribuí en cierto modo a que acabaran juntos.

Lo dicho: la historia de amor más bonita de todas.

—Mamá, papá —los llamo—. Ya sé que os queréis mucho y todo eso, pero se hace tarde. Sarah acaba de marcharse con su madre. Tía Imogene apenas puede parar ya a Connor...

—Enseguida bajamos —señala mi padre—, pero ven un momento con nosotros. —Me acerco a ellos y los abrazo—. Mi niña va a graduarse..., pronto irá a la universidad —murmura mientras me besa en la frente—. Sabes que para mí siempre serás mi niña, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé —le digo, con los ojos en blanco.

—Y la mía también —comenta Brooklyn mientras me abraza con fuerza—. Mi preciosa Autumn...

—Vale, vale —bufo mientras los empujo hacia la puerta—. Ni siquiera me vais a perder de vista durante mis estudios, porque la universidad está aquí al lado... algo que no podrá suceder nunca... ¡si no me gradúo!

* * *

—¡Autumn Reed!

Oigo mi nombre momentos antes de subir al estrado a recoger mi diploma. Tras dar la mano al director, me sitúo frente al público, que aplaude enfervorecido. Aprovecho para saludar, sonriente, a toda la gente que ha venido a verme este día: mis abuelos, Samuel, Caroline, Cameron y Alice; mis tíos, Kayden y Elizabeth, condes de Pembroke, con sus dos hijos. También están presentes los amigos de mi madre: Harper, con Ryan y su hijo; Kimberly con su novio; Patrick con Tyler, su marido; Sally, que sigue soltera. También está aquí Jocelyn, la antigua niñera de mamá, sentada junto a Imogene. Y, por último, saludo a mis padres, que sonrían junto a Connor y me lanzan besos, aunque distingo perfectamente el brillo de emoción en los ojos de ambos.

Tras la entrega de diplomas, todos los estudiantes vamos a la carrera hacia el patio, donde nos hacen la fotografía de toda la promoción. A continuación, entre gritos de júbilo, lanzamos los birretes al aire y corremos. Nos espera el futuro. Nos espera nuestra propia historia.

Biografía



Vivo en Lliçà d'Amunt, un pueblo cercano a Barcelona, junto a mi marido, mis dos hijos adolescentes y dos gatos.

Después de años alejada de los estudios, porque nunca es tarde, obtuve hace poco el título de Educadora Infantil, algo vocacional que llevaba demasiado tiempo deseando hacer, aunque ejercer en estos tiempos haya resultado demasiado complicado.

Y como yo parezco hacerlo todo un poco tarde, no hace mucho decidí autopublicar mi primera novela, a la que ya han seguido algunas más. De esta experiencia maravillosa solo puedo tener palabras de agradecimiento para mi familia, la auténtica sufridora de mis horas frente al ordenador, y para tantas y tantas personas que me han apoyado, animado y felicitado, tanto cercanas como en la distancia. Y sobre todo para esos lectores que disfrutaban con mis historias, sin los que toda esta locura, a estas alturas de mi vida, no hubiese podido ser una realidad.

Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:

Facebook:

<https://www.facebook.com/lina.galangarcia?fref=ts>

Instagram: <https://www.instagram.com/linagalangarcia/?hl=es>

Referencias a las canciones

Golden, © 2019 Erskine Records Limited, bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Harry Styles.

Lovely, © 2018 Darkroom/Interscope Records, interpretada por Billie Eilish y Khalid.

Dakiti, © 2020 Rimas Entertainment LLC, interpretada por Bud Bunny y Jhay Cortez.

Someone you loved, un lanzamiento de Vertigo Berlin; © 2018 Universal Music GmbH, interpretada por Lewis Capaldi.

Physical, © 2020 Dua Lipa Limited bajo licencia exclusiva de Warner Records UK, una división de Warner Music UK Limited, interpretada por Dua Lipa.

Exile, © 2020 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift, con la colaboración de Bon Iver.

La noche de anoche, © 2020 Rimas Entertainment LLC, interpretada por Bad Bunny y Rosalía.

Dusk till dawn, © 2017 RCA Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Zyan, con la colaboración de Sia.

Save your tears, © 2020 The Weeknd XO, Inc., comercializado por Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por The Weeknd.

Wonder, © 2020 Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Shawn Mendes.

Young and beautiful, © 2013 Interscope Records, interpretada por Lana del Rey.

Sweet Manhattan
Lina Galán

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© Fotografía de la autora: archivo de la autora

© Lina Galán, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición (epub): julio de 2021

ISBN: 978-84-08-24426-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



9788408244264_epub_cover.jpg